



Tú y yo,  
perfectamente  
imperfectos

GEMA MARTÍN MUÑOZ

Tú y yo,  
perfectamente  
imperfectos

Gema Martín Muñoz

Título: *Tú y yo, perfectamente imperfectos*

© Gema Martín Muñoz, 2020

Diseño de la portada: Gema Martín Muñoz

Maquetación: Gema Martín Muñoz

Imagen de la portada: Pexels

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

### Nota de autora:

Esta historia está ambientada en el mismo universo que la bilogía “Diamantes” y la trilogía “Between”, pero se puede leer de manera independiente.

*Para viajar lejos, no hay  
mejor nave que un libro.*

*-Emily Dickinson*

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Epílogo](#)

[Más obras](#)

# Capítulo 1

## Hannah

«Hannah marrana».

«Hannah comebanana».

«Hannah, la que te hace una cubana».

«Hannah, con la que te lo montas en una caravana».

Qué ingeniosos son algunos tipos de mi insti para crear rimas con mi nombre, y luego no son capaces de llegar a la media neurona juntos.

Tacho con un rotulador permanente negro todas las frases que contienen mi nombre, escritas en la puerta de uno de los cubículos del baño de tíos de mi instituto, mientras aguanto el asqueroso olor a pis y a cosas mucho peores. Cuando salgo, me topo en los lavabos con Kevin y Jorge, dos imbéciles que van a mi clase.

—¿Vosotros también entráis al servicio de dos en dos, como algunas mujeres? —me burlo, y me llevo el rotulador a la boca para mordisquearlo.

—¿A quién se la estabas comiendo ahí dentro? —contraataca Jorge, que se le escapa una risotada de descerebrado mientras Kevin bebe agua del grifo.

—A tu padre —le espeto, y abandono el baño con la cabeza bien alta.

El timbre que da por finalizado el recreo suena y me dirijo hacia mi clase de Dibujo Artístico. Antes de entrar, siento que alguien me agarra del brazo con suavidad. Para mi bendita suerte, aún no ha venido la profesora, que es la directora, mi tutora y, por si fuera poco, la mujer que me trajo al mundo, así que me puedo tomar unos segundos libres antes de que aparezca, porque es algo pesada.

—Hola, belleza pelirroja.

Cuando me giro hacia Borja, me encuentro con su intensa mirada oscura. Le sonrío como una niña pava y comienzo a jugar con un mechón de mi coleta.

—¿Qué forma de ligar es esa? —me burlo.

Borja también va conmigo a clase y llevamos tonteando desde que empezó el curso, pero ninguno de los dos le pide algo más al otro.

—Es mi forma de ligar con bellezas como tú —me responde sonriendo de oreja a oreja—. ¿Qué haces esta tarde?

—Pues... —Pongo expresión pensativa y me sumerjo en mi agenda mental, abierta por la página del día de hoy—. Tengo que ir a echarles de comer a los gatitos y perritos de la calle, hacer los deberes, estudiar lo que hayamos dado hoy, ir a clases de kárate, molestar a mis hermanos, escribir mil palabras de mi novela, empezar a leer un libro nuevo y dormir. ¿Por qué?

Borja enarca una ceja, asombrado.

—¿Hay algo que no hagas?

—Soy una chica polifacética.

—Eso me gusta —me dice jugando con mi coleta—. ¿Qué te parece si te acompaño a darles de comer a los gatos y a los chuchos de la calle?

—Me parece genial. —Sonrío.

—Perfecto. Entonces, te recojo en tu casa con mi Mercedes-Benz de cincuenta y dos mil euros, que me lo regalaron mis padres por mi cumpleaños. —Me da un beso en la mejilla, saluda con la cabeza a mis amigos, que están espiándonos, y se mete en la clase.

Su Mercedes-Benz de cincuenta y dos mil euros, dice.

Hilarante.

—Te comportas como una babosa con ese —me reprocha Samuel, uno de mis amigos, cuando me acerco a ellos.

—Ese pijo no sabe ni ligar —se mofa Gigi sin despegar su vista de Borja.

Suspiro, poniendo los ojos en blanco.

—Mirad, ya sé que no os cae bien y no entiendo el porqué, pero a mí me gusta.

—Pero si es un estirado —me responde mi amigo—. Se cree alguien por tener un cochazo.

—Y le hace la pelota a todos los profes —añade Gigi.

—Dejad de criticarlo tanto, porfa.

Justo en este momento, mi madre hace acto de presencia, tan sonriente como si se hubiera chutado algo ilegal, y me tira del moflete.

—Mi chiquitina, entra en clase.

—Mamá, te he repetido mil veces que no me hagas eso en el insti —le digo, y oigo cómo mis amigos se ríen.

—No te hagas la dura, que sé que te encanta que tu progenitora te mime.

Lo peor de que tu madre trabaje en tu mismo instituto es que te deje en ridículo delante de todo el mundo cuando menos te lo esperas. No entiendo cómo mi padre la soporta... Bueno, sí, en realidad él está igual de mal de la cabeza, así que no sé cuál de los dos se salva.

Suelto un bufido y entro en clase con Samu y Gigi. Cada silla de esta aula dispone ya de una pequeña mesa incorporada, pero casi todas la llevan para ser usadas por diestros, de modo que me toca buscar una para zurdos, que la diviso en la fila del fondo, y lo siguiente que hago es plantar mi estupendo trasero en ella para que no me la robe nadie.

Kevin, uno de los tarados que me he encontrado en el baño, ocupa el asiento de delante de mí, con la espalda apoyada en la pared mientras teclea algo en la pantalla de su móvil.

Me pongo a rebuscar los trastos de Artes en mi mochila y diviso una piruleta con forma de corazón escondida en el fondo, que no tengo ni idea de quién la está colando cada día desde que empezó el curso; estamos terminando febrero y aún no lo he descubierto.

Me deshago del plástico transparente y me llevo la piruleta a la boca para comérmela durante la clase, ya que a mi madre no le apetece nunca regañarme por zampar. Pillo a Kevin con sus ojos clavados en mí y yo le espeto, con mi mala hostia de nacimiento:

—¿Qué estás mirando? ¿Quieres una foto?

—Es que me he dado cuenta de que tienes un ojo más grande que otro.

—¿Disculpa? —Enarco una ceja y le doy una patada a su silla.

—Disculpada —me responde con expresión neutra, y vuelve a centrarse en su teléfono.

Borja, que se halla sentado en primera fila porque es un poco pelota con todos los profes, tiene su cabeza girada en mi dirección. Cuando se percata de que lo estoy mirando, esboza una sonrisa y yo lo imito, pero no sé si se habrá notado o le habrá parecido una chiflada, porque tengo la piruleta metida en la boca y es algo complicado curvar los labios hacia arriba.

Las tres últimas horas de clase se me pasan lentísimas y, cuando llego a casa tras haber cogido el metro, mi perra Dora es la primera que me recibe.

Podría venir con mi madre en su coche para ahorrarme el viaje, pero todos sabemos lo vergonzosa que es esa situación. Además, les llevo pidiendo a mis padres una moto desde hace mucho tiempo y no se dignan a comprármela, cuando Alan (mi hermano mayor, al que se encontraron en la basura) chasquea los dedos y ya tiene una moto, un coche y dinero para ayudarlo a pagar el alquiler del piso que comparte con su queridísimo Leo, mi cuñado. Yo adoro a esos dos idiotas, pero también siento celos de que mis padres los quieran más y les den todos los caprichos a ellos antes que a mí.

—¿Cómo le ha ido el día, señorita Hannah? —me pregunta Espléndida, nuestra ama de casa, ayudándome a quitarme el abrigo.

De verdad, esta mujer es supereducada. No hace falta que se tome tantas molestias con nosotros, que mis padres sólo la han contratado para que mantenga limpia la casa, haga la comida o cuide de mis hermanos pequeños algunos días, no para tratarnos como marqueses. En mis casi dieciocho años de existencia nadie me ha llamado «señorita Hannah».

—Estupendo, gracias —le respondo dedicándole una sonrisa amable.

—Los señoritos Alan y Leo ya han venido —me informa—. Están en la cocina con sus otros hermanos y el señor Álvaro.

Cómo no. Esos dos bribones se acoplan todos los días para zampar, teniendo comida en su piso.

—¿Vosotros no tenéis casa? —es lo primero que digo al entrar en la cocina, mirando a los parásitos.

—Sí, una muy bonita —me responde Leo en tono burlón.

Mi padre está dándole de comer a Leo júnior, que pronto cumplirá los dos años, y los mellizos, Mimi y Aitor (de once), permanecen sentados a la mesa, aguardando a que venga mi madre, que no tardará mucho.

—Hemos estado toda la mañana trabajando y no tenemos tiempo para hacer la comida, hermanita —se defiende Alan enseñándome su perfecta dentadura. De no ser porque siempre ha tenido los piños bonitos, juraría que mis padres le han pagado un blanqueamiento dental o unos dientes nuevos—. Y ahora tenemos clase en la facultad; vivimos demasiado estresados.

Les dedico una pedorreta a los dos.

—Pobres *machirulos* opresores —se mofa la pequeña Mimi.

Cuando mi madre llega, les regala un millón de besos en las mejillas a Alan, su hijito favorito, y a Leo, su yerno favorito (y el único que tiene, la verdad). Después, besa a mi padre en los labios y se sienta a su lado.

Espléndida, a pesar de que mis padres le hayan dicho que no es necesario que nos sirva la comida porque todos tenemos dos manos, a ella no le importa hacerlo y planta delante de mis narices una dorada con patatas al horno. Además, está viviendo en casa; se queda en una de las habitaciones de invitados y, en los pocos meses que lleva trabajando aquí, se ha convertido en un miembro más de la familia.

Comemos todos juntos, contándonos cómo nos ha ido el día, hablando de tonterías y haciendo con mis hermanos una guerra con bolas de servilleta. Nuestros padres nos regañan porque Espléndida es la que limpia, pero los mellizos prometen que ellos recogerán las pelotitas del suelo.

Una vez que terminamos, acompaño a Alan y a Leo a la puerta y les cuento que esta tarde tengo

una especie de cita con un chico, pero haciendo especial hincapié en que no se hagan ilusiones porque no será romántica.

—¿Con quién? —inquire Leo tapándose la boca con las manos, sorprendido. En cambio, mi hermano se saca una bolsa de purpurina del bolsillo de sus vaqueros y me lanza un puñado por la cabeza.

—¡Ay, estate quieto, Alan! —le espeto sacudiéndome el pelo—. Se llama Borja y va a mi clase.

—Borja, Borja, Borja —repite Alan una y otra vez, haciendo memoria y poniéndole cara a ese chico en su mente—. ¡Ah, ya sé quién es! ¡Uno superpijo y estirado!

—No es estirado —replico.

—Me tienes que contar todos y cada uno de los detalles, ¿vale? —Leo me señala con su dedo índice y después me abraza. Un ligero aroma a melocotón inunda mis fosas nasales—. Necesito muchos cotilleos en mi vida, ahora que no tengo tiempo para ver *Sálvame*.

Mi hermano se une a nuestro abrazo, porque le ha dado celos, y me regala infinitos besos en la cabeza como el maldito sobón que es. Luego, los dos se marchan hacia la uni y yo espero impaciente a que sean las seis de la tarde.

\* \* \*

Cuando llego a casa después de las clases de kárate, me cambio de ropa, me hago con mi mochila, que está llena de comida para alimentar a los animales, y vuelvo a salir.

Ahí está Borja, esperándome fuera de su coche con una sonrisita chulesca en los labios y de brazos cruzados, respetando la puntualidad. Me doy la vuelta y alzo la vista hacia el ventanal del desván, donde se pueden apreciar dos figuras espiándome tras las cortinas: la de mi padre y la de mi madre, porque me han escuchado antes hablando con Leo y Alan, y han empezado a hacerme un interrogatorio.

—¿Cada cuánto haces esto de los animales? —me pregunta Borja, curioso, cuando nos metemos en su coche.

—Todos los días.

—¿Y no es un poco cansino?

—No, ¿por qué iba a serlo? Los animales callejeros también tienen derecho a comer —le respondo, decidida, pero él sólo me mira los pies.

—Oye, quítate los zapatos, que no quiero que me manches la alfombrilla con tu suciedad —me pide, creo que en tono dulce.

Me quedo anonadada durante un instante. No puede ser que este tipo quiera más a su coche que mi padre a sus hijos.

Sin embargo, le hago caso a Borja, quitándome mis zapatillas de deporte y quedándome en calcetines, pero descubro que él tiene puestos sus mocasines.

¿El señorito no ensucia su alfombrilla? Ah, no, que sus zapatos los limpia su mayordomo con la lengua para dejarlos impolutos.

Diez minutos más tarde, llegamos a un callejón y le pido a Borja que aparque. Nos apeamos y llamo a los gatos, que están escondidos tras los contenedores de basura; son unos diez y se acercan poco a poco, desconfiados por la presencia de mi acompañante.

—¡A comer! —les digo, y vacío la bolsa de pienso en un cacharro que les puse hace tiempo para que comieran; después, les echo agua en otro.

Borja y yo los observamos zampar, y decido coger en brazos al gato más pequeño de todos para acariciarlo.

—No toques eso, que seguro que tiene pulgas y enfermedades —me dice mi acompañante mirándome con animadversión.

—¿Y? —inquiero, y le tiendo el animal. La verdad es que a mí me da igual; son seres vivos que necesitan cariño—. ¿Quieres cogerlo?

—No, no —niega con rapidez—. Está sucio, y la camiseta la he estrenado hoy; es de Armani. Además, no me gustan mucho los gatos.

—Pues no sabes lo que te pierdes.

Lo conozco desde primero de la ESO y no me imaginaba que fuera tan pijo, a pesar de que vista con ropa de marca. Aunque tengo que confesar que algunas veces me he quedado mirándolo embobada en clase porque me parece uno de los chicos más guapos del instituto.

Dejo al minino en el suelo y avanzamos hasta el siguiente sitio: un parque donde viven dos perros.

—Sacúdete la ropa —me ordena Borja, y yo bufo—, que tendrás pulgas y garrapatas.

—¿Y eso me quita el encanto o qué? —Le dedico una falsa sonrisa.

—No he dicho eso. Siempre estás encantadora.

Continuamos poniéndoles comida a los animales que nos quedan (bueno, continuo yo, porque él se queda a unos metros de distancia por miedo a que le peguen algo) y nos sentamos sobre uno de los bancos del último parque para descansar. Son las siete, y debo estar en casa dentro de media hora para seguir con mis tareas; si no logro cumplir mi horario, sentiré que habrá sido un día perdido y acabaré frustrada.

Muevo la pierna derecha con impaciencia. No me gusta estar sentada sin nada que hacer y sólo contemplando a la gente paseando por el parque.

—¿Qué te pasa? —quiere saber Borja.

—Me pone nerviosa estar parada —admito—. Necesito hacer cosas productivas. Ya debería irme a mi casa.

—¿Tan pronto? —Me mira, sorprendido y con el ceño fruncido—. Pensaba que íbamos a pasar toda la tarde juntos. Te quería invitar a merendar en algún sitio caro.

—Es que vivo muy ocupada. —Me encojo de hombros con expresión de inocencia—. Lo siento.

—Vamos, por un día no pasa nada. Ya harás lo que tengas que hacer cuando llegues. O mañana, si no te da tiempo hoy.

—En serio, no puedo. Llévame a casa.

Borja pone mala cara, pero no le queda más remedio que hacer lo que le pido.

—Bueno, pues te veo mañana en el instituto —me dice unos minutos más tarde en la puerta de mi casa, un poco desilusionado. Aún no he salido del coche—. Espero que reserves otra de tus ocupadas tardes para mí.

—Claro, ya te avisaré.

Se acerca con lentitud a mi rostro, con el propósito de besarme, pero yo aparto mi cara de inmediato y se me escapa una risita; entonces su semblante desprende diversión.

—Muy astuta. Me has hecho la cobra en nuestra primera cita.

—Ah... No sabía que esto fuera una cita —respondo. Creo que por hoy ya he hecho la tonta lo suficiente—. Debo irme ya. —Me aproximo a su mejilla y le planto un beso en ella—. Adiós.

—Duerme bien, ángel pelirrojo.

—Gracias.

Dejo atrás el coche, sonriendo como una niña boba con las hormonas revolucionadas, y entro en mi casa para convertirme en la Hannah responsable.

## Capítulo 2

### Kevin

Estoy medio dormido en el metro, agarrado a la barra y esperando para llegar al instituto.

—Ahí está mi novia —me dice Rebeca, mi hermana de trece años, a mi lado.

—¿Quién? —pregunto, y se me escapa un bostezo.

Rebeca señala con la cabeza hacia uno de los asientos, donde se encuentra sentada Hannah, una compañera de mi clase, con los auriculares puestos y mirando por la ventana, ajena a este mundo.

Tan ajena que ni siquiera se da cuenta de que el abuelo que ocupa el asiento de su lado está con la baba caída, contemplando sus piernas, porque lleva una minifalda blanca con dibujos de flores rojas.

Y yo me pregunto por qué ella decide coger el metro cada mañana para ir al insti cuando su madre es la directora y la puede llevar perfectamente en el coche. Si yo tuviera una madre tan estupenda como la suya, no me pensaría dos veces irme con ella.

—Mira ese viejo; qué asco —murmura mi hermana en voz baja—. Podría disimular un poco.

—Tú también podrías disimular —le respondo en tono burlón—. No paras de mirarla cada vez que te la encuentras.

—Buah, es que es guapísima. Además, no me juzgues, porque tú la dibujas a todas horas sin que se dé cuenta. Estás obsesionado con esa pelirroja y deberías pedirle una cita ya, antes de que te la quite ese tal Borja, que camina como si tuviera un palo metido por el culo.

—Rebeca, cállate, que te va a oír —le ordeno en un susurro, y mis mejillas comienzan a calentarse.

Por suerte, creo que la susodicha no se ha enterado de que estamos hablando de ella, porque continúa enfrascada en la música que sale de sus auriculares.

—Si no te atreves a tirarle la caña, entonces lo haré yo. Después no te quejes de que tu adorada hermana te ha levantado a la chica que te gusta.

Me echo a reír.

—Pero si tienes trece años y ella, casi dieciocho. No te montes tus telenovelas.

—La edad no importa en el amor.

Mi hermana está equivocada. No me gusta esa pelirroja que se pasea por el instituto creyéndose la reina sólo porque su madre es la directora y su padre, un cantante famoso. Es algo creída, el ojito derecho de los profesores y saca mejores notas que yo. Me cae mal, y yo también le caigo mal a ella; no tengo ni idea de la razón, pero no nos soportamos y nos sacamos de quicio mutuamente.

Bueno, está bien, se me da fatal engañar, sobre todo a mí mismo. En realidad, puede que me guste, pero sólo un poco. Mis acciones me delatan, como cuando no paro de mirarla en clase, la dibujo o cuelo una piruleta en su mochila sin que se entere. A simple vista, puede parecer que estoy obsesionado con ella, pero la verdad es que me gusta desde hace bastante tiempo.

Cuando Hannah se levanta de su asiento, me percato de que ya hemos llegado a nuestro destino y mi hermana tiene que darme un guantazo en la cara para que me espabile, porque me había quedado embobado mirando a la pelirroja.

Justo al salir del tren, Rebeca saluda a Hannah con un simple «hola», y la otra le devuelve el saludo, pero yo abandono los buenos modales que jamás me enseñaron en casa y le suelto:

—Vaya pelos llevas. ¿Te has peinado antes de salir de tu casa?

Ella me contempla con sus ojos marrones entrecerrados.

—¿Y tú? ¿A dónde vas con ese careto de empanado? —contraataca—. ¿No te has acordado de darte cuatro hostias en la cara antes de salir de tu cueva?

—¡Toma ya! —exclama mi hermana riéndose a carcajadas.

Hannah me dedica una última mirada de odio y comienza a caminar hacia el insti con sus andares de intento de reina.

—Deja de mirarle el culo. Sé un caballero, no un baboso que se mete con ella a todas horas. Dile cosas bonitas y siéntate a su lado en clase —me interrumpe Rebeca—. De nada por los consejos. —Y también desaparece de mi vista.

No me puedo creer que la enana de mi hermana me esté dando consejos sobre cómo ligar con las chicas.

Antes de que suene la sirena de la primera hora de clase, me encamino hacia la tienda de chucherías que hay aquí al lado, como todas las mañanas, y compro una piruleta con forma de corazón.

—Te la regalo, niño —me dice la dependienta, que es la dueña, cuando estoy a punto de pagarle.

—¿Por qué? —Le dedico una sonrisa educada.

—Porque vienes todos los días sólo para comprar eso. No te pienso cobrar una piruleta más hasta que te vea entrando por esa puerta de la mano de tu amada.

No puedo evitar reírme.

Esta señora conoce toda mi historia porque es una cotilla; le pareció bastante extraño que uno de sus primeros clientes del día sólo entrase para coger una simple piruleta de cinco céntimos o un Chupa Chups, así que no tuve más remedio que contárselo todo.

—Ya sabes que me da vergüenza hablarle de otra forma que no sea para meterme con ella —confieso.

—Excusas, excusas y más excusas. —La mujer niega con la cabeza, y el sonido de la sirena del insti se oye de fondo—. Anda, vete, que vas a llegar tarde.

—Muchas gracias, Ángeles.

En cuanto llego a la clase de Lengua, me siento en un pupitre de la última fila, justo detrás de Hannah, que ni se entera de mi presencia porque está sumergida en su móvil. Con disimulo, cuelo la piruleta en su mochila abierta, colgada en el respaldo de la silla, y miro a mi alrededor por si me ha visto alguien, pero todos están concentrados en lo suyo, hablando con sus amigos, esperando a que entre la profesora o aprovechando los pocos minutos para copiar los deberes.

Una vez que la profe aparece, Hannah se sacude su largo cabello, y sus mechones, que huelen a fresa, caen sobre mi mesa.

—No me eches los piojos —le espeto, y enredo uno de sus mechones en mi dedo.

—Son los que me has pegado tú —me responde sin darse la vuelta. Gisela, su amiga, que se halla sentada a su lado, se gira hacia mí para fisgonear, pero luego se vuelve hacia el frente.

—¿Qué pasaría si ahora te corto el pelo? —le pregunto a Hannah.

—Que te quedarías sin huevos.

Me percató de que el tonto de Borjamari gira su cabezón hacia nosotros desde la primera fila con cara de mosqueo, y puedo apreciar cómo la vena de su frente palpita con fuerza, a pesar de que me encuentre lejos de él. Yo sigo jugueteando con el mechón pelirrojo en mi dedo y, de vez en cuando, le doy un pequeño tirón para intentar hacer rabiar a la persona que tengo sentada delante, pero me ignora.

Lo primero que hace la profesora al comenzar la clase es mandarnos un trabajo para mediados de mayo por parejas. Como era de esperar, ya trae los nombres preparados desde casa y tengo la mala suerte (o buena, depende de cómo se mire) de que me toca con Hannah.

Mi vida es un cliché con patas.

El año pasado también me tocó hacer un trabajo de Lengua con ella y estuvimos a cada rato como el perro y el gato, pero la profe nos puso buena nota al final.

—De verdad, qué mala suerte tengo —se queja la pelirroja en mitad de la clase, y Borjamari me lanza miradas asesinas desde su sitio, con la frente a punto de estallar y cometer una masacre, con los trozos de su microcerebro esparcidos por todos lados.

Como a veces soy un poco cabrón, me acerco al oído de Hannah para susurrarle:

—Sé que, en el fondo, te encanta que te haya tocado conmigo.

—Vete a freír espárragos, Kevin —me responde sin siquiera moverse, y yo me vuelvo a acomodar en mi sitio, sonriendo.

\* \* \*

Lo peor de cada día es cuando termina mi jornada en el insti y tengo que regresar a casa con mi hermana. Como siempre, mi madre está tirada en el sofá con su novio, compartiendo una cerveza a morro y un cigarrillo, y viendo un programa basura de la tele.

—¿Qué vas a preparar hoy para comer? —me pregunta Rebeca, y se sienta a la mesa vieja de la cocina, que tiene una pata coja.

Abro la nevera para mirar qué hay dentro, pero sólo encuentro más botellines de cerveza, el mismo yogur caducado de hace un mes, un *tupper* con alguna sustancia incomedible dentro, un vaso de leche, un paquete con chorizo en lonchas de a saber cuándo y... unas bragas. Rebusco algo en los armarios de la cocina, pero están vacíos, excepto por la suciedad que los adornan. Sobre la encimera diviso un paquete de pan de molde que caducó hace cinco días, aunque todavía se puede comer porque no se ha puesto verde.

—¿Sándwich de chorizo? —propongo.

—Bueno, vale —contesta mi hermana, desilusionada—. Si no hay otra cosa...

Cuando estoy concentrado preparándole su «comida», escucho la voz de mi madre detrás de mí.

—¿Cuándo piensas buscarte un trabajo?

Me doy la vuelta hacia ella y la veo apoyada en el marco de la puerta, de brazos cruzados. Su novio se mete en la cocina y me roba el sándwich de mi hermana para zampárselo.

—Estoy estudiando, mamá. No puedo. Además, dentro de unos meses tengo que presentarme a la selectividad.

—¿Qué dices, inútil? Si no sirves ni para estudiar. Lo que debes hacer es traer dinero a casa —me recrimina con odio—. ¿O acaso no ves cómo estamos? No tenemos para comprar comida y nos van a cortar la luz y el agua. Esto no nos ha pasado nunca cuando estaba tu hermano.

Simón, mi hermano mayor, era el que trabajaba desde que a mi madre la echaron de su empleo de limpiadora en un hotel hace un par de años, y con él nunca nos ha faltado de nada. Ahora se encuentra cumpliendo condena en prisión por diversos delitos bastante gordos: violar a dos personas (una de ellas es una niña de trece años), apuñalar a un chico y traficar con drogas, así que, sintiéndolo mucho por él, debe vivir una buena temporada encerrado. Mi madre está ciega, porque piensa que su hijito es inocente y que lo han metido ahí de manera injusta.

—Yo tengo que seguir yendo al instituto —insisto—. El año que viene quiero ir a la universidad y necesito sacar buena nota.

La respuesta de mi madre es echarse a reír y mirar a su novio, que también se carcajea.

—¿Has escuchado eso, Héctor? Que el zoquete este quiere ir a la universidad para convertirse en un pintamonas y morirse de hambre aún más.

—Tiene más pájaros en la cabeza de los que tenía yo a su edad —opina el otro.

Mi hermana permanece callada.

—Eres un egoísta, Kevin —me espeta mi madre—. Sólo piensas en ti; prefieres que tu familia se muera de hambre.

—Eso no es cierto —salta mi hermana en mi defensa—. Kevin nos quiere mucho, pero también necesita estudiar. Buscaos un trabajo vosotros dos.

—Tú te callas —le ordena mi madre—. Maldita mocosa.

—¿Nos vamos al bar, mi vida? —interviene el parásito de Héctor mirando a mi madre.

—Sí, anda. Necesito perder de vista esta casa y a los hijos que me han tocado. —Coge su bolso de encima de la mesa—. Mañana iré a hacerle una visita a Simón, que es el único que me entiende en esta familia. —Me dedica una última mirada—. Podrías ir a verlo de vez en cuando. Es tu hermano, desagradecido.

Tras insultarme como hace siempre, ella y su noviete se marchan al bar.

Eso sí, no tenemos para pagar las facturas ni para comer, pero ellos se pasan el día entero en el bar jugando a las tragaperras, y siempre se aseguran de tener la nevera llena de cervezas. Todo eso se lo permiten gracias a la paga que nos da el Gobierno todos los meses por no tener ni un duro.

—No le hagas caso a mamá —me aconseja mi hermana—. Dibujas y pintas muy bien.

Le sonrío, no muy convencido, y me centro en volver a prepararle un sándwich, ya que el otro ha sido engullido de un bocado por el parásito que convive con mi madre.

¿No me puede haber tocado una familia normal? La única que se salva es Rebeca.

# Capítulo 3

## Hannah

—¡Los tres amiguitos! ¡Lo he visto más deprisa! —nos grita el profe de Educación Física a mis amigos y a mí.

Nos ha ordenado correr media hora sin descanso, y encima tenemos que contar las vueltas que damos a la pista, como si fuera un puñetero concurso. No es que no me guste correr; es más, últimamente me ha dado por acompañar a mi padre los sábados y domingos por la mañana a hacer *footing*, pero la diferencia es que con él voy a mi ritmo y sin nadie que me obligue a dar más de mí misma. En clase es una tortura, porque parece una competición.

Me arrepiento muchísimo de haber escogido esta asignatura como optativa en segundo de Bachillerato; pensaba que sólo se hacía el vago.

—Me va a dar un patatús —comenta Samuel mientras trotamos, con la voz entrecortada y un par de gotas de sudor cayendo por su frente—. Estoy asqueroso.

—Necesito agua —interviene Gigi.

Me percato de que Kevin y Jorge nos adelantan de nuevo; he perdido la cuenta de las veces que lo han hecho.

—¡Parecéis tortuguitas! —se burla Jorge, que es estúpido desde que nació, y los dos se colocan a nuestro lado.

—¿Cuántas vueltas lleváis? ¡Nosotros vamos por la sexta! —nos cuenta Kevin con tono arrogante.

—¡Fuera de nuestra vista! —les grito, más roja que un tomate por el esfuerzo.

—Está bien. Hasta la próxima vuelta, que seguro que estaréis en el mismo sitio —se cachondea Kevin, y nos adelanta junto a su amiguito.

—¡Idiotas! —los insulto, y me quedo contemplando cada uno de los movimientos del trasero de Kevin.

Lo tiene bonito. Nunca me había fijado.

Sacudo la cabeza ante ese pensamiento estúpido y me concentro en correr, pero mis ojos se desvían hacia la espalda de Borja, que nos acaba de adelantar.

El miércoles quedé con él para volver a alimentar a los animales de la calle. Mañana, al ser sábado, vamos a pasar todo el día juntos, como una tercera cita, y tengo un poco de miedo porque siento que perderé mi tiempo tan valioso.

Tras acabar la clase de Educación Física agonizando, Gigi y yo nos refrescamos en el baño de chicas. Al final he conseguido hacer seis vueltas, algo que creo que no está nada mal, aunque el profesor haya puesto cara de espanto en cuanto se lo he soltado.

—¿Sigue en pie lo de mañana? —me interrumpe Borja en cuanto salgo del servicio, dedicándome una perfecta sonrisa. Su olor a menta me llega hasta el cerebro.

—Por supuesto. He reservado el día entero.

—Eso espero. No me vayas a decir que tienes que irte para hacer cosas.

—No lo haré —le aseguro.

Los estúpidos de Jorge y Kevin salen del baño de chicos, sin camiseta y fardando de torso.

Qué tontos son; ni que fueran supermodelos.

—Hannah, ¿me estás escuchando?

Vale, me he quedado atontada mirando a Kevin y no me he enterado de nada de lo que me ha dicho Borja.

—Sí, claro —respondo cuando desvío la vista hacia él—. Mañana quedamos a las once. —Me escabullo y camino deprisa, con la intención de alcanzar a los otros dos para soltarles—: ¡Poneos una camiseta, que no estamos en una playa nudista y tampoco estáis tan buenos!

—En realidad sueñas con verme metido en tu cama —me dice Kevin enseñándome toda su dentadura en una sonrisa.

—Sí, para asfixiarte con un cojín —le espeto, y hago un esfuerzo sobrehumano para no bajar la mirada de su rostro.

Después, continúo mi camino hasta la siguiente clase y me siento en la penúltima fila con Gigi, al lado de la ventana; los dos tontos de antes se acomodan en los pupitres de atrás.

Cuando llevamos veinte minutos de lección de Historia de España, Kevin comienza a jugar con mi coleta y me giro un par de veces para ordenarle que me deje en paz, pero, como a veces tiene la personalidad de un crío de tres años, no se digna a dejar de molestarme.

—Para ya —le pido, malhumorada, al girarme por enésima vez.

—Es que me hace gracia la cara de gilipollas que está poniendo Borjamari —me susurra sonriendo con inocencia—. La frente le va a estallar.

Miro hacia donde se encuentra Borja, sentado en uno de los primeros pupitres, con la vista clavada en nosotros y la vena de la frente palpitándole con pasión.

—No lo llames Borjamari —regaño a Kevin, que no para de manosear mi pelo—. Y suéltame la coleta.

Me giro para seguir atendiendo y el tonto decide que ya me ha molestado lo suficiente, porque no vuelve a tocar mi cabello en lo que queda de clase.

\* \* \*

El sábado por la mañana me levanto a las ocho. Tras correr junto a mi padre, no pierdo el tiempo en elegir la ropa que me voy a poner porque la tengo preparada desde el jueves por la tarde. Voy a llevar unos vaqueros blancos que me compré hace unos meses y que aún no he estrenado, un jersey azul y unos botines negros. Cojo una toalla de mi armario y me encamino hacia el baño para despertarme del todo con una ducha. Cuando ya estoy lista, sólo me falta esperar a que venga a recogerme Borja con su coche.

Bajo hasta el jardín para cotillear lo que hace mi familia y descubro a Leo tumbado en una hamaca como un marqués, mientras Aitor le hace la manicura y Mimi le coloca dos rodajas de pepino sobre los ojos y le esparce una sustancia viscosa por el rostro, que imagino que será alguna mascarilla de mi madre.

—¿Puedo saber qué hacéis? —inquiero, y me siento en la hamaca contigua.

Alan y mi padre están sentados en el césped, cada uno con su guitarra y con Leo júnior al lado, y mi madre se encuentra fumándose un cigarrillo, de pie y mirando al infinito.

—Tengo que cuidar mi cutis, ahora que salgo en la tele —me responde Leo, todo presumido—.

Me he convertido en un señorito.

—Si sólo sales de fondo como bailarín. No te flipes tanto.

—Huele a envidia de la mala.

—Uy, sí, no puedo ni dormir por las noches —le respondo, irónica.

—¿A dónde vas tan bella, Hannah Montana? —Alan aparece de repente y me abraza por la espalda como el hermano pegajoso que es.

—Tengo otra cita con Borja.

Toda mi familia está al tanto de mi especie de relación con ese chico y están deseando conocerlo (menos mi madre, que lo ve todos los días en el insti). Aunque mi hermano quiere saber si es buena persona, porque es muy sobreprotector con nosotros, y mi padre, para hacerle un interrogatorio y advertirle de que se quedará sin *Borjaconda* si se le ocurre hacerme daño.

De verdad, no entiendo la manía que tiene el señor que me trajo al mundo de llamar a todas las pollas con «conda» al final. La suya es *Alvariconda*; la de mi hermano, *Alanconda*; la de Leo, *Leoconda*, y así con todas. Da vergüenza ajena.

—Mirad allí —nos informa Mimi señalando con el dedo la entrada de nuestra casa.

Borja acaba de aparcar su coche y se apea, ataviado con una chaqueta azul marino y una camisa blanca, superelegante. Del asiento trasero saca un ramo de rosas rojas y después llama al telefonillo de la cancela.

Mi familia entera enmudece por primera vez en la vida. Mi padre ha dejado de tocar la guitarra y se ha levantado; mi madre está con la mandíbula desencajada y yo temo por el cigarro que sujeta, que es capaz de caérsele y provocar un incendio; Leo júnior contempla al extraño con curiosidad, sentado en el césped y chupándose un dedito; los mellizos ahogan unas cuantas risitas; Leo se ha incorporado, anonadado, y se le han caído las dos rodajas de pepino de los ojos; y Alan está dibujando un corazón con sus manos.

Ah, se me olvidaba... Nuestros gatos (la anciana de Moon y el obeso de Patata) lo observan con desconfianza desde otra hamaca y Dora (la perra) le dedica un ladrido, que significa que lo va a descuartizar.

—Señorita Hannah. —Espléndida aparece en el jardín—. Un señorito llamado Borja ha venido a buscarla. ¿Le abro?

—Sí, porfa.

La mujer desaparece y, desde dentro de casa, le abre la cancela a Borja, que se encamina hacia la puerta de la entrada, pero mi familia trastornada llama su atención moviendo los brazos para que entre por el jardín.

—Que te regale rosas rojas significa que tiene intenciones indecorosas hacia ti —susurra Leo.

—Cállate —le espeto.

—También puede significar que la ama —añade Alan, y me fijo en que se ha sacado una bolsa de purpurina de su bolsillo.

—Ni se te ocurra echarnos por encima esa cosa —le advierto.

Borja se acerca a nosotros con timidez y lo primero que hace es tenderme las flores.

—Para la rosa más preciosa que existe —me dice, y oigo cómo mis hermanos se ríen por lo bajo.

—Gracias. —Le dedico una sonrisa.

—Señorita Hannah, deje que las ponga en agua. —Espléndida aparece de la nada para robarme el ramo—. Son muy bonitas.

—Gracias, Espléndida.

Qué situación más bochornosa, por Dios.

—Buenos días —Borja saluda a toda mi familia con educación, una vez que nuestra ama de casa se marcha—. Encantado de conocerles.

Mi madre le da dos besos en las mejillas y le presenta a Leo júnior, y mi padre le estrecha la mano; yo rezo para que a nadie se le ocurra interrogarlo y le haga sentir incómodo cuando todavía nos estamos conociendo. Después, los mellizos son los siguientes; Aitor quiere saber si le gusta Pokémon y Mimi le pregunta si es un *machirulo* opresor, a lo que Borja responde que no a las dos cuestiones. Luego, Alan lo saluda, lanzándole un puñado de purpurina, y yo me tapo la cara con las manos, avergonzada.

—¡Bienvenido a la familia!

—Eh, cuidado, tío, que la chaqueta es de Dolce & Gabbana y la acabo de estrenar —se queja Borja sacudiéndose la ropa con la mano, como si mi hermano le hubiera tirado heces de caballo.

—Perdona a mi marido —interviene Leo, que se ha levantado de la hamaca—. Yo tengo en mi casa una camiseta de esas, pero de Dulce & Cavana, que se la compré a un gitano en el mercadillo de mi pueblo. —Le da un beso en cada mejilla, dejando pegotes de su potingue verde sobre el rostro inmaculado de Borja, y este último se queda perplejo.

Dios mío, me lo están asustando.

Espléndida, como su nombre le hace justicia, vuelve a manifestarse y le limpia la cara a Borja con un pañuelo de tela.

—Se acabaron las presentaciones por hoy —suelto antes de que mi cita salga huyendo, y miro a mi familia—. Nos vamos ya.

—Tened cuidado con el coche —nos dice mi madre mientras Borja y yo nos dirigimos hacia la entrada—. ¡Hannah, llámame cada cinco minutos!

Sí, claro, lo que me faltaba.

Borja y yo nos escondemos en su coche con rapidez y huimos lo más rápido posible de este vecindario.

—Tu familia es... —comenta, pensando muy bien la palabra con la que definir a esos locos—. Rara.

—Lo sé. Siento que te hayan hecho pasar un mal trago.

—No importa.

Analizo su expresión, pero parece que de verdad no le ha molestado el comportamiento de mi familia, aunque sí que es cierto que lo he visto agobiado e incómodo hace unos minutos, sobre todo cuando mi cuñado le ha dado dos besos en las mejillas y le ha manchado la cara de mascarilla, y cuando mi hermano mayor le ha arrojado purpurina.

Dejamos el coche aparcado por el centro de Madrid y pasamos el resto de la mañana paseando con tranquilidad por las calles y charlando. Bueno, para ser sincera, el que habla es él, porque yo intento decir algo y enseguida me interrumpe. Me cuenta que su ama de llaves le ha dejado una arruga en la camisa y que el cocinero de su casa ha preparado el café asqueroso; también tiene pensado hablar con sus padres porque quiere despedir a esos «inútiles».

Pero ¿qué se cree este tío? Es pijísimo y estiradísimo.

—¿Qué te parece si comemos aquí? —le propongo cuando nos detenemos en la puerta del Chon, una cafetería-restaurant que regenta mi tío John.

En realidad no es mi tío así como tal, sino un buen amigo de mis padres.

—¿Aquí? —Borja contempla el local con animadversión—. Pensaba invitarte a comer en un restaurante de prestigio.

—¿Qué? —Me echo a reír—. A mí no me van esas cosas tan elegantes. Prefiero comerme una buena hamburguesa con patatas fritas y una Coca-Cola.

—¿En serio? Si eso es comida de pobres. —Hace una mueca de asco—. Pero, si te hace ilusión, haré un esfuerzo por ti. —Me sonrío de medio lado.

¿Comida de pobres? ¡Si una hamburguesa le gusta a todo el mundo!

—Vale. —Cojo a Borja de la mano y nos adentramos en el local, que está abarrotado de gente—. Además, podemos pedir todo lo que queramos, porque mi tío no me cobra.

—No pienso irme sin pagar lo que he consumido. Tengo dinero suficiente y no soy un muerto de hambre.

Ocupamos una mesa del fondo, la misma donde me siento con mis amigos y mis hermanos cuando venimos, y nos ponemos a mirar la carta, aunque mi acompañante comenta que está pegajosa.

—¿Qué os pongo, pulguita? —me pregunta Niko, el hijo de mi tío, unos minutos después.

—A mí, una hamburguesa con queso, patatas fritas y una Coca-Cola.

—¿Tenéis caviar? —inquire Borja hojeando la carta.

—¿Caviar? —Niko ahoga una risita al oír eso. Yo hago un esfuerzo por no imitarlo—. Lo siento, pero no tenemos.

—Entonces, ponme lo mismo que ha pedido Hannah, pero me traes cuchillo y tenedor —le pide, y atisbo cierta arrogancia en su tono de voz—. Ah, y la Coca-Cola que sea *light*, y la hamburguesa que no esté hecha con carne de gato, que ya sé cómo sois los chinos, que os coméis hasta los murciélagos infectados.

Niko asiente con educación sin decir nada más, pero se nota que se lo está pasando bomba con el tipo que he traído. Antes de irse, me tira del moflete con cariño.

—Niko no es chino; es español con antecedentes coreanos —le espeto a Borja—. Y que sea la última vez que le hablas de esa manera.

—¿Te gusta ese tío?

No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿Niko? ¡Pero si es como un hermano para mí!

Aunque, a decir verdad, a todo el mundo le gusta Niko; el cabrón está musculoso y te sonrío de una manera muy sexy; además, es el tío más inteligente que conozco, pero un poco bobo porque se enamora de chicas que acaban rompiéndole el corazón. Mi hermano y Leo están intentando convencerlo para que haga un trío con ellos; mis amigos, Gigi y Samuel, babean cada vez que venimos a comer y está Niko sirviendo mesas; mi primo Dylan, que ahora vive en Barcelona porque está estudiando un Máster de Veterinaria, pierde el culo y la cabeza por él; y yo tengo que confesar que, de los doce a los quince años, estuve muy pillada de él, pero ahora sólo lo veo como un hermano.

Nos invade un silencio embarazoso hasta que Niko nos trae la comida; nos dice que nos aproveche y se vuelve a ir. Borja se coloca una servilleta como babero, alrededor del cuello de su camisa, y yo me quedo a cuadros.

—¿Qué haces?

—Es que no quiero mancharme la ropa nueva —me contesta con decisión, y comienza a comerse la hamburguesa con cuchillo y tenedor.

¿De dónde se ha escapado este tío? ¿Quién se zampa una hamburguesa con cubiertos? ¿Y quién estrena cada día ropa nueva? En el instituto se comporta como un chico normal y corriente... O eso es lo que pensaba yo.

—¿No puedes comer como las personas normales? —inquiero, avergonzada, porque siento que estamos haciendo el ridículo.

—¿Como un cerdo sin modales?

—¿Me estás llamando cerda sin modales? —le espeto, e intento parecer lo más serena posible para no montar un espectáculo, porque este tío lleva poniéndome de los nervios desde que hemos abandonado mi casa y la cita está siendo un completo desastre.

—Claro que no, pelirrojita. —Borja me mira fijamente y puedo ver algo de arrepentimiento en sus ojos marrones—. Tú eres una auténtica princesa comiendo.

Este día está yendo fatal. Todo está absolutamente mal en esta cita. Menuda pérdida de tiempo. ¿Será verdad que soy demasiado exigente en esto del amor? Yo miro a mis padres y se nota que se quieren un huevo después de pasar tropecientos años juntos, y también veo a Alan y a Leo, que no llevan tanto tiempo, pero son unos babosos con los que me dan ganas de vomitar arcoíris cada vez que presencio alguna escena de besuqueos entre los dos.

Voy a darle una segunda oportunidad a Borja. Como siga metiendo la pata, me voy a mi casa, porque mi cerebro sólo me está susurrando «amiga, date cuenta».

Mientras comemos, hablamos sobre lo que vamos a hacer el año que viene. De nuevo, él parlotea sin parar sobre que quiere estudiar Medicina en Oxford o en Harvard, porque en las universidades españolas va a perder el tiempo y no aprenderá nada, y yo pienso que este tío se cree mucho y no llega ni a pedo.

—Hannah, mira el muerto de hambre ese. —Borja señala hacia la terraza del establecimiento—. Está robando las propinas de las mesas.

Ladeo la cabeza hacia donde me dice y descubro a Kevin escondiéndose las monedas en el bolsillo de sus vaqueros con disimulo, así que lo siguiente que hago es dirigirme hacia donde se encuentra, con la intención de soltarle cuatro cosas.

—Eh, tú. —Me planto delante de él con los brazos cruzados, pillándolo con las manos en la masa—. ¿Se puede saber qué demonios haces robándole a mi familia?

—No estaba robando —replica, y suena tan estúpido que me río en toda su jeta.

—¡Pero si te he visto!

Un brazo me rodea los hombros y enseguida adivino que es Borja marcando territorio.

—Se te debería caer la cara de vergüenza —le dice mi acompañante a Kevin, y se saca la cartera de piel del bolsillo de su chaqueta para tenderle un billete de cinco euros—. Anda, devuelvo lo que has cogido y toma, que das pena.

Kevin mira el billete y luego reta con sus ojos verdes a Borja.

—Eso te lo puedes meter por el culo de estirado que tienes, tío.

—Kevin, devuelvo lo que has cogido —intervengo en son de paz—. Te prometo que no le diré nada a mi tío ni a Niko.

Al final, me obedece y suelta las monedas que ha cogido sobre la mesa justo cuando aparece el asiático.

—¿Qué pasa aquí? —exige saber, y Kevin me pide ayuda con su mirada.

—Pues que este... —Borja es el primero en hablar.

—Sólo lo estábamos saludando —lo interrumpo mirando a Niko—. Es Kevin. ¿Te acuerdas de él? Vamos juntos al insti.

—Ah... Sí, me acuerdo, pero parecía que estabais discutiendo —me contesta, y después se larga para continuar atendiendo mesas tras comprobar que no estábamos haciendo nada malo.

Kevin también se marcha, cabizbajo y con las manos metidas en los bolsillos. Siento un poco

de lástima hacia él, porque no conozco las circunstancias que lo han obligado a robar.

Sin embargo, la lástima me dura escasos segundos en cuanto descubro que el dinero de la mesa ha desaparecido por arte de magia.

¡Será mamón!

# Capítulo 4

## Kevin

El viernes a tercera hora me toca Educación Física, pero le digo al profesor que no puedo hacer ejercicio porque llevo todo el día con dolor de tripa, cosa que es mentira. Lo que de verdad ocurre es que no me doy una ducha desde el lunes, ya que nos han cortado el agua en casa por no pagar los recibos. No quiero que el olor corporal aumente y que todos mis compañeros de clase tengan que pasar por mi lado tapándose la nariz.

Durante el fin de semana pasado, conseguí algo de dinero gracias a las propinas que dejaban algunos clientes en los locales de Madrid, pero sólo me ha servido para comprar pan de molde, algún embutido, un par de cartones de leche y unas cuantas botellas de agua para que bebamos mi hermana y yo y no muramos deshidratados, porque mi madre y su novio tienen suficiente con sus cervezas.

Aprovechando que mis compis están dando clase en el patio, me escabullo sin que nadie se dé cuenta para meterme en el gimnasio, donde se encuentran todas las mochilas. Me doy prisa en robar unas cuantas monedas de algunas porque, si me quedo con muchas, son capaces de fijarse en que les falta dinero. No cojo nada de los macutos de Hannah y Jorge porque no soy capaz, pero, al llegar al de Borjarmari, descubro un iPhone de última generación.

Joder, si vendo este cacharro, me sacaría un buen pastizal. Además, no creo que el gilipollas le dé demasiada importancia, porque está podrido de billetes. Así que, sintiéndolo mucho, me guardo el teléfono en el bolsillo de mis vaqueros y regreso al patio para sentarme en un banco, como si no hubiera ocurrido nada.

Cuando acaba la clase, Jorge se acerca a mí mientras todos van a asearse a los servicios.

—Mis padres están fuera todo el fin de semana. —Se sienta en el banco, a mi lado—. Vente mañana a mi casa, si te apetece.

Analizo esa proposición en mi mente. Si voy a su casa, podré darme un baño después de acostarme con él y, con suerte, me regalará un *tupper* con comida hecha por su madre. Su familia sabe que la mía tiene problemas, pero hasta cierto punto, porque no me apetece generar lástima a los demás.

—Vale, allí estaré —decido responder.

—Antes de venir, procura darte una ducha, tío. —Se lleva un dedo a la nariz para darse un par de golpecitos, indicándome que huelo mal—. Soy tu amigo, pero no te ofendas. Llevas un par de días apestando.

—¿Qué? —Me quedo sin palabras, porque no tengo ni idea de qué decir.

—¿Desde cuándo no te duchas?

—Que te jodan —le espeto. Me levanto raudo del banco, me cuelgo la mochila al hombro y me encamino hacia los baños porque no quiero verle el careto a nadie.

Tampoco es que tenga muchos amigos. Sólo tengo a Jorge, que es una especie de follamigo; nos

lo pasamos bien juntos y no existe nada romántico entre nosotros.

En cuanto entro en el servicio de chicos y abro una de las puertas individuales con rabia, Hannah se cae sobre mí, y los dos nos damos de bruces contra el suelo.

Bueno, me doy yo, porque ella tiene la suerte de utilizarme como colchoneta.

—¿Qué demonios estás haciendo? —exijo saber con su rostro a escasos centímetros del mío, y me percato de que a mi lado se acaba de caer un rotulador negro.

—¿Qué demonios estás haciendo tú? —me responde, malhumorada.

—Este no es el baño de tías, por si no te has dado cuenta.

—Ya lo sé, no comparto la estupidez contigo.

En este mismo instante es cuando me doy cuenta, de verdad, de que la tengo encima, aplastándome las costillas y mirándome con intensidad, con esos ojazos marrones casi negros, que en cualquier persona me parecerían horribles, pero en ella me encantan. Sin embargo, me siento incómodo y no sé qué hacer ni qué decir.

—¿Puedes quitarte de encima? —consigo pedirle—. Me estás aplastando.

—Me quito porque quiero, no porque tú me lo pidas.

Hannah se incorpora y se plancha con las manos sus mallas negras; yo me levanto y me encorvo para recuperar su rotulador del suelo y entregárselo.

—Gracias —me dice con sequedad.

—¿Qué hacías aquí escondida?

—Pis, caca y cambiarme el tampón lleno de menstruación —me responde sin un atisbo de vergüenza—. ¿Algún problema en que una señorita como yo haga sus necesidades aquí? El baño de chicas siempre está a rebosar. Son unas meonas todas, ¿sabes?

Mis labios dibujan una fina línea y le obligo a mi cerebro a no mandar la orden a mi boca para que me ría.

—Ya... —suelto fingiendo seriedad—. ¿Y el rotulador?

—Es un aplicador —me contesta muy segura, y pienso que parece convincente—. En realidad es un rotulador-aplicador. Dos por uno. Si te apetece escribir algo, lo usas, y si quieres ponerte un tampón, también. Como eres un tío con pene, no entiendes estas cosas.

Al final, no puedo aguantarme más y me echo a reír.

—Qué historia más horrible te has inventado.

—Lo sé. —Forma una mueca con sus labios—. Me voy al patio, que tengo que comerme las croquetas y empanadillas que me ha preparado mi padre. —Antes de marcharse del servicio, se da la vuelta hacia mí y añade—: ¿Cuándo vamos a quedar para hacer el trabajo de Lengua?

—Cuando la señorita quiera. Avísame por WhatsApp.

Lo malo es que hace unos meses tuvimos que quitar el Internet de casa, y ahora debo estar metiéndole saldo al móvil con la poca pasta que robo en los bares cada cierto tiempo si quiero mantenerme comunicado.

Hannah se esfuma del servicio, no sin antes taladrarme con su mirada. Después, me meto en el habitáculo que ha dejado libre y cierro con pestillo. Echo un vistazo a todo lo que hay escrito tras la puerta y descubro unos cuantos tachones negros, provenientes del rotulador de la pelirroja; justo al lado, leo las palabras «Hannah comebanana», que no le habrá dado tiempo a tapar cuando la he pillado.

¿Quién habrá escrito eso de ella? Si Hannah nunca se mete con nadie, excepto conmigo (pero sólo nos lanzamos pullas el uno al otro sin una pizca de maldad).

Da igual. Ya me enteraré en otro momento.

Paso lo que queda de recreo aquí metido, husmeando el móvil de Borjamari, y descubro que Hannah lo ha dejado en visto cuando el bobo le ha enviado un ridículo poema.

*Oh, Hannah, mi bella pelirroja.*

*Oh, Hannah, mi bella flor.*

*Eres mi ángel pelirrojo*

*y yo soy tu alma gemela.*

*Me tienes enamorado,*

*y sé que tú también sientes lo mismo por mí.*

*Oh, Hannah, te entrego mi corazón.*

No me extraña que la otra no le haya respondido... Si es un texto malísimo y absurdo. Menos mal que no se va a ganar la vida como poeta.

En cuanto el timbre suena, me encamino hacia la próxima clase, pero me topo con Jorge en el pasillo, que se interpone en mi camino.

—Tío, perdóname por lo de antes. No quería ofenderte.

—No importa —le contesto.

—¿Sigue en pie lo de mañana? Puedes ducharte en mi casa.

—Sí, claro. Tengo ganas de estar contigo.

Entramos juntos en clase y nos sentamos en las mesas del fondo, detrás de Hannah, como casi siempre. Sin embargo, nuestro profesor de Filosofía hoy no viene solo, sino acompañado de la directora y de Borjamari.

—¿Qué querrá ahora la rompetechos? —inquire en un susurro Jorge, y Hannah, que lo ha oído, se gira hacia él para mirarlo de mala manera por insultar a su madre.

—Eres un imbécil —le espeta ella, y se vuelve hacia el frente.

Rompetechos no es un insulto tan malo, según yo. Si la mujer es bajita, qué se le va a hacer... Además, todos los profes tienen apodos, pero hay unos cuantos que me parecen bastante crueles.

—A ver, chicos, escuchadme un momentito, por favor —dice Ari mirando a la clase entera—. Durante la hora de Educación física ha desaparecido el móvil de Borja, vuestro compañero. Quien haya sido el ladrón, que lo diga ahora.

Mierda.

Los alumnos se quedan en silencio, mirándose los unos a los otros y esperando a que salga el culpable. Yo permanezco quieto en mi pupitre porque no pienso devolver ese cacharro y que todos me juzguen.

—¿Nadie ha sido? —vuelve a hablar Ari con los brazos en jarras, y después ladea la cabeza en dirección a su hija—. Hannah, mi chiquitina, saca tu móvil y marca el número de Borja.

La mayoría se ríe del apelativo cariñoso con el que ha llamado a su hija, y la aludida se pone colorada porque no le gustan las muestras de afecto de su madre en público. Después, se lleva su teléfono a la oreja, haciéndole caso a la directora, y comienza a sonar una melodía clásica, de Beethoven o de Mozart, tal vez.

Melodía que, por cierto, proviene de mi mochila.

Todos los presentes se han girado en mi dirección y mantienen sus ojos clavados en mí. Ari camina hacia donde me encuentro y se detiene ante mi mesa, aguardando a que saque el maldito cacharro. Como no me queda otra opción, lo libero de mi macuto y se lo entrego, bajo las atentas miradas de mis compañeros.

—Ven conmigo a mi despacho, Kevin —me ordena la directora. Acto seguido, se esfuma de la clase, haciendo ruido con sus tacones.

Me levanto y la sigo hasta donde me ha dicho, acompañado de Borjamari. Una vez que los dos tomamos asiento frente a Ari, ella comienza a hablar, dirigiéndose a mí primero.

—Kevin, sabes que en este instituto no se puede permitir algo tan grave como un robo hacia un compañero. ¿Por qué lo has hecho?

—No lo sé. —Me encojo de hombros, fingiendo desinterés, pero estoy cagado por el castigo—. Para molestarlo... Es que no lo soporto.

—Me tiene envidia, señora Ari —interviene Borjamari, y nos muestra su teléfono—. Como él no puede tener un iPhone de última generación, ni siquiera en sus sueños, se dedica a robármelo. —Me contempla con odio—. No lo podrías pagar ni naciendo diez veces, muerto de hambre.

Oímos un porrazo en la mesa que nos hace dar un respingo a Borjamari y a mí. Ari acaba de perder los papeles y ha golpeado con su palma la madera.

De verdad, esta mujer puede parecer la mismísima ternura personificada la mayor parte del tiempo, pero cuando se enfada, es el demonio.

—No pienso consentir que haya faltas de respeto en mi instituto —nos regaña, y después me mira con sus hipnóticos ojos verdes—. Kevin, a partir del lunes, vas a estar expulsado durante una semana.

—¿Sólo una semana? —salta Borjamari—. ¿Sabes cuánto me ha costado el móvil, Ari?

—Sí, muchísimo. Ya lo sabemos todos. —Pone los ojos en blanco, exasperada—. Volved a clase los dos.

Cuando salimos de su despacho, Borjamari me pasa por delante de las narices su maldito teléfono caro unas cuantas veces, restregándomelo.

—Ni en sueños podrás conseguir esta preciosidad. —Y me adelanta.

—Mamarracho —murmuro para mis adentros.

No entiendo la manía que tienen algunos ricos de fardar sobre las cosas caras que se compran; parece que lo hacen sólo para enseñárnoslas a los que tenemos poco dinero. Menudas vidas tan vacías deben tener esos pijos.

\* \* \*

Al llegar a casa, la situación es la misma de siempre: mi madre y su novio tirados en el sofá mientras yo me encargo de hacerle la comida a Rebeca (un sándwich de jamón de york). Mi hermana admite que está cansada de comer lo mismo, pero yo no puedo hacer otra cosa porque no tenemos dinero, y me duele que mi madre la esté criando en estas condiciones infrahumanas. Necesito encontrar un empleo a tiempo completo cuanto antes para que este panorama se acabe, pero también quiero estudiar, y las dos cosas son incompatibles.

—Kevin —me llama mi madre, que acaba de entrar en la cocina—. La directora de tu instituto me ha llamado hace un rato y me ha contado que te ha expulsado una semana por robar un móvil.

Joder, pensaba que Ari no iba a informar a mi madre sobre esto. Tengo diecisiete años; se supone que ya no soy un crío y que los padres no pintan nada en la vida académica de sus hijos.

Me como mi sándwich en silencio, sentado a la mesa y sin mirar a mi madre.

—¿Cómo tienes tan poca vergüenza, niño? —Empuja mi cabeza con su mano, pero yo no pierdo la compostura—. ¿Para eso quieres ir al instituto? ¿Para ser un ladrón? Nosotros somos una familia honrada y trabajadora. No tengo ni idea de a quién cojones has salido tú... Bueno, sí, al hijo de puta de tu padre. —Otro empujón en la cabeza, esta vez con más rabia—. Inútil de mierda.

Al final, me canso de sus palabras hirientes y me levanto de la silla para plantarle cara, aunque lo sienta en el alma por mi hermana, que no me gusta que presencie estos escenarios.

—¿Una familia honrada? —le espeto a mi madre, y finjo reírme—. Que yo sepa, una familia honrada no se gasta la paga en las tragaperras ni en cervezas, ni tampoco deja a sus hijos sin comer, como lo estás haciendo tú. Alguien honrado tampoco va por ahí violando a gente ni traficando con drogas, como hizo Simón.

La respuesta de mi madre es regalarme una sonora y dolorosa bofetada en la cara.

—Vete de esta casa ahora mismo. —Se me queda mirando con los ojos inyectados en sangre—. No quiero volver a verte. No sirves para nada. Ojalá te hubiese abortado en su momento, desagradecido.

—No puedes echarme de casa, mamá.

—¡Claro que puedo! —Me sujeta del brazo con toda la fuerza que tiene, porque es algo menuda, e intenta arrastrarme hasta la puerta de la entrada. Rebeca ha comenzado a llorar y Héctor nos contempla, riéndose, bebiéndose una cerveza y rascándose la barriga—. Hasta que no traigas dinero, no vas a volver a entrar en esta casa, subnormal. ¡Aquí mando yo!

—¡Pero, mamá! —exclamo haciendo todo lo posible para que me suelte—. No estás hablando en serio.

¿Cómo me puede estar echando? A mí. A su propio hijo. Se supone que las madres son las personas que más te quieren en el mundo y no permitirían que te ocurriese nada.

Héctor decide ayudarla y, entre los dos, me sacan del apartamento como si fuera un perro pulgoso. El corazón me late con fiereza y me entran unas inmensas ganas de llorar y de darle una patada a algo.

—Lo siento, chico —se disculpa su noviecito sin borrar su sonrisa del rostro.

—¡Ahí te quedas, escoria! —exclama mi madre con odio, y me cierra la puerta en las narices.

Permanezco un buen rato como un pasmarote en el descansillo, pensando que esto no puede estar pasándome a mí, pero decido marcharme del bloque, en dirección hacia ningún lado.

¿Cómo ha sido capaz mi madre de echarme de casa? ¿Ahora quién cuidará de mi hermana si ellos pasan de ella?

No tengo a dónde ir, ni dinero, ni ropa. Tampoco quiero molestar a mi amigo con mis problemas, y mucho menos puedo pedirle que me acoja en su casa como si estuviera huérfano, así que no me queda otra opción que pasar lo que queda de día y la noche entera en la calle.

\* \* \*

Al día siguiente, tengo la suerte de pasar toda la tarde en casa de Jorge. Antes de haber hecho nada con él, le he pedido si me podía dar una ducha y me he visto obligado a mentirle, contándole que nos han cortado el agua en casa. No pensaba follar con él apestando como un cerdo.

Ayer salté la verja del instituto y dormí en uno de los bancos del patio, muerto de frío y haciéndome la espalda pedazos, y también llevo sin meterle nada a mi estómago desde el sándwich que me comí en el zulo antes de que mi madre me echara, de modo que mis tripas no paran de rugir, hambrientas y delatándose, pero lo bueno es que Jorge no las oye porque se ha quedado frito tras terminar.

Salgo de la cama, me coloco mis calzoncillos y voy derecho a la cocina. Encuentro en la nevera un *tupper* repleto de macarrones con queso y los engullo como un desesperado en la mesa sin calentarlos siquiera, aun sabiendo que me pueden sentar mal.

Joder, no había probado unos macarrones tan deliciosos en toda mi existencia.

Mientras zampo, miro mi móvil, que ha terminado de cargarse hace unos minutos con un cargador de mi amigo, pero no tengo nada importante en mis redes sociales porque nadie me echa de menos. De mi hermana no sé nada desde ayer y estoy muy preocupado por ella, por si no ha comido nada o mi madre y el noviete la están tratando mal.

De pronto, me llega un mensaje de Hannah al WhatsApp:

Tontaina: «¿Quedamos el lunes a las cinco de la tarde, en el Chon, para empezar el trabajo?»

Le respondo al instante:

Yo: «Qué remedio»

Como en ese sitio no le cobran nada, igual me invita a algo para merendar.

Tontaina: «Me hace la misma ilusión que a ti, no te preocupes»

Sonrío.

Yo: «Pero no puedo estar tanto tiempo contigo, porque me va a explotar la cabeza de lo insoportable que eres»

Tontaina: «Y tú me vas a contagiar tu bobería. Menos mal que me voy a librar de ti durante una semana en el insti»

Yo: «Me vas a echar de menos, ya verás»

Me envía el emoji de la caca con ojos y se desconecta.

—¿De qué te ríes tanto? —me pregunta Jorge, que acaba de entrar en la cocina, en calzoncillos y bostezando.

—De nada. —Dejo el móvil sobre la mesa.

Él se sienta en la silla que hay frente a mí y su mirada se posa en mi *tupper* vacío durante unos segundos.

—Esos macarrones con queso eran mi cena de esta noche, tío. Ya te vale.

—Lo siento, pero tenía hambre. —Me encojo de hombros con expresión de chulería.

—No pasa nada. Sabes que estás en tu casa y tienes permitido coger lo que quieras. Además, puedes quedarte a dormir hasta que vuelvan mis padres el lunes por la mañana.

Me quedo callado sin saber muy bien qué decir.

¿Habrá adivinado que mi madre me ha echado? No creo, porque no le he contado tantos detalles.

—No hace falta —me atrevo a responder.

Jorge se levanta, se acerca a mí para abrazarme por la espalda y apoya su cabeza en mi hombro.

—Venga, no seas estúpido. —Me besa el cuello—. Tenemos la casa para nosotros solos. Podemos pasar un fin de semana tranquilos, haciendo lo que nos dé la gana en cualquier parte. No hace falta que pases por tu piso para coger ropa limpia porque te voy a dejar la mía, y tienes comida rica y agua caliente, ¿qué más quieres?

Es una idea bastante tentadora, pero no quiero aprovecharme porque, desde hace unas semanas, noto que Jorge está cambiado conmigo, y el motivo puede ser que esté empezando a sentir algo por mí.

—Oye, tío —le digo mientras se centra en morderme el lóbulo de la oreja—. Sabes que lo que tenemos nosotros no es nada serio, ¿verdad?

—Claro, ya lo hablamos el primer día. Por mí, no hay ningún problema. Sé que te gusta la pelirroja esa.

—Bien.

—Entonces, ¿te quedas hasta el lunes por la mañana? —me susurra al oído, y yo me estremezco.

—Vale.

A partir del lunes por la tarde, tendré que volver a buscarme la vida hasta que mi madre decida entrar en razón. Si mi hermana se conecta a su WhatsApp desde el Wifi de la casa de alguna de sus amigas a lo largo del fin de semana, le preguntaré si está bien y le pediré que me lleve al insti la mochila con algunas de mis pertenencias, mi bloc de dibujos y los materiales para clase.

# Capítulo 5

## Hannah

El lunes por la tarde, entro en el Chon y diviso a Kevin sentado a una mesa, esperándome. Me encamino hacia allí con las mismas ganas que tengo de tirarme por un puente: o sea, cero.

Acabo de venir de echarles de comer a los animalitos de la calle y no me apetece perder el tiempo con ese tipo con la cantidad de tareas interesantes que tengo que hacer. Encima, a Borja no le parece bien que quede a solas con un compañero para hacer el trabajo, y más si ese mismo compañero fue el que le robó el móvil; me ha dicho que, después de sus clases de pádel, se presentará en el establecimiento para unirse a nosotros. No hemos hablado sobre nuestra «relación» de manera seria, aunque me ha seguido acompañando algunas tardes para alimentar a los animales, en plan «cita», pero aún no nos hemos dado ni un beso; tampoco es que me apetezca demasiado.

—Acabemos con esto cuanto antes —le digo a Kevin cuando llego hasta él—. Haz sitio.

Se hace a un lado del sillón para que quepamos los dos y coloco mi ordenador portátil en medio de la mesa porque él no tiene. Saco de mi mochila mi estuche y unos cuantos folios, y le pido a Niko que me traiga croquetas, empanadillas y una Coca-Cola para mí sola. No pienso invitar al gorrón de Kevin a nada; que se pague él su merienda.

—¿Por dónde empezamos? —me pregunta con su voz tan irritante, y me llega un ligero aroma a jabón.

Por lo menos se ha dignado a bañarse, porque llevaba unos cuantos días oliendo a sobaco, el muy guarro.

Acerca sus manos al teclado de mi portátil, pero las aparto de un golpetazo de manera automática. Kevin me mira con la ceja enarcada.

—No toques mi portátil con tus sucias manos —le espeto.

—Mis manos están limpiísimas, señorita. —Me las restriega por la cara, desde la frente, pasando por la nariz, las mejillas y los labios, y terminando por el cuello.

Como el idiota no deja de manosear mi rostro, intento desprenderme de sus manos, pero me es imposible y lo único que consigo es morderle con fuerza en una. A Kevin se le escapa un quejido y comienza a tirarme del pelo para que lo suelte.

Este tipo consigue sacar a mi niñata inmadura interior.

Decido dejar de morderlo porque me está haciendo daño con los tirones, y lo siguiente que hace es acariciarse la mano, donde le he tatuado una buena marca de mis dientes.

—Casi me la arrancas, salvaje —me espeta mirándome con sus intensos ojos verdes.

—Más te vale no haberme pegado alguna infección en las encías por morder tu apestosa mano, Caraculo.

—Eres una mamona —contraataca.

Me levanto, cabreada, y me dirijo hacia la barra para pedirle a Niko unas cuantas servilletas,

ya que se ha olvidado de ponerlas.

—Parecíais macacos peleándoos —me dice en tono burlón—. Los que se pelean se desean.

Apoyo los codos sobre la barra y lo miro fijamente, sonriendo con maldad.

—Dylan Darío —pronuncio el nombre prohibido—. Estará solito en Barcelona, echándonos de menos a todos, pensando en su «peque», tachando los días en el calendario para poder verte...

Niko se ríe con ironía.

—Cuánta imaginación tienes, Hannah Montana.

—¿Extrañas darle *tras tras por detrás*? —continúo burlándome.

A veces puedo ser una capulla, lo sé.

Mi amigo posa sus grandes manos en mis mejillas y me las estruja, con una sonrisita dibujada en sus labios.

—Te estoy dedicando un montón de insultos en mi mente —me dice—. Pero no te los pienso soltar en la cara porque eres mi hermana, y tu padre y tu hermano me cortarían las pelotas.

Intento responderle algo inteligente, pero no puedo hablar porque todavía me está estrujando los mofletes. Entonces me suelta, coge un par de servilletas y las planta sobre la barra, diciéndome que me lo pase bien con «mi amiguito». Le lanzo un beso por el aire y regreso a mi mesa con Kevin, que no se ha movido y parece que tampoco me ha cotilleado el portátil.

—¿Seguimos? —pregunto.

—Ni siquiera hemos empezado todavía, lista —me contesta con desdén.

Observo mi plato con empanadillas y croquetas, y me percató de que me falta una de las últimas.

Sí, las tenía contadas.

—¿Me has robado una croqueta? —le espeto.

—Sí. Se estaban enfriando —suelta con todo el morro.

No puedo entender cómo me puede cabrear tanto este imbécil.

—Pues ni se te ocurra coger más. Pídete tú las tuyas.

Dejamos nuestra guerra en pausa y nos disponemos a hacer el dichoso trabajo sobre la Generación del 27 en serio y, lo más importante, sin matarnos el uno al otro. El tiempo se nos pasa volando y, cuando la hora de mi móvil marca las nueve de la noche, estoy exhausta y en lo único que pienso es en meterme en mi cama y dormir como un bebé, después de tomarme un vasito de leche, preparado por mi padre.

Y me sorprende que Borja no haya aparecido... Habrá tenido una tarde bastante liada.

—Creo que será mejor que sigamos otro día —comenta Kevin.

Yo estoy con la cabeza recostada sobre la mesa y los ojos cerrados, a punto de quedarme dormida.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo, Kev.

¿Kev? ¿En serio? ¿Por qué me ha salido llamarlo por ese diminutivo?

—Si quieres, te acompaño a tu casa. Así no te vas sola.

Me incorporo, me restriego los ojos con las manos y cojo mi móvil.

—No hace falta, hombretón. Les diré a mis padres que vengan a recogerme.

Aviso en el grupo de WhatsApp de mi familia que se me ha hecho tarde, y mi padre, como es tan majo, se ofrece para venir a buscarme con el coche. Después, vuelvo a recostar mi cabeza sobre la mesa para seguir descasando, pero el idiota que tengo al lado no para de molestarme, dándome golpecitos con su dedo en la mejilla.

—¿Sabes dónde te puedes meter ese dedo? —le digo volviéndome a incorporar unos minutos

después, cuando me canso de su jueguito.

—¿En el culo? —inquire con una media sonrisa, haciéndose el tonto.

Bueno, no se hace el tonto, es que directamente lo es.

—Sí, en el culo.

—Prefiero otra cosa más grande, la verdad —se mofa sin borrar su sonrisa.

—Gracias por la información, pero no me interesa tu vida privada, aunque ahora entiendo por qué Jorge y tú vais siempre juntos al baño.

—Qué lista eres, Hann. —Me tira del moflete—. Con eso me confirmas que las tías vais de dos en dos al baño por el mismo motivo.

—Claro, nos frotamos las almejas mutuamente —le contesto, irónica, y él se echa a reír.

—¿Juegas en el mismo equipo que el mío?

—No lo sé —confieso—. En realidad me siento una impostora como bi, porque nada más que me he liado con una chica alemana, y fueron unos besos tontos en una fiesta. En cuanto al género masculino, sólo he tenido sexo con un tío. Es que soy muy exigente con las personas.

—Si te sirve de consuelo, yo no he estado nunca con una chica, ni siquiera he besado a ninguna. Se me escapa una risotada.

—No me sorprende, porque eres insoportable. —Hago una breve pausa, preguntándome por qué estamos confesándonos esto—. Y no sé por qué te estoy contando mis intimidades. Será culpa del cansancio.

—Sí, debe ser eso —me da la razón, asintiendo con la cabeza—. Además, tienes un careto de fea...

Quiero devolverle el insulto, pero mi cerebro se encuentra atontado en este momento.

Contemplo los labios de Kevin y, un instante después y no sé cómo, se funden con los míos.

Entre lo agotada que estoy, lo bien que besa este idiota y que mis neuronas se han metido en la cama ya, no tengo la fuerza suficiente para detener este momento.

Hasta que unos chillidos, que parecen los de unas fanáticas dementes, nos cortan el rollo. Kevin y yo ladeamos nuestras cabezas hacia la entrada del Chon, donde está mi querido padre rodeado de admiradoras, firmándoles autógrafos en servilletas o en sus escotes y haciéndose fotitos con ellas.

No puedo tener un padre normal... En vez de quedarse esperándome en el coche y mandarme un mensaje para que salga, tiene que entrar aquí y llamar la atención con su presencia.

—No me jodas —mascullo, y me golpeo la frente con mi palma.

Kevin se ríe a mi lado.

—Tu padre es muy guay.

—No. Da vergüenza ajena.

Cuando el señor que me engendró termina de hacer el payaso con sus admiradoras, se acerca a nuestra mesa.

—¿Nos vamos, princesita?

—Hazme el favor de no llamarme de esa forma en lugares públicos —le ordeno mientras recojo mis cosas, y oigo la risita ahogada de mi acompañante.

—¿Por qué, princesita? —quiere saber mi padre.

—Porque me dejas en evidencia.

—De acuerdo, princesita.

Le lanzo una mirada asesina, y él coge mi mochila y se la cuelga al hombro, con la intención de llevarla al coche como si yo estuviera inválida.

—Puedo llevarla yo, papá —le digo levantándome de mi asiento.

—¿Quieres que te acerquemos a tu casa, Kevin? —le propone mi padre, pasando de mí.

—No hace falta. Iré en metro.

—¿Seguro? No me cuesta nada llevarte —insiste ese señor.

—Papá, ya te ha dicho que no. No seas pesado —intervengo, y miro a Kevin—. ¿Quedamos el jueves a la misma hora? —le pregunto, y mi compi asiente con la cabeza. A continuación, arrastro el plato sobre la mesa, en su dirección—. Puedes comerte lo que me ha sobrado. —Le sonrío—. Nos vemos.

—Adiós —me responde con demasiada seriedad y algo incómodo.

Mi progenitor se despide de él con la mano y dedicándole una sonrisa, y luego abandonamos el establecimiento. De camino a mi casa en el coche, pongo la radio, que tiene el *pendrive* enchufado, y la primera canción que sale es una de mi padre.

No conozco a nadie que se quiera más a sí mismo que este señor. Al pobre hombre le hace ilusión escucharse mientras conduce, qué se le va a hacer.

—¿No tienes nada que contarme? —me pregunta con la vista fija en la carretera.

—No, que yo sepa.

—No sé... Algo sobre tu nueva profesión de dentista, porque menuda limpieza bucal le estabas haciendo a ese chico.

Desvío la mirada de la carretera y la poso en él, perpleja. Se está partiendo el culo de risa a la vez que sujeta el volante.

—¡Papá! ¡Céntrate en conducir, que no quiero que dejes a mamá viuda tan joven y a mis hermanos, huérfanos!

—Pensaba que estabas con ese tal Cayetano —continúa sonsacándome información para luego hacer de marujo con mi madre.

—Se llama Borja, no Cayetano —lo corrijo—. Se supone que estoy con él, pero no hemos hablado sobre ese tema. Y el beso con Kevin ha sido un error porque estaba cansada y mi cerebro superdesarrollado no me funcionaba bien.

—Ya, cansada... —murmura con la expresión llena de diversión, sin creerme.

—Ay, déjame, papá. —Apoyo media cara en la ventanilla, dando por finalizada esta conversación.

De verdad que ha sido un error el beso con Kevin. No se va a volver a repetir jamás; no quiero más caos en mi rutina planificada.

\* \* \*

—Disculpa por no haber ido ayer a ese sitio de pobres para estar contigo —me dice Borja al día siguiente, a la hora del recreo—. Se me hizo tarde en las clases de pádel.

—No pasa nada. No noté tu ausencia y el tiempo se me pasó volando, haciendo el trabajo con Kevin.

Al oír ese nombre, Borja hace una mueca de desagrado.

Estamos sentados en un banco del patio; yo, comiéndome las empanadillas que me ha preparado mi padre, y Borja, su bocadillo de jamón serrano.

—¿Toda la tarde estuvisteis haciendo el trabajo? —quiere saber, curioso.

—Sí. Nos dieron las nueve de la noche en el Chon y tuvo que venir mi padre a recogerme.

Borja se me queda mirando, como sintiéndose culpable, pero se nota que se ha puesto celoso.

—Ahora me siento mal... Podría haberte llevado yo a tu casa con mi Mercedes de cincuenta y dos mil euros.

Me encojo de hombros y le doy un mordisco a mi empanadilla.

—No importa. Sé apañármelas solita.

—De todas formas, te he comprado un regalo para compensarte. —Se saca algo del bolsillo de sus pantalones de color caqui y me lo entrega.

Suelto mi *tupper* sobre el banco, cojo la cajita de terciopelo azul y no tardo en abrirla para encontrarme con unos pendientes con forma de oso, de la marca Tous.

—Vaya, qué bonitos —comento fingiendo que me he emocionado y que me han encantado, con los ojos y la boca abiertos de una forma de lo más exagerada.

Nunca me he puesto pendientes porque no me llaman la atención. De hecho, ni siquiera tengo los correspondientes agujeros en las orejas, porque mis padres no me los hicieron cuando nací; querían que yo decidiera por mí misma. Además, ¿para qué necesito llevar pendientes si me los voy a tapar con el pelo? No tiene ningún sentido.

—Póntelos ahora —me propone Borja.

—¿Qué? —suelto, y hago tiempo para pensar en algo coherente que responderle—. No quiero que se me pierdan por el instituto.

—Venga, Hannah, no seas tonta —insiste, y me roba la cajita—. Quiero ponértelos yo.

Al final, no me queda más remedio que confesarle mi «problemilla» y le enseño una oreja, escondiendo los mechones de pelo detrás.

—Es que no tengo agujeros, así que no puedo ponerme pendientes. Lo siento.

—Qué raro. —Borja contempla mi oreja con detenimiento y la palpa por todos sitios, creyéndose que le estoy gastando una broma de mal gusto—. Todas las chicas los tienen.

—Pero yo no. —Vuelvo a esconder mi oreja de Dumbo, heredada de mi padre—. No puedo aceptar tus pendientes.

—Si quieres, te acompaño esta tarde a un sitio para que te hagan los agujeros. Estarías más guapa llevando los pendientes que he decidido regalarte con todo mi amor.

—Eh, no quiero. Quizás algún día —miento.

—Está bien. Te tomo la palabra. —Me sonrío y me devuelve la caja, pero se nota que está desilusionado, aunque me importa un pepino—. Quédátelos mientras tanto.

—Gracias. —Le devuelvo la sonrisa.

Sin embargo, Borja se acerca tan rápido a mis labios que no me da tiempo de hacerle otra cobra y estampa su boca contra la mía, metiéndome la lengua de manera forzada. Tras un par de segundos procesando este beso con sus morros pegados a los míos, me separo de él con educación y el timbre me salva de esta situación.

—¡Tenemos que ir a clase! —exclamo, nerviosa, y guardo el *tupper* vacío y la caja con los pendientes en mi mochila—. ¡Vamos a llegar tarde!

Borja me contempla como si se me hubiera pirado la pinza y yo camino con paso ligero hacia la próxima clase, huyendo de él.

—Me has abandonado en el recreo —me reprocha Gigi en cuanto nos sentamos en la penúltima fila del aula—. He tenido que soportar que Samu me leyera sus poemas eróticos sobre un babuino que se enamora de un indio.

Me echo a reír y doy gracias por no haber estado presente.

—Lo siento. He estado con Borja. —Me encojo de hombros con inocencia; después, le enseño por debajo de la mesa el regalo que me ha hecho.

—Guau. Son preciosos —comenta, sorprendida—. Pero no tiene mucho sentido si no los usas.

—Ya. —Escondo los pendientes—. No sé qué haré con ellos. Encima me ha dado un beso sin que me lo esperara.

—Entonces, ¿vais en serio?

—Ni idea... Supongo que estamos saliendo, pero no lo sé. Yo no me entero de estas cosas, porque siempre voy a lo mío.

De pronto, siento un tic en el ojo, el mismo que se manifiesta cuando me estreso.

—Tía, eres un desastre —me dice mi amiga entre risas.

—Ya lo sé.

Me doy la vuelta para coger de la mochila, que está colgada en la espalda de mi silla, el libro de Historia de España y mi estuche, pero descubro que hoy tampoco hay rastro de ninguna piruleta, como ayer.

Mi admirador o admiradora se habrá cansado de colarlas en mi macuto al enterarse de que tengo una especie de relación con Borja.

—Hoy tampoco tengo piruleta —le cuento a Gigi al girarme hacia el frente.

—¿Quién ha faltado dos días seguidos?

Recorro con mi vista el aula, deteniéndola en cada alumno, pero me fijo en que los que no han asistido hoy a clase sí lo hicieron ayer, a excepción de Kevin, que está expulsado, y dudo mucho que sea él mi admirador.

—Kevin, pero es imposible —le respondo a mi amiga—. No nos soportamos. Además, también puede ser un alumno de otra clase.

—O algún profesor —se burla.

—Cállate, anda.

De todas formas, estamos a primeros de marzo y tengo hasta final de curso para descubrir quién es la persona de las piruletas y los Chupa Chups.

# Capítulo 6

## Kevin

Ha pasado una semana desde que mi madre me echó de casa y voy sobreviviendo a base de las ridículas propinas que me encuentro en las terrazas de los bares y de las sobras que deja la gente en sus respectivas mesas. En otras circunstancias me hubiera dado asco, pero cuando mi estómago no para de rugir tras haber estado un día entero sin meterle nada, entonces me da igual de dónde provenga la comida.

Hoy es sábado, y el lunes debo volver al instituto. Para dejar de dormir en el patio porque me muero de frío y tengo un dolor de espalda insoportable, he ideado un plan para meterme en conserjería y robar las llaves del gimnasio; sólo espero que no me descubran.

A mi hermana la he visto cada día en la puerta del instituto; me ha traído unas cuantas cosas y me ha contado que ha intentado convencer a nuestra madre para que me deje volver a casa, pero ella sigue en sus trece, e incluso la ha castigado sin salir durante un mes porque no paraba de molestarla con ese tema. Rebeca se ha estado alimentando con sándwiches gracias al paquete de pan de molde que compré antes de que me echaran; el lunes me trajo un bocadillo para que almorzara, pero se lo devolví para que comiera ella y le mentí, diciéndole que me estaba quedando en casa de un amigo y que no hacía falta que me trajera comida para que no se preocupara por mí.

Con Hannah he quedado un par de veces más en el Chon, pero de manera seria para hacer el trabajo, sin soltarnos pullas el uno al otro, algo que me sorprendió bastante, porque nunca nos hemos comportado entre nosotros como adultos. Supongo que sería culpa del beso que nos dimos el lunes, que nos ha cambiado. En ese momento la vi tan guapa y graciosa por culpa del cansancio que no pude resistirme a juntar mis labios con los suyos.

Hoy me he venido al Chon para seguir mangando monedas. Me he comido un plato de patatas fritas entero, que han dejado unos clientes abandonado en una mesa de la terraza. No me explico por qué la gente pide comida si no se la va a zampar; dinero tirado a la basura.

Bueno, en realidad, esas patatas no han acabado en la basura, sino en el fondo de mi estómago. Sólo espero que nadie me haya visto para compadecerse de mí.

Paseándome por el interior del local, me percaté de que, en la barra, se encuentra Alan, el hermano mayor de Hannah, hablando con una chica, de espaldas a mí y con el móvil fuera de su vista, descuidado.

Cuánta paz mental y confianza debe tener la gente que deja sus pertenencias sin vigilancia y a la vista de todo el mundo, para que aparezca el primer neandertal y se las robe.

Ese neandertal soy yo, porque me acerco con sigilo a él y miro a mi alrededor por si alguien me está observando. De manera disimulada, me hago con el móvil, que es otro iPhone de última generación, y me lo escondo en los bolsillos de los vaqueros. Me alejo, sin cruzar la vista con nadie y mirando el suelo, hasta que me choco con un tío.

Es Leo, la pareja de Alan, y me está contemplando de brazos cruzados con expresión neutra. Espero que no me haya visto.

—Hola —lo saludo sin una pizca de emoción.

—Devuélveme el móvil de mi principito —me ordena tendiéndome su palma.

Joder, soy patético como ladrón. Menos mal que no me gano la vida robando.

—¿Qué móvil? —Me hago el tonto, con las manos metidas en los bolsillos.

—El que acabas de robar, sinvergüenza.

—¿Qué dices, atontado? Yo no he robado ningún móvil —replico poniéndome a la defensiva.

A este tipo lo respeto y me cae genial porque es un trozo de pan, pero quiero intentar parecer duro con él, aunque se me dé como el culo.

—¿Qué pasa? —nos interrumpe Alan, que acaba de acercarse a nosotros, y se me queda mirando—. Hola, Kevin —me saluda dedicándome una sonrisa.

—Hola.

—Este tío te acaba de robar el móvil, cariño —me delata Leo señalándome con su dedo.

Alan se palpa los bolsillos de sus vaqueros rosas, buscando su teléfono, pero es evidente que no lo encuentra porque lo tengo yo. Tras unos segundos, vuelve a posar sus ojos azules en mí y me extraña que no parezca enfadado, ni alarmado ni preocupado por el paradero de su iPhone, cuando a cualquier persona normal le daría un infarto si lo pierde.

—Está bien, no pasa nada —me dice, comprensivo—. Si has decidido robármelo, puede ser que lo necesites más que yo, así que te lo regalo, pero me gustaría recuperar la funda de unicornio y las fotos, que no quiero perderlas y son muy importantes para mí.

Permanezco atónito.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco? —le espeta Leo—. ¡No puedes regalárselo! De bueno eres tonto, mi amor.

Ahora me siento fatal por habérselo robado después de todo lo que le ha hecho mi familia. Alan es otro trozo de pan y no se merece esto.

Arrepentido, libero el aparato del bolsillo de mis pantalones y se lo tiendo.

—Lo siento —me disculpo sin atreverme a mirarlo a la cara.

Sin embargo, él no coge su móvil.

—En serio, Kevin, quédatelo —insiste.

—No puedo. Toma. —Lo miro a los ojos, por fin, y me percató de que en los suyos se asoma la lástima.

Leo es el primero en perder la paciencia y me arrebató el móvil de su marido de las manos de un tirón.

—Cariño, déjame hablar un momento a solas con Kevin, por favor —le pide Alan con dulzura, y el otro lo mira con desconfianza.

—De acuerdo, pero no te pienso dar el móvil hasta que lleguemos a casa, que no me fio de tu bondad.

—Vale. —Alan se echa a reír y le da un beso en los labios.

Leo se marcha hacia donde se encuentra su amiga, que creo que se llama Dulce, y yo me siento enfrente de Alan en una mesa.

—¿Por qué me has robado el móvil? —quiere saber analizando mi expresión.

Me quedo callado, porque no sé si debería contarle a alguien lo que me ha ocurrido. Necesito desahogarme, pero no quiero dar pena.

—Para venderlo —consigo responder, y jugueteo con una pelotita de servilleta para no

mirarlo, porque me muero de la vergüenza.

—¿Por qué necesitas venderlo?

—Porque en casa estamos pasando por un mal momento y mi madre me ha echado. No me deja volver hasta que le lleve dinero o consiga un trabajo.

—Oh, Kevin —pronuncia mi nombre con lástima—. ¿Dónde te estás quedando?

Trago saliva y me obligo a mirarlo.

—Estoy pasando las noches en un banco del patio del insti.

—Vente a mi casa —suelta de pronto, y yo creo que no ha pensado bien sus palabras—. Puedes quedarte con Leo y conmigo hasta que tu madre te deje volver.

Es increíble que exista una persona tan humilde como Alan, a pesar de que su familia esté forrada de billetes, y que se porte bien conmigo después de que mi hermano le jodiera la vida.

—Gracias, pero no —le contesto con voz inaudible.

—No puedes estar viviendo en la calle, Kevin.

—No me queda otra opción. —Me encojo de hombros de manera desinteresada—. Además, tengo pensado quedarme en el gimnasio del insti cuando le robe al conserje las llaves. No le digas nada a tu madre ni a tu hermana.

—Está bien, como quieras. —Deja escapar un profundo suspiro—. No le diré nada a mi familia, pero quédate en mi casa hasta el lunes, por lo menos. No voy a estar tranquilo si sé que estás en la calle.

—No sé...

—Anda, no seas bobo. —Me da un golpecito en el hombro, y luego abandonamos la mesa y nos dirigimos hacia Leo; su amiga ya se habrá largado porque no está—. Cariño, Kevin se va a quedar con nosotros en casa hasta el lunes.

Leo lo mira, enarcando una ceja.

—Principito, ¿qué me acabas de decir?

—Está pasando por un mal momento y no tiene a dónde ir.

—¿Y? Que se busque la vida. No pienso meter a este tipo en casa, que me ha llamado atontado y casi te roba el móvil. Es capaz de mangarnos hasta los condones usados —le espeta Leo señalándome con su cabeza—. Y, por si no te acuerdas, es el hermano de Simón.

—Oye, que no importa, eh —intervengo para que no discutan por mi culpa y haya un divorcio de por medio—. Puedo buscarme cualquier sitio. Lo último que quiero es ser una molestia.

Alan me susurra que no me preocupe, después le pide a Leo que hable a solas con él y se alejan unos cuantos metros de mí. Yo aguardo, sentado en un taburete de la barra, mientras observo cómo charlan entre ellos de una forma pacífica. Por último, parece que se han entendido, porque lo único que hacen antes de regresar junto a mí es darse un beso.

—Pues te vienes a casa con nosotros, Kevin —me dice Leo sonriéndome, también con lástima. No tengo que ser muy listo para adivinar que Alan se lo ha soltado todo—. Siento mucho lo que ha ocurrido con tu madre.

Finjo una sonrisa y me aguanto las ganas de echarme a llorar, pero fracaso en el intento y se me empiezan a escapar las lágrimas. Escondo la cara entre mis manos y Alan me rodea con sus brazos para que me desahogue.

Me da vergüenza que me abrace con lo que apesto, porque llevo cinco días con la misma ropa y no he tenido la oportunidad de ducharme.

—Ya está, tranquilo —me susurra Alan como si yo fuera un niño indefenso.

Cuando logro calmarme, abandonamos el Chon, nos encaminamos hacia un coche azul y me

meto en el asiento trasero, que está a rebosar de porquerías, como cajas de pizza y botes de Nutella vacíos. Una vez que llegamos al apartamento tan acogedor, un perro bastante gracioso me da la bienvenida, apoyando sus patitas en mis muslos, y me percató de que un gato blanco y negro acecha en el fondo del pasillo.

—Él es Plátano —Leo hace las debidas presentaciones, señalando al perro primero y después al gato—. Y aquella es Pichi. También tenemos una tortuga en la cocina; se llama Alana Leoncia. Espero que no te molesten mucho.

—No te preocupes. —Me río—. Me gustan los animales.

Después, me enseñan cada parte del pequeño piso y el sitio donde voy a dormir, que es en el sofá-cama del salón, que parece incluso más cómodo que mi colchón en el zulo de mi madre. Además, aquí todo está limpio y ordenado, y el ambiente huele a vainilla gracias a un ambientador con el que te dan microinfartos, porque va expulsando el aroma cada pocos minutos, haciendo ruido.

—Ten, Kevin, para que te des una ducha. Tarda todo lo que quieras. —Alan me entrega ropa y una toalla—. El paquete de calzoncillos está sin abrir; puedes quedártelos todos.

—Hemos pensado en preparar lasaña para cenar, ¿te gusta? —interviene Leo.

—Sí —respondo con una sonrisa—. Gracias.

Me tratan como si estuviera en un maldito hotel de cinco estrellas.

Me encierro en el baño e inspecciono todos los trapos que me ha dado Alan: una toalla rosa con el dibujo de Piolín, un pijama de Bob Esponja, unos calcetines de Las Supernenas y unos calzoncillos de unicornios.

Madre mía, quiero vomitar un arcoíris sobre estas prendas tan ridículas, aunque el lado bueno es que están limpias y huelen a detergente.

Permanezco diez minutos debajo de la alcachofa de la ducha, disfrutando de la sensación del agua caliente en mi piel y sin pensar en nada. Cuando salgo, luciendo el pijama de Bob Esponja, pillo a Leo sentado en el sofá, cotilleando mi bloc de dibujos.

El primer impulso es enfadarme con él y echarle la bronca por no respetar mis pertenencias, pero luego me calmo porque me ha acogido en su casa y no quiero ser un maleducado.

¡Pero se trata de mis dibujos! ¡Y en algunos sale dibujada su cuñada! ¡Nadie los ha visto nunca, a excepción de mi hermana! También debo añadir a mi madre, que me lo registra todo porque se piensa que va a encontrar tabaco o dinero.

Leo, al darse cuenta de mi presencia en la entrada del salón, suelta mi bloc en el sofá como si quemara.

—Uy, perdón —se disculpa tapándose los ojos con las manos—. No he visto nada, te lo juro por el orangután de mi ex. En realidad soy ciego.

—Ya, claro. —Me acerco al sofá y recupero mi tesoro—. Si de verdad no hubieras visto nada, lo jurarías por Alan, no por ese tipo.

Se destapa los ojos y me mira; yo me siento en el otro sofá.

—Perdóname, de verdad.

—Da igual.

—Tus dibujos son muy bonitos —me dice con sinceridad, y yo me siento extraño de que alguien que no sea Rebeca alabe mis garabatos mal hechos—. Tranquilo, que no le contaré a nadie lo que he visto ahí dentro.

—Gracias.

En cuanto la cena está preparada, los tres comemos la deliciosa lasaña en el salón mientras

vemos una peli en la tele.

Y mi estómago, por primera vez en mucho tiempo, me agradece que lo alimente con comida casera de verdad, y no con porquerías caducadas y sobras de la calle.

\* \* \*

—Te has tirado una semana sin venir por aquí. Pensaba que te había pasado algo —me dice Ángeles, la dueña de la tienda de chucherías que hay al lado del insti.

—Ya... Es que he estado expulsado. —Me rasco la cabeza, incómodo, y ella pone los brazos en jarras, preparada para regañarme.

—¿Por qué?

—Por robarle el móvil a un idiota de mi clase.

—Ay, hijo, eso está fatal. Con lo buen chico que eres. —Niega con la cabeza, decepcionada.

—Es que me cae mal.

—¿Y qué? No puedes robarle a la gente; es delito. No lo vuelvas a hacer más.

—Vale, no volveré a robar. —Esbozo una sonrisa—. Te lo prometo.

Esta señora se comporta de una manera muy maternal conmigo, algo que la mujer que me parió no ha hecho nunca.

Ángeles me regala una piruleta de limón, le doy las gracias y me marcho de la tienda, en dirección al insti. Sin embargo, al lado de la cancela, veo a Hannah y a Borja dándose un beso, y a mí me duele el corazón, pero enseguida los ignoro y entro en el edificio.

He pasado el fin de semana como un rey en casa de Alan y Leo, aunque los dos son bastante ñoños como pareja; me han dicho que pusiera la calefacción si me entraba frío por la noche, cosa que no ha sucedido porque ese apartamento es muy acogedor y estamos a mediados de marzo, y también me han cebado a comida, como si yo fuera un hijo que ha vuelto de la guerra. Por otro lado, llevo puesta la ropa hortera de Alan, porque la de Leo, que es el que viste de forma normal en esa pareja, me queda un poco grande. He elegido unos vaqueros sin nada del otro mundo y una camiseta blanca con el dibujo de un corazón, pintado con los colores de la bandera de la bisexualidad en su interior.

Cuando me acomodo en mi sitio, Jorge se sienta a mi lado y me invita esta tarde a su casa, pero yo rechazo su oferta porque he quedado con Hannah para continuar con el trabajo de Lengua.

Y hablando de la pelirroja... Antes de sentarse en el pupitre de delante de mí, se queda mirando mi camiseta.

—Mi hermano tiene una igual —me dice.

—Qué casualidad.

—Pero a él le queda mejor que a ti. —Se encoge de hombros y toma asiento, pero decido tirarle de un mechón de pelo para molestarla. Enseguida se gira hacia mí, malhumorada—. Qué a gusto he estado sin ti toda la semana.

—No mientas.

Me saca el dedo corazón como respuesta y se vuelve hacia el frente.

Ahora tengo que idear un plan para colarme en conserjería y robar las llaves del gimnasio cuando no haya nadie vigilando. En el apartamento de Alan y Leo no pienso quedarme más porque no quiero abusar de su hospitalidad.

# Capítulo 7

## Hannah

El primer día de regla es el peor de todos con diferencia. Me están entrando ganas de arrancarme los ovarios y lanzarlos por la ventana para no verlos más. Maldito martirio que nos ha tocado vivir a las personas con útero.

La alarma de mi móvil ha sonado hace diez minutos y todavía no he salido de la cama; sólo me dedico a acariciar el pelaje negro y viejo de la señora Moon mientras Patata juega con los dedos de mis pies, bajo las mantas.

De pronto, los mellizos entran correteando en mi habitación, sin llamar.

—¡Hannah! ¡Levántate! ¡Es tarde! —chilla Mimi tirándome del pelo—. No seas bribona, que pareces un *señoro*.

—¿Estás malita? —me pregunta el peque Aitor con preocupación, y posa su mano sobre mi frente.

—Me estoy desangrando.

—¡¡¿¿Qué??!! —exclama mi hermano, asustado, y desaparece de mi cuarto para gritar por toda la casa que me estoy muriendo.

—Menudo niño más tonto, de verdad —comenta Mimi poniendo los ojos en blanco.

Me echo a reír.

—No seas cruel con Aitormenta.

Mi madre entra de sopetón y me dice que puedo quedarme en casa hoy, que no hace falta que vaya al instituto porque soy la hija de la directora, pero yo no le hago caso y termino saliendo de la cama, agonizando, porque no quiero perder clases y Borja va a venir a recogerme dentro de un rato, como hizo ayer.

Cuando estoy duchada, decido elegir ropa cómoda, así que me enfundo una sudadera blanca con dibujos de tortugas, que me queda holgada porque es de Alan, y unos *leggings* negros. Después, bajo a desayunar un café bien cargado y tortitas con Nutella que ha preparado Espléndida, mientras mi padre «cocina» empanadillas y croquetas para que me las coma en el recreo.

En realidad son congeladas, pero al pobre le hace ilusión preparármelas. Mi madre siempre le echa la bronca porque no es bueno que su hijita coma todos los días fritanga.

—Señorita Hannah, el señorito Borja ya ha venido a recogerla —me informa Espléndida quince minutos después.

—Dile que ahora salgo, por favor.

Mi padre mete mi comida en un *tupper* con la foto de Hannah Montana y me lo tiende.

—Toma, princesita. No hagas esperar mucho a ese Cayetano.

—Gracias, papá. —Le doy un beso en la mejilla y él me achucha fuerte entre sus brazos.

—Si te sigues encontrando mal, me llamas y salgo pitando del estudio de grabación para ir a buscarte.

—Vale, pero no creo que lo haga.

—¡Poto! —exclaman mis hermanos al unísono, incluido Leo júnior desde su sillita de comer.

Antes de irme, me tomo un ibuprofeno y le doy un beso a mi madre, aunque la vaya a ver ahora.

—¿Qué te has puesto? —es lo primero que me dice Borja, mirándome con la nariz arrugada, cuando entro en su coche.

—Una sudadera de mi hermano.

—Pues es horrorosa.

Me quito mis Converse para no ensuciarle al señorito la alfombrilla y las llevo en la mano durante todo el trayecto.

—El domingo quiero que vengas a comer a mi casa —me dice mientras conduce—. Te voy a presentar a mis padres.

—¿Qué? —Se me escapa una carcajada al oír eso—. Si no llevamos tanto tiempo saliendo, Borja.

—¿Y qué? Yo ya he conocido a los tuyos. —Gira un momento su cabeza en mi dirección para mirarme y la vuelve a centrar en la carretera—. Ahora te toca a ti, ángel pelirrojo. Yo voy muy en serio contigo.

Pero si sólo conoció a mi familia durante cinco minutos aquel día que me regaló un ramo de flores, y luego huimos. Además, no me apetece nada una reunión familiar con esos estirados. Su madre me cae fatal porque es la presidenta del AMPA y siempre se está quejando de cada una de las actividades que propone la mía; también, cuando aparece por el instituto, comenta en cada rincón que parece una guardería con tantos dibujos en las paredes y, más de una vez, ha hecho una recogida de firmas para quitar la bandera arcoíris, que se encuentra colgada en lo alto del edificio con las demás, porque dice que «promueve la homosexualidad y la pederastia», pero lo bueno es que nadie le hace caso.

—Me lo pensaré —le respondo a Borja.

Tamborilea con los dedos en el volante, creo que molesto.

—Es que ya les he prometido a mis padres que vas a ir. Tienen muchas ganas de conocerte.

—¿Qué? —repito, malhumorada, pero él tan sólo se centra en conducir—. ¿Sin consultármelo antes?

—Lo siento. —Me vuelve a mirar, aunque con fingida inocencia, y a mí se me manifiesta el tic del ojo—. Ya no puedes negarte. Les caerás bien; no te preocupes.

—Pfff... —Me golpeo la sien con la ventanilla, maldiciendo esta situación.

Menuda noticia para un día como hoy, que ni siquiera soy persona.

Diez minutos más tarde, Borja estaciona cerca del insti, porque los aparcamientos que hay dentro sólo están reservados para los profesores, y me da un beso en los labios tras apearnos. Unas cuantas miraditas están clavadas en nosotros, de entre ellas diviso la de Kevin, y me fijo en que hoy también viste con una camiseta que tiene mi hermano con el dibujo del gato Totoro.

¿Ese tío por qué se copia de la manera de vestir de Alan, llevando exactamente las mismas prendas? No tiene criterio propio.

Lo primero que ocurre cuando los alumnos entramos en clase es recibir una visita de la directora, que es mi madre en su pose autoritaria, segura de sí misma y que da muchísimo miedo; en esto último no cuenta mi opinión, porque ya estoy acostumbrada.

—Buenos días, chicos y chicas —nos saluda mirándonos a todos, de pie, delante de la pizarra—. Vengo para informaros de que la llave del gimnasio que había en conserjería ha desaparecido y quiero saber quién la ha robado. Como tengo claro que el ladrón no va a dar la cara delante de

todos, le pido que me la lleve a mi despacho y prometo no castigarlo. Si no aparece, os quedaréis una hora más en el instituto todos los días.

Los alumnos comienzan a protestar, diciendo que está violando sus derechos, y a abuchear a mi madre, pero yo sólo tengo ganas de aplaudirla con orgullo, aunque me aguanto porque no quiero que mis compis me tiren tomates podridos.

—¿Y por qué no castigas a las otras clases también? —pregunta una chica, y mi madre la mira.

—El instituto entero va a estar castigado. Ahora haré una visita a los demás alumnos.

Borja levanta la mano, pidiendo permiso para hablar, y mi progenitora se lo concede.

—Seguro que ha sido la misma persona que me intentó robar el móvil —manifiesta, y hace una pausa para soltar, sin despeinarse siquiera—: Estoy hablando de Kevin, por supuesto.

Giro mi cabeza hacia el aludido, que se halla sentado detrás de mí, y lo encuentro atendiendo a la clase tan tranquilo.

—Lo que estás diciendo es muy grave, Borja —le responde mi madre poniéndose delante de él—. Estás inculcando a un compañero sin tener pruebas.

—Regístradle la mochila. Sé que llevo razón. —Apunta con su dedo a Kevin—. Es un vagabundo que no tiene dónde caerse muerto. No pienso faltar a mis clases de pádel por su culpa.

Mi madre da un sonoro golpe en el pupitre con su palma y todos nos sobresaltamos.

—Borja, te has ganado un parte. Está prohibido faltarle el respeto a un compañero.

—¿Qué? Es una broma. —Él se echa a reír como si la mujer estuviera de farol.

Pero no. La señora que me trajo al mundo habla muy en serio cuando se trata de *bullying*, y regala partes y expulsiones como si fueran caramelos cada vez que se entera de que un alumno está siendo acosado, insultado o escucha a alguien reírse de otro.

Mi madre ignora a Borja y nos vuelve a repetir lo mismo de antes, haciendo especial hincapié en que debemos quedarnos una hora después del insti. Por último, se marcha del aula.

—Qué hija de puta es la Hitler rompetechos —murmura alguien detrás de mí, y me doy la vuelta hacia Jorge.

—Como vuelvas a insultar a mi madre, te parto la cara —lo amenazo, y me giro hacia el frente.

Debo reconocer que los apodosos son graciosos. La llaman «Hitler» porque, a veces, es muy dura con nosotros, y «rompetechos» porque es demasiado bajita, pero el de «hija de puta» no lo pienso consentir.

—¿Quién crees que habrá sido? —me susurra Gigi.

—Ni idea. Alguno de primero de la ESO, que han venido muy subiditos este año.

—Pues espero que salga pronto el culpable, porque no me apetece nada quedarme una hora más en el matadero.

Yo también espero eso. No quiero perder una hora de mi vida aquí encerrada con la cantidad de tareas que tengo por hacer; habría preferido que mi madre nos castigara sin recreo.

\* \* \*

Me tiro toda la tarde en el apartamento de mi hermano, vaciándole la nevera y enganchada a series de Netflix, mientras está en la uni con Leo. Como me daba pereza quedarme en mi casa con mis otros hermanos dándome por saco, he decidido acoplarme aquí para estar tranquila, sin nadie que me moleste. He entrado con las llaves de repuesto que tienen mis padres por si sucede algo y, como es obvio, ni Alan ni Leo saben que he venido para hacer de okupa.

Cuando dan las nueve y media de la noche, oigo el ruido de la puerta de la entrada y enseguida

aparecen los dos en el salón, sosteniendo un paraguas gigante con la intención de golpearme en la cabeza como si fuera una ladrona. Sin embargo, en cuanto me descubren tirada en el sofá, suspiran de alivio.

Y me percató de que viene alguien más con ellos. Alguien que no me imaginaba.

—¿Qué haces aquí, Hannah? —me pregunta Alan.

—Comiendo y viendo la tele —respondo como si nada, y señalo al invitado con la cabeza—.

¿Y ese?

—Nos lo hemos encontrado en la calle y lo hemos invitado a cenar —se adelanta Leo, jugueteando con el colgante de su cuello, que tiene el nombre de mi hermano.

—¿Desde cuándo sois tan amigos? —exijo saber.

—Yo soy amigo de todo el mundo —me responde Alan, presumido.

—Y yo soy amigo de los amigos de mi marido —añade Leo.

Kevin no dice nada, sólo se dedica a observarnos en silencio.

—Ya... —murmuro mirándolos con los ojos entrecerrados, sospechando.

Después, mi hermano y Leo anuncian que se van a preparar la cena, y Kevin toma asiento en el otro sofá.

—¿Necesitas un cortacésped? —me pregunta.

—¿Disculpa? —Lo miro sin entender nada, y él señala mis piernas.

En cuanto he venido, me he puesto una sudadera de Leo, que me queda mucho más ancha que las de mi hermano, y la llevo como si fuera un vestido corto, con mis piernas descubiertas y el vello creciéndome, porque no me apetecía depilarme estos días. Además, son claritos y no se notan tanto, a no ser que tengas una vista de lince.

—¿Quién te ha dado permiso para mirar mis piernas? —le espeto incorporándome sobre el sofá, y me siento en posición de indio.

Las comisuras de su boca se elevan hacia arriba, formando una sonrisa, y yo me abrazo a un cojín de un grupo de música coreano.

—Las tienes al aire libre.

—Tú también tienes tu careto al aire libre y no lo miro.

—Mentira. Ahora me estás mirando —contraataca.

—No me queda otra opción para hablarte.

—Me puedes hablar sin mirarme.

—Yo miro a las personas a la cara cuando mantengo una conversación —le respondo con mis ojos clavados en los suyos.

—Os *shippeo* mucho —oímos la voz de Leo, y los dos ladeamos nuestras cabezas hacia él, que acaba de entrar en el salón.

Le lanzo el cojín a mi cuñado.

—¡Deja de *shippear* a la gente! —exclamo.

—¡Oye, ten cuidado con mi cojín de BTS, que es sagrado! —Lo coge del suelo y lo abraza como si fuera su bebé recién nacido; después, posa sus ojos en Kevin—. ¿Quieres darte una ducha antes de que Alan termine de preparar la pizza casera? Así te vas a tu casa con la barriga llena y limpito.

—Vale —le responde el otro, un poco incómodo.

Leo me mira.

—¿Y tú, Hannah? Os podéis bañar juntos, así ahorráis agua y os *shippeo* más.

—No —le contesto—. Yo me ducho mañana, antes de ir al insti. Esta noche me quedaré con

vosotros a dormir; me da pereza ir a casa tan tarde.

Leo coloca el cojín en el suelo para sentarse y se nos queda mirando, risueño.

—Kevin, tú también te puedes quedar y dormir con Hannah en el sofá-cama... O en la habitación, y Alan y yo nos venimos al salón.

Dios, le tiraría todos los objetos de este pisucho a la cabeza.

—No, gracias. Mejor me voy a mi casa —suelta Kevin—. Dormir con Hannah sería una tortura.

—¿Y contigo no? —intervengo—. Seguro que te tiras pedos y roncas como un puerco.

—Uy... —murmura Leo planificando nuestra hipotética boda en su mente.

Kevin y yo damos por finalizada nuestra disputa, y se marcha a darse una ducha mientras mi hermano termina de hacer la cena con la ayuda de Leo. Media hora después, los cuatro nos encontramos zampando alrededor de la mesita de centro y les cuento el lío en el que me quiere meter Borja con sus padres estirados.

—Te acompaño en el sentimiento —se mofa Kevin, y le da un gran mordisco a su porción de pizza como si no hubiera comido en años.

—Qué pronto, ¿no? —comenta mi hermano.

—Ese tipo es muy pijo —lo critica Leo como el marujo de pueblo que es—. El otro día me miró como si tuviera la lepra. No me gusta para Hannah.

—¿Estás enamorada de él? —vuelve a hablar Alan, mirándome.

—Mira, yo qué sé. No tengo ni idea de lo que se siente al estar enamorada.

—Si no piensas que Borja es una alucinación, entonces no lo estás —me dice Leo—. Para mí, Alan es una alucinación, porque es el mejor marido del mundo y me parece mentira que exista alguien como él.

—Ohh... Mi amor. —Mi hermano le da un beso en los labios, y Kevin y yo intercambiamos una rápida mirada, pensando que esos dos son muy cursis. Después, Alan nos habla—: Yo, cuando veo a Leo, me imagino con él de viejito paseando por la calle, agarrados del brazo.

—No me pasa nada de eso. Vosotros sois raros; no me servís —les digo, y me centro en Kevin—. ¿Y tú? ¿Has estado enamorado?

—A ti te lo voy a contar —me contesta, irónico.

—Tampoco me interesa, así que no te emociones.

Cambiamos de tema, porque este está comenzando a estresarme, y hablamos de la desaparición de la llave del gimnasio y del castigo que le ha puesto la directora a todo el instituto. Alan y Leo permanecen atónitos y comentan que mi madre se ha pasado un poco. Cuando terminamos de cenar, Kevin se marcha a su casa, yo me quedo viendo una serie mientras mi hermano me da mimos, abrazándome, y Leo se va al otro sofá, abandonado y muerto de celos porque le he robado a su principito.

# Capítulo 8

## Kevin

—Si la llave la ha robado alguien de esta clase, que lo diga —comenta Samuel desde su sitio, mirándonos a todos—. Pasar aquí una hora más es inhumano. Me estoy muriendo de hambre.

Sólo llevamos dos días de castigo y ya están hartos. Me gustaría verlos viviendo en la calle, sin nada para comer y buscándose la vida para sobrevivir.

Como es obvio, el ladrón de esa famosa llave soy yo, pero no tengo intención de delatarme; no me importa quedarme una hora más en el instituto todos los días si eso me asegura un techo donde dormir por las noches. Puede que esté siendo algo egoísta pensando sólo en mí y en mi bienestar, pero me importa un pimiento; joderle la vida a esta gente no me va a quitar el sueño.

El lunes, cuando no había nadie en conserjería a la hora del recreo, me colé y me hice con la llave en un santiamén. Desde entonces, he estado pasando la noche en el gimnasio, aunque Alan y Leo se pusieron algo tristes en cuanto les dije que no iba a dormir en su apartamento más, pero me obligaron a prometerle que iría a ducharme y a cambiarme de ropa todos los días cuando ellos terminaran las clases en la facultad a última hora de la tarde. Como son tan buenas personas, también aprovechan y meten unos cuantos *tuppers* llenos de comida en mi mochila, a escondidas, mientras yo estoy encerrado en el servicio.

Por otro lado, mi madre sigue en las mismas y no he tenido noticias de ella, excepto lo que me cuenta mi hermana: continúa gastándose la paga en cervezas, tabaco y tragaperras, y el agua y la comida brillan por su ausencia. Con lo que robo de las propinas de los bares, le he comprado a Rebeca un paquete de pan de molde y embutido para que coma, y le he dado algún *tupper* de Alan y Leo. También me ha contado que ella y los dos parásitos van a asearse y a pedir comida y más dinero a la casa de la hija de Héctor, que tiene treinta años, es publicista, vive con su novio y es una persona normal, porque no está de acuerdo con lo que hacen nuestros padres, y más de una vez los ha amenazado con llamar a Servicios Sociales como no consigan cambiar y cuidarnos a mi hermana y a mí como nos merecemos.

—¿Has sido tú? —susurra Jorge a mi lado, y yo niego con la cabeza, fingiendo que me ha ofendido—. Vamos, tío, dímelo, que no te voy a juzgar.

—Que no he sido yo, joder —insisto—. Tengo una casa donde vivir, por si se te había olvidado. A lo mejor has sido tú el ladrón.

—Tranquilo. —Levanta las manos en señal de rendición—. Sólo te estaba preguntando.

Cuando quedan sólo quince minutos para las cuatro, todos los alumnos abandonamos el instituto en estampida, muertos de hambre. La diferencia que hay entre nosotros es que a ellos los esperan sus familias, que no serán perfectas, pero los querrán y no serían capaces de echarlos de sus casas; en cambio, a mí sólo me espera un *tupper* con unos espaguetis a la boloñesa fríos, que me comeré sentado en el césped de algún parque, a solas. Más tarde, les pediré a Alan y a Leo si me pueden ayudar a crear un currículum para echarlo en algunos locales por si necesitan gente.

Las siguientes horas se me pasan volando a la sombra de un parque, dibujando a una pareja de ancianos acaramelados que hay sentada en uno de los bancos. Cuando mi móvil, que está a punto de quedarse sin batería, marca las nueve, voy directo al apartamento de mis amigos.

En realidad no sé cómo referirme a ellos. ¿Me considerarán su amigo? ¿Seré un pobre desgraciado al que quieren ayudar? ¿O como una especie de hijo, aunque sean unos pocos años mayores que yo? Diría que somos más bien conocidos... Pero los conocidos no te acogen en sus casas ni se preocupan por ti.

Sobre las once y media de la noche, duchado, con un bocata de lomo metido en el estómago y los *tuppers* llenos de comida para desayunar, almorzar y merendar mañana, salto la verja del instituto y me meto raudo en el gimnasio. Mi cama consiste en una colchoneta, con mi mochila como almohada y unas mantas que me trajo mi hermana de casa. Por suerte, también tengo los baños cerca por si me entran ganas de usarlos, y para lavarme los dientes y la cara de empanado cuando me despierte.

Pongo la alarma en mi móvil para las seis de la mañana y me meto en mi «cama», pero, unos minutos después, oigo golpes en la puerta y me sobresalto. Me levanto y camino sigiloso hacia allí, con el corazón palpitando con ímpetu dentro de mi pecho y la linterna del móvil encendida (he aprovechado para cargar el aparato en el piso de Alan y Leo).

¿Me habrá visto alguien entrar en el insti? No lo creo... Todo a mi alrededor estaba oscuro.

Dios, tengo miedo por si me descubren y me expulsan de manera definitiva del instituto. Ya no podré ir a la universidad hasta el siguiente año, si es que es eso posible, porque, viendo mi panorama, lo dudo mucho.

Quien sea que está detrás de la puerta no deja de golpearla con insistencia y yo estoy a punto de preguntar quién es, pero me detengo y aguardo a que la persona se canse y decida marcharse.

Tras unos segundos, oigo una voz familiar pronunciar mi nombre:

—¿Kevin?

¿Qué hace ella aquí tan tarde?

No le pienso contestar porque no me apetece que se chive a su madre, así que me quedo callado, con la oreja pegada a la puerta.

—Kevin, sé que estás ahí —vuelve a hablar—. Descubrí las llaves en tu mochila en el apartamento de mi hermano ayer. Ábreme, que te prometo que no le voy a decir nada a mi madre.

¿Por qué demonios me registró la mochila? ¿Me cotilleó también el bloc de dibujos como hizo Leo? Menuda familia de marujos.

—Kevin, te estoy oyendo respirar, pensar y tragar saliva. Ábreme o lo hago yo con una horquilla, como en las pelis. —Hace una breve pausa—. O mejor llamo a la poli y les cuento que se ha colado un okupa en el gimnasio. Tú eliges. Tic-tac, tic-tac, tic-tac... El tiempo pasa y yo tengo mucho sueño. ¿Sabes lo que ocurre cuando tengo sueño? Que me vuelvo malvada. —Da un golpetazo fuerte en la puerta—. Soy cinturón negro en kárate, mamón.

Me dispongo a abrirle con la llave, pero cuando lo hago, los dos chillamos con nuestras linternas apuntando hacia el careto del otro como si estuviéramos en una película de terror. Hannah viene vestida con un pijama blanco de conejo, de esos que contienen una capucha con orejitas y que ahora mismo le cubre la cabeza.

Y nos echamos a reír a la vez.

—Joder, qué maldito susto —suelta ella.

—¿Qué haces aquí? Es muy tarde para que estés sola por la calle y vives en el quinto pino.

Y encima paseándose con ese pijama tan ridículo, que parece un conejo gigante.

—Vengo de la casa de Gigi porque voy a quedarme a dormir con ella —me explica—. Su madre se ha ido de viaje por el trabajo y le estoy haciendo compañía. Vive aquí al lado y la acabo de dejar roncando, así que he aprovechado y me he escapado para descubrir si de verdad estás habitando en este sitio. —Me mira a los ojos—. Bueno, ¿qué? ¿Me dejas pasar?

Pfff... Cuántas ganas tiene de parlotear tan tarde.

—Claro. —Me echo a un lado, invitándola a entrar en mi «hogar».

Hannah camina por el gimnasio, iluminando cada rincón con su linterna y conmigo pisándole los talones, hasta que se topa con la esterilla que estoy utilizando para dormir.

—¿Esta es tu habitación? —me pregunta entre risas.

—Sí. —Me rasco la cabeza, incómodo—. Algo así.

Se deja caer en mi intento de cama y yo la imito.

—Cuéntame tu historia, Kev —me dice.

—¿Mi historia?

—Sí. Por qué estás viviendo aquí, por qué vas a cenar y a ducharte a casa de mi hermano, como ayer, y por qué te vistes con su ropa. Creo que intuyo algo, pero prefiero que me lo cuentes tú, aunque no nos soportemos.

Ahogo una risita.

—No pienso contarle nada a una señoritinga como tú.

—Venga, va. —Me pone ojitos, recordándome al gatito de Shrek—. Soy buena escuchando a la gente. —Coge mi mochila con rapidez—. ¿Tienes algo para picar? Escuchar me da hambre.

Le arrebato mi macuto de las manos de un tirón.

—No toques mis cosas.

—Tranquilito, hombretón. —Levanta las manos en son de paz—. Tampoco es para ponerse de esa manera. Venga, desembucha, que mañana madrugo y quiero estar fresca como una fresa.

—Como una rosa —la corrijo—. O como una lechuga.

—Lo que sea. Vamos. —Se baja un poco la cremallera de su pijama y se saca un par de piruletas—. ¿Quieres una?

—No, gracias. Pensaba que te ibas a sacar una cajetilla de tabaco.

—Yo no fumo. Soy una niña buena.

De niña buena no tiene nada, más bien parece una mezcla entre malota, dulzura y sensualidad.

—Ya, claro —respondo con ironía.

—Cuéntamelo ya. Te prometo que no le diré a mi madre que estás de okupa aquí. —Me enseña su meñique—. Con mis hermanos hago *dedipromesas*.

No puedo evitar sonreír. Me encantaría tener una familia como la de ella.

—Está bien. —Junto mi meñique con el suyo.

Separamos nuestros dedos y ella se mete una piruleta en la boca. De nuevo, me ofrece la otra, pero la vuelvo a rechazar.

—Ahora, cuéntame por qué estás aquí.

No sé si fiarme de ella. Sé que, en el fondo, es buena persona; también sé que no le gustan las injusticias, y estar castigados con una hora más de instituto por mi culpa es una auténtica injusticia.

—Mi madre me ha echado de casa con lo puesto —consigo decir mientras juego con mis manos, sin atreverme a mirar a Hannah a los ojos, que aprovecha para darle lametones a su piruleta—. Como estamos pasando por un mal momento de dinero, quiere que deje de estudiar y que me busque un trabajo para pagar los gastos. Lo peor de todo es que la poca pasta que entra en

casa la derrocha en las máquinas tragaperras. Nos han cortado el agua, y mi hermana y yo sobrevivíamos a base de sándwiches. —Me atrevo a encontrarme con su mirada—. Por eso tuve que robar las llaves del gimnasio, porque no tenía ningún sitio a dónde ir. Tu hermano y Leo me dejan ducharme en su casa, me prestan ropa limpia y me dan comida, pero a veces me siento como si fuera un estorbo para ellos, aunque sé que lo hacen con toda la buena intención del mundo.

Hannah permanece estupefacta durante unos segundos, procesando la información.

—Qué fuerte —murmura—. ¿Y no puedes avisar a Servicios Sociales? A lo mejor, ellos tienen una situación para tu hermana y para ti.

—No. —Niego con la cabeza—. Eso es peor que aguantar a mi madre o vivir en la calle. Quiero esperar a cumplir los dieciocho para llevarme a mi hermana conmigo si tengo suerte y encuentro un trabajo.

Me contempla con lástima, sujetando su piruleta.

—Pero, Kevin, no puedes estar viviendo en un gimnasio de instituto. Eso no es vida. ¿Qué vas a hacer cuando te descubran? ¿Meterte en un cajero como un sintecho?

—No tengo otra opción. —Me encojo de hombros—. Es muy importante para mí que no digas nada.

—Te he hecho una promesa —me dice con sinceridad—. Aunque tú me caigas mal y yo te caiga mal a ti, que sepas que me tienes para todo lo que necesites.

—Gracias, Hann. —Le dedico una sonrisa.

Ambos nos quedamos mirándonos a los ojos hasta que ella, en un impulso, acerca su rostro al mío, pero yo soy más rápido y coloco la palma de mi mano sobre su cara, impidiéndole besarme.

—No me apetece comerme las babas de Borjamari —le digo, y aparto la mano.

Hannah me contempla con un amago de sonrisa chulesca en sus labios.

—Tranquilo, que no te iba a besar; no te emociones antes de tiempo. Seguro que te apesta la boca por no lavarte los dientes, ahora que vives en la calle.

Me echo a reír.

—Disculpa, pero llevo un cepillo y pasta dentífrica en la mochila. Mi boca huele a menta.

—Ya, seguro. —Se levanta de un salto de mi intento de cama—. En fin.. Me voy a casa de Gigi. Como se despierte y descubra que no estoy, la hemos cagado, porque es capaz de llamar a mis padres para contarles que he desaparecido. ¿Me acompañas a la puerta?

Me levanto yo también, sin borrar mi sonrisa de la cara.

—Qué remedio. Tú sola eres capaz de perderte.

La guío hasta la puerta de mi «casa» y, mientras caminamos, sujetando nuestros móviles con linterna, me doy cuenta de que, en la zona de su culo, hay un pompón blanco, que será la colita de conejo.

—Nos vemos mañana en clase —suelta Hannah, y me da un abrazo con el que me pillan desprevenido y consigue que mi corazón lata con fiereza.

¿Qué se supone que debo hacer en este momento? ¿La abrazo yo también? Parezco una estatua.

Al final no hago nada y, cuando ella se separa de mí, me regala un beso en la mejilla.

—Adiós, Kev.

—Adiós, Hann. Y gracias otra vez.

—De nada. —Me sonrío por última vez y luego se marcha del instituto.

¿Cómo puede ser tan preciosa?

# Capítulo 9

## Hannah

—Eres increíble, mi vida —susurra Borja cuando supongo que se corre, y se desploma sobre mí.

Esto... ¿Ahora qué hago? ¿Le digo que no me ha gustado? ¿Que no he disfrutado? ¿Que no he sentido nada de nada? No soy tan cruel como para herir sus sentimientos, pero me he quedado con ganas de más, y se supone que la comunicación es algo crucial en una relación.

—Borja —pronuncio su nombre.

Se quita de encima de mí y se tumba a mi lado, mirándome, aún con la respiración agitada y agotado.

—Dime, pelirroja.

—Es que me da vergüenza decirte esto porque no quiero que te ofendas. —Se me escapa una risita nerviosa y él frunce el ceño.

—Me puedes contar lo que sea.

—Verás, es que... Yo no he acabado.

—¿Cómo que no has acabado?

Por su expresión, parece que se ha ofendido, porque se cree que estoy cuestionando sus habilidades sexuales.

—Ya sabes... —Vuelvo a reírme—. Que no he tenido ningún orgasmo.

—Lo he pillado, Hannah. No soy tonto —me contesta con desdén—. Y no lo entiendo, porque ninguna chica se ha quejado nunca. Además, lo importante del sexo no es tener un orgasmo, sino de disfrutar del proceso con tu pareja. Igual eres tú, que tienes las expectativas demasiado altas o estás rota ahí abajo.

Madre mía, sí que he herido el ego del chaval.

—¿Qué dices? —Se me escapa una carcajada—. Yo no tengo nada roto. Has sido tú, que has terminado muy rápido.

—O a lo mejor eres tú, que tardas mucho —contraataca, y después bosteza—. No quiero seguir discutiendo. Ha sido nuestra primera vez; la próxima será mejor. Lo siento si no te ha gustado, exigente.

—¿Quién está discutiendo aquí? Estamos manteniendo una conversación. Anda, tócame un poco o bájate, y así termino.

—¿Ahora? —pregunta, y yo me siento ridícula por estar pidiéndole algo así cuando debería hacerlo sin que sea necesario que se lo diga—. Más tarde, ¿vale, mi amor? Es que me has dejado reventado.

—Ya... Reventado. —Me quedo mirándolo, enarcando una ceja.

—No te enfades. —Acerca su mano a mi mejilla y me la acaricia.

Suelto un suspiro.

—Da igual, lo importante es que descanses.

—Gracias. —Me da un tierno beso en los labios y se queda frito en cuestión de segundos; ni siquiera se ha dado cuenta del sarcasmo en mis palabras.

Esto es increíble. A quien se lo cuente, va a pensar que le estoy gastando una broma.

Lo que no tengo claro es por qué he decidido salir con él; parecía un tío guay cuando tonteábamos en el insti.

Borja comienza a roncar y yo bufo. Cojo mi móvil de su mesita de noche y le envío un mensaje a Gigi:

Yo: «Tía, el sexo con Borja ha sido horrible»

Dejo el aparato a mi lado y me quedo en silencio, contemplando el techo de la habitación de Borja y sin pensar en nada, mientras mi amiga decide responderme.

Cinco minutos más tarde, la vibración de mi móvil interrumpe mi paz mental.

Caraculo: «Esto... Hannah, me defino como hombre. Y cuánto siento que tu polvo con Borjamari no haya sido como esperabas»

Joder, voy empanada por la vida. Ya me he equivocado varias veces mandándole mensajes a quien no debía. Una vez envié uno al grupo familiar de WhatsApp que ponía «Gigi, te juro que no voy a poder sentarme de manera normal en años por culpa de Samuel. Todavía me tiemblan las piernas». Como fue de esperar, mis padres me regalaron un flotador para que pudiera sentarme y mis hermanos todavía se cachondean de mí.

Yo: «Me he equivocado; en realidad era para Gigi. Aunque, ya que estamos, te lo cuento a ti. Resulta que Borja ha terminado antes que yo y me he quedado con las ganas de tener un orgasmo. Le he dicho que me toque o me lo coma, pero le ha dado pereza y se ha quedado frito. ¿Qué opinas?»

Kevin tiene Internet en su móvil porque, a escondidas de él, le hice una recarga de cinco euros en la tienda de chucherías que hay al lado del insti, e imagino que se habrá preguntado quién demonios ha hecho algo así. Es una putada lo que le ha pasado y me da muchísima lástima; intentaré ayudarlo en todo lo que pueda, a pesar de que «me caiga mal».

Tarda en contestar, así que adivino que se estará riendo de mi absurda historieta.

Caraculo: «Amiga, date cuenta jajaja. Sal de ahí ahora mismo»

Yo: «Es de mala educación escaparse a hurtadillas mientras mi novio duerme tras haber follado»

Caraculo: «Entonces, termina tú sola. No necesitas a nadie más que a Manuela y a sus Manuelillos»

Se me escapa una carcajada, pero me tapo la boca al instante con culpabilidad por si despierto a Borja, aunque lo dudo, porque continúa en otro universo.

Yo: «Es que se me ha pasado el calentón»

Caraculo: «Espera, que te envío una foto mía en pelotas»

Yo: «Ni se te ocurra. ¿Para qué quiero algo así en mi móvil? Se me va a romper porque pensará que es un virus»

Aguardo un momento porque se ha desconectado; creo que estará buscando la foto en su teléfono o se estará haciendo una. Me lo imagino en el gimnasio del insti, a oscuras y desnudo.

Vale, estoy enferma. Me obligo a eliminar la imagen que se acaba de crear mi mente.

Cuando mi móvil vuelve a vibrar, no tardo en contemplar la foto que me acaba de mandar Kevin. Es un dibujo de un monigote con una polla de un tamaño considerable (o eso es lo que parece).

Yo: «Pensaba que sería una foto tuya en versión original. Qué desilusión. Por

cierto, dibujas fatal»

Caraculo: «Pero ¿qué dices? Si es una verdadera obra de arte»

Me río, y nos tiramos un par de horas enviándonos dibujos horribles que creamos con una aplicación, hasta que mi teléfono marca casi las doce de la noche. Me despido de Kevin, que dice que se está muriendo de sueño, y yo debo volver a casa porque les he prometido a mis padres que Borja me acercaría en su coche sobre las doce.

—Borja. —Lo zarandeo, intentando despertarlo.

—Mmm... ¿Qué? —balbucea con los ojos cerrados.

—Me tienes que llevar a casa. Son las doce.

—Ufff. ¿En serio? —se queja con voz pastosa, y me mira—. ¿No puedes ir tú sola?

—Pues no —le espeto—. Es tarde, pueden robarme o hacerme algo mucho peor.

—A mí también pueden robarme si te acompaño. Imagínate que unos drogatas de clase baja me quitan mi coche de cincuenta y dos mil euros, el reloj de seis mil, mi iPhone de última generación, mi ropa de marca o mis tarjetas de crédito con un pastizal metido en el banco. Tú no llevas nada de valor.

—¿Puede violarme algún loco! —exclamo con la rabia estallando en mi interior.

Me estoy empezando a cabrear con su forma de ser. Esto tiene que acabar. No puedo salir con un tío tan materialista que quiere más a su coche que a su novia.

—Eso no vale nada comparado con lo que tengo yo —me dice.

Desde luego que esto es lo más flipante que me ha pasado en la vida.

Me levanto de un salto de la cama y comienzo a vestirme a toda hostia. Sin embargo, Borja abre su cartera y me tiende un billete de cincuenta euros, arrepentido, para que me pida un taxi. Mi única respuesta es dedicarle una peineta por mamón.

—¿Vendrás mañana a comer con mis padres? —pregunta aún tirado en su cama, cuando estoy a punto de abrir la puerta del dormitorio.

Me giro hacia él.

—¿Tú qué crees?

—Vale, entonces te recojo mañana a la una. Duerme bien, ángel pelirrojo. —Me lanza un beso.

Le hago otra peineta, me largo de la habitación, cerrando con un sonoro portazo, y abandono su casa, que se encuentra vacía porque su familia ha salido a cenar.

Llamaría a mis padres para que viniesen a recogerme, pero es una tontería molestarlos cuando tengo una parada de bus cerca y el próximo viene dentro de cinco minutos.

Me saco un *spray* de pimienta, un consejo que me ha dado mi madre por si me encuentro con algún chiflado por la calle y no tengo escapatoria.

En cuanto llego a casa un rato después, muerta de sueño, son más de las doce y media, y mis padres comienzan a interrogarme en el recibidor sobre por qué he llegado tan tarde y, lo más importante, sola.

—Borja estaba cansado —les cuento—. He venido en autobús.

—¿Cómo que ese Cayetano estaba cansado? —interviene mi padre de brazos cruzados—. Eso no es una excusa. Se va a enterar cuando lo pille.

—Nos hubieses llamado, mi chiquitina. —Mi madre me abraza—. Te podría haber ocurrido algo.

—Da igual. Lo importante es que estoy bien. No seáis tan sobreprotectores —les respondo—. Me voy a dormir, que estoy muy cansada.

Pero sí, Borja se ha comportado hoy como un auténtico capullo.

\* \* \*

Cuando me levanto al día siguiente, me encuentro a los okupas desayunando con mis padres y mis otros hermanos en la mesa de la cocina. Alan, en cuanto se da cuenta de mi presencia de zombi, se acerca corriendo a mí y me estruja con uno de sus abrazos mañaneros.

—Piérdete —le espeto.

Me siento al lado de Leo, que es el único que me entiende porque compartimos el odio hacia el mundo cuando nos despertamos. Me dispongo a servirme café, pero Espléndida es más rápida que yo y me llena la taza; siempre tan maja y tan pendiente de nuestro bienestar esta mujer.

—¿No ibas hoy a la comida familiar con ese Borja? —me pregunta Leo comiéndose una porra mientras los demás charlan entre ellos.

—Iba, pero ya no. —Le doy un sorbo a mi café—. Oye, sé que Kevin está viviendo en el gimnasio. ¿Por qué no le decís mi hermano y tú que se quede en el apartamento, aunque sea durmiendo en el sofá?

—¿Crees que no lo hemos intentando? Se quedó un par de días, pero luego insistió en irse al gimnasio. —Se encoge de hombros—. Será por su orgullo de machote.

—Me da pena.

—Pues yo os *shippeo* mucho. —Leo me rodea con sus brazos—. Más que a ti con ese tal Borja, que anda con un palo metido en el culo.

—Piérdete tú también. —Intento deshacerme de él, pero no lo consigo—. ¿Por qué te has convertido ahora en un repartidor de abrazos? No te pega nada. Antes eras un rancio.

—El culpable es mi principito.

Alan se percata de nuestra muestra de afecto y se pone celoso, abrazándonos a los dos. Después, Leo le dedica un gesto obsceno con la porra y su boca, como si estuviera chupando una polla, y Alan le da una colleja.

—Señores. —Espléndida aparece en la cocina otra vez—. En la puerta hay una señora muy tatuada, con un *piercing* de aro en la nariz y demasiado chillona. Ha venido con un coche destartado.

—¡La tía Mel! —exclamo, y salgo pitando de la mansión para recibirla.

Le abro la cancela, porque Espléndida no lo ha hecho al no conocerla, y nos fundimos en un abrazo, gritando de emoción. Me dice que parezco toda una señoritinga y que estoy muy guapa, a pesar de que nos hayamos visto hace tres meses, en las vacaciones de Navidad. A continuación, la familia al completo aparece y todos le dan la bienvenida. Cuando regresamos a la cocina para continuar desayunando, Mel nos cuenta, entre lágrimas, que se ha venido de Málaga porque ha roto con Tania, mi otra tía, por culpa de una discusión. A mí no me extraña; las dos son mujeres muy explosivas y casi siempre están igual.

—¿Ahora tengo que tenerte en mi palacio como okupa? —se queja mi padre mirando a Mel.

—Así es, Buenorro, aunque yo sé que todos los que estáis en esta mesa me habéis echado de menos.

Como hoy es domingo, nos toca pasar todo el día paseando y comiendo en familia, y también se unen a nosotros Gigi y su madre, otros tíos que viven en un pueblo de Madrid, mi primo Dylan, que se ha escapado este finde de Barcelona, y Niko con sus padres.

La verdad es que parecemos un ejército cuando nos juntamos todos (faltan mis abuelos de Málaga y mis tías, Tania y Alba), pero es la mejor familia que existe.

Sin embargo, mientras estamos dando un paseo por el Retiro sobre la una del mediodía, recibo un mensaje de Borja.

Borja: «¿Vas a venir a comer con mis padres?»

Yo: «¿Te gusta ser tonto? Después de lo que pasó ayer en tu casa no quiero volver a verte»

Borja: «Pero, Hannah, no puedes hacerme esto... Mis padres estaban muy ilusionados»

Yo: «Me la suda. Chaíto»

Guardo mi móvil porque no quiero que este neandertal me moleste durante el domingo.

Igual esta noche me quedo a dormir en la casa de mi hermano. Si Kevin se pasa por allí para darse una ducha, le preguntaré si necesita algo y aprovecharé para hacerle un poco de compañía.

# Capítulo 10

## Kevin

Sobre las nueve y media de la noche, llamo al timbre del apartamento de Leo y Alan. Para mi sorpresa, es Hannah quien me abre, vestida con su pijama de conejo.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto sin saludarla siquiera—. ¿No tienes casa?

—Mira quién fue a hablar. —Esboza una sonrisa chulesca, interponiéndose entre el hueco de la entrada y yo—. El que está viviendo en un gimnasio.

—¿Me dejas pasar? Necesito ducharme.

—No. —Se cruza de brazos sin intención de borrar su sonrisa—. Dime la contraseña y dejaré que entres y te quites ese olor a puerco que desprendes.

Me quedo mirando la zona que hay entre su boca y su nariz.

—Tienes bigote —le digo muy serio, aunque sea mentira, y Hannah se lleva una mano hacia esa zona para comprobarlo; entonces me echo a reír—. Era broma.

Sin embargo, en vez de parecerle gracioso, me cierra la puerta en las narices y yo me río más, en mitad del rellano.

Vuelvo a tocar el timbre, pero esta vez me abre Alan, que me recibe con un fuerte abrazo. Después, le toca el turno de saludarme al perro y, por último, a Leo, que me entrega una toalla y ropa limpia. Dejo mi mochila en uno de los sofás del salón, porque en el otro se encuentra Miss Tontaina comiéndose una tarrina de helado, y me meto directo en el baño. Cinco minutos después, mientras estoy enjuagándome el pelo y el cuerpo, la preciosa voz de Hannah me interrumpe:

—Kevin.

Me giro y me encuentro con su cabezón, adornado con orejas de conejo y asomado a hurtadillas por un pequeño hueco de la cortina. Doy un respingo con el que casi me resbalo de la bañera, y lo siguiente que hago es taparme la entrepierna con las manos bajo las risas de Hannah.

—¿Qué estás haciendo?! —le espeto—. ¡Esto no tiene ninguna gracia! ¡Estás invadiendo mi privacidad!

—¿Qué dices de privacidad? —se cachondea de mí—. Nos hemos besado y me has invitado a pasar a tu habitación del gimnasio. El siguiente paso era verte en pelotas.

—¡Fuera de aquí! —Con mi mano, corro la cortina para que no siga viéndome. Por un hueco, observo que se sienta sobre la tapa del váter, que tiene una funda de unicornios, y reanudo mi ducha, un poco más tranquilo.

—Por cierto —vuelve a hablar Hannah—, tienes un cuerpo bonito, aunque tu cara sea horrible y tu polla parezca un cacahuete.

Sonrío.

—¿Sabes que no debes decirle esas cosas tan feas a un chico? Puedes herir sus sentimientos y cargarte su autoestima.

—Y tú tampoco puedes comentar acerca del vello corporal y facial de una chica. Me has

ofendido. —Oigo que suspira—. En fin... Sólo he venido a ponerte al día sobre mi situación con Borja.

—Adelante, te escucho.

Mientras termino, me cuenta que, el sábado, se tuvo que ir a su casa sola cuando eran casi las doce de la noche porque a Borjamari no le salió de los huevos acercarla con su cochazo, con la excusa de que estaba cansado y que podían robarle sus estúpidas pertenencias caras. Al final, Hannah se cabreó con él y lo mandó a la mierda, cosa que me alegra, porque ella se merece algo mejor que ese tío que sólo ama a su coche.

Incluso yo soy mejor. No tengo dinero ni vehículo propio, y vivo prácticamente en la calle como un vagabundo, pero creo que soy buen chico y jamás permitiría que mi novia regresara a su casa sola, sabiendo cómo están de locos algunos tíos. Tampoco la dejaría a medias en el tema del sexo y me aseguraría de que disfrutase en todo momento.

—Así que es un capullo —dice cuando termina su monólogo.

—¿Quieres que le parta la cara mañana?

—No hace falta, porque se la pienso partir yo si se atreve a acercarse a mí.

Cierro el grifo con una sonrisa en los labios y le pido que me pase la toalla.

—¿Para qué? Si ya te he visto en cueros.

—¿Para secarme, quizá? —le respondo—. No me voy a vestir estando mojado.

Esta situación es un poco rara. Jamás me he duchado delante de una chica.

Hannah me pasa la toalla por un hueco de la cortina y me concentro en secarme. Después, salgo de la bañera con sólo mi entrepierna tapada y ella se me queda mirando sin un atisbo de vergüenza, sentada en el váter.

De pronto, me percató de que no sólo está sentada, sino que tiene el pantalón de su pijama y las bragas bajados hasta los tobillos.

—¿Te has puesto a cagar delante de mis narices? —le pregunto, y me tapo la nariz con una mano mientras sujeto mi toalla con la otra para que no se me caiga.

—Tranquilo, que es sólo pis. Tardabas mucho y no podía aguantarme más. ¿Qué querías? ¿Que me meara encima?

—Claro que no —le contesto—. Pero ten un poco de respeto.

—Date la vuelta, anda. Necesito limpiarme y no quiero que me mires.

Le hago caso, porque no tengo intención de verla, y me vuelvo a girar cuando escucho la cadena. Hannah se acerca al lavabo para lavarse las manos, y luego, no sé cómo, pero me roba la toalla de la entrepierna para secarse.

—¡Oye! ¿Eres boba? —Me cubro la polla con las manos con rapidez.

—No, ¿y tú? —Me lanza la toalla a la cabeza, que se cae al suelo, y se echa a reír de manera diabólica.

—¡Fuera de aquí ya! —le grito.

Justo cuando Hannah abre la puerta para irse, Leo por poco se estampa contra el suelo porque, al parecer, tenía la oreja pegada, y supongo que Alan estará metido en la cocina, preparando la cena.

—Uy, perdón, pensaba que era la puerta de la habitación. —A Leo se le escapa una risita nerviosa y sus ojos se posan en mí—. Uy, pero si estás desnudo. ¿He interrumpido algo?

—¡Leo, eres un maldito cotilla! —le suelta Hannah, y le da un pequeño empujón.

Después, los dos desaparecen del baño y, por fin, puedo vestirme con tranquilidad.

Una vez que salgo, cenamos todos juntos en el salón, hablando de todo y viendo una serie en la

tele, aunque Hannah y yo nos vamos soltando pullas el uno al otro porque no podemos comportarnos como unos casi adultos civilizados. Cuando llega la hora de que Leo y Alan se vayan a dormir, a mí no me apetece volver al gimnasio todavía, porque sólo son las once, y me quedo en el salón con Hannah, que está perdida en sus pensamientos.

—¡Mierda! —exclama en un susurro, y se golpea la frente con su palma.

—¿Qué te ocurre?

—Se me ha olvidado hacer los deberes de Inglés y son para mañana. Mi agenda mental me ha fallado esta vez.

No me puedo creer que a la perfecta Hannah, la que saca unas notazas increíbles y la que siempre lleva los deberes hechos, se haya olvidado de algo así.

—Ah, no te preocupes. Si quieres, te los dejo ahora para que los copies.

Se echa a reír y yo no tengo ni idea de lo que le ha hecho tanta gracia.

—No es por ofenderte, pero no me fio de ti porque seguro que los tienes mal.

—Disculpa, doña Perfecta. —Me levanto y me acerco al otro sofá para coger mi mochila; después, me vuelvo a sentar junto a Hannah y le entrego mi cuadernillo de ejercicios de Inglés—. Toma, anda.

—Como tengas muchos fallos y haga el ridículo delante de toda la clase, recaerá sobre tu conciencia, guapito.

—¿A que no te los dejo y hago que la profe te ponga un negativo mañana por no tenerlos? Sería una mancha bastante fea para tu brillante expediente.

Hannah exhala un suspiro con brusquedad y me arrebató el cuadernillo de las manos. Se sienta sobre un cojín en el suelo, alrededor de la mesita de centro, y comienza a copiarse de mis deberes, pero me comenta en varias ocasiones que tengo algún fallo y me lo corrige, y también me dice que mi letra es bonita.

Mientras tanto, me pongo a ver una serie en Netflix con poco sonido para no molestar a nadie, pero comienzan a pesarme los párpados y me quedo frito en el sofá sin darme cuenta.

\* \* \*

Al día siguiente por la tarde, me paseo por la ciudad para robar propinas de las terrazas de los bares y echar unos cuantos currículums. En el Chon, le entrego uno a Niko por si su padre necesita a alguien, aunque dudo que en algún sitio me contraten. He mentido un poco y he puesto que tengo dieciocho años y que he trabajado como camarero en un restaurante y como dependiente en una tienda de ropa, cosa que es mentira, porque no he currado nunca; también he añadido que sé hablar inglés y francés de manera fluida, algo que tampoco es verdad, ya que sólo sé soltar cuatro frases mal dichas y con una pronunciación que deja mucho que desear.

Por otra parte, esta mañana me he despertado desorientado en el sofá-cama del apartamento de Alan y Leo con una manta echada por encima, que no sé quién demonios me la habrá puesto (dudo mucho que haya sido idea de Hannah, que ha dormido en el otro sofá). Al parecer, estaba tan agotado ayer por la noche que me quedé frito en cuestión de minutos y no pude regresar al gimnasio. También he ido al insti en el metro con la pelirroja, pero no hemos hablado mucho, ya que ella no está de buen humor recién despierta y me ha mandado a freír espárragos cada vez que le decía algo.

Ahora estoy robando propinas en el Chon con disimulo porque, mientras me llaman de algún trabajo, debo ganarme la vida de cualquier manera, aunque sea como ladrón. Si alguna vez me

pillan, no me pasará nada grave al ser menor de edad. Además, lo hago por una buena causa; necesito comprarle a mi hermana el bocadillo del recreo todos los días y algo más para que coma en casa.

—Psss —oigo que alguien me llama, o eso creo.

Paseo mi vista por cada mesa, nervioso, por si ese sonido ha ido dirigido a mí, y descubro a una chica mirándome, que me indica con su dedo que me acerque a ella.

Ya está. Ya me he pillado robando.

Si no recuerdo mal, creo que se llama Macarena y es la novia de un amigo de Leo.

Me aproximo a su mesa y tomo asiento, frente a ella.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

—Te he visto robando las propinas —me dice con expresión seria, pero antes de que yo le responda algo para justificarme, me corta, haciendo un gesto con la mano—. No me interesa por qué lo estás haciendo ni te pienso delatar, pero quiero ayudarte. Si necesitas el dinero, puedo conseguirte un trabajo.

—¿En serio? —inquiero, incrédulo, y ella asiente.

Espera un momento, que esto no me cuadra. ¿Cómo es posible que una tía que no conozco de absolutamente nada me quiera buscar un trabajo? Nadie se comporta de manera altruista con los demás sin recibir nada a cambio, a excepción de Alan y Leo, que no parecen de este planeta.

—Lo siento, pero no me interesa —le respondo a la chica, y hago amago de levantarme, pero ella me sujeta del brazo, impidiéndome que pueda escapar.

—Conseguirías mucho dinero. —Clava sus ojos en los míos—. ¿De verdad no te interesa?

Si pagan una buena cantidad, entonces es posible que se trate de un trabajo ilegal, como puto, sicario o camello, y ninguno de los tres me fascina porque no quiero seguir los mismos pasos que mi hermano. O quizá sea un curro decente y yo me estoy montando mis propias películas en mi mente.

—¿De qué trataría exactamente? —me intereso, aunque mi cerebro me ordene que salga como un vendaval de aquí.

—De vender.

—¿De vender el qué? —inquiero como si fuera tonto; entonces reacciono—. Ah, no, no, no. No pienso ser tu camello.

—Shhh —me manda callar, y mira hacia nuestro alrededor por si nos ha oído alguien, pero todos los clientes permanecen concentrados en sus mesas, comiendo y charlando, con la música sonando de fondo en el local. Después, Macarena me susurra—: Sería fácil. Podrías vender por tu barrio y por tu instituto, y ganarías mucho más que con cualquier otro trabajo de mierda, ¿sabes? Piénsatelo y me respondes esta semana.

La idea es tentadora, no lo voy a negar. Pero yo no sirvo para ser camello; me pondría nervioso con el intercambio entre la droga y el dinero, y me pillaría la poli. El lado negativo de todo esto es que estoy seguro de que no me van a llamar de ningún otro lado, y yo tengo que trabajar de lo que sea para volver a casa, mantener a mi familia hasta que cumpla los dieciocho en septiembre y largarme con mi hermana a otro sitio mejor.

El novio de Macarena, que creo que se llama Sebas, aparece en nuestra mesa y se sienta al lado de ella tras saludarme con la cabeza.

—¿De qué hablabais? —nos pregunta, desconfiado.

Yo no contesto nada, porque no quiero meter la pata por si no está enterado de que su novia quiere contratar a un camello.

—De que este chico necesita un trabajo y yo le he ofrecido la posibilidad de currar con nosotros —le explica ella en un susurro—. Es de confianza, ¿no? Es amigo de Alan y Leo.

—No, Macarena —le responde él, tajante—. Es sólo un niño. No puedes poner en peligro a alguien menor de edad. Sabes que nunca me ha parecido bien vender.

Bueno, parece que este chico tiene dos dedos de frente, pero yo no estoy de acuerdo en que me haya llamado «niño». Ya soy casi un adulto.

—¿Ya estás poniendo pegas? —le espeta ella—. Te recuerdo que todo eso paga el sitio donde vives y lo que te comes. Si no te gusta, te largas de mi casa y vuelves con tu abuela.

—Vale, vale. Tranquila —responde Sebas—. Sólo te he dicho que es un error meter a Kevin en esto.

Me parece que este tío es de los típicos calzonazos que hacen todo lo que les ordena la novia.

—Acepto el trabajo —intervengo antes de que discutan más, y los dos ladean sus cabezas hacia mí—. No será tan complicado, ¿no? —Bajo la voz para añadir—: En mi barrio hay muchísimos yonquis, y en mi insti sé que hay gente que consume, sobre todo los pijos.

—¿Estás seguro de esto? —inquieta Sebas con la preocupación adornando su rostro, y yo asiento, muy seguro de mí mismo por fuera, pero por dentro estoy cagado.

—Acompáñanos a nuestra casa, que te tenemos que explicar unos cuantos temas y darte material —me dice Macarena—. Empiezas a currar mañana.

No me puedo creer que mi primer trabajo sea de camello. Si estuviera mi hermano aquí, se descojonaría en mi propia cara, pero le pediría unos cuantos consejos porque era el rey de los trapicheos en el barrio.

# Capítulo 11

## Hannah

Hoy voy vestida de incógnito en el insti, igual que ayer, con una sudadera gigante de mi padre, la cabeza tapada con la capucha y unas gafas de sol, porque no quiero que Borja se acerque a mí para que hablemos sobre nuestro fracaso de relación. Puede que me esté comportando como una inmadura por no ir de frente, pero es que ese tipo es muy pesado; no para de enviarme mensajes de disculpa y poemas ridículos con los que Federico García Lorca se volvería a morir si algún día resucitase. Además, mi tiempo es de lo más valioso y no necesito perderlo con una persona que no merece la pena.

Ahora estoy en el baño de chicos pasando el recreo, mientras tacho con el rotulador negro nuevos insultos dirigidos hacia mi pobre persona y comiéndome la piruleta que ha aparecido en mi mochila a primera hora; esta vez es de color azul, así que, cuando me la termine, mi lengua parecerá la de un pitufo.

De pronto, oigo risitas y besos provenientes del habitáculo de al lado.

—Buah, tío. Tenía unas ganas tremendas de estar contigo... —suelta uno de ellos, y reconozco la voz de Jorge.

El otro no le responde; sólo se oyen besos.

Como en el fondo soy muy cotilla y me pica la curiosidad, me subo a la taza del váter y me asomo por arriba al habitáculo contiguo al mío, con mi boca sujetando la piruleta.

Casi me meo de la risa al descubrir los morros de Kevin a punto de ser devorados por los de Jorge, porque menuda limpieza bucal está recibiendo.

Permanezco unos segundos presenciando esa escenita tan calenturienta en silencio hasta que me saca la piruleta de la boca y los interrumpo:

—Dale ahí, Jorge, métesela hasta el fondo y quítale todas las caries con la lengua.

Los dos separan sus labios de inmediato y alzan sus miradas hacia arriba, para encontrarse con mi espléndida carita.

—¿Qué coño haces ahí, Hannah? —exige saber el bobo de Kevin.

—Pasando el rato. —Me encojo de hombros de manera desinteresada y me vuelvo a meter la piruleta en la boca para añadir, aunque no se me entienda—: ¿Sabéis que están prohibidas esa clase de cochinas en el insti?

—Habló la reina de las mamadas —interviene Jorge con una sonrisa chulesca—. ¿A quién te estabas tirando ahí dentro?

—A Borjamari —murmura Kevin por lo bajo, y yo lo taladro con mi mirada porque su chistecito no me ha hecho ni pizca de gracia.

Qué mamón es. Encima de que me estoy empezando a preocupar por él y no me he chivado de que sea un okupa...

Me saca de nuevo la piruleta y le lanzo un escupitajo a Jorge, que le cae en el ojo izquierdo.

Caray, menuda puntería más envidiable tengo.

—¡Qué asco! —El idiota se lleva una mano al ojo con una mueca de desagrado y Kevin se ríe a carcajadas—. Seguro que me ha pegado el ébola, la peste bubónica o la rabia.

—Qué exagerado —suelto—. Sólo es un poquito de saliva con algún gargajo.

Jorge sale disparado del cubículo para acercarse a los lavabos y sacarle brillo a su ojo con agua y jabón. Un chico de la ESO entra en el servicio y yo lo saludo con la mano desde mi posición; él duda un momento sobre si mear en un urinario o esconderse en un habitáculo aparte, pero, al final, se esfuma del baño, horrorizado.

Parezco Dios, porque lo veo todo; si me estiro un poco, en una de las puertas del fondo puedo ver a un muchacho sentado en el váter y prefiero no saber el motivo por el que está ahí.

Jorge también decide irse, dejando al pobre Kevin con un calentón de la hostia.

Eso no, eh. Menudo desconsiderado. Si calienta la comida, debe comérsela.

Aprovecho para hacerme un *selfie* aquí subida y la publico en Instagram con la descripción «en el asqueroso baño de tíos de mi insti».

Hace varias semanas que no publico ninguna imagen y mis doce mil seguidores seguro que están preocupados, pero es que se me ha olvidado porque tengo demasiadas cosas en la cabeza; tampoco es que me guste estar las veinticuatro horas del día pegada a Instagram. Sólo lo uso para difundir fotos de gatos y perros callejeros para que los adopten, alguna colaboración con una marca de maquillaje o ropa, o frases mamarrachas; no sé por qué me sigue tanta gente... Será porque soy hija de un famosillo.

Kevin alza la mirada hacia mí, otra vez.

—¿Piensas quedarte ahí asomada todo el día?

—No, tengo cosas más importantes que hacer en lugar de ver tu careto feo —le respondo, y le doy un lametón a mi piruleta—. Como tachar mi nombre de los baños.

Él posa su vista en la puerta que tiene frente a sus narices.

—Aquí también hay insultos dirigidos hacia ti —me informa—. Pásame el rotulador y los tacho.

Pero, en lugar de hacerle caso, intento pasar al habitáculo donde se encuentra, por la parte de arriba y sujetándome con fuerza a la pared porque no quiero abrirme la cabeza.

—¿Se puede saber qué haces? ¿Por qué no entras por la puerta como una persona normal?

—Porque me he criado en la jungla con unos trogloditas que dicen ser mis hermanos —le contesto, y cuento hasta tres en mi mente para saltar mientras Kevin prepara sus brazos, con la intención de agarrarme—. No hace falta que me cojas; puedo yo solita. No soy ninguna princesita desfallecida que necesita ser salvada por el macho alfa de pelo en pecho. Hazte a un lado.

—Vale, vale. Como quieras. —Kevin levanta las manos en expresión de derrota—. Si te abres la cabeza, te arrepentirás por no haber aceptado mi ayuda.

—Mira, chaval, he trepado por árboles para rescatar gatitos, he caminado por el tejado de mi casa ocho mil veces, he matado a una rata con el cepillo de barrer, he aguantado la respiración bajo el agua durante seis minutos, de pequeña me picó una avispa en la cara, descuarticé un peluche para comerme el algodón que tenía dentro y he compartido fluidos salivales contigo. Soy inmortal.

Kevin se echa a reír; imagino que no se habrá creído lo que le acabo de soltar. Pero todo es verídico, si no, que se lo pregunte a mis padres.

—El noventa y nueve por ciento de lo que has dicho es mentira. Sólo me creo lo de compartir los fluidos salivales conmigo.

—Y estoy viva, porque eso es lo más peligroso de todo. —Hago un ademán con la mano—. Aparta, que no quiero aplastarte.

Durante los minutos que llevamos discutiendo, han entrado varios chicos más, pero, al ver el panorama que había montado dentro, se han vuelto a ir.

Es que yo impongo que te cagas. Todos me tienen miedo porque soy la nena de la directora.

Kevin se coloca en una esquina del cubículo, yo vuelvo a contar hasta tres y salto, aterrizando en el suelo, de pie y con la elegancia de un gato.

El Caraculo me aplaude sin ganas.

—¿Qué tienes que decir ahora, eh? ¿Te carcome la envidia? —le digo echando mi melena rojiza hacia atrás con chulería.

—No, que hubiera sido más fácil entrar por la puerta.

Hago muecas de burla y lo ignoro, leyendo los insultos y tachándolos en la puerta.

Siempre son los mismos: «Hannah marrana» o «Hannah comebananas». Sin embargo, hoy descubro unos cuantos nuevos: «Hannah putana» y «Hannah te toca la palangana».

Quien los haya escrito se merece volver a preescolar por lo original que es.

—¿Quién crees que será el autor? —me pregunta Kevin.

—No lo sé, pero se va a enterar cuando lo pille.

—¿Será Borjamari?

—No creo... Él no pierde el tiempo en estas tonterías. Además, no entra en los baños de los alumnos; se va al de profesores porque su mami lo ha pedido de manera expresa, por si se le pega alguna infección.

Kevin se descojona.

—No me sorprende.

Cuando termino de tachar mis nuevos apodos, me dispongo a quitar el cerrojo para esfumarme, pero Kevin me lo impide, interponiéndose entre la puerta y yo.

—¿Qué haces? Aparta —le ordeno.

Me roba el palito de la piruleta de la boca de una forma tan sensual que no me importaría que repitiera ese gesto todos los días hasta que nos graduásemos.

Me obligo a tragar saliva y él pasea su pulgar por mi labio inferior, sin dejar de mirarme a los ojos y con su boca ligeramente abierta.

—Enséñame la lengua —me dice.

Me siento tan desprotegida y atontada en este momento que no hago otra cosa más que obedecer sus órdenes.

Entonces, Kevin se echa a reír.

—Ya sé a quién se la has comido antes. ¡A un pitufo! —se burla, y yo le arrebató el palito de un tirón.

—¿Sabes por dónde te pienso meter esto? —lo amenazo mostrándoselo.

—¿Por el culo?

—¡No! ¡Por la polla!

—Ay, no. —Kevin finge una mueca de dolor—. Eso por ahí no me cabe.

—Sí que cabe. —Acerco el rostro al suyo y lo miro con una sonrisa diabólica—. ¿Quieres que lo probemos?

—No, gracias.

—Tú te lo pierdes.

Roza su nariz con la mía, pero yo soy más rápida y estampo mi boca contra la suya. Al

percatarme de esta metedura de pata, me separo de inmediato de él y me limpio la boca con la mano, haciendo un gesto de desagrado.

—Puuaj, menudo asco. Me acabo de comer las babas de Jorge —suelto.

—Pues no te quejes, que peor es comerse las de Borjamari.

—Las de Borjamari han desaparecido ya porque no estoy con él y, además, me lavo los dientes después de cada comida —replico.

Kevin me acaricia la mejilla, esbozando una media sonrisa, y luego me besa. Rodeo su cuello con mis brazos y él posa sus manos en mi cintura sin despegar nuestras bocas. Su lengua encuentra la mía y permanecemos basándonos durante un buen rato como si tuviéramos pegamento en los labios.

No me puedo creer que me esté encantando besar a este Caraculo, y mucho menos imaginaba que fuera un experto moviendo su lengua.

El timbre que da por finalizado el recreo interrumpe nuestro momento, suelto un quejido sobre su boca y nos separamos.

—No te vayas a emocionar con esto que acaba de pasar, eh —le advierto señalándolo con el dedo.

—Pero si besas fatal.

Le saco el dedo corazón, lo empujo hacia un lado y me largo del apestoso baño de tíos, con la capucha de la sudadera y las gafas de sol puestas para pasar desapercibida. Sin embargo, dirigiéndome hacia mi siguiente clase por el pasillo, diviso a lo lejos a Borja viniendo hacia mi dirección con la mirada perdida, así que me veo en la obligación de darme la vuelta, pillar a Kevin desprevenido, que venía detrás de mí, y abrazarlo con la cabeza enterrada en su pecho. Le pido que me siga el rollo y que me esconda entre sus brazos para que el otro no me vea, y es lo que hace.

—Qué pena me da ese tío —susurra—. Se nota que lo está pasando mal por vuestra ruptura.

A mí no me da ninguna lástima. Por mí, como si se tira por un barranco.

—Que se joda. ¿Se ha ido ya?

—Sí, pero tu madre también ha pasado y se nos ha quedado mirando con la boca abierta —me informa entre risas, lo que provoca que su pecho vibre—. A la hora de la comida te espera un buen interrogatorio.

Me aparto y le lanzo un beso invisible a través del aire, que el muy payaso coge con su mano. Yo no puedo evitar fruncir la nariz ante la escena tan ridícula que acabamos de crear y me doy la vuelta para entrar en clase.

En las tres siguientes horas, Kevin se sienta detrás de mí para molestarme, tirándome del pelo, soplándome en la oreja y lanzándome trocitos de goma de borrar como si tuviera cinco años mentales (que a veces los tiene, las cosas como son). Y durante la hora de castigo (aún no han «aparecido» las llaves del gimnasio), más de lo mismo, pero lo amenazo con contar su secreto, porque la verdad es que ya estoy hasta los ovarios de perder una hora de mi valiosa vida todos los días.

Cuando llega el momento de marcharnos a casa, decido irme con mi madre en su coche, como he hecho los días anteriores para no perder tiempo, aunque tenga que pisotearme el orgullo porque me prometí a mí misma coger el metro para ir y venir hasta que a mis progenitores se les ablandaran sus inexistentes corazones y me comprasen una moto.

En cuanto estoy a punto de subirme al vehículo, me interrumpe la madre de Borja, que ha venido hace un rato para discutir con la mía sobre el injusto castigo que nos ha puesto, amenazarla

con demandarla porque se considera «maltrato infantil» e informarla de que hará todo lo posible para que la despidan como directora. En fin... Lo que tiene que aguantar la pobre mujer que me trajo al mundo... A veces, los padres son peores que los hijos.

—Perdona que te moleste ahora, Hannah —me dice Leticia, la madre de Borja, toqueteándose su collar de perlas con nerviosismo—. ¿Puedo hablar un momento contigo?

—Claro, habla. —Me cruzo de brazos, en expresión defensiva.

—A solas —me responde refiriéndose a mi madre, que tiene sus ojos puestos en nosotras.

—Vale —le contesto a Leticia suspirando, y miro a mi madre—. Ahora vuelvo.

Nos alejamos unos cuantos metros de distancia de Rodolfa, el coche de mi madre, pero la señora que me parió no nos aparta la mirada en ningún momento mientras se fuma un cigarrillo, por si tiene que intervenir y quemarle el pelo a la estirada para defenderme.

—Pues tú dirás —rompo el hielo.

Leticia me mira, angustiada.

—Verás, Hannah, desde que lo dejaste con mi Borja María estoy en un sinvivir. Mi niño no quiere comer y se pasa todo el día llorando. Haz algo, por favor.

Ahogo una risita.

—¿Qué se supone que debo hacer yo? Que supere la ruptura como hace todo el mundo.

—Vuelve con él. Mientras estaba contigo era feliz —me responde con voz quebrada—. Imagínate que se me muere. Tú serías la única culpable. Yo no podría vivir sin mi Borja María.

Me están entrando ganas de coger a esta mujer de los pelos y revolearla por los aires.

—Lo siento, pero no pienso volver con él —es lo único que le contesto, y me doy media vuelta para dirigirme hacia el coche.

—¡Te pienso demandar por asesinar a mi hijo! —grita detrás de mí, y yo me quedo flipando por lo loca que está. No me extraña nada que Borja haya salido así.

—¿Que tú vas a demandar a mi niña?! —exclama mi madre al lado de su vehículo, mirando a la otra—. ¡Pero si no sabes ni andar por culpa de ese palo que tienes metido en el culo!

—Mamá, ya. Métete en el coche y no la lées —intervengo agarrándola del brazo para que no se escape y acabe dejando calva a esa señora.

Dejamos atrás el instituto y, durante todo el trayecto, mi madre, para aliviar un poco el estrés y la ira acumulados, se dedica a insultar a todos los conductores que se encuentra por la carretera que no saben conducir. Al llegar a casa, ni siquiera saluda a los demás y sube directa a su habitación, cerrando con un sonoro portazo que se oye por todo el vecindario.

—¿Qué le pasa? —me pregunta mi padre en el recibidor, mosqueado.

—Un día duro.

Alan y Leo se han marchado hace un rato, mis otros hermanos ya han terminado de comer y mi tía Mel se encuentra sentada en la encimera de la cocina, devorando una manzana mientras charla con Espléndida, que está metiendo los cacharros sucios en el lavavajillas. Me sirvo la comida en un plato y me siento a la mesa; mi padre se ha puesto a hablar por teléfono para informar de que esta tarde no puede ir al estudio de grabación porque «el almuerzo le ha sentado mal y está vomitando», algo que, por supuesto, es una excusa para quedarse en casa a animar a mi madre, y yo arrugo la nariz porque el amor deja atontolinada a la gente.

O sea, ¿mi padre pone en pausa durante una tarde la grabación de su nuevo disco para quedarse con la señora con la que lleva compartiendo la vida tropecientos años? Eso no es amor, es obsesión. Yo me cansaría de aguantar a la misma persona tanto tiempo, la verdad; acabaría tirándole los platos a la cabeza.

—¿La señora no va a comer? —le pregunta Espléndida a mi padre cuando este por fin cuelga la llamada.

—Sí, le voy a llevar la comida a la habitación.

—Qué romántico —se cachondea mi tía Mel, y yo le río la gracia.

—Cierra el pico, Melody —le ordena mi padre, y se marcha de la cocina con una bandeja llena de comida.

Mientras devoro el pollo con patatas fritas, recibo un mensaje de Borja.

Borja: «Hannah, mi ángel pelirrojo, por favor, vuelve conmigo. Te prometo que te acompañaré todos los días a casa y te trataré mejor que a una reina. Me voy a morir si no te tengo a mi lado. Ábreme, que estoy en la puerta de tu casa»

De pronto, el sonido del telefonillo inunda la mansión y Espléndida se encamina para atenderlo, pero yo me adelanto y lo descuelgo para ver el careto de Borja y un ramo de flores en la pantalla. Mel cotillea quién es y se echa a reír, pero yo le abro la cancela de manera automática al pesado y salgo de casa por el jardín.

—Toma. —Borja me tiende las flores, esbozando una amplia sonrisa—. Rosas rojas.

—Ya veo. —Las cojo y lo miro a la cara—. ¿A qué has venido?

—A que me des una segunda oportunidad.

Me río en toda su jeta.

—Ni de coña, Borja. Ya he perdido el interés en ti. Lo siento.

—No me puedes estar haciendo esto, mi ángel pelirrojo. —Se arrodilla ante mí y me percató de que sus ojos lucen acuosos—. Yo te quiero mucho.

Echo un vistazo a mi alrededor por si algún vecino cotilla nos está viendo, pero no hay nadie; después, me doy la vuelta para recorrer con mi mirada cada ventana de mi casa, por si alguien de mi familia nos está espiando, porque no me apetece que me hagan *bullying* con esta escena.

—Levántate, anda. Das vergüenza ajena —le digo a Borja cuando me vuelvo a centrar en él—. No puedo perder más tiempo; tengo que ir a darles comida a los animales callejeros.

Por increíble que parezca, el tonto me obedece y se incorpora, planchándose con las manos el pantalón.

—Sé tu secreto, Hannah —me dice enjugándose las lágrimas, y yo me vuelvo a reír.

—Yo no tengo secretos.

—Claro que los tienes. Al menos, uno. —Sonríe de medio lado—. ¿Quieres que te lo cuente?

—Adelante. Me tienes en ascuas —mi voz suena irónica.

Y desde luego que me lo cuenta, aunque, en realidad, no tiene que ver conmigo directamente, sino con Kevin, y no pienso permitir que se vaya de la lengua por culpa de unos simples celos de niño malcriado.

# Capítulo 12

## Kevin

—Toma, para el bocadillo —le digo a mi hermana antes de que entremos al insti, tendiéndole unas cuantas monedas—. ¿Qué tal por casa?

—Como siempre —me responde en un suspiro, y me percato de que está un poco triste.

—Escúchame, Rebe. He encontrado un trabajo. Cuando me paguen, regresaré a casa y todo volverá a ser como antes. Te lo prometo.

—¿En serio? —inquieta con el rostro rebosante de ilusión; su tristeza se ha esfumado durante un momento—. ¿De qué es tu trabajo?

No puedo decirle que he empezado a vender droga; la defraudaría y quiero ser un referente para ella, ya que soy el único adulto (o casi) con dos dedos de frente de la familia.

—De camarero, en una cafetería —es lo primero que se me ocurre—. Por las tardes.

—Qué bien, aunque dudo mucho que todo vuelva a ser como antes —me responde, y se encamina hacia la entrada del instituto, de nuevo con expresión afligida y cargando con problemas familiares sobre los hombros.

No es justo que mi hermana tenga que vivir ese panorama en casa. Necesito cumplir la mayoría de edad y sacarla de ese ambiente de mierda.

Antes de que suene el timbre, camino hacia la tienda de chucherías de siempre y la dependienta me regala un Chupa Chups de fresa con chicle. Sin embargo, diviso a Hannah entrando con Borjamari y me fijo en que sus manos permanecen entrelazadas. De manera automática, escondo el Chupa Chups en el bolsillo de la sudadera que me ha prestado Leo para que la pelirroja no me pille con las manos en la masa.

Pero lo que más me sorprende es que haya vuelto con él cuando se suponía que lo odiaba por cómo la ha tratado, según lo que me ha ido contando estos días.

Me quedo parado en el mostrador sin reaccionar mientras observo cómo Hannah se sirve unas cuantas chuches y piruletas. Escucho a Borjamari comentar algo acerca de que no le gusta que se ponga esas faldas tan cortas para ir a todos lados porque «va provocando a los demás tíos», a lo que ella le responde enseñándole el dedo corazón. Después, los dos se dirigen hacia donde me encuentro, pero Hannah me ignora y sólo se encarga de pagar su compra.

—Bonitas zapatillas —comenta Borjamari burlándose de mí, y señala con su cabezón mis pies—. ¿Tienen hambre?

Las tengo algo destrozadas y parece que están sacando la lengua, pero no puedo permitirme comprarme unas nuevas, al menos hasta que tenga el dinero suficiente para pagar las facturas de casa.

—Pues anda que las tuyas, que parece que brillan por lo impolutas que están —contraataco, y Hannah y Ángeles, la dependienta, nos miran, curiosas.

—Es que las he estrenado hoy —replica Borjamari—. Son de Dolce & Gabbana. Quinientos

euros me han costado.

—Ah, ¿sí? —Me echo a reír—. Ni que fueran de oro. —Para joderlo, les regalo un pisotón a sus zapatillas caras—. Qué lástima, ahora están sucias.

—¿Pero tú eres imbécil?! —Me da un fuerte empujón para provocarme—. Ahora me las vas a limpiar con la lengua.

—Niños, aquí no os peleéis —nos ordena la dependienta.

Hannah agarra a Borja del brazo con fuerza y le pide que se vaya con ella de la tienda. Antes de irse, el comemiernada me dedica una mirada amenazadora y yo le hago una peineta.

—¿Esa era la niña que te gusta? —quiere saber la cotilla de Ángeles poniendo los brazos en jarras, y yo asiento, sonriendo—. Pues qué mal gusto tiene para estar con ese muchacho tan estirado. Tú eres muchísimo mejor partido. —Da un golpecito en el mostrador con la palma de la mano—. Se tenía que decir y se dijo.

Se me escapa una carcajada.

—Gracias, señora.

Ya sé que soy mejor que ese tío, pero no me explico por qué Hannah ha vuelto con él.

Antes de entrar en el aula que me toca, le vendo una bolsita de maría a un chaval de la otra clase de segundo de Bachillerato, ya que Macarena ha sido la encargada de correr la voz para que se enteren algunos yonquis de mi instituto, gracias a otros drogadictos que ella conoce.

De yonqui a yonqui las noticias vuelan cuando se trata de droga. Sólo espero que nadie me pille.

A lo largo de la mañana logro vender unos cuantos gramos más a unos alumnos que me contactan por WhatsApp y, cuando llega la hora del recreo, el siguiente cliente me espera en los baños de chicos, pero esta vez para vender una droga más dura: la coca.

Sé que se trata de Borjamari, porque he visto su careto en la foto de perfil de su WhatsApp.

Observo cada cubículo del baño por si hay alguien que nos pueda escuchar y espero a que el imbécil aparezca a la hora que hemos acordado.

Justo cuando mi móvil marca las 11:41, el estirado hace acto de presencia.

—¿A meterte unas rayitas? —es lo primero que le digo, cachondeándome de él.

No me ha impactado enterarme de que este tío se droga; se veía venir. Algunos ricos bobalicones son unos drogatas de mucho cuidado.

—¿Tú eres el que vende? —inquieta con ese acento de pijo, que parece que está mascando un chicle.

No le hago caso e intercambiamos lo que tenemos con rapidez, vaya que aparezca alguien; yo le doy su coca y él me la paga.

—Más te vale mantener la boca cerrada —le advierto con el semblante duro—. Si no, te quedas sin mierda para meterte.

—Tranqui, tío. —Se le escapa una ridícula risotada—. Que te estoy pagando el sueldo. Además, no me conviene chivarme, porque Hannah se enteraría de que me drogo y me dejaría.

—Más te vale, guapito. —Le regalo una palmadita en la mejilla y me esfumo del baño.

\* \* \*

El resto de la semana me va de puta madre vendiendo en el instituto por las mañanas y por el barrio en el que vivo, por las tardes. Cuando llega el viernes, tengo una buena cantidad de dinero para mí, así que dentro de unos días volveré a casa para demostrarle a mi madre que no soy

ningún inútil, aunque me ponga en peligro a mí mismo haciendo algo ilegal. Pero no le pienso decir la verdad; le contaré lo mismo que a Rebeca, a pesar de que sospeche de mí, porque no es nada normal ganar tanta pasta sirviendo meriendas en una cafetería.

Por otro lado, me han dado las vacaciones de Semana Santa en el instituto y he aprobado todas las asignaturas del segundo trimestre, aunque no con notas excelentes. Siempre me ha costado mucho esfuerzo estudiar, y llevaba gran parte de mi vida suspendiendo porque no me gustan los contenidos que se dan; la excusa de mi madre era que he salido «retrasado», pero de su querido Simón, que tampoco aprobaba, decía que era inteligente y que los profes le tenían manía y envidia.

Ahora debo buscarme la vida durante esta semana para comer y ducharme, porque Alan y Leo se han ido a Disneylandia y no puedo ir a su apartamento. Sí que me han querido prestar las llaves para que me quedara mientras ellos estuviesen fuera, pero yo me he negado.

Sin que nadie me vea, salto la valla del instituto cuando dan las ocho de la tarde. He decidido venir más temprano de lo habitual porque no tengo nada más importante que hacer en la calle y mi «jornada laboral» se ha terminado por hoy.

En cuanto entro en el gimnasio, me como la hamburguesa con patatas que me he comprado en un McDonald's mientras visito las redes sociales. Busco a Hannah por Instagram porque estoy aburrido y me encuentro con su cuenta, donde descubro que es toda una *influencer* con quince mil seguidores. Cotilleo sus fotos, que son de temas variados, como de paisajes, cafeterías o restaurantes, colaboraciones de marcas de maquillaje o ropa, textos profundos, animales que necesitan un hogar, su familia, sus amigos, *selfies*...

Y, sin querer, le regalo un corazón a una foto que sale comiéndose una piruleta con forma de gato.

Mierda, mierda y mierda.

Se lo quito de inmediato, muerto de la vergüenza, y espero que no se haya dado cuenta de mi metedura de pata. Estoy seguro de que recibirá una gran cantidad de *likes* al día; es imposible que se dedique a mirar todas y cada una de las notificaciones.

Unos golpes en la puerta del gimnasio provocan que me sobresalte y se me caiga el móvil al suelo. Lo cojo con rapidez y lo estudio por todos lados por si se ha dañado, porque se acaba de reiniciar solo a causa del golpe y no quiero gastarme el dinero en uno nuevo. Por suerte, no se ha roto y funciona igual de lento que siempre, pero por lo menos funciona.

Me levanto de la esterilla y me dirijo hacia la puerta en silencio, porque no tengo ni idea de quién será; la única persona que me hizo una visita una vez fue Hannah y no ha vuelto a venir más.

Pego la oreja a la puerta para obtener alguna pista, pero no logro oír nada. De pronto, escucho una llave introduciéndose en la cerradura y me entran los mil demonios porque me van a descubrir y no sé dónde esconderme. Echo a correr hacia algún lado y, para pasar desapercibido, me cuelo en la gran cesta donde se guardan las pelotas.

Mierda, me he dejado la mochila al lado de la esterilla que utilizo para dormir, que contiene cosas que se sabe que son mías.

Por un hueco entre una pelota y otra, diviso a la madre de Hannah entrar en el gimnasio y prender las luces. Echa un vistazo rápido por todo su alrededor, y su mirada se detiene en mi «cama». Sin pensárselo, se dirige hacia allí y fisgonea mi macuto, invadiendo mi privacidad. Observo que abre mi cartera, y entonces ya me puedo dar por descubierto, porque ahí es donde tengo mi carné de identidad.

Suelta mi mochila y doy gracias porque Ari no haya abierto el bolsillo grande, que es donde guardo la mercancía. Luego, cotillea cada rincón del gimnasio, intentando encontrarme, pero su

esfuerzo es en vano.

¿Qué hace en el instituto tan tarde esta mujer? Que yo sepa, esta mañana ha sido el reparto de los boletines de notas y ya no tiene nada que hacer aquí.

Cuando llega a mi escondite, me obligo a no respirar para no delatarme y siento que mi corazón bombea con fuerza. Ari comienza a sacar pelotas de la cesta, hasta que se detiene en cuanto me pilla *in fraganti*.

Joder, ahora tendré que dormir en un cajero automático o debajo de un puente.

—¿Qué estás haciendo aquí, Kevin? —exige saber con los brazos en jarras.

Salgo de mi escondite, abochornado, y me planto frente a ella. Le saco un par de cabezas, pero la señora, a pesar de ser bajita, impone.

—Me estoy quedando a dormir —le respondo rascándome la nuca, y evito por todos los medios mirarla a los ojos—. Yo fui el que robó las llaves de la conserjería. Lo siento.

Se cruza de brazos, sin apartar sus hipnóticos ojos verdes de mí.

—Supongo que tendrás un buen motivo para haber hecho algo tan grave, ¿no?

Me esfuerzo en mirarla.

—Es que no tengo a dónde ir.

—¿Y eso por qué? ¿Tienes problemas en casa?

Si le cuento a esta mujer lo que me ha ocurrido, es capaz de llamar a Servicios Sociales y la habré cagado. Sin embargo, para que no suceda nada de eso, decido adornar la versión oficial con un par de mentiras piadosas.

—He discutido con mi madre y me he largado —le respondo, y noto la voz temblorosa—. Ya sabes cómo somos los adolescentes de orgullosos y problemáticos a veces... Pero volveré dentro de unos días, cuando esté más calmado. No te preocupes.

Ari me contempla, frunciendo los labios, y no tengo ni idea de si se habrá creído la pantomima que le he soltado.

—Ven conmigo, anda —me dice haciendo un ademán con su cabeza—. Vas a quedarte a dormir en mi casa hasta que se arreglen las cosas en la tuya. No puedes vivir en este sitio tan frío y solitario.

—¿Qué? —consigo decir, atónito—. No puedo aceptar algo así.

La señora me dedica una mirada amenazadora que consigue que me ponga a temblar.

De verdad, esta mujer da muchísimo miedo. Ahora entiendo por qué la llaman Hitler.

—¿Prefieres que te expulse del instituto por haber robado las llaves para quedarte a vivir en el gimnasio? A lo mejor me estás contando una trola y quieres colarte aquí para traerte a tus novios o novias. O quizá para montar fiestas con alcohol de por medio, algo que está prohibido para los menores de dieciocho años. Tú eliges, muchachito.

—Está bien, está bien. —Sonrío—. Pero a Hannah no le va a hacer ninguna gracia.

—Me da igual, tú eres mi invitado. Además, ella no viene hasta tarde porque se ha ido a ver una peli a casa de su novio.

Al oír esa información, siento como si me hubiese apuñalado el estómago.

—Ya, una peli —murmuro, irónico, para no parecer que me afecta lo que haga su hija con Borjamari.

—Entre tú y yo —susurra mirándome, pero no sé por qué hace eso, si aquí no nos oye nadie—, ese chico no me cae bien y no me gusta para ella.

—A mí tampoco. Es un estirado que se cree el más guay.

Ari se echa a reír y me enseña la palma de su mano para que le choque los cinco. A

continuación, cojo mi macuto y la sigo hasta donde tiene aparcado el coche. Me acomodo en el asiento del copiloto y, durante el trayecto, me dice que, tal vez, sus otros hijos me miren con cara de estar oliendo un pedo porque soy un extraño.

Una vez que llegamos, un husky siberiano es el primer ser que nos recibe, que resulta que es una perra, y Ari me la presenta como Dora. Luego, saludamos a la ama de casa, que se llama Espléndida y me dice «bienvenido, señorito Kevin». Después, la directora de mi insti les explica a los demás miembros de su familia, que están a punto de cenar, que me voy a quedar unos días aquí. Como era evidente, los mellizos me miran mal, el bebé de unos dos años me observa con curiosidad y Álvaro, el padre de Hannah, le hace a su mujer todo un interrogatorio sólo con su expresión, provocando que me sienta incómodo.

—Es alumno mío y quiero que lo tratéis bien, ¿entendido? —interviene Ari paseando la vista por toda su familia.

—¿Cómo puedes meter a ese tipo en casa? Es el hermano de Simón —le espeta la melliza.

—Alan se va a enfadar contigo, mamá —añade el otro mellizo.

—Kevin no es como su hermano, así que lo respetáis —les vuelve a ordenar Ari, que ladea la cabeza en mi dirección—. Ven conmigo, que te voy a enseñar el sitio donde vas a dormir.

La sigo hasta la planta de arriba y me invita a pasar a una de las habitaciones, que es enorme, está pintada de azul y contiene una cama doble.

—Este cuarto es de Alan, mi hijo mayor. Vive con su marido en otra casa, así que casi nunca duerme aquí. Si necesitas ropa, puedes cogerle la que quieras de su armario.

—Gracias, Ari. —Le sonrío con educación.

—¿Vas a bajar a cenar?

—No... Ya he cenado una hamburguesa.

—Vale. Pues ponte cómodo y haz lo que quieras, que estás en tu casa. —Esboza una sonrisa y luego se marcha de la habitación, cerrando tras de sí.

En realidad no he querido bajar porque me sentiría observado por esos niños, que son capaces de tratarme mal sólo por ser el hermano de Simón, y tampoco me apetece toparme con Hannah.

Echo un vistazo a la estantería de libros de Alan y cojo un cuento para niños pequeños sobre unicornios, que lo considero perfecto para este momento, porque no creo que me haga sufrir con dramas ni comerme el tarro.

# Capítulo 13

## Hannah

—¿Te he dicho que eres increíble, mi ángel pelirrojo? —me dice Borja cuando se desploma sobre mí, y después me llena de besos la mejilla.

—Ya sé que soy increíble, pero no me importa que me lo sigas diciendo —le respondo con toda la modestia que me gasto.

Por lo menos, el sexo con este tipo no está siendo tan desastroso como la primera vez y, desde el lunes, estamos juntos de nuevo. No es que yo esté perdidamente enamorada de él, porque ya ha perdido el encanto de manera definitiva al amenazarme con contarle a mi madre quién fue el que robó las llaves del gimnasio. Además, sabe que Kevin está vendiendo droga dentro del instituto, cosa que no creí en su momento, pero, tras espialo sin que se diera cuenta, descubrí que era verdad, aunque no lo culpo; de alguna forma debe ganarse la vida. Reconozco que un sentimiento extraño está creciendo en mis entrañas hacia ese Caraculo, uno que no he experimento jamás, así que estoy cagada.

Y, aunque parezca un poco hipócrita, no lo estoy pasando tan mal con Borja, porque me ayuda a no pensar tanto en lo que estoy empezando a sentir por el otro y me aprovecho de él todo lo que puedo, no sólo en el sexo; me ha invitado a comer a un restaurante de cinco estrellas y me he pedido lo más caro; también le he suplicado, mediante mi mirada de niña buena, que pagara la factura del veterinario para esterilizar a veinte gatos callejeros, operar de urgencia a un perrito que atropellaron unos desalmados que se dieron a la fuga y comprarles comida de la más costosa a los animales de la protectora donde ayudo.

—Ay, quítate de encima ya, que me estoy agobiando —le digo a Borja, y ladeo la cabeza hacia mi izquierda para buscar con la mirada mi ropa en el suelo, pero lo único que me llama la atención es un condón usado.

Entonces, comienzo a sospechar.

—Borja, ¿puedes quitarte de encima de una vez? —le ordeno.

En cuanto me obedece, sale de mi interior y lo primero que hago es fijarme en su polla con rapidez para descubrir que no tiene ningún preservativo.

A ver, pensemos... Antes de meterla, me he dado cuenta de que se lo ha puesto; yo me he colocado encima de él, pero luego hemos intercambiado las posiciones. ¿Cómo puede ser que no me haya enterado de que se ha desprendido de él? ¿Tan atontada he estado? Quizás el condón se me ha quedado dentro y el que hay tirado en el suelo lo ha usado con otra persona y se le ha olvidado quitarlo de ahí.

Por Dios, parezco imbécil pensando en esto. ¡Por supuesto que el cabrón se ha deshecho de él! Pero lo más preocupante no es que sólo se haya atrevido a hacerlo hoy, no, sino los días anteriores.

—¿Te has quitado el condón, pedazo de desgraciado? —le espeto, roja de rabia, y él se tapa la

entrepierna con la mano y se sienta en el colchón.

—¿Qué? ¿Por qué piensas eso?

Me tapo con la sábana.

—¿Quizá porque hay una gomita tirada en el suelo? —le respondo—. ¿Quizá porque te acabo de ver la polla sin nada?

Este tipo se cree que estoy boba. Aunque no me extraña, porque mira que soy tonta por no haberme dado cuenta de esto.

—A lo mejor se ha caído —murmura mirándome, fingiendo extrañeza.

En este momento de tensión lo único que puedo hacer es echarme a reír ante la gilipollez que acaba de soltar.

—Sí, ha salido volando como si fuera un paracaídas, ¿no? —vuelvo a bromear, pero se nota que estoy cabreada y que quiero cargarme a este inútil, asfixiándolo con la almohada—. No seas ridículo.

Borja se rasca la nunca.

—Bueno, la verdad es que me lo he tenido que quitar porque me estaba apretando. —Me mira a los ojos para parecer convincente—. Es muy incómodo ponerse eso, Hannah. Si tuvieras pene, lo entenderías.

—No me lo puedo creer. —Salgo de inmediato de la cama y comienzo a vestirme a toda pastilla porque no quiero permanecer ni un minuto más aquí—. Eres un cabrón. ¿Lo has hecho más veces?

—No, sólo hoy. Te lo prometo. —Continúa mirándome con ojos de corderito degollado, sentado en la cama—. Por favor, no te vayas así. En el fondo, sé que has disfrutado como una zorra dejando que te follara a pelo. Tendrías que haber visto tu cara de placer y escuchado tus gritos.

Termino de vestirme, flipando en colores por el disparate que acabo de oír, y me pongo frente a él, de pie, para señalarlo con el dedo índice.

—Primero: no te he dejado que me follaras a pelo, te has quitado el condón sin que me enterara, algo muy diferente. Y segundo: me puedes haber dejado embarazada o transmitido alguna ITS, que no sé qué es peor.

—No creo... No vamos a tener tanta mala suerte con lo de quedarte embarazada, y los dos estamos limpios.

—Mira, vete a la mierda, ¿quieres? —le espeto contemplándolo con odio—. No me vuelvas a hablar en tu vida.

—¿De verdad me estás volviendo a dejar? —Se levanta de un salto, se cubre la entrepierna con la sábana y se planta delante de mí para agarrarme del brazo con fuerza, consiguiendo hacerme daño—. ¿De verdad vas a permitir que me chive de lo que está haciendo tu amiguito querido?

Lo desafío con la mirada porque no le tengo miedo a este mequetrefe y, armándome de toda la rabia que me está haciendo sentir, le regalo un rodillazo en los huevos, lo que provoca que me suelte y se doble sobre sí mismo, quejándose por el dolor.

—La próxima vez que intentes hacerme daño o amenazarme, ten por seguro que te dejaré sin tu objeto más preciado, y no me refiero a tu coche. —Y le lanzo un escupitajo a la cara.

—Pero, Hannah... —susurra retorciéndose en el suelo.

Cojo mi mochila, que descansa sobre el escritorio, y me marcho de la casa con la cabeza bien alta.

Me han entrado ganas de clavarle algo en el ojo, pero me buscaría un buen lío y soy una chica civilizada y educada.

Me encamino hacia la moto de mi hermano, que es donde he venido porque no me apetecía que Borja me recogiera con su ridículo Mercedes. Como los mamones de Alan y Leo se han ido a pasar la Semana Santa a Disneylandia, les he cogido prestada a Lady Gaga para moverme por la ciudad; haría lo mismo con su coche, pero soy menor de edad y no tengo el carnet de conducir.

Mientras conduzco por la ciudad, con el viento chocándose contra mi rostro, aprovecho para calmarme de lo que acaba de ocurrir y poner mis pensamientos en orden.

Cada vez parece más surrealista esta situación; no sé cómo no me he podido dar cuenta de lo que me ha hecho ese cabronazo. Estoy muy cabreada.

Aparco cerca del Chon y, nada más entrar, le pido a Niko algo comestible que contenga mucho chocolate; después, me siento a la mesa del fondo, que es la que ocupó cuando nos juntamos todos y donde se encuentra ahora mismo mi primo Dylan (ha venido desde Barcelona para pasar las vacaciones) con sus amigos, Karen, Sebas y Dulce.

—Menudo careto traes, ¿no? —inquire Karen, que me da un pico en cuanto me ve, porque es una persona que le regala besos a sus colegas cuando los saluda.

—Acabo de romper con mi novio por segunda y última vez —les cuento a todas las personas que rodean la mesa, que se quedan mirándome, sorprendidas—. Era un idiota.

Menos mal que Alan no está aquí, si no, me obligaría a sentarme en una mesa con él, a solas, para que le narrara todos los detalles de la segunda ruptura, como hizo con la primera vez que dejé a Borja. Me confesó que no le caía muy bien y que estaba más a gusto sola que mal acompañada.

Niko me trae un trozo de tarta y un batido, las dos cosas de chocolate, y se sienta a mi lado para unirse al grupo.

—¿Le tengo que pegar a alguien, Hannah Montana? —me dice.

—A su novio, peque —le responde Dylan, que se corrige de inmediato—: Bueno, ahora, a su exnovio.

—Vamos todos en grupo a pegarle una paliza a ese tipo —interviene Sebas—. Sea lo que sea lo que te haya hecho.

—Nada de ilegalidades, chicos —suelta Dulce, la única persona sensata del grupo, poniendo los ojos en blanco.

—No hace falta. Ya le he pegado una patada en la polla y le he escupido en la cara, pero gracias.

Me quedo un rato con ellos comiendo y charlando de tonterías, porque no tengo ganas de irme tan pronto a casa; además, siempre que estoy con Dylan, Niko o Alan, mis padres me permiten llegar a la hora que quiera y no se preocupan tanto, ya que con ellos no me va a pasar nada.

Unas cuantas horas más tarde, casi todos se marchan a sus casas y sólo se quedan Dylan y Niko en la mesa, así que aprovecho el momento.

—¿Me compráis una pastilla del día después? —les suelto de sopetón—. Es que a mí me da vergüenza.

Los dos fruncen el entrecejo, luego intercambian una breve mirada y, por último, clavan sus ojos en mí.

—¿Qué? —preguntan al unísono con cara de póquer.

—Borja y yo no hemos tomado precauciones y necesito que me consigáis esa pastilla si no queréis ser tíos tan jóvenes.

Si les cuento lo que ha ocurrido en realidad, son capaces de ir hasta el chalet del tonto y dejarlo en silla de ruedas por el resto de su vida.

—¿Qué haces manteniendo relaciones sexuales tan pequeña? Si eres una bebé —me dice Niko.

—Tengo casi dieciocho años, idiota.

—No me insultes. —Niko se lleva una mano al corazón, ofendido—. Ahora, por lista, voy a echar a todos los pelirrojos del país cuando sea presidente del Gobierno.

Mi primo le pega un guantazo en la nuca.

—¿Me vais a ayudar o no? —insisto.

—Claro que sí —me responde Dylan, y se levanta de su asiento—. Ahora volvemos.

—Le diremos al farmacéutico que se nos ha roto el condón y que no quiero dejar embarazado a este memo. —Niko señala con la cabeza a Dylan—. A saber qué espécimen saldría de ahí. Un bobo con cabeza de huevo.

—¿A que te parto esa cara de japonés? —le espeta el otro.

—Español con antecedentes coreanos. Deja de ser tan racista, blanquito.

Joder, estos dos siempre están igual. Que se casen ya y se declaren amor eterno, porque lo suyo viene desde que eran pequeños.

Les digo que se dejen de estupideces y que se marchen ya a comprarme la maldita pastilla, porque el tiempo pasa y podría estar gestando en mi interior a un Borja júnior.

Qué horror. Nada más pensar en algo así siento escalofríos.

Diez minutos más tarde, Niko y Dylan aparecen en el Chon y me entregan la bolsita de la farmacia como si estuvieran traficando con drogas. Después, el asiático me trae una botella de agua y yo me encierro en el baño para tomarme la pastilla con tranquilidad y sin miradas curiosas.

Ya está. Hecho. Espero que la de hoy haya sido la única vez en la que Borja se ha deshecho del condón antes de tiempo, si no, estoy perdida.

—No le digáis nada a nadie, ni siquiera a Alan o a mis padres —les digo a los dos en cuanto salgo del servicio.

Ellos me prometen que mantendrán el pico cerrado, pero que la próxima vez tenga más cuidado.

Yo sólo pienso que no habrá próxima vez, al menos con ese imbécil.

\* \* \*

Cuando me despierto a la mañana siguiente, maldigo mi vida. Son las diez, y los jodidos mellizos están armando jaleo en el jardín.

Me desperezó, me levanto de la cama, cojo una toalla de mi armario y me encamino hacia el baño para despertarme del todo con una ducha. Abro la puerta y una ráfaga de vapor se estrella contra mi cara; también está la luz encendida, así que imagino que algún mellizo se habrá olvidado de apagarla, porque mis padres no entran aquí al tener ellos un baño propio en su dormitorio.

Cierro con pestillo y, cuando termino de desnudarme, descorro la cortina y lo que me encuentro en la bañera es a un Kevin metido en el agua, pero con la cabeza en la superficie, los cascos puestos mientras escucha música y los ojos cerrados, creyéndose un marqués.

Suelto un sonoro chillido a causa del susto. Mi amigo da un respingo, abre los ojos de repente para encontrarse con los míos y me imita, liberando un grito de sorpresa; después, su mirada se pasea por mi cuerpo y yo, en un acto reflejo, agarro la toalla, que la había colocado sobre la taza del váter, y me cubro con ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?! —bramo con la cara como el color de mi cabello.

—Lo mismo te pregunto —me responde quitándose los cascos, muy tranquilo—. ¿No te has dado cuenta de que el baño estaba ocupado?

—¡No estaba el pestillo echado! ¡Además, esta es mi casa!

—Si ves la luz encendida y el vapor, es porque hay alguien dándose un buen baño de rey —me dice, y vuelve a cerrar los ojos—. Ahora, si no te importa, deja que termine.

—¡Sí me importa! ¡Tengo que ducharme!

Kevin vuelve a abrir los ojos y me observa.

—¿A dónde vas un sábado tan temprano? —me pregunta con curiosidad.

—¡No es de tu incumbencia, así que sal de la ducha! —exclamo, y me sujeto bien la toalla para que no se me caiga.

—Vale, vale. —Señala la puerta con su cabezón—. Por lo menos déjame usar la intimidad para vestirme.

Abandono el baño, cerrando de un portazo, para esperar a que ese mamón se vista.

¿Qué demonios está haciendo aquí?

Mi madre aparece en el pasillo, asustada por los berridos.

—¿Qué pasa, mi niña?

—¿Me puedes explicar por qué me he encontrado a Kevin en el baño? —quiero saber cruzada de brazos.

—Ahhh... Porque lo he acogido en casa durante unos días; no tiene a dónde ir. Debes tratarlo bien mientras se quede con nosotros, ¿de acuerdo?

—¿Qué? —me sorprende, y hago aspavientos con los brazos para replicarle—: ¡No puedes meter a un desconocido en casa!

—No es un desconocido, es mi alumno y tu compañero de clase. No hay más que hablar —sentencia, y se marcha escaleras abajo, dejándome con la palabra en la boca.

¿Qué habrá pasado exactamente para que mi madre lo haya traído a casa? ¿Lo habrá pillado en el gimnasio? ¿Y el calzonazos de mi padre está de acuerdo? Estoy flipando.

—Ya tienes el baño libre, señora —me dice Kevin al salir del servicio, vestido con ropa hortera de mi hermano mayor.

—La próxima vez, procura echar el pestillo. —Lo señalo con el dedo—. No quiero volver a maltratar mis ojos.

Sonríe de medio lado.

—Y yo espero que llames antes de entrar; no me apetece volver a verte todo lo pelirrojo. —Finge una arcada, pero con expresión de diversión.

—Cabrón. —Le doy un pequeño empujón, haciendo todo lo posible por aguantarme una sonrisa que amenaza con escaparse de mis labios, y entro en el servicio para poder darme un buen baño relajante.

# Capítulo 14

## Kevin

—¿Qué demonios haces zampándote mis tortitas? —me espeta Hannah en cuanto aparece en la cocina, vestida con vaqueros y una camiseta roja que contiene la frase «soy sexy y lo sé», tras haberse dado una ducha.

—Desayunar —le respondo como si nada, y me como un trozo de tortita.

—¡Son mías, gorrón! ¡No tienes derecho a comértelas!

—Hay para los dos.

¿Por qué dramatiza tanto si hay un plato entero y van a sobrar?

—Tranquilícese, señorita Hannah —interviene Espléndida, que acaba de aparecer en la cocina—. Si se acaban, preparo más.

Hannah suelta un bufido, después se sirve café en una ridícula taza de Hannah Montana y se sienta a la mesa para desayunar junto a mí, a solas, porque los demás ya han terminado.

En un silencio sepulcral, me tomo mi ColaCao calentito y, entre los dos, acabamos con el plato entero de tortitas. Sin embargo, cuando tan sólo queda una, nos retamos con la mirada y pinchamos nuestro respectivo tenedor en ella, a la vez.

—Soy la reina de esta casa, así que me pertenece porque mando yo —me dice clavando sus ojos oscuros en los míos.

—Y yo soy un invitado y tu madre me ha dicho que puedo comer todo lo que quiera.

—No tengas tanto morro, mamón. —Intenta llevarse la tortita con el tenedor, pero yo se lo impido con el mío—. ¡Suéltala!

De tantos tirones que le damos, la tortita acaba partiéndose en dos trozos, uno pequeño y otro grande; el último es el que está preso en mi tenedor y me hago con él con rapidez, antes de que lo haga la pelirroja.

Me río con maldad mientras unto Nutella y le echo muchísima nata; Hannah me contempla como si me quisiera apuñalar con su tenedor. Cuando estoy a punto de comerme el trozo, ella se levanta de su silla, se acerca rauda a mí y me lo roba. Al final, se zampa el mío y el suyo en un abrir y cerrar de ojos.

—Muy astuta —le digo, y ella me lanza un beso. Apoyo los brazos en la mesa y aproximo mi rostro al suyo—. Ven, acércate.

—No pienso darte un beso.

—Ya quisieras. —Le indico con mi mano que se acerque—. No es un beso. Vamos, ven.

Hannah me obedece y, en cuanto nuestros rostros se quedan a escasos centímetros, le lanzo un sonoro y apestoso eructo. Ella se aleja de sopetón, con expresión de asco, y después se vuelve a levantar, se coloca detrás de mí y rodea mi cuello con un brazo, haciendo un poco de presión para ahorcarme.

—Pídeme perdón de rodillas y te dejaré vivir.

No puedo responderle nada porque ni siquiera me deja respirar; tan sólo me encargo de intentar zafarme de ella, ya que no me apetece morir tan joven.

—¡No te oigo, Kevin! —me grita en el oído—. ¡¿Me vas a pedir perdón o no?!

—S... Sí —consigo contestar; enseguida me suelta y lleno de aire mis pulmones—. Gracias por dejarme vivir.

—De gracias, nada. —Se coloca delante de mí con los brazos cruzados—. Arrodíllate.

Como se percata de que no tengo intención de hacer lo que me pide porque sólo me dedico a mirarla con una sonrisa socarrona, me amenaza, apuntándome con el cuchillo de punta redonda que hemos utilizado para untar la Nutella en las tortitas.

—Arrodíllate o te rajo de arriba abajo, guapito.

—Pero si tiene la punta redonda —me mofo.

Una mujer con el cabello negro y los brazos tatuados, de la edad de los padres de Hannah, entra en la cocina con los auriculares puestos y bailando, con la mente en otro mundo e ignorándonos. Le arrebató el cuchillo a la pelirroja para untarse Nutella en una rebanada de pan de molde mientras tararea una canción.

En esta casa están todos locos.

Cuando los ojos de la extraña se tropiezan con los míos, ella da un respingo y se quita los auriculares.

—¿Y tú quién eres, machote?

—Es Kevin, un bobo que va a mi insti y que mi madre ha adoptado —se adelanta Hannah, y yo la taladro con la mirada.

—Pues yo soy la tía Mel —me dice la mujer extendiendo su brazo para que le estreche la mano—. Estos también me han adoptado porque me he venido de Málaga. He roto con la parienta y estoy esperando a que venga a pedirme perdón.

—Ah, qué mal —le respondo, porque no sé de qué hablar con esta señora desconocida.

—Ya. —Se encoge de hombros con indiferencia—. Un gusto conocerte, Kevin. —Y abandona la cocina.

Hannah también se marcha, dejándome solo, y decido ir tras ella porque no sé qué hacer en esta casa; siento que molesto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunto en el pasillo; los demás se encuentran en el jardín, disfrutando del buen tiempo.

—Tengo que ir al apartamento de mi hermano para ver cómo está una gata que dejé allí con sus tres bebés; me los encontré abandonados al lado de un coche. ¿Quieres venir conmigo?

—Vale.

Salimos al jardín a avisar a su familia de que vamos a salir. Su madre nos dice que nos lo pasemos bien y su padre me amenaza con cortarme la «Kevinconda» como me atreva a hacerle daño a su niña, consiguiendo que casi me cague encima, porque ese señor da miedo aunque tenga pinta de enrollado. Después, la pelirroja me guía hasta una moto azul y me tiende un casco con dibujos de unicornios.

¿Qué le ocurre a esta gente con los unicornios?

—¿Sabes llevar una moto? —quiero saber con desconfianza—. No quiero palmarla por tu culpa.

—Pues claro, chaval. ¿Tú qué te crees?

Hannah arranca la moto, que resulta que es de su hermano y se llama Lady Gaga, y nos montamos.

—¿Puedo abrazarte? —le propongo acomodando mi cabeza en el hueco de su cuello. Huele a fresa—. Como si fuéramos una parejita.

—Ni de coña, que te tiro a la carretera.

—Pero ahora somos novios, ¿no? Nos hemos visto en pelotas mutuamente.

—Más quisieras —me espeta—. Yo soy muy exigente.

—Tan exigente no serás cuando estás saliendo con Borjamari.

—Estaba —me corrige—. Y vámonos ya, que parecemos tontos aquí subidos con la moto en marcha.

Me quedo a cuadros porque, hasta ayer, seguían juntos. ¿Qué habrá hecho el descerebrado ya?

Durante el trayecto, permanezco con mi pecho pegado a la espalda de Hannah. Para mi sorpresa, conduce de una manera normal, pero un poco rápido para mi gusto. La rodeo con mis brazos, riéndome para mis adentros y aprovechando que no se da cuenta porque está ensimismada.

—¡Me cago en ti! —exclama mientras el viento se choca contra nuestros rostros.

—¡Sé que lo estabas deseando, amor mío!

Suelta un gritito de frustración en mitad de la carretera y algunas personas que caminan por la acera se giran para mirarnos porque parecemos dos chiflados. Una vez que llegamos a nuestro destino y nos bajamos de Lady Gaga, Hannah me da un pequeño empujón en mitad de la calle y yo le tiro de ese pelo del color del tomate frito.

—¡Te pienso denunciar por maltrato! —me chilla.

—Pero ¿qué dices? Si nos maltratamos mutuamente.

Me regala otro empujón y se encamina hacia el portal, enfurruñada. No puedo evitar sonreír y voy tras ella, pero, por el camino en ascensor hacia el apartamento, no paramos de empujarnos de manera cariñosa, mordernos los brazos como si fuéramos perros agresivos y taparnos la nariz el uno al otro para asfixiarnos. Cuando nos detenemos en nuestra planta, las puertas se abren, pero yo, como tengo aprisionada a Hannah contra la pared, cubriendo su boca y su nariz con la mano a la vez que nos retamos con la mirada, pulso el botón de la novena planta, que es la última del edificio, para continuar con el viajecito. Sólo espero que ninguno de los dos acabe muerto y que no nos interrumpa ningún vecino.

Hannah me dice algo, pero no logro descifrarlo porque le sigo tapando la boca, y entonces, para desconcentrarme, cuela sus manos por debajo de mi camiseta y me acaricia el abdomen con suavidad. Me estremezco y mis neuronas se desmayan porque son débiles cuando se trata de la pelirroja.

Nos miramos fijamente; el rostro de uno a escasos centímetros del otro, y destapo con lentitud su nariz y su boca porque quiero dejarla atontada con un beso. Sin embargo, cuando mis labios están a punto de rozarse con los suyos, siento su mano colocarse con rapidez en mi paquete y hace presión, aplastándome los huevos.

Se me escapa un quejido de dolor y me aparto de ella al instante para proteger mi aparato máspreciado con las manos. Las puertas del ascensor se vuelven a abrir y Hannah sale disparada, alzando los brazos en expresión de victoria.

—¡Hannah, uno! ¡El bobo, cero! —exclama, triunfante.

—¡Eso no ha valido! —replico abandonando el ascensor—. ¡Casi me dejas estéril!

Me dedica una pedorreta y luego abre la puerta del piso de su hermano y de Leo con la llave. Todo se encuentra en absoluto silencio porque el perro, la gatita y la tortuga están en la casa de Hannah para que los cuide su familia mientras los dueños están de viaje.

La pelirroja se mete como una exhalación en el baño, se echa gel desinfectante en las manos

para luego lavárselas con un buen puñado de agua y jabón; el mismo proceso lo repite cinco veces.

—¿Quieres también lejía? —le pregunto contemplándola, apoyado en el marco de la puerta.

—Pues no estaría mal, porque con esto no tengo suficiente. Seguro que tienes todo eso lleno de ladillas, hongos, hormigas, piojos, pulgas, cucarachas, arañas, garrapatas, chinches y elefantes.

—¿Quieres comprobarlo por ti misma? —le propongo, y me desabrocho el botón de los vaqueros, pero, antes de que me baje la cremallera, un vaso de plástico con el dibujo de un león se estampa contra mi cabeza.

—No, gracias. Todavía me dura el trauma de habértela visto el otro día. Me tienes que pagar un psicólogo, ahora que tienes un trabajo con el que ganas bastantes billetes.

Al oír eso, me quedo rígido y me abrocho el botón. Después, miro a Hannah, que tiene su vista puesta en mí.

—¿De dónde has sacado esa información?

Seguro que ha sido el maldito Borjamari.

—Te he estado espiondo en el insti —me responde, y da un par de pasos para plantarse frente a mí—. Pero tranquilo, que no voy a decir ni pío. No soy una chivata.

Si me ha visto ella, quizá se haya dado cuenta alguien más de mis trapicheos.

Ya sabía yo que ganarme la vida como camello se me daría fatal.

Hannah, antes de abandonar el baño, me regala un tierno beso en la mejilla.

—Así que me espías en el insti, ¿eh? —le digo persiguiéndola, mandando mis preocupaciones a otro planeta.

Cuando me descubran, entonces me cagaré. Mientras tanto, decidiré vivir en la ignorancia.

—Sí, pero no te emociones, que no eres tan importante para mí.

—Claro, claro.

En un rincón del salón hay una caja con mantas, donde una gata tricolor le está dando de mamar a sus tres cachorros, y Hannah se encarga de cambiarles el agua de los cuencos y de echarles más comida. Cuando los bebés terminan de alimentarse, les hace fotos con su móvil para subirlas a su Instagram y encontrarles una familia.

—Un *michi*, tú, yo... No sé, piénsalo —le digo a la pelirroja mientras sujeto a uno de los gatitos.

Ella se echa a reír, mirándome.

—Deja de intentar ligar conmigo. Además, no estoy tan loca como para criar a un gato junto a ti. Tener una mascota es una responsabilidad, no un juego de niños.

—¿Quién te ha dicho a ti que estoy de broma? —le respondo con el semblante serio—. Estos gatos necesitan una familia que los quiera, y nosotros podemos ser sus padres.

—¡Pero si vives en un gimnasio, mamón! —exclama, divertida—. ¿Cómo vas a hacerte cargo de ellos sin un techo?

—Podemos mudarnos juntos a un pisito acogedor. Te recuerdo que estoy ganando una pasta.

—Y yo te repito que no estoy tan loca como para hacer una ida de olla así.

—Seríamos una bonita familia.

Dejamos aparcado este tema y Hannah se dedica a hacerles unas cuantas fotos más a los gatos. Cuando acaba, roba una tarrina de helado del congelador de Alan y Leo, y la compartimos en el sofá del salón mientras nos ponemos al día con lo que ha ocurrido en nuestras vidas.

Comienzo yo, narrándole lo que me pasó ayer con su madre, que me pilló escondido en la cesta de pelotas del gimnasio y que prácticamente me obligó para que me fuera con ella a su casa.

Luego, Hannah me relata que el maldito Borjamari, mientras estaban manteniendo relaciones sexuales, se desprendió del preservativo sin que se enterase; ella se cabreó con él y tuvo que comprarse la pastilla del día después porque no quiere llevarse un buen susto dentro de nueve meses, aunque tiene miedo de que ayer no haya sido el único día en el que ese idiota hiciera algo así.

Y yo tengo ganas de partirle los dientes, porque eso no se le hace a nadie.

—¿Quieres que me lo cargue cuando regresemos al insti, después de las vacaciones de Semana Santa? —le propongo—. Estoy hablando muy en serio.

—Déjalo, no merece la pena. Es un tarado.

Volvemos a cambiar de tema y charlamos sobre lo que queremos hacer tras graduarnos. Hannah no tiene ni idea de lo que será de ella en un futuro, pero lo que sí tiene claro es que no desea ir a la universidad. Yo le confieso que me encantaría estudiar el grado de Bellas Artes, pero lo veo complicado por mi situación.

—Pero si dibujas fatal —me dice riéndose—. Tengo como prueba el monigote que me enviaste por WhatsApp una vez.

Me hace reír.

—Eso fue de coña. En realidad, dibujo obras maestras. ¿Te lo demuestro?

Le enseñaría mi bloc de dibujos, pero me lo he dejado en su casa, metido en mi mochila. Las creaciones donde aparece ella las guardaría para mí, porque no es muy bonito que piense que soy un acosador.

—Hazme un dibujo en la espalda —suelta de pronto, con la cuchara metida en su boca—. Si te sale bien, publico la foto en mi Instagram y te doy créditos para que te conviertas en famoso. Si te sale peor que un churro, mejor será que sigas dedicándote a ser camello.

Permanezco pensando en su propuesta tan complicada. No es por ser un creído, pero dibujo bien, aunque nunca he probado a hacerlo en cuerpos humanos. Y si encima tengo que crear algo en la espalda de la chica que me gusta, será aún más difícil, porque me pondré demasiado nervioso.

—¿Kevin? —Hannah pasa su mano por delante de mis narices, sacándome de mi ensimismamiento, y yo vuelvo a la realidad.

—Bueno, vale —cedo, al fin.

Nos metemos en el dormitorio de Alan y Leo, el único sitio de este apartamento que no he pisado, y le echo un vistazo general mientras Hannah rebusca un estuche con colores en uno de los cajones del escritorio. La cama doble, vestida con sábanas de unicornios, contiene dos peluches sobre ella (también son unicornios); hay fotos pegadas en la pared de encima del cabecero y, en el otro extremo, me encuentro colgado un cuadro del universo con muchos *post-its* con forma de estrella, aunque algunos de ellos cuentan con pegatinas de diamantes. Creo que es una especie de lista de sueños por cumplir.

Una vez que Hannah se hace con los rotuladores, se sienta en la cama con las piernas cruzadas y yo la imito. Después, de espaldas a mí, se desprende de su camiseta y de su sujetador de encaje rojo, dejando su preciosa y sexy espalda al descubierto.

La boca se me seca y me obligo a tragar saliva.

—¿Qué quiere la señorita que le dibuje? —consigo preguntar.

—No sé, sorpréndeme, que tú eres el artistazo —me responde con los ojos clavados en la pantalla de su móvil, y me muestra una foto del Instagram de su hermano, donde se puede apreciar un trozo de piel con un dibujo del universo y dos monigotes—. Quiero imitar esto porque en mi cuenta puedo conseguir muchos «me gusta». Alan y Leo dibujan fatal, la verdad.

Ahogo una risita porque lleva razón. Ese dibujo parece hecho por un niño de parvulitos.

—Bueno, empieza, que no tenemos todo el día —me ordena.

Me pongo al lío, trazo con mi dedo su columna vertebral con lentitud y noto que se estremece. Su piel es tan clara que parece una hoja en blanco, esperando a ser usada para plasmar mi dibujo. Cojo el primer rotulador y mi mano comienza a moverse con libertad por su espalda; Hannah permanece quieta y en silencio mientras se entretiene con su móvil.

Soy consciente de que está con los pechos al aire sin importarle que me encuentre yo delante, y estoy intentando no pensar en eso para no desconcentrarme.

—Me estoy poniendo cachonda y todo —confiesa tras quince minutos.

No puedo evitar sonreír.

—Si quieres, cuando termine con esto, te chupo las tetas o algo.

Su respuesta es darme un codazo en las costillas y yo suelto un quejido.

—¿Eres imbécil?

—No —le respondo con decisión—. Pero no me pegues, que me mueves y me sale mal el dibujo.

—Pues cierra ese pico o córtate la lengua.

Continúo creando sobre la espalda blanquecina de Hannah, ambos en silencio, hasta que por fin acabo.

—Ya está —anuncio media hora más tarde.

Me pasa su móvil para que le haga una foto y después se lo devuelvo.

Le he dibujado pájaros de todos los colores, escapándose de una jaula.

—Guau —murmura, impresionada, contemplando mi obra en la pantalla, aún de espaldas a mí—. Está muy chulo. Es cierto eso que dices de que sabes dibujar.

—Gracias.

Hannah se levanta de la cama de un salto, me vuelve a entregar su móvil y mis ojos, como son unos traicioneros, se desvían hacia sus pechos, que son preciosos, de un tamaño normal y que me cabrían perfectamente en las manos.

¿Cómo puede estar de esta manera delante de mí y con tanta tranquilidad? No tiene una pizca de vergüenza ni de respeto hacia mí, porque me está haciendo sentir un poco incómodo y se va a pensar que soy un baboso por andar mirándola.

—Hazme otra foto, pero esta vez para que la publique en Instagram —me pide—. Y deja de mirarme las tetas si no quieres que te cobre.

En cuanto oigo eso, mis ojos se dirigen corriendo hacia su careto y me levanto de la cama.

—Es que tienes una más grande que otra.

A Hannah se le escapa una carcajada y se tapa el pecho con los brazos.

—¿Acaso no sabes que un lado de nuestro cuerpo es diferente al otro? Tú también tendrás un huevo más gordo que otro, sólo que yo no me he fijado en algo así porque no me interesa y no soy una babosa.

—Mis testículos son normales —le respondo entre risas.

—Testículos —repite, divertida—. Qué fino eres.

No sé ni por qué estamos hablando de este tema.

Hannah se coloca de espaldas a mí, frente a un trozo de la pared de la habitación pintada de azul, sin nada colgado, y posa para que le dispare la foto unas diez veces y elija la que más le guste, por si alguna sale borrosa. Me da las gracias por ser su dibujante y fotógrafo, y luego se viste.

—¿Qué tienes planeado hacer esta tarde? —se interesa saliendo de la habitación—. Yo la tengo libre.

—Iré a mi barrio. Tengo turno de camello allí.

—Vale. —Se asegura de que hay comida y agua suficiente en los cuencos de los gatos—. Si quieres, te invito a comer en el Chon y después te acompaño y te ayudo.

Me quedo mirándola con el semblante neutro.

—Me parece bien el primer plan, pero no el segundo. No quiero que tú tengas nada que ver con esto.

Hannah es una especie de princesita malota en ese barrio y no me apetece ponerla en peligro.

—Está bien, como quieras. Lo comprendo. —Deja escapar un suspiro, desilusionada—. Iré a casa de Gigi a darle el coñazo para no aburrirme, ya que mi hermano y Leo no están. ¿Nos vamos?

—Venga.

Se acerca a mi rostro y deposita un beso en mi mejilla con ternura, a escasos centímetros de los labios.

# Capítulo 15

## Hannah

He pasado toda la tarde en casa de Gigi viendo series, y le he contado que mi madre ha acogido a Kevin, algo que la ha hecho mearse de risa. Ahora son las nueve y media de la noche y estoy esperando al intruso en su barrio, sentada en la moto de mi hermano frente a un bar de borrachos, donde los clientes no despegan sus miradas de mí desde la terraza.

He decidido venir a buscar a Kevin para que no tenga que coger el transporte público, a pesar de que haya insistido en que no lo hiciera porque no quiere que me pasee sola por este barrio tan problemático. He estado mil veces aquí, sobre todo cuando era una chiquilla de quince años y venía a las fiestas que montaba su hermano; también estaba un poco atontolinada por aquella época porque estaba pillada por Simón, que me lleva cinco años, pero ahora siento muchísimo asco hacia él, gracias a que mi hermano y mis padres me abrieron los ojos.

—Te he dicho que no hacía falta que vinieras a buscarme —me dice Kevin en cuanto aparece.

—No seas imbécil y sube —le espeto tendiéndole un casco.

Quince minutos más tarde, llegamos a mi casa y Espléndida nos informa de que la cena se encuentra lista, así que nos encaminamos hacia la cocina, donde están los mellizos poniendo la mesa. Kevin se sienta junto a mí, después aparecen mis padres con Leo júnior y mi tía Mel, y cenamos todos juntos, contándonos lo que hemos hecho durante el día. Yo les digo que he estado toda la tarde con Gigi, y Kevin se inventa que se ha ido a la casa de unos colegas.

—¿Tú también eres un violador como tu hermano? —pregunta Mimi de repente, mirando a Kevin, y la mesa entera enmudece; yo me doy cuenta de que el aludido se tensa.

—¡Miriam Ariadna! —la reprende mi madre.

—¡Contéstame, maldito *machirulo!* —exclama mi hermana sin apartar su dura mirada de Kevin, y da un golpe en la mesa con su martillo de juguete porque quiere ser jueza.

—Que compartan sangre no quiere decir que hagan lo mismo —me adelanto yo para que él no tenga que responder a una pregunta tan comprometedora.

—Claro, Kevin es buen chico —interviene mi madre.

—Yo no me fio. —Mimi continúa en sus trece, enfurruñada, y da otro golpe con su martillo—. Se levanta la sesión.

Terminamos de comer, incómodos, pero agradecemos que Espléndida nos cuente detalles sobre sus dos hijos, que se han ido a estudiar a Londres. Después, subo a mi cuarto mientras los mellizos se quedan en el salón, y cojo el portátil y algunas cosas más para llamar a la puerta de la habitación de mi hermano (o de Kevin) y continuar con el trabajo de Lengua.

—¿Puedo pasar? —le pregunto tras dar un par de golpes y abrir la puerta un poco.

Kevin se halla tumbado en la cama, entreteniéndose con su móvil.

—¿A qué has venido? —inquiere arqueando las cejas, extrañado, y yo entro, cerrando la puerta tras de mí—. ¿Echas de menos mi compañía?

—Es que quiero continuar con el trabajo, que aún nos queda un buen pedazo. No quiero dejarlo todo para el último momento, cuando nos toque hacer los exámenes finales.

—¿Y tiene que ser ahora? —Se incorpora y yo me siento sobre la cama, a su lado—. No me funciona el cerebro tan tarde.

Frunzo la nariz, mirándolo.

—Pero si hacer cosas por la noche es mejor, porque todo está en silencio y nadie molesta.

—Yo me concentro mejor por las mañanas, pero me sacrificaré por ti hoy, aunque estoy seguro de que me quedaré dormido.

Cada uno se sumerge en su parte del trabajo en absoluto silencio, pero cuando transcurren cuarenta y cinco minutos, los mellizos y el pequeño Leo nos interrumpen, entrando en la habitación.

—¿Estáis follando? —nos pregunta Aitor con curiosidad y echando un vistazo a lo que estamos haciendo Kevin y yo.

—¿Qué hacéis aquí? Se llama antes de entrar —los regaño, y cojo al bebé en brazos porque estaba intentando subirse a la cama—. No podéis colaros en la habitación de nuestro invitado sin avisar; es de mala educación.

—Es que hemos ido a la tuya, pero no estabas —me explica Mimi, y me muestra su móvil—. Quería enseñarte una cosa que he encontrado por Internet, que es una especie de preservativo femenino antivioladores con cuchillas en su interior, que hace que se clave en el pene en el momento de la penetración, pero no sé dónde conseguirlo, por si nos hace falta para protegernos de ciertas personas en casa —esto último lo dice lanzándole una mirada asesina a mi acompañante, y Aitor suelta un quejido al escuchar todo eso.

Madre mía, la de información que sabe esta niña con tan sólo once años. Yo, a su edad, me dedicaba a jugar y a ver dibujos animados.

—Mimi, en casa no nos va a ocurrir nada malo —le respondo, agotada de que siga tratando de esa manera a Kevin, que permanece callado, sin intención de meterse en la conversación.

—Eso no lo sabes. Simón también parecía buena persona y ha acabado siendo un trozo de mierda.

—*Mieda* —repite Leo júnior como si fuera un loro, jugando con su león de peluche.

—Mimi, para ya con ese comportamiento —le espeto, malhumorada—. Está genial que quieras buscar una solución contra los violadores, pero no todos los tíos son así.

—Yo no soy así —interviene Aitor—. Respetaré a las chicas cuando sea mayor, y a los chicos también.

Como la puerta se ha quedado entreabierta, mis padres aparecen y nos descubren a todos reunidos. Se han vestido muy elegantes porque van a asistir a una fiesta de famosillos con mi tía Mel y volverán tarde; nosotros nos quedaremos con Espléndida.

—¿Qué tramáis aquí? —inquire mi padre—. Venga, a dormir, que ya es muy tarde.

Mi madre coge al peque Leo en brazos.

—¿De verdad vais a dejar a *vuestras hijas* aquí, con ese tipo? —Mimi señala a Kevin con su dedo.

—Miriam Ariadna, respeta a mi invitado y vete a tu habitación —le responde mi madre, enfadada, y le quita el teléfono de las manos—. Estás castigada sin móvil hasta que te portes como una persona educada y civilizada con él.

—¡Esto es increíble! —exclama mi hermana haciendo aspavientos con los brazos, con la expresión llena de rabia—. ¡Estoy indignada! —Y desaparece del dormitorio como una

exhalación; Aitor corre tras ella para consolarla.

—Follando, mami. —Leo júnior nos apunta a Kevin y a mí con su dedito.

Mis padres ladean sus cabezas hacia nosotros y sus miradas se posan en lo que hay en la cama, por si encuentran algo comprometedor, pero sólo están nuestros móviles, el portátil, unos bolígrafos y folios.

—Claro, mi vida, hacer el amor es un proceso muy bonito y sano —le explica mi madre a mi hermanito con ternura, pero sé que en su mente está apuntando todas las palabrotas que está diciendo para cuando crezca y pueda echar dinero en la hucha de los tacos; después, abandona el cuarto con él, acompañada del ruido de sus taconazos.

Mi padre, antes de imitarla, se encorva para abrazarme y darme un beso en la cabeza, y nos dice que nos portemos bien. Cuando se marcha, decido levantarme para echar el pestillo y que no nos vuelvan a molestar los pesados de mis hermanos, y regreso con Kevin.

—Tus padres son muy modernos —me dice esbozando una sonrisa—. ¿Cómo pueden irse y dejarte sola y encerrada con un chico en una habitación?

—Porque confían en mí y yo confío en ellos. No son unos padres normales, pero nos dejan nuestro espacio, aunque también son un pelín sobreprotectores.

—Tienes mucha suerte por tener una familia así. Qué envidia.

Qué monada de chico. No sabía que era tan tierno ni que desprendía tanta sensibilidad. Pensaba que era un tipo con la cabeza hueca, sin sentimientos y un poco creído. Nos conocemos desde primero de la ESO, pero durante los tres primeros años de secundaria nos hemos ignorado, hasta que, a partir del cuarto, comenzamos a hacernos *bullying* mutuamente (siempre ha sido de broma para enfadar al otro; nada serio ni problemático).

—Eres un tío guay —le digo de lo más sincera. Para no sonar tan seria, añado—: En el fondo, muy en el fondo. Tampoco te emociones, feíto de cara.

El idiota me dedica una sonrisa socarrona.

—Tú lo que quieres es acostarte conmigo para aprovechar que no hay padres en esta casa.

—Uy, sí, estaba pensando en eso —le respondo, irónica—. Justo cuando acabo de salir de una mierda de relación seria con un desgraciado.

Kevin se acerca a mi cuello sin eliminar su sonrisa de la cara y comienza a depositar pequeños besos en él.

—No sabía que tu relación con Borjamari era seria —susurra con su aliento chocando en mi piel, lo que provoca que me estremezca—. No se te veía muy enamorada de él.

—Ya. —Dejo que se concentre en mi cuello y cuela una mano por debajo de mi camiseta del pijama—. Deja de hablar de ese memo y céntrate.

Oigo su risa ahogada y yo juro que me estoy empezando a volver loca. Después, Kevin asciende hacia mi boca y la junta con la suya mientras mis manos acarician su espalda. Nuestras lenguas se comprenden a la perfección y me pego más a él para profundizar este beso tan intenso y perfecto.

Permanecemos con nuestros labios unidos, ajenos a este mundo, hasta que los dos necesitamos separarnos para llenar de aire los pulmones, y nos miramos a los ojos, sonriendo.

—Tengo que admitir que besas de maravilla —confieso, y me doy cuenta de que su mano se encuentra posada en mi teta izquierda, por debajo de la camiseta del pijama.

Cuando digo que está tocándome una teta, es que literalmente la está manoseando porque no llevo sujetador.

—Te puedo hacer otras cosas además de besarte —me responde con su mirada cargada de

fuego clavada en la mía.

—¿Y a qué estás esperando?

Kevin me quita la camiseta, cubre mis pechos con sus manos, que le caben perfectamente, y aprisiona un pezón entre sus dedos, haciendo que me estremezca.

—Es la primera vez que toco unas tetas, ¿sabes?

Me echo a reír y me tumbo bocarriba.

—Pues puedes tocarlas todo lo que quieras.

—A eso voy. —Se coloca sobre mí.

Antes de nada, le quito la camiseta, porque no es justo que yo esté tan expuesta y él no, y le acaricio el torso con delicadeza. Luego se dedica a mordisquearme los pezones, causando cortocircuitos por todo mi cuerpo, y dibuja un camino de besos por mi estómago; siento su erección restregarse contra mi pierna y mi corazón palpita con fuerza dentro de mi pecho. Kevin me ayuda a deshacerme de mis pantalones y de las bragas, que los lanza al suelo, y se queda contemplando mi vulva a escasos centímetros, con los codos apoyados a cada lado de mis muslos, a la vez que me olisquea de una manera un tanto exagerada.

—Aquí abajo huele a pescadería —se burla.

—Idiota. —Le pego un manotazo flojo en la cabeza.

Noto que pasea un dedo por mi entrada húmeda y yo no puedo evitar arquear la espalda, necesitando más.

—Vale, estoy un poco perdido porque esto está muy mojado y parece un laberinto inundado — comenta inspeccionando con sus bonitos ojos verdes mi zona más íntima, agobiado—. ¿Dónde está el clítoris?

Madre mía, con este chico. Es capaz de cargarse el erotismo de la situación en pocos segundos con sólo abrir esa boca.

—¿De verdad acabas de comparar mi coño con un «laberinto inundado»? —inquiero dibujando unas comillas en el aire con mis dedos, y Kevin alza su mirada nerviosa pero llena de deseo hacia mí.

—Sé más empática y paciente, que es mi primera vez con una chica.

Le dedico una sonrisa tranquilizadora y me incorporo para acariciarle la mejilla. A continuación, le indico dónde se encuentra con exactitud el clítoris y le explico cómo me gusta que me lo estimulen mientras me atiende con atención, como si estuviéramos en una clase de sexualidad. Segundos después, me vuelvo a tumbar y a Kevin (para ser la primera vez que le practica sexo oral a una chica) no se le da tan mal, así que no tardo en explotar sobre su boca y sus dedos.

—Joder, parecía que tu vagina se quería tragar mis dedos.

Otro guantazo en la cabeza, pero sin parar de reírme porque me ha hecho gracia.

Intercambiamos posiciones y le quito los vaqueros y los calzoncillos de unicornios que le dejó mi hermano. Como él se ha metido con mis genitales, se la devuelvo, comentando que su polla no se parece tanto a un cacahuete, sino a un pepino de color carne. Me pongo encima para regalarle besos y caricias por todo el cuerpo y, cuando no podemos aguantar ni un minuto más sin convertirnos en uno, les robo un condón a Leo y a Alan del cajón de la mesita de noche, me siento a horcajadas sobre Kevin y me uno a él, mirándolo a los ojos.

Los dos procuramos hacer el amor en silencio para que no nos oigan ni mis hermanos ni Espléndida, aunque, de vez en cuando, se nos escapa algún gemido traicionero que nos hace soltar una risita.

Una vez que terminamos, exhaustos, nos acurrucamos el uno al lado del otro y hablamos de estupideces, como qué es lo que haríamos si los alienígenas nos invadieran.

\* \* \*

Me he quedado dormida.

Con Kevin.

En la habitación de Alan.

Sólo espero que a mis padres o a mis hermanos no se les haya ocurrido asomarse a mi cuarto por si estoy dentro, porque entonces pensarán que ha pasado algo entre nosotros.

Sigo siendo adolescente y me da vergüenza esta clase de cosas, sobre todo si han ocurrido en la casa de mis padres.

Estiro mi brazo hacia la mesita de noche para coger mi móvil, con cuidado para no despertar a Kevin, que continúa dormido, abrazándome por la espalda y con su cabeza apoyada en el hueco de mi cuello.

Son las nueve y media de la mañana. Con suerte, no me toparé con nadie en el pasillo, a excepción de algún gato o perro. Espléndida ya se encontrará en pie, mis hermanos estarán desayunando en el salón, y mis padres y mi tía seguirán roncando porque vendrían de madrugada, así que intento escaparme con sigilo de la cama, pero el tipo que hay acostado se da cuenta de lo que pienso hacer y me abraza con fuerza, impidiendo que huya de él.

—¿De verdad te querías ir sin despedirte? —me susurra provocando unos cosquilleos en mi nuca. A pesar de tener la voz pastosa, me encanta su tono porque me parece de lo más sexy y acaricia mis oídos.

Joder, ¿por qué estoy pensando en su voz y por qué he permitido que no me dejara escapar? Me he despertado demasiado empanada.

—Tengo que ir a mi habitación —le respondo, bajito—. Mis padres se van a dar cuenta de que no he dormido ahí y van a pensar cosas raras sobre nosotros.

Kevin se ríe, y a mí me recorre un escalofrío por todo el cuerpo.

—Yo creo que ya saben que se está cociendo algo entre su hija y el okupa que han metido en casa.

—¿Qué es lo que se está cociendo, según tú? —Me giro hacia él para mirarlo a la cara, con la ceja enarcada.

—Una futura boda entre tú y yo. —Se le escapa una carcajada, pero yo me mantengo impasible.

—En mis planes no entra algo tan cursi, lo siento. —Me encojo de hombros de manera desinteresada—. No me van esas bobadas.

Kevin esboza una encantadora sonrisa y me acaricia la mejilla con ternura; los dos estamos mirándonos, con nuestras cabezas recostadas sobre la almohada. A continuación, descubro sus intenciones de juntar sus labios con los míos, pero yo, en un acto reflejo, le hago la cobra y consigo escabullirme de su lado.

No quiero que me bese recién levantada, porque me apesta la boca a aliento mañanero y se va a desmayar.

Kevin se incorpora, contemplándome con el ceño fruncido.

—¿Por qué no quieres que te bese?

—Porque te apesta la boca —le respondo con el semblante neutro—. Lávate los dientes y te permitiré besarme todo lo que te apetezca.

Se lleva una mano a la boca y echa el aliento en su palma para comprobarlo. Luego alza su mirada hacia mí, que sigo de pie, observando cómo hace el tonto.

—A ti también te apesta, que lo sepas, señora —me contesta.

—A mí me huele a rosas —contraataco echándome la melena despeinada hacia atrás, en plan presumida—. Buenos días y adiós. —Y huyo como una exhalación de la habitación tras vestirme a toda pastilla.

Antes de encerrarme en la mía, recorro con mi vista el pasillo por si descubro moros en la costa, pero no hay nadie, excepto mi tía Mel sentada en el suelo, con las piernas cruzadas y los ojos cerrados, creo que meditando. Si soy silenciosa, no se enterará de que paso por su lado.

—Hannah LeBlanc González, te estoy viendo —oigo de pronto, cuando comienzo a caminar de puntillas.

—Tía Melody, no es lo que parece —susurro para no despertar a mis padres ni llamar la atención de mis hermanos.

Mi tía continúa meditando con los ojos cerrados, sin siquiera moverse, y yo no tengo ni idea de cómo me ha visto si ni me ha mirado.

—Esa frasecita significa todo lo contrario. Yo también he sido adolescente, aunque no te lo creas por mis veinticinco años de existencia.

—Pero si tienes cuarenta y...

—¡Shhh! —me ordena abriendo los ojos de repente, que los posa sobre mí para que no mencione su verdadera edad—. Eres una maleducada. Le pienso decir a mi Buenorro que has copulado bajo su techo.

Su Buenorro es mi padre, que tiene como nombre artístico «Álvaro Buenorro». De verdad que da vergüenza ajena ese señor.

—¿Has copulado? —la voz de mi padre detrás de mí me sobresalta.

Me giro hacia él, que se encuentra asomado desde la puerta de su habitación. Un segundo después, aparece mi madre a su lado para preguntar:

—¿Quién ha copulado?

Ya está. Ya se ha enterado todo el mundo en esta jodida casa de locos.

—Nadie —consigo responderles, roja como un tomate—. Y dejad de repetir esa palabra tan ridícula, por Dios.

Se abre la puerta de la habitación de mi hermano mayor y sale Kevin, sujetando una toalla y ropa limpia con la intención de darse una ducha, pero, al descubrir el panorama que hay montado en el pasillo, sus mejillas se tiñen de un color rosado.

—Esto... Buenos días —les dice a mis padres y a mi tía.

—¿Vosotros sois los que habéis copulado? —quiere saber mi madre señalándonos a Kevin y a mí con su dedo, curiosa.

—Habréis usado protección, ¿no? —añade mi padre de brazos cruzados, contemplándonos.

—¿Qué? —suelta Kevin, totalmente avergonzado y deseando que la Tierra se lo trague; lo sé porque yo estoy igual.

Mi tía Mel no para de descojonarse, tirada en el suelo.

—¡Basta! —exclamo, y me encierro de manera fugaz en mi cuarto, escapando de esos tarados.

Siento lástima por haber dejado abandonado a Kevin en el pasillo, en esa situación tan incómoda y mamarracha, pero no aguantaba más. Sólo espero que mis padres se comporten como personas civilizadas con él y no le cuenten a Alan que hemos usado su aposento para «copular», porque no quiero que, cuando regrese de Disneylandia con Leo, nos lance purpurina mientras nos

dice «vivan los novios».

# Capítulo 16

## Kevin

—A lo mejor vuelvo hoy a casa —le digo a Hannah mientras el metro nos lleva al instituto; estamos sentados en los asientos del fondo—. Ya he conseguido dinero suficiente para callarles la boca a mi madre y a su noviete.

—¿Y crees que no se van a enfadar contigo cuando les cuentes cómo lo has conseguido? —me pregunta.

Hoy se ha pintado los labios de rojo y se me está haciendo bastante complicado no abalanzarme sobre ella y comérselos, aunque le destroce el maquillaje. De hecho, creo que últimamente la estoy viendo mucho más guapa, si es que eso puede ser posible.

—Lo que menos le importa a mi madre es de dónde lo he sacado.

Hannah me contempla con algo parecido a la lástima.

—¿Puedo preguntarte por tu padre?

—Desapareció cuando nació Rebeca, así que no lo conozco.

Durante lo que queda de trayecto permanecemos en silencio; Hannah se agarra a mi brazo y recuesta la cabeza sobre mi hombro.

Esta Semana Santa ha sido brutal junto a ella. Nos hemos perdido por Madrid con la moto de su hermano para visitar cada rincón y zampar en algunos restaurantes y cafeterías como si fuéramos una parejita, porque Hannah les quería hacer fotos a sus platos y publicar una reseña de cada uno en su Instagram; también la he acompañado a echarles de comer a los animales callejeros y les hemos buscado una familia a los gatos que había recogido de la calle. Lo mejor de todo esto es que hemos amortizado el apartamento vacío de Alan y Leo para aprovechar y estar juntos.

No tengo ni idea de qué somos Hannah y yo, porque no nos hemos parado a hablar de sentimientos, pero algo hay, al menos por mi parte.

Por otro lado, su familia es encantadora; en su casa me han tratado de maravilla, aunque se me ha hecho un poco raro convivir con la directora de mi instituto, que encima sabe que mantengo relaciones sexuales con su hija y no sé cómo demonios lo ha adivinado. El único impedimento en esa mansión es Mimi, que sigue creyendo que soy como mi hermano y ha comentado varias veces que «estoy obligando a Hannah a follar», cosa que es mentira, porque el sexo con ella es consentido y jamás forzaría a nadie a acostarse conmigo.

Cuando el metro llega a nuestro destino, la pelirroja y yo nos bajamos, pero, al llegar a la cancela del insti, me detengo porque quiero esperar a que aparezca mi hermana y poder escabullirme para ir a la tienda de gominolas y comprar una piruleta antes de que suene el timbre.

—¿No entras aún? —me pregunta Hannah al percatarse de que no la sigo.

—Tengo que esperar a Rebeca.

—Está bien. —Rodea mi cuello con sus brazos y me planta un pedazo de morreo delante de

todos; después me mira a los ojos—. Nos vemos dentro, entonces. —Suelta una risita y me limpia los labios con sus dedos—. Perdón, te he dejado la marca del pintalabios.

—No importa. —Me río como un atontado.

Por el rabillo del ojo, diviso a Borjamari mirándonos, al lado de su cacharro de cincuenta y tantos mil euros, y supongo que la vena de la frente estará a punto de estallarle por la rabia y los celos.

Hannah me da un último beso en la mejilla y luego se encamina hacia el edificio para buscar a sus amigos.

Poso mi vista en Borjamari y descubro, por su expresión, que le están entrando ganas de pegarme una paliza y matarme, así que le dedico una media sonrisa y lo saludo con la mano para que sepa que no me apetece tener malos rollos con él, porque sé que se le puede ir la lengua con el tema de las drogas.

Minutos después, mi hermana hace acto de presencia y lo primero que hace es sonsacarme quién es la autora que ha marcado territorio con un pintalabios rojo en mi mejilla, pero yo no le respondo, me limpio la cara con un pañuelo de papel que me acaba de dar y le digo que me espere a la hora de la salida porque voy a regresar a casa; ella, como es lo normal, se pone muy contenta. Después, me escapo un momento hacia la tienda de chucherías y pongo al día a la dependienta sobre mi «relación» con Hannah, a lo que me aconseja que hable con ella para tener las cosas claras desde un primer momento, pero a mí me da vergüenza.

En cuanto regreso al instituto, me encamino hacia el despacho de la directora y doy un par de golpecitos en la puerta antes de entrar.

—¿Sí? —oigo desde dentro.

Asomo la cabeza y Ari, que está sentada a la mesa, me invita a pasar. Una vez dentro, me saco las llaves del gimnasio del bolsillo de la sudadera para que le levante el castigo al instituto entero.

—Te quería devolver esto —le digo, y las coloco sobre su mesa—. Ya no las necesito porque voy a volver a casa. Muchas gracias por tu hospitalidad durante estos días.

—Muy bien. —Ari me contempla, impasible—. Espero que el robo no se vuelva a repetir, si no, te tendré que expulsar.

—De acuerdo —respondo con un hilo de voz.

Pero ¿esta mujer por qué se ha puesto tan seria si esta mañana me ha dado los buenos días como una osa amorosa? ¿Le caeré mal porque tengo algo con su hijita? ¿O estará interpretando el papel de directora sargento?

—Vete a clase —me ordena en tono autoritario, haciendo un ademán con su cabeza, en dirección a la puerta.

—Claro, Ari. —Me doy la vuelta, pero cuando estoy a punto de tocar el picaporte, la directora me interrumpe.

—Kevin.

Me giro hacia ella de manera automática.

—¿Qué?

—Si vuelves a discutir con tu madre y no tienes a dónde ir, las puertas de mi casa están abiertas para ti —me responde, y atisbo un amago de sonrisa en sus labios—. Y no sé qué clase de relación tenéis mi hija y tú, pero también puedes venir las veces que quieras para estar con ella.

Le dedico una sonrisa amable.

—Gracias, Ari.

—De nada. Y vete ya, que vas a llegar tarde.

Cuando llego a la primera clase, me siento en uno de los pupitres del final, junto a Jorge y detrás de Hannah; esta última se da la vuelta hacia mí para decirme, fingiendo que le sigo cayendo mal:

—Llegas tarde, Caraculo.

—¿Me echabas de menos, mamona? —contraataco enseñándole todos los dientes.

—Más quisieras. —Y se gira hacia el frente, sacudiéndose su melena pelirroja en mi mesa para echarme los piojos.

Me percato de que Jorge tamborilea con los dedos en la mesa de una manera un tanto exagerada. Ladeo la cabeza hacia él mientras la profesora de Lengua se dedica a explicar el siguiente tema desde la pizarra, tras informarnos de que la directora nos ha quitado el castigo de quedarnos una hora más en el insti porque «una limpiadora se ha encontrado las llaves tiradas en el suelo de conserjería, escondidas». Yo me río en mi mente al oír eso; Ari es fantástica y la estoy empezando a adorar.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto a mi amigo en un susurro.

—Me has tenido abandonado toda la Semana Santa. Te enviaba un mensaje para que quedáramos y me ignorabas. Ya te vale, tío.

Eso es cierto. Me ha estado mandando mensajes con la intención de que nos viéramos, pero yo le respondía que no podía porque estaba ocupado, así que ahora me siento culpable y un mal amigo, follamigo o lo que fuésemos.

—Lo siento —me disculpo con sinceridad—. He estado bastante liado en casa.

—Vale, no importa. ¿Quedamos esta tarde en mi piso? Mis padres están fuera.

Obligo a mi cerebro a inventarse una excusa creíble a toda pastilla.

—No puedo. Tengo que aprovechar para estudiar. Ya mismo son los exámenes de selectividad y necesito esforzarme al máximo —escupo todo de golpe, intentando parecer convincente, aunque todo lo que acabo de decir no sea mentira.

—Podemos estudiar juntos en mi habitación y, cuando nos cansemos, hacemos algo —me propone—. Quiero pasar tiempo contigo. Te echo de menos.

—No puedo, en serio —insisto—. A solas me concentro mejor.

Jorge me contempla, creo que sospechando de mí.

—¿Estás follando con alguien más? —exige saber, y yo me echo a reír, provocando que mis carcajadas se oigan en toda la clase y que algunos alumnos posen sus vistas sobre nosotros, incluida Hannah.

—¿Qué dices? —le respondo a Jorge, ignorando a los demás—. Estás flipando.

No entiendo por qué tengo que darle explicaciones cuando no estamos saliendo juntos y tampoco nos hemos declarado amor eterno, porque ninguno de los dos siente nada romántico hacia el otro; lo hemos hablado un millón de veces. Además, no me apetece acostarme con él, ya que tendría la sensación de traicionar a Hannah, aunque tampoco estemos juntos de forma oficial.

—¡La parejita del fondo! ¡Silencio! —exclama la profesora mirándonos, y da un golpe con su palma sobre la mesa vacía que hay al lado de Borjamari—. Kevin, siéntate aquí.

Me levanto de mi pupitre, suspirando, cojo mis cosas y me encamino hacia la primera fila, con los ojos de todos mis compañeros clavados en mí. En cuanto tomo asiento al lado del estirado, que me está mirando como si quisiera arrancarme la cabeza por tenerme tan cerca, le sonrío con chulería.

—¿Te has vuelto hetero? —inquire.

Hago un esfuerzo sobrehumano por aguantarme la risotada que está a punto de escaparse de mi garganta.

—¿Por qué me preguntas eso? —le susurro para que la profe no me vuelva a echar la bronca y me castigue con salir al pasillo—. ¿Porque me has visto comiéndole la boca a tu exnovia?

—La estás utilizando porque quieres hacerme rabiar, pero, en realidad, eres un maricón reprimido.

Ahogo una risita y le doy una palmada en el hombro de forma cariñosa.

—Es demasiado temprano para que utilices tu cerebro, si es que acaso tienes uno, colega.

Borjamari se sacude el hombro con la mano, haciendo una mueca de asco, como si le hubiera pegado la lepra con mi tacto.

—No soy tu colega —me espeta—. Y que sea la última vez que te atreves a tocar con tus sucias manos mi camisa de Armani.

—Disculpe, su señoría. —Levanto las manos en son de paz.

Menudo tipo más repelente. Se merece un guantazo en esa cara de panoli que tiene.

\* \* \*

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —me pregunta Hannah en el metro, de camino a nuestras respectivas casas, mientras nos agarramos a una barra y recibimos empujones de los demás pasajeros—. Si quieres, me acompañas a las seis a echarles de comer a los animales y merendamos en algún sitio, antes de que empiecen mis clases de kárate.

—Trabajo, ya sabes... —respondo asegurándome de que mi hermana no se entera de lo que estamos hablando, porque está sentada en un asiento, charlando con una amiga.

—Oh, ya, ya. Entonces, te veo mañana en clase.

Justo antes de bajarme en mi parada, me despido de Hannah robándole un beso, y ella me llama «Caraculo».

—Así que era Hannah... —me dice mi hermana cuando dejamos atrás el tren, sonriéndome con complicidad—. Me has levantado a mi futura novia.

—Cierra el pico, retaco.

Entramos en nuestro portal, que está siempre abierto porque nadie se encarga de poner una puerta nueva; la otra la robaron hace unos meses y no tengo ni idea de cómo pudieron hacer algo así. Como tampoco tenemos ascensor, subimos por las escaleras, pero nos topamos con varios yonquis sentados en algunos peldaños, fumando porros, gracias a mí, y riéndose como tarados. Lo más sorprendente es que nos hacen hueco para que podamos pasar; ante todo son seres educados.

Ya en nuestra planta, mi hermana abre la puerta con su llave y nos encaminamos hacia el salón, buscando a nuestra madre, pero, por el pasillo, escuchamos gemidos de lo más escandalosos.

—Espérame en la cocina —le digo a Rebeca para que no le genere un trauma presenciar cierta escena.

Mi hermana me hace caso y yo me planto en el comedor con los brazos cruzados para interrumpir, mediante un carraspeo, a esos dos monos en celo follando en el sofá. Como no me hacen caso, toso de una forma exagerada y los dos giran sus cabezas hacia mí.

—¡Largo, niño! —me grita mi madre, que está sentada a horcajadas sobre Héctor, y después vuelve a concentrarse en lo suyo, pasando de mí.

Decido irme con mi hermana a la cocina y me encargo de prepararnos un sándwich de mortadela para cada uno porque no hay otra cosa mejor. Más tarde iré al supermercado para hacer

la compra.

—¿Qué quieres cenar esta noche? —le pregunto a Rebeca mientras zampamos.

—Algo que no sea sándwich. Los estoy aborreciendo ya.

—Vale. —Me río.

Mi madre aparece en la cocina, vestida con su bata de andar por casa y con los pelos revueltos.

—Tú —me llama con cigarro en mano—. ¿Se puede saber qué coño estás haciendo aquí? Te dije que no entraras en mi casa sin tener un duro.

Agarro mi mochila, que la tengo descansando sobre la mesa, y abro el bolsillo pequeño. Saco un sobre donde tengo guardado todo el dinero que he ganado hasta ahora haciendo de camello, excepto una parte, que me la he quedado yo para comprar comida, costearme mis caprichos y ahorrar un poco para la universidad.

—Aquí tienes —le digo a mi madre tendiéndole el sobre.

Ella me lo arrebató de las manos de un tirón y, en cuanto descubre lo que hay dentro, los ojos casi se le desprenden de las cuencas.

—¡Héctor! —pronuncia el nombre de su noviete, que enseguida hace acto de presencia en la cocina—. ¡Mira la cantidad de pasta que tenemos! La máquina no se va salvar esta tarde de nosotros.

Me levanto de un salto y le quito el sobre de las manos.

—Esto lo he ganado para que pagues las facturas —le espeto agitando el dinero—. No para que te lo gastes en las tragaperras con este. —Señalo con la cabeza a Héctor con rencor.

—Oye, un respeto —interviene el aludido apuntándome con el dedo—. Tengo un nombre, niño.

—Por supuesto que sí, mi niño. —Mi madre me sonrío y me acaricia la mejilla con ternura, algo que jamás hace, a no ser que necesite pedirme algo—. Pero lo que nos sobre lo podemos emplear para divertirnos. Tenemos derecho.

—Yo necesito tampones —nos interrumpe mi hermana desde la mesa.

Centro la mirada en ella y, después, le entrego un billete de cincuenta euros para que se compre lo que quiera, no sólo cosas para su higiene íntima, porque se lo merece más que nadie.

—¿Y a tu hermana sí le das dinero? —inquiere mi madre llevándose una mano al corazón, ofendida—. ¿No confías en mí? ¿En tu propia madre? ¿En la mujer que te dio la vida?

Pongo los ojos en blanco.

Quiere ser mi madre para lo que le conviene. Tengo mis dudas sobre si nos tiene aprecio a Rebeca y a mí; si hubiera sido por ella, habría tenido sólo a Simón, porque mi hermana y yo fuimos penaltis.

—¿No quieres saber de dónde he sacado el dinero? —le pregunto.

Me vuelve a quitar el sobre de un tirón.

—No me importa. Por mí, como si te estás prostituyendo con ancianas centenarias. Lo importante es que traes pasta a casa. —Y desaparece de la cocina con Héctor, celebrando que «tienen» dinero.

Qué asco de familia, en serio.

# Capítulo 17

## Hannah

Esta tarde de sábado, por fin, he hecho un hueco en mi ajetreada agenda mental para pasar tiempo con Kevin. Durante la semana, hemos estado bastante ocupados y no hemos podido quedar por las tardes, ni siquiera para terminar el odioso trabajo de Lengua; sólo nos hemos visto en el instituto y nos hemos dedicado a molestarnos y a hacernos *bullying* de manera mutua, como siempre, y nos hemos estado liando en los baños de tíos para tener un poco de intimidad, tras tachar todos los insultos de las puertas. Pero no sé, seré rara o algo, porque yo necesito comerle la boca a gusto, en un parque al aire libre o en una cafetería, no oliendo a pis de adolescente.

Ahora estoy jugando a las cartas en la terraza del piso de mi hermano, que me he acoplado para que me alimentase con su lasaña. Han venido Niko, Karen y Dulce; esta última se encarga de llenarme el pelo de trencitas (ha empezado hace unas horas) mientras aguardo a que den las cinco para irme, porque he quedado a las cinco y media.

—Cuéntanos qué tenéis Kevin y tú, por lo menos —me habla Leo como el cotilla que es, que se encuentra sentado a mi lado—. Estamos en un sinvivir.

Mi hermano se ríe, con la cabeza recostada sobre la mesa y los ojos cerrados, sin jugar con nosotros porque le ha dado migraña. Se ha tomado una pastilla y le hemos dicho que se encierre en la habitación para que se le calme el dolor de cabeza, pero no quiere porque prefiere cotillar y arriesgarse a que le dé un patatús.

—¿Quién es Kevin? —pregunta Dulce, concentrada en mi pelo.

—El hermano de la escoria humana. Va a la clase de mi Hannah Montana —le responde Alan sin levantar la cabeza siquiera, y Leo, que lo tiene al lado, estira el brazo hacia él y le acaricia el cabello mientras sujeta las cartas con la otra mano.

—Pero ¿estáis juntos? —se interesa Karen mirándome, y yo me encojo de hombros porque no tengo ni idea de la respuesta a esa pregunta.

—¿Me haces trencitas a mí también, sirenita? —le pide Niko a Dulce poniéndole ojitos, ajeno a esta conversación.

—Tienes el pelo muy corto, tontorrón —le responde ella.

De pronto, el timbre nos interrumpe y Karen se levanta para abrir la puerta. Un instante después, aparece con Sebas, otro integrante del grupo de amigos, y lo primero que hace antes de sentarse es lanzarle a mi hermano a la cara una bolsita con marihuana.

—Te amo, Sebastián. Gracias por salvarme la vida —le dice Alan al incorporarse, que es el único de aquí que se fuma un porro de vez en cuando para relajarse y soportar mejor el dolor de sus migrañas—. Necesitaba orégano caducado.

—Y luego mis padres creen que es un hijito ejemplar —comento lanzándole a mi hermano una mirada acusadora.

Mis padres están enterados de esto, como es obvio. El niño se lo cuenta absolutamente todo,

pero yo no lo pienso juzgar; que haga lo que le dé la gana, que tiene veintiún años ya. Lo bueno es que no está enganchado; sólo fuma maría un par de veces al año, como mi señora madre, pero estoy segura de que se cargan unas cuantas neuronas cada vez que lo hacen. Mi padre tampoco se salva, porque de adolescente era un poco mamón, aunque ahora se cabrea cuando se entera de que mi madre o Alan se han fumado «orégano caducado», y también está intentando que su esposa deje el tabaco de una vez, pero con eso sí que pierde el tiempo.

Yo soy la única persona normal, saludable y sensata de esa familia.

—¿Y tú, qué? ¿Sigues plantando con tu novia? —le pregunto a Sebas, que se me queda mirando a través de sus gafas verdes sin cristales (el pelo también lo lleva teñido a juego, como tiene que ser).

Todo nuestro grupo conoce la vida secreta de Sebas con su novia porque somos gente de confianza, aunque no estamos nada de acuerdo con lo que hace, porque la poli puede descubrirlos y meterlos en el trullo por tráfico de drogas.

—Uy, Hannah Montana —oigo murmurar a Leo, y se tapa el rostro con sus cartas, abochornado, porque fue el que me sopló la noticia el otro día.

—Tengo que comer y pagarme los estudios —me contesta Sebas encogiéndose de hombros de forma desinteresada.

Alan ya se ha encendido su porro y se ha puesto unas gafas de sol para que no le moleste la luz del día en los ojos. Después, continuamos jugando hasta que llega la hora de que me marche.

—¿Me prestáis la moto? —les pido a Leo y a Alan juntando las manos como si estuviera rezando—. Os la devuelvo mañana. Lo prometo.

—Ni de coña —me espeta mi hermano, y se le escapa una risita tonta por culpa del porro—. Te has aprovechado de nuestra ausencia durante la Semana Santa y has utilizado nuestro hogar como picadero.

—Lo he hecho por vuestro bien, hermanito. Así no se os mete ningún okupa.

—Kevin y tú habéis sido esos okupas —me responde con decisión, y yo le saco la lengua.

—Las llaves están en el mueble del recibidor —interviene mi cuñado mirándome y sonriendo, ignorando a su marido—. Cógelas, antes de que mi principito las esconda.

Me levanto y abrazo con fuerza a Leo, regalándole un millón de besos en la cabeza.

—Gracias, guapete. Si no fueras gay ni mi cuñado, me casaría contigo.

—Oye, no te copies de mí, que el de los casamientos soy yo —me responde entre risas—. Pero gracias por tus lindas palabras.

Mi hermano también se levanta, pero para echarse una siesta en el dormitorio, ya que el porro lo ha dejado relajado y, según él, necesita descansar para que no le explote la sien izquierda y deje a Leo viudo y a sus animales, huérfanos.

Me despido de todos y abandono el apartamento con las llaves de Lady Gaga. Cinco minutos antes de la hora acordada con Kevin, ya estoy esperándolo en su portal, subida en la moto y perdiendo el tiempo.

Paciencia.

Aguardo, aguardo y aguardo, pero aquí no baja nadie y ya son las 17:31.

Por Dios, no hay cosa que me moleste más en una persona que sea impuntual.

Dos minutos después, por fin, aparece el Caraculo.

—Llegas tarde —le digo golpeando con mi dedo el reloj invisible de mi muñeca, y me bajo de la moto.

Kevin frunce el ceño y mira la hora en su móvil.

—Pero si sólo han pasado tres minutos de las cinco y media.

—Ya son tres minutos desaprovechados —le espeto fingiendo rencor—. Si no te tomas en serio la puntualidad, esto no se va a sostener por ningún lado.

Esboza una bonita sonrisa.

—¿Y qué se supone que es esto?

«¿Qué se supone que es esto?», repito esa pregunta en mi cabeza.

Pues no lo sé, la verdad. Yo sólo quiero dar una vuelta en la moto con él, zampar como muertos de hambre, hacerle *bullying* y follar como monos en celo. No sé cómo nombrar a esta especie de relación de mierda.

—¿Qué tal me quedan estas trencitas? —le pregunto cambiando de tema, y me doy la vuelta para enseñarle mi melena y que pueda apreciar la obra maestra de mi amiga. Después, me vuelvo a girar hacia él.

—¿Quieres que te diga la verdad, aunque te duela? ¿O prefieres la versión edulcorada?

—La verdad. —Me cruzo de brazos y lo miro, expectante.

—Pareces una fregona —suelta tan tranquilo, y yo abro la boca, atónita.

—Eres un mamón.

—Tú eres una fregona y yo, un mamón. —Asiente con la cabeza, dándome la razón como si fuera boba—. *Touché*.

—¿Y cuál era la versión edulcorada?

—Que te quedan de maravilla y estás tan guapa que no voy a poder sacarte de mi cabeza ni fregando el suelo de mi casa, porque el mocho me recordará a ti, que encima es rojo —me dice mirándome con sus intensos ojos.

No puedo evitar echarme a reír. Luego, rodeo su cuello con mis brazos y le doy un pico.

—Quédate a dormir en mi casa hoy —le propongo con picardía y mordiéndome el labio inferior.

—En habitaciones separadas, ¿verdad? Porque está claro que tus padres no me van a permitir dormir contigo en la tuya.

—Te cuelas a hurtadillas en mi cuarto para que no se entere nadie, como hice yo en Semana Santa.

Todas las noches me colaba en su cuarto para dormir con él y, por las mañanas, regresaba al mío antes de que se despertara todo el mundo.

—Ya veremos —me dice, y me devuelve el pico.

Dejamos de perder el tiempo, parados en este barrio, y nos ponemos en marcha hacia una cafetería nueva que han abierto porque me apetece invitarlo a merendar. Durante el trayecto, no se cansa de hacer el gilipollas, abrazándome por la espalda y aprovechando para hacerme cosquillas en la tripa mientras estoy concentrada conduciendo. También cuela una mano por debajo de mi camiseta para tocarme una teta sin mi consentimiento.

—¿Sabes que lo que estás haciendo es acoso? —le pregunto cuando me detengo en un semáforo en rojo.

—No, porque si te molestara, ya me habrías tirado de la moto.

Eso es cierto. Si hubiera sido Borja, lo habría empujado a la carretera para que lo atropellara un camión sin pensármelo dos veces.

—Además, tengo permiso para tocarte, porque somos «algo» —añade remarcando la última palabra.

—Vete a la porra.

Cuando llegamos a la cafetería, que es muy coqueta y de estilo *vintage*, me pido un batido con sabor a piruleta de fresa y un crepe gigante con Nutella, nata y fresas, y Kevin, un batido de Kit Kat y un trozo de tarta de mango. Antes de que alguno de los dos le hingue el diente a algo, hago una foto a nuestras respectivas meriendas para publicarla en Instagram más tarde. Después, soy la encargada de hacer los honores y pruebo la tarta y el batido del Caraculo con demasiada chulería y muy poca vergüenza.

—¡Pero bueno! ¿Quién te ha dado permiso para comerte mi merienda?

—Yo misma —le respondo sonriendo con inocencia—. Tenía que asegurarme de que estaba comestible antes de que te la tragaras. Como buena novi... —Me detengo al instante porque iba a soltar una palabra prohibida y, entonces, me corrijo—: Como buena señorita de compañía que soy.

Ups... Eso ha sonado raro.

Kevin se atraganta con un trozo de fresa que me acaba de robar.

—Ibas a decir otra cosa, pero tranquila, que no te voy a presionar.

—Mejor será que cierres ese pico con sabor a culo que tienes —le espeto, y me como un buen trozo de su tarta.

—Me habrás pegado el sabor a culo al besarme, porque teapestaba la boca.

—Mira, colega. —Lo señalo con mi cucharilla—. Como sigas tratando a una señorita de la realeza como yo de esa manera, te juro que me voy a merendar a otra mesa con todo lo que hemos pedido y dejo que te mueras de inanición.

—Señorita de la realeza —repite, y se descojona en mi propia cara.

Cojo una servilleta, formo una pelotita con ella y se la lanzo a Kevin a su cabezón. En cambio, él se llena de nata un dedo y me mancha la mejilla; yo le doy un manotazo, enfadada.

—Con la comida no se juega, Caraculo.

—Acércate, que te lo limpio —me dice haciendo un ademán con la mano.

Aproximo mi rostro al suyo, pero de lado para mostrarle la mejilla, y lo que hace Kevin es sujetarme la barbilla con su mano y limpiarme la nata con su lengua.

—¡Puaj! —exclamo, y me aparto de él con rapidez. Agarro otra servilleta y me limpio sus asquerosas babas de mi preciosa cara, dejándola reluciente—. Qué asco.

—¿Te comes mis babas y te da asco que te lama la cara? —Me tira del moflete sin detener sus risas—. Luego te encanta que te chupe otra parte.

—Es que no es lo mismo.

De verdad, este chico saca de mi interior a la Hannah de cinco años.

—Ah, ¿no?

—No, porque en otras partes me das placer, y en la mejilla no siento nada.

Kevin, con una sonrisa traviesa, vuelve a hacer un gesto con su mano para que me acerque, y yo, no sé por qué, pero obedezco.

Me convierto en una tontaina cuando estoy con él, qué se le va a hacer.

Cuando nuestros rostros están a escasos centímetros y nuestros labios, a punto de rozarse, Kevin gira mi cabeza hacia un lado, sujetándome de la barbilla de nuevo, y pasea su lengua llena de babas por mi mejilla.

—¡Te voy a castrar! —le grito, y me percato de que algunos clientes de las mesas contiguas posan sus ojos en nosotros.

El Caraculo se echa a reír, me planta un beso en la mejilla y me suelta. Le regalo un guantazo en la nuca y continúo zampando (más de su tarta que de mi crepe) con mis modales de señorita y

superseria, fingiendo que estoy cabreada. Kevin come con sus ojos clavados en mí y poniendo caras graciosas, pero yo hago el esfuerzo por mantenerme digna, aunque por dentro me esté desternillando.

En cuanto terminamos y pedimos la cuenta, nos peleamos por pagar y la camarera se nos queda mirando con cara de póquer. Le intento dar mi billete de veinte para que me cobre, pero Kevin me lo impide, cubriendo mi cara con su mano, y extiende su brazo hacia la pobre chica para que coja su dinero.

Los demás clientes se están riendo de nosotros porque somos un puñetero circo con patas allá donde vamos.

Finalmente, Kevin gana esta lucha y consigue pagar nuestra merienda, pero ha hecho trampa, el muy mamón, porque no me ha permitido intentarlo siquiera.

Abandonamos la cafetería, dándonos empujones el uno al otro porque cada uno quiere salir primero, pero esta vez gano yo y me río en mitad de la calle, mirándolo y alzando los brazos en expresión de victoria.

—Bueno, ¿a dónde te apetece ir ahora? —le pregunto.

—A algún sitio para darnos besos.

Sonrío como una lerda.

—Apoyo esa idea. —Entrelazo mi mano con la suya y lo llevo a rastras hacia el parque más cercano.

Hay familias enteras paseando, críos montándose en los columpios, abuelitos sentados en los bancos y dándoles de comer a las palomas, deportistas haciendo *footing*, gente sacando a sus perros y grupitos de adolescentes haciendo el imbécil.

¿Por qué hay tanta gente? Me estoy estresando y ya se me ha manifestado el tic en el ojo. Así no me puedo liar a gusto con este maromo. Cada vez tengo más ganas de fugarme de la ciudad e irme a vivir a un pueblo abandonado de algún punto de España con una autocaravana, en plan hippie, y con la única compañía de perros y gatos. Si se presenta Kevin de visita algún día, mejor.

—¿A que no eres capaz de gritar en medio del parque que hay una bomba a punto de explotar entre los arbustos? —le propongo a mi acompañante, que suelta una carcajada.

—Hazlo tú, que yo no quiero que me detengan ni me metan en la cárcel, siguiendo los pasos de la familia.

—Yo tampoco puedo, que tengo una reputación —le respondo echándome unas cuantas trenzas hacia atrás, toda presumida.

—Tengo una mejor idea. —A Kevin se le ilumina la bombilla de su cerebro—. ¿Por qué no somos nosotros los que nos escondemos tras los arbustos?

Coloco una mano en mi mentón, en expresión pensativa.

—Tengo que admitir que es una grandiosa idea, sí. —Asiento con la cabeza y tiro del brazo de Kevin, casi arrancándoselo, para que me siga—. Vamos, Caraculo.

Nos dejamos caer en el césped, con los arbustos escondiéndonos de miradas ajenas, y comenzamos a liarnos a lo bestia; yo, tumbada sobre él mientras me acaricia la espalda sin que despeguemos nuestras bocas. Después, me concentro en devorar su cuello y planta las manos sobre mi trasero para apretarme contra él y sentir su erección.

—Hann, eres un demonio pelirrojo —gimotea debajo de mí—. Nos vas a dejar con el calentón a ambos.

Me río contra su cuello y lo miro.

—Has sido tú el que ha tenido esta idea, no yo.

Kevin me dedica una mirada desafiante y me empuja hacia un lado con cuidado, tirándome al césped, para colocarse sobre mí.

—Qué fea eres —me dice contemplando mi rostro, con una sonrisita asomada al suyo.

—Si yo soy fea, tú eres un adfesio.

Se le escapa una risita y pasea su pulgar por mi mejilla con ternura. A continuación, no sé lo que le pasa, porque se pone a contar, atrapando puntitos con su dedo índice sobre mi cara.

—¿Qué haces? —quiero saber.

—Contar tus pecas.

—¿Y cuántas tengo?

—Ni idea —me contesta volviéndose a reír—. Son muchas. Tu piel me recuerda a la de un plátano maduro.

—Mi pelo te recuerda a una fregona; mi piel, a la de un plátano... —Frunzo los labios—. Estás que te sales con las comparaciones.

—Ya ves, Hannah Montana. —Me besa en los labios.

—¿Y si lo hacemos aquí, escondidos? —susurro contra su boca—. Sería fácil, porque llevo falda.

Kevin ahoga una risita como si creyera que estoy de broma.

—Se puede asomar alguien y descubrirnos. Se llevaría un buen trauma.

—No puedo esperar a esta noche en mi casa. —Pongo morritos y me restriego contra él, que me tiene aprisionada todavía—. ¿Tú sí puedes aguantar o qué?

Sus mejillas se colorean de rojo.

—No, la verdad, pero tengo que sacrificarme. No quiero que me detengan tampoco por mantener relaciones sexuales al aire libre.

—Pues quítate de encima de mí. —Lo intento empujar hacia un lado, pero él se mantiene firme y aplastándome.

—No me apetece. Estoy muy cómodo aquí arriba.

Un balón de fútbol viene disparado hacia nosotros sin que lo esperemos y le golpea a Kevin en la cabeza. Yo no puedo evitar descojonarme debajo de él mientras se queja y se masajea la zona donde ha recibido el balonazo. Entonces, dos niños aparecen para recuperar la pelota.

—A ver si tenéis más cuidado —les dice Kevin a los críos nada más incorporarse, pero ellos se largan sin pedirnos disculpas, los muy maleducados.

—¿Estás bien? —le pregunto cuando me calmo de mis risas.

El Carcaculo asiente y se tumba en el césped de lado, con la cabeza apoyada en su mano.

—¿Te puedo preguntar algo? —inquieta; se ha puesto bastante serio de repente.

—Adelante.

—¿Te estás liando con alguien?

—Sí, contigo —me burlo, pero, al ver que Kevin no cambia su expresión, me corrijo—: Es broma. No me estoy liando con nadie más, sólo contigo. ¿Y tú? ¿Te sigues tirando a Jorge o a otra persona?

—No. —Sonríe, mordiéndose el labio inferior con timidez y juguetón—. Sólo contigo.

Si ninguno de los dos ve a más personas, eso quiere decir que nuestra relación se está formalizando. ¿Cómo ha sido posible? Si nada más han pasado dos semanas desde que nos acostamos.

El tic nervioso de mi ojo comienza a palpar a toda hostia y Kevin me mira, preocupado.

—¿Qué te pasa en tu ojo más pequeño?

¿Cómo demonios se ha dado cuenta de mi tic? Si sólo lo noto yo porque para las demás personas es imperceptible, a no ser que seas muy observador. Y lo de que tengo un ojo más grande que otro es totalmente falso; me miro todos los días al espejo y los veo iguales.

—Un tic —consigo responderle—. Me pasa cuando me pongo nerviosa o me estreso.

—¿Y por qué te has puesto nerviosa?

—Porque no nos liamos con más personas y eso es algo que provoca que me coma el tarro.

—Entiendo... —murmura, creo que decepcionado—. ¿Prefieres que veamos a más personas? Por mí, no hay proble...

—¡No! —lo interrumpo y, por una vez, me atrevo a ser sincera—. Estamos bien así, tranquilitos. No estoy interesada en nadie más, de verdad.

Kevin vuelve a sonreír.

—Yo tampoco estoy interesado en nadie más.

—Pues ya lo hemos aclarado. —Me aproximo a sus labios y los beso.

—Aclaradísimo.

El resto de la tarde la dedicamos a seguir compartiendo besos, tirados en el césped, hasta que nuestros labios ya no pueden dar más de sí, porque los pobrecitos también necesitan un descanso de vez en cuando.

# Capítulo 18

## Kevin

Llegamos al barrio de Hannah sobre las diez de la noche tras haber cenado en un McDonald's; estamos compartiendo besos al lado de su moto aparcada, antes de entrar en su casa.

—¿Qué haces besando a mi niña sin haberte casado con ella y sin siquiera haberme pedido su mano? —nos interrumpe una voz masculina.

Hannah y yo nos separamos de inmediato y miramos a su padre, que viene de sacar a pasear a la perra y permanece con el semblante inexpresivo.

—¡Papá! —exclama Hannah, y la perrita se acerca a ella para que la acaricie.

—Buenas noches, Álvaro —lo saludo, todo educado.

Iba a llamarlo «señor», pero no le gusta que le digan de esa manera, como a Ari, a no ser que sea Espléndida, la ama de casa.

—De buenas noches, nada —me espeta simulando que le caigo mal—. Tienes que pedirme la mano de Hannah, si no, no podrás darle ni un beso en la frente.

—¿Qué dices, papá? —le contesta la aludida—. No estamos en la época de los dinosaurios para hacer algo así.

—En realidad, eso ocurría en la Antigua Roma, cuando la chica pasaba de ser propiedad del padre para ser del marido, cerebritito pelirrojo —la corrijo sintiéndome un pelín más inteligente.

Hannah me taladra con su mirada, y su padre se echa a reír y nos aplaude.

—Ya lo sabía, como es obvio. Sólo era un decir —suelta ella, ofendida—. Y yo no soy propiedad de nadie.

—¿Cómo que no? —interviene Álvaro abrazando a su hija, pero ella intenta zafarse de él—. Eres mi niñita.

Reprimo una risita porque son demasiado empalagosos juntos, aunque me gustaría haber nacido en una familia como la de Hannah.

Después, Álvaro suelta a su niña, nos dice que no tardemos en entrar porque van a ver una peli todos juntos y se mete en su casa con Dora.

—¿A qué ha venido lo de parecer más listo que yo? —me dice ella de brazos cruzados y mirándome, molesta.

—Tenía que impresionar a tu padre para que me diera el visto bueno como yerno. —Sonrío, mostrándole toda la dentadura—. Pero tranquila, que los dos sabemos que tú eres la más inteligente.

—Lo sé, pero gracias por el cumplido. —Se echa un puñado de trenzas hacia atrás—. Aunque tú también eres inteligente a tu manera. —Me rodea el cuello con sus brazos y me besa—. ¿Vamos dentro? Nos toca cine familiar. Hoy vamos a ver *Brave*, pero ni se te ocurra hacer un chiste sobre Mérida y yo.

—¿Es una encerrona con tu familia? —inquiero, atónito—. No me habías dicho que te tocaba

cine.

—Se me olvidó. —Se encoge de hombros de manera inocente—. ¿Vamos?

Hannah me obliga a entrar con ella por el jardín, a regañadientes, y nos encontramos a todo el mundo reunido en el salón, a punto de ver la peli (excepto la tía Mel, que habrá salido); incluso han venido Alan y Leo.

—¿Ya se te ha quitado la migraña con el porrito que te has fumado? —quiere saber la pelirroja mirando a su hermano mayor.

—Sí, muchas gracias por preguntar —le responde Alan sentado en uno de los sofás, abrazando a su padre; este último niega con la cabeza, en desaprobación.

No sabía que Alan fumaba porros; pensaba que era un tío ejemplar.

Ari también ocupa ese mismo sofá, sujetando a Leo júnior entre los brazos, y los mellizos y el Leo mayor están sentados en el suelo, sobre un cojín y frente a la tele, con la compañía de los dos gatos y la perra, de modo que Hannah y yo nos dejamos caer en el otro sofá, junto a Espléndida.

—Nada de hacer manitas —nos ordena Álvaro señalándonos con el dedo a modo de advertencia, y yo no puedo evitar ponerme rígido.

—Deja a los niños hacer lo que quieran —nos defiende Ari—. Nosotros también fuimos adolescentes.

Me cuesta ver a estos dos señores como chiquillos de diecisiete años.

—No me pongáis más en evidencia, por favor —suplica Hannah suspirando.

Me percato de que Mimi me contempla desde el suelo, deseando asesinarme y enterrar mi cuerpo en el jardín de esta casa, mientras Leo y Aitor hablan a susurros entre ellos, como si no quisieran que nadie se enterase de sus secretos. Como no le tengo miedo a una cría de once años, le sonrío y la saludo con la mano, pero ella me dedica una peineta.

—Señorita Miriam, no sea maleducada con el señorito Kevin —la regaña Espléndida, que es la única que se ha dado cuenta de lo que ha hecho.

—¿Qué le has hecho a Kevin? —le pregunta Hannah a su hermana.

—Nada.

—¡Miriam Ariadna, castigada un mes más sin móvil, sea lo que sea lo que le hayas hecho! —exclama Ari desde el sofá, sacando a su Hitler interior, y Leo júnior se ríe sobre su regazo, diciendo «mami lela».

—Bueno, voy a poner la peli ya, así que callaos —nos ordena Aitor, y todos lo obedecemos y guardamos silencio.

Mimi se encarga de apagar las luces mientras su mellizo pone la peli; Hannah se acurruca junto a mí con un cuenco de palomitas para que comamos los dos.

Parece mentira, pero durante las casi dos horas que dura la película, cada miembro de esta alocada familia permanece con su vista clavada en la tele (incluso el bebé de dos años, aunque creo que es porque se ha quedado frito en el regazo de su madre), y yo pienso que es la primera vez que los veo tan tranquilos.

Una vez que aparecen los créditos en la pantalla, todos se levantan de sus asientos para irse a dormir, pero yo no tengo ni idea de qué hacer, porque Alan y Leo también se van a quedar para no conducir por la ciudad tan tarde, y esta casa no contiene más habitaciones libres; las dos que eran de invitados en la planta baja las ocupan Mel y Espléndida.

—¿Tú también te quedas, Kevin? —me pregunta Ari, que es la única que está en el salón.

Me rasco la nuca, incómodo. Hannah se halla a mi lado, esperando mi contestación.

—Mejor me voy a mi casa.

—Es muy tarde, corazón —vuelve a hablarme Ari con dulzura—. No me voy a quedar tranquila; mejor pasas la noche aquí y mañana regresas a tu casa con la luz del sol.

Yo no sé qué responder a eso, así que ladeo la cabeza hacia Hannah por si le parece bien.

—¿Y dónde se supone que va a dormir? —pregunta haciéndose la dura—. ¿En el sofá? No hay más camas libres en esta mansión y no pienso compartir mi aposento con él.

Enarco una ceja, incrédulo.

Llevamos compartiendo la habitación de su hermano durante toda la Semana Santa, y ahora la señoritinga no quiere que duerma con ella en su cama de princesa.

—No te hagas la chica dura, mi chiquitina —suelta Ari posando una mano sobre el hombro de su hija—. Sé que habéis dormido juntos muchas veces en esta casa. Me doy cuenta de las cosas; no soy tonta, aunque a veces lo finja para que no os sintáis incómodos. —Sonríe, como si estuviera recordando algo—. Me acuerdo de cuando tenía dieciséis años y Álvaro aparecía en la ventana de mi habitación a escondidas de mi madre. Quiero volver a ser joven otra vez.

Le dedico una sonrisa a mi «suegra», o lo que sea, porque lo que acaba de contar me parece muy bonito. Sin embargo, si yo intento hacer lo mismo que Álvaro, me caería y me descalabraría, ya que no tengo ni idea de cómo subirme a una ventana, y menos a la de Hannah, que está demasiado alta.

—Mamá, hablas como una anciana —le dice Hannah en tono burlón—. Cómo se te nota la edad.

Ari se lleva una mano al pecho, como si le hubiera herido los sentimientos.

—¡Castigada sin dormir con tu novio! —Y desaparece del salón como una exhalación, enfadada con su hija.

—¡No es mi novio!

—¡Ya, claro! ¡Y tu padre no es mi marido! —grita Ari desde la escalera.

Ahora el herido soy yo.

—¿No somos novios? —le pregunto a la pelirroja.

—No sé, dímelo tú. —Y también huye, dejándome como un pasmarote en mitad del salón, dándole vueltas a la cabeza.

Cuando reacciono, subo detrás de ella y, antes de que cierre la puerta de su habitación, consigo colarme.

—¿Quieres que te preste un pijama? Tengo uno extragrande de osos.

—No, gracias. Dormiré en calzoncillos.

—Vale, pues vamos a lavarnos los dientes.

Volvemos a salir del cuarto y Hannah me entrega en el baño un cepillo sin estrenar. Nos quedamos mirándonos el uno al otro frente al espejo mientras nos cepillamos los dientes y, cuando acabamos, hacemos pis y regresamos a su aposento, que es la primera vez que lo piso.

—Nunca he estado en la habitación de una chica —le digo admirando cada rincón.

Las paredes están pintadas de morado, la cama es doble, el ambiente huele a fresa, y todo está limpio y ordenado.

Hannah se deshace de su ropa, incluso de las bragas y del sujetador, y se mete en la cama, desnuda. Yo trago saliva y me doy la vuelta para cerciorarme de que el pestillo está echado para que no nos sorprenda ningún hermano suyo.

—No pienso follar contigo con toda tu familia durmiendo en las habitaciones contiguas —le digo—. Eres demasiado escandalosa.

La única vez que lo hemos hecho en esta casa fue en la primera, cuando sus padres se fueron a

una fiesta; las otras noches sólo hemos dormido juntos en el cuarto de su hermano.

—¿Quién te ha dicho a ti que yo quiero follar? —inquieta tapada hasta la barbilla—. Me apetece tenerte en mi cama, pero para dormir acurrucaditos. ¿Vienes? Está prohibido meterse vestido.

Me desprendo de mi ropa en un santiamén, porque soy un tío débil ante esta pelirroja, y me acurruco junto a ella, abrazándola por la espalda, tras haber apagado la luz.

—Hannah —pronuncio su nombre en un susurro.

—Dime.

—Me encantas. —Le doy un beso en el hombro.

—Estupendo. Buenas noches.

Suelto una risita.

—Qué rancia eres.

Hannah finge ronquidos, librándose de decirme palabras bonitas, y mi mano desciende sola hacia su entrepierna.

—¿Te apetece?

—Ajá. —Deja de hacer como que duerme y toco su punto más sensible.

—Pide un deseo, que te estoy frotando la lámpara mágica —susurro en su oreja, divertido, y mi polla comienza a despertarse mientras dibujo círculos en su clítoris.

Se le escapa una carcajada y un jadeo a la vez, y luego esconde su cara en la almohada.

—Mamón. —Su voz suena amortiguada.

—Eso es un insulto, no un deseo.

Desentierra su rostro, aparta mi mano de su entrepierna con rapidez, coge algo del cajón de su mesita de noche y se sienta a horcajadas sobre mí, mirándome traviesa.

No hace falta que me lo diga con palabras, porque sus ojos lo están pidiendo a gritos.

Procuramos hacer el menor ruido posible para que ningún cotilla de su familia nos oiga y, al acabar, no tardamos en quedarnos fritos; Hannah, con la cabeza recostada sobre mi pecho y abrazada a mí.

Y entonces me doy cuenta de que esto que tenemos sí que es muy, pero que muy serio, aunque ella se haga la loca porque, en realidad, siente lo mismo que yo.

\* \* \*

El sábado voy con mi madre a hacerle una visita a Simón. Como el centro penitenciario está a tomar por saco de donde vivimos, no nos ha quedado más remedio que coger el autobús para venir. Mi hermano lleva metido aquí desde el comienzo del verano del año pasado, pero eso no es nada comparado con lo que le queda.

Ahora estamos esperándolo, sentados a una mesa de la sala de visitas y rodeados de más gente que habrá venido a ver a sus familiares presos, mientras un par de guardias nos vigilan.

Nunca he venido a un sitio así; es la primera vez que he decidido hacerle una visita a Simón y me imaginaba la cárcel diferente, con los reclusos esposados, vestidos con un mono naranja y arrastrando una bola pesada mediante una cadena, como aparecen en las pelis y series. Pero aquí llevan ropa de la calle, como si fuesen personas normales, y los tratan como si estuvieran en un hotel, porque tienen gimnasio e incluso pueden estudiar una carrera.

—Y no te vayas a poner a discutir con tu hermano, eh —me ordena mi madre—. Para una vez que vienes a hacerle una visita, no le vayas a amargar el día, que bastante tiene ya con vivir en

este lugar siendo inocente.

—Claro, mamá. —Pongo los ojos en blanco.

Ella se cree que Simón sólo ha vendido drogas, pero por necesidad; lo de que su hijo sea un violador no le entra en la cabeza.

—Ay, mira, ahí viene mi pobre niño —anuncia señalando la entrada, desde donde vienen los presos.

Simón se acerca a nosotros con la espalda recta, la cabeza bien alta y la expresión dura, creyéndose el dueño de la cárcel. Mi madre se levanta de su silla, obligándome a hacerlo a mí también, y le da un achuchón a su pobre niño, llorando, mientras me quedo contemplando la escena. Cuando se separan, Simón, que tiene un ojo morado, me palmea el hombro como si fuésemos colegas de toda la vida.

—Mi niño, ¿qué te ha pasado en el ojo? —le pregunta mi madre cuando nos sentamos, y se suena los mocos con un pañuelo de papel.

—Nada, mamá, una pelea sin importancia con otro preso —le responde Simón, sereno y esbozando su sonrisa de hijo ejemplar.

—Tienes sólo veintidós añitos; tú no deberías estar aquí. Eres demasiado bueno y vas a desperdiciar los mejores años de tu vida por culpa de unos mentirosos.

Vuelvo a poner los ojos en blanco. Me gusta cómo esta mujer vive en la ignorancia.

—Qué se le va a hacer, mamá —le responde Simón cogiéndola de las manos para dar más lástima, pero enseguida se las suelta porque no podemos mantener contacto físico—. No hemos nacido ricos. Los desgraciados acabamos en el trullo por cualquier tontería.

—Ya —murmuro por lo bajo, y Simón centra su mirada en mí.

—¿Y tú, qué? —me habla—. ¿Cómo eso que has venido a verme? Ni siquiera he recibido una llamada tuya durante estos meses.

—He estado bastante ocupado —le contesto, malhumorado.

Después, él y mi madre charlan, poniéndose al día, y se dicen lo mucho que se echan de menos. Yo escucho la conversación, tan tranquilo y sin intervenir, hasta que ella comenta que «por fin me he puesto a trabajar como un verdadero hombre para sacar a la familia adelante».

—¿De qué es el curro? —se interesa mi hermano.

—De lo mismo a lo que te dedicabas tú cuando eras libre —escupo con odio.

—Pero ¿tú eres tonto? —Simón aprieta la mandíbula y da un pequeño puñetazo en la mesa; mi madre nos observa sin decir nada—. No eres espabilado para esas cosas. Te van a pillar porque no tienes sangre en las venas y la mayoría del tiempo estás atontado —susurra para que nadie lo oiga—. ¿Qué quieres? ¿Acabar como yo?

—Por lo menos mi condena sería más corta que la tuya, porque yo no voy por ahí violando a la gente.

—Kevin, compórtate —me ordena mi madre dándome un guantazo en la nuca.

Los labios de Simón forman una fina línea, lo que significa que se ha cabreado.

—Me ha contado un pajarito que estás saliendo con la hermanita del hijo de puta que me encerró aquí. ¿Por qué no me la traes un día para follármela en un vis a vis íntimo? Las tías se resisten menos, y los hermanos estamos para compartirnos las cosas.

Se me despierta la vena agresiva, que llevaba diecisiete años dormida, y me abalanzo sobre mi hermano para sujetarlo del cuello de la camiseta.

El cabrón sabía a la perfección que me iba a hacer rabiar con ese comentario; nunca nos hemos llevado muy bien, que digamos. La noticia sobre Hannah seguro que se la ha soplado por teléfono

algún colega suyo de nuestro barrio, que nos habrá visto juntos.

—Ninguna persona es un objeto —le espeto a Simón mirándolo con ira, pero él se ríe como un tarado.

—¡Kevin, deja a tu hermano tranquilo! —me regaña mi madre.

Un guardia se acerca a nosotros para separarnos y echarnos la bronca, así que respiro hondo y me vuelvo a sentar en mi silla.

—Una pelea entre hermanos, Juan —le dice Simón al hombre, con la expresión llena de diversión.

Sin embargo, el tal Juan sólo nos informa de que nos quedan cinco minutos y reanuda su paseo por la sala de visitas.

No sé ni para qué he cancelado los planes que tenía con Hannah para venir a ver a este mendrugo, que ni siquiera lo estoy echando de menos. Pensaba que los barrotos lo convertirían en mejor persona, pero continúa igual de estúpido que siempre.

—Al final no vas a ser tan tonto como creía —me dice Simón sin borrar su patética sonrisa; mi madre sigue en silencio, con su vista posada en nosotros.

—Vete a la mierda.

—Te voy a decir una cosa, enano. —Simón me apunta con el dedo índice, en señal de advertencia—. Ten mucho cuidado con esa tía, que puede ser como el niño de su hermano e inventarse que la has violado para joderte. Te estoy avisando porque no quiero que te pase como a mí.

—Claro, inventárselo —murmuro con ironía, cruzado de brazos.

—Hazle caso a tu hermano, que tú eres un crío inútil que sólo da disgustos. —Mi madre me vuelve a pegar una colleja, pero yo respiro profundamente otra vez para no saltar.

Estoy agotado de que esta maldita familia me trate como si fuera una mierda. Necesito cumplir los dieciocho ya e independizarme, aunque para eso tenga que sacrificarme y vender drogas para poder vivir.

Cuando mi madre se despide de Simón con otro abrazo, dejamos atrás la prisión, por fin, y cogemos el bus de vuelta a casa, pero ella, durante el camino, se dedica a regañarme por tratar mal a mi hermano porque «no se lo merece y está sufriendo ahí dentro», hasta que me hartó y me voy a los asientos del fondo para escuchar música con los auriculares puestos.

# Capítulo 19

## Hannah

Unos minutos antes de que suene el despertador, la puerta de mi habitación se abre con sigilo y una persona entra, sujetando algo con dos velas encendidas.

—¡Alan, piérdete! —le ordeno a mi hermano, y escondo mi cara bajo la almohada.

—*Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseo, Hannah Montana, cumpleaños feliz... ¡Bien!* —canta, y supongo que se estará acercando poco a poco a mi cama—. Sal de tu escondite y sopla, que ya puedes ir a la cárcel.

Cómo no, tenía que soltar ese chistecito.

Le hago caso a regañadientes y soplo las dos velas; una de ellas es el número uno y la otra, el ocho, y ambas están clavadas en una tortita que tiene escritas con Nutella las palabras «feliz cumple». Alan deja el plato en la mesita de noche y me aplaude como un tarado; después, me arroja un puñado de purpurina sobre la cabeza, se abalanza sobre mí y me regala uno de sus abrazos empalagosos, pero yo me quedo con expresión de payasa amargada.

—No me puedo creer que hayas venido tan temprano para felicitarme y joderme la existencia —le digo cuando se separa de mí y se sienta a mi lado. Cojo la tortita del plato, le quito las dos velas y comienzo a comérmela a bocados.

—Qué desagradecida eres. Con lo que yo te quiero... —Mi hermano me mira, haciendo pucheritos.

La alarma de mi móvil suena de repente y yo la apago, soltando un bufido.

—Has interrumpido los pocos minutos que me quedaban de descanso —le espeto observándolo con los ojos entrecerrados, fingiendo que lo odio.

En realidad me ha encantado lo que acaba de hacer, pero no se lo pienso decir porque es muy pesado y yo soy una tipa dura.

—Lo siento; debía hacerlo. —Me sonrío, encogiéndose de hombros con inocencia, y me da una palmadita en la pierna antes de levantarse—. Venga, que tienes que ir al insti, que por ser tu cumple no te vas a librar, y tu novio querrá verte y felicitarte con un acto romántico en los baños.

Le lanzo un cojín a la cabeza.

Será cabrón.

—¡Kevin no es mi novio! —le grito.

—Ya, ya —me responde, irónico—. Si Kevin no es tu novio, entonces Leo tampoco es mi marido. —Y huye de mi habitación, antes de que le tire otro cojín.

Me vuelvo a tumbar sobre mi cama, contemplando el techo lleno de pegatinas fluorescentes de mariposas, mientras maldigo que me acabo de convertir en una adulta.

Sí, una adulta. Es para reírse, porque me sigo sintiendo una adolescente y no sé qué demonios quiero hacer cuando acabe el insti en junio.

Y estamos a cuatro de mayo.

Socorro.

Hago un esfuerzo por levantarme de la cama y prepararme para ir a clase, poniéndome bella, con los labios pintados de violeta para que me los destroce Kevin. Cuando estoy lista, bajo a la cocina a lo zombi para seguir desayunando y me encuentro a todos los integrantes de esta loca familia.

El segundo del día en felicitarme es Leo, que deja su tortita a medias sobre su plato y se levanta para abrazarme.

—Felicidades, cuñadita.

—Piérdete tú también.

Después de Leo, es el turno de felicitarme de todos los demás, y yo me siento saturada por recibir tanto amor tan temprano y medio dormida.

—Qué mayor estás ya —comenta mi madre enjugándose las lágrimas.

—Y parece que fue ayer cuando saliste disparada de la vagina de tu madre mientras yo grababa —interviene mi padre llorando también, emocionado—. Eras una pelota arrugada, ensangrentada y llorona.

—Gracias por esa imagen tan horrenda, mi *señoro* padre —se queja Mimi desde la mesa—. Un detalle más y se me quitan las ganas de desayunar.

—Nosotros también nacimos así —le responde el peque Aitor.

Mi padre, cada vez que tiene la oportunidad, nos enseña los vídeos de los partos de los mellizos y el mío, que son los únicos que pudo grabar, porque Alan se unió a nuestra familia con siete años (yo tenía tres), y Leo júnior nació por sorpresa de una manera tan surrealista que parecía la escena de una película mamarracha; mi padre no se encontraba con nosotros en aquel momento porque estaba de gira.

Sólo espero que al hombre que me trajo al mundo no se le ocurra mostrarle mi nacimiento a Kevin, porque me quedaría muerta de la vergüenza y no me libraría del *bullying*.

—Toma, princesita. —Mi padre me lanza un paquete y yo lo cojo al vuelo.

Este es un regalo para hacer la gracia, así que me espero cualquier gilipollez.

Abro el envoltorio como una bruta y me encuentro con una peluca rubia. Todas las personas que rodean la mesa se ríen, incluso el gato obeso, que está intentando abrir la nevera.

—Eh... Vale, explícame esto —le pido a mi padre.

—Para que te conviertas en Hannah Montana por las noches —me contesta, jocosamente—. Y por el día eres Hannah LeBlanc González, una fregona normal y corriente.

—Ay, pero qué malo eres con la niña —le dice mi madre.

—Estupendo. —Le dedico a ese señor una sonrisa falsa—. Gracias, papi.

—De nada.

De verdad, tengo ganas de asesinar a Kevin. Hace unos días volvió a comentar (pero delante de mi familia) que mi pelo parecía una fregona con las trencitas, y ahora mi padre no para de meterse conmigo.

Y creo que mis pensamientos le están dando demasiada importancia a Kevin, porque ese Caraculo aparece cada dos segundos en mi cabeza.

Una vez que terminamos de desayunar, decido irme al instituto en el coche con mi madre, y Alan y Leo me prometen que estarán esta tarde aquí para celebrar mi cumpleaños, ya que se van a saltar las clases de la uni como si fueran unos malotes.

—Mira quién viene hacia aquí —me informa mi madre cuando aparca en los estacionamientos del insti y nos apeamos.

Giro mi cabeza hacia donde me señala y veo a Borja dirigiéndose hacia nosotras con un ramo de rosas rojas, de modo que lo único que soy capaz de hacer es esconderme detrás del metro y medio de madre que tengo.

—Buenos días, Ari —saluda Borja a mi madre—. Y a ti también, Hannah. Te he visto.

Mierda.

Salgo de mi escondrijo y él me tiende las flores.

—Feliz cumpleaños, belleza pelirroja.

—Gracias, Borja, pero no quiero nada que venga de ti.

Mi madre contempla nuestra conversación, superatenta.

—Hacíamos muy buena pareja —vuelve a hablar el pesado—. Me deberías dar una segunda oportunidad; yo puedo ofrecerte muchas más cosas que el piojoso con el que estás.

—Oye, un respeto a tus compañeros, que te pongo un parte —se mete mi madre, en defensa de Kevin.

—Disculpa, señora.

—Es que ese es el problema, Borja —le espeto cruzada de brazos—. Te crees el mejor y no le llegas a Kevin ni a la suela de los zapatos.

—Pero si siempre los lleva rotos y son de mercadillo. —Se echa a reír—. Por supuesto que soy mejor partido que ese.

—Con esos comentarios lo estás empeorando todo, Borja María —se me adelanta mi madre cuando yo estaba a punto de responderle lo mismo al tipo que tengo delante.

—¡Mamá, deja de chismorrear y vete a dirigir el insti! —le pido, y vuelvo a posar la vista en Borja—. No pienso darte otra oportunidad, y las flores puedes metértelas por el culo. —Me doy media vuelta, con la intención de entrar en el edificio.

—Pues se las regalo a usted —oigo a Borja.

—Oh, muchas gracias. Son muy bonitas, pero no les voy a decir a los demás profes que te pongan matrícula de honor por hacer este gesto.

Enseguida mi madre se detiene a mi lado y me sujeta del brazo mientras sostiene con la otra mano el ramo de rosas. No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Mira, ahí tienes a tu otro pretendiente.

Ladeo mi cabeza hacia donde me dice y diviso a Kevin hablando con su hermana, pero, en cuanto nuestras miradas se encuentran, le dice algo a Rebeca y se encamina hacia mi dirección.

—Feliz cumpleaños, Hann —me dice al detenerse frente a mí, dedicándome una bonita sonrisa—. Ya puedes ir a la cárcel.

Otro con el chistecito.

—Gracias, Kev —le respondo, y miro a mi madre para ordenarle que se largue.

—Jolín, yo quería ver el regalo —se queja haciéndome pucheros, y al Caraculo se le escapa una risita.

—Mamá, no seas cotilla.

—Vale, vale. —Levanta las manos en señal de rendición—. De todas formas me lo vas a enseñar luego. —De pronto, clava sus ojos herbosos en Kevin, mosqueada—. Porque le has comprado algo, ¿verdad? Si no, ya sabes que no te dejaré salir con mi niñita.

—Esto... —masculla el otro rascándose la nuca, incómodo.

—¡Mamá, fuera!

La señora desaparece, por fin, y Kevin y yo nos saludamos como Dios manda mediante un pedazo de morreo. Me importa un pepino que el instituto entero nos esté viendo; estoy segura de

que la vena de la frente de Borja habrá explotado al presenciar esta escena y se habrá manchado su ropa de marca con su sangre.

—Ven, pedazo de fea. —Kevin me coge de la mano y me lleva hasta uno de los bancos del patio, antes de que suene el timbre. Cuando nos sentamos, saca de su mochila una caja mediana, de color rojo y con un lacito blanco—. Ten, tu regalo.

Siento algún tipo de sentimiento extraño recorriendo mi interior.

—No tenías obligación de regalarme nada, Kevin —le digo haciéndome con la caja—. En tu casa hace más falta el dinero.

—No digas tonterías, que sé que estás deseando saber lo que hay en su interior.

Se me escapa una sonrisita y le quito el lazo a la caja para abrirla. Dentro, me encuentro con un montón de piruletas y Chupa Chups de todos los sabores, un pintalabios rojo, una agenda con dibujos de animales y una pulsera de bisutería con la figura de una mariposa.

—¿Me explicas por qué me has regalado todo esto? —le pregunto con curiosidad, porque parece mentira que me conozca a la perfección y no se haya olvidado de ningún detalle.

—Claro. —Me sonrío de medio lado—. Los Chupa Chups y las piruletas te los he regalado porque siempre estás comiéndotelos; la pulsera, porque sé que te gustan las mariposas, que he visto las pegatinas de esos bichos en el techo de tu habitación; el pintalabios, para que marques territorio en mi piel y yo te lo pueda destrozar, besándote sin parar; y la agenda, para que apuntes tu horario tan estresante y que no se te olvide nada, porque tu cerebritito va a explotar un día.

Finjo que no me he sorprendido, poniéndome seria.

—No has dado ni una —miento, y me doy un golpecito en la sien con el dedo—. Tengo un cerebro privilegiado, así que no me hacía falta una agenda.

—Claro, claro —me contesta con ironía.

—Pero muchas gracias por el detalle. —Me acerco a sus labios y los beso—. ¿Vas a venir a mi cumple en mi casa, después del insti?

—Por supuesto. Yo siempre me apunto si hay comida gratis.

El timbre nos avisa de que ya es la hora de entrar, y Kevin y yo caminamos hacia el aula con las manos entrelazadas. Gigi y Samu, que también están invitados a mi casa, me felicitan; yo les doy las gracias y les digo que hoy voy a sentarme con Kevin en las clases, a lo que me responden que los voy a abandonar para estar con mi «no-novio».

—¿Hacemos manitas aquí? —me propone Kevin.

—Ni de coña. No quiero ensuciar mi precioso expediente con un parte por tu culpa.

Nos hemos sentado en la última fila, pero Jorge y Borja no nos quitan el ojo de encima.

Qué cansinos son los dos. Que nos dejen en paz y se líen entre ellos si están aburridos y se sienten solos.

El profesor entra y yo me llevo a la boca un Chupa Chups de cola.

—¿Te cuento un secreto? —le susurro a mi compi de pupitre.

—Vale.

Me saco el Chupa Chups de la boca para hablar mejor.

—Tengo un admirador secreto o admiradora secreta que me deja todas las mañanas una cosa de estas en la mochila. —Le muestro el caramelo—. ¿Tú tienes idea de quién podría ser? Hagamos nuestras apuestas.

—El subdirector bigotudo.

—¿Qué dices? —Hago una mueca de asco—. Si ese hombre tiene casi setenta años. Yo voto por algún chiquillo de primero de la ESO.

—No sé, no sé. A lo mejor tienes a esa persona más cerca de lo que crees. En esta clase, por ejemplo.

Me llevo la mano al mentón, pensativa.

—Me habría dado cuenta.

—¡Silencio! —nos ordena el profe, y todos los alumnos nos miran.

Kevin y yo obedecemos, cerrando el pico, porque no nos apetece a ninguno de los dos sentarnos al lado del pupitre vacío que hay junto a Borja.

Para aprovechar el tiempo, ya que lo que está explicando el profe me lo sé mejor que los nombres de mis hermanos, saco mi nueva agenda y la estreno, anotando todas las tareas que tengo en la mente para hacer durante las próximas semanas.

Abro la página por el día cuatro de mayo y me quedo perdida en mis pensamientos durante un buen rato, porque algo no me cuadra.

Si estamos a día cuatro, significa que ya ha pasado el veinticinco de abril, que a su vez quiere decir que...

—Mierda —murmuro masajeándome la frente con la mano.

Kevin, al percatarse de mi comportamiento, echa un vistazo a lo que estoy haciendo.

—¿Qué te pasa, Hann?

—Que hoy es cuatro de mayo.

—Ya lo sé. Tu cumple —me dice como si fuera boba.

Me paso la palma por el rostro, agobiada.

—Ya. —Me fuerzo a sonreír y decido mentirle—: Es que se me ha olvidado hacer una cosa importante.

—¿Ves como necesitabas una agenda en papel? Tu cerebro privilegiado a veces falla.

Le doy un golpecito en el brazo de manera cariñosa.

Hoy es mi cumple. No pienso calentarme la cabeza en todo el día porque tenga un retraso de más de una semana. Mañana me amargaré.

\* \* \*

A la mañana siguiente, lo primero que hago tras bajarme del metro es meterme en la farmacia más cercana, mirando para todos lados por si alguien que conozco me está observando, pero sólo veo a abuelitos y a abuelitas haciendo cola, esperando para comprar medicinas.

Cuando por fin llega mi turno, vuelvo a echar un vistazo a la farmacia para asegurarme.

—Buenos días, ¿qué quería? —me dice la farmacéutica, supersonriente para ser tan temprano.

—Una prueba de embarazo —le respondo en un susurro; ni siquiera habrá logrado escucharme.

—¿Disculpa? No la he oído bien.

—Una prueba de embarazo —repito con el mismo tono de voz que antes.

La farmacéutica me mira con el ceño fruncido.

—¿Puede hablar un poco más alto?

—¡Una maldita prueba de embarazo! —exclamo, histérica, porque parece que está sorda.

La mujer da un respingo al oírme y yo me doy la vuelta para mirar a las personas que están detrás de mí.

Jorge, el amiguito de Kevin, es el siguiente de la fila; los demás son ancianos. Todos se han quedado con la boca abierta, aunque algunas señoras se han puesto a negar con la cabeza y a cuchichear, indignadas.

¿De dónde ha salido tanta gente en menos de cinco segundos?

—Las adolescentes de hoy en día son unas frescas —oigo a una.

Las ignoro y rezo para que Jorge no le cuente a nadie que me ha visto comprando un predictor, porque se liaría parda en el insti.

—Aquí tiene, muchacha —me dice la farmacéutica colocando sobre el mostrador una cajita rectangular.

—Gracias. —Le pago y guardo la prueba en el bolsillo pequeño de mi mochila como si me hubiera vendido algo ilegal.

Cuando estoy a punto de irme, Jorge me dedica una sonrisa diabólica, pero yo le saco el dedo corazón.

A este se le va a ir la lengua. Más me vale golpearle con un trozo de tubería en la cabeza para matarlo y esconder su cadáver descuartizado en el contenedor de la basura.

Abandono la farmacia y me encamino hacia el instituto con paso decidido porque quiero salir de dudas cuanto antes. Sin embargo, cuando estoy atravesando el patio, escucho que alguien me llama.

—¡Hann! ¡Espera!

Me giro hacia Kevin, estresada.

—¡No es el momento! —bramo, y él se queda perplejo porque nunca le he hablado de esta manera—. ¡Déjame en paz! —Y me meto corriendo en el edificio, en dirección a los baños de chicos.

Después le pediré perdón por haberle gritado, porque el pobre no tiene la culpa de nada y no se lo merece. Ayer lo pasamos genial en mi casa celebrando mi cumpleaños, y ya es como un miembro más de la familia, aunque estuvo bastante mosqueado toda la tarde porque yo tenía la cabeza en otra parte, dándole vueltas al posible embarazo; me preguntó varias veces si me ocurría algo, pero decidí mentirle y le respondí que estaba un poco agobiada por haberme convertido en adulta.

Me encierro en uno de los cubículos, con mi tic nervioso del ojo manifestándose, y me hago la prueba.

Un bebé jamás ha entrado en mis planes. Me arruinaría a mí misma con sólo dieciocho años y sería infeliz de por vida por culpa de un hijo. Ojalá no sea tan fértil como mi madre, porque mi padre la mira más de lo necesario y ya la embaraza; menos mal que el hombre se hizo la vasectomía después del nacimiento de Leo junior, si no, seguirían creando trogloditas hasta que a mi progenitora le viniera la menopausia, que le quedan todavía unos cuantos añitos buenos.

Dejo la mente en blanco, sin posibles bebés pelirrojos y estirados, y aguardo a que transcurran los minutos más largos de mi vida.

# Capítulo 20

## Kevin

Ahora sí que estoy muy, pero que muy mosqueado, y la especie de relación que tengo con Hannah se va a ir a la mierda, porque no sé qué le ha pasado. Ayer por la tarde, celebrando su cumpleaños, la noté rara; no sé si sería por mí, por el estrés del insti o por otro motivo que desconozco. Lo más seguro es que yo sea la causa, porque lo primero que ha hecho nada más verme hace un rato ha sido gritarme, pidiéndome que la dejara en paz, y eso no es buena señal. ¿Habré hecho algo mal para agobiarla? ¿O se habrá dado cuenta de que esto que tenemos está yendo bastante en serio? No tengo ni idea, pero lo que sí debemos hacer es mantener una charlita para aclarar un par de cosas; me he cansado de jugar y necesito saber si ella siente lo mismo y si esto va para largo.

Entro en la primera clase del día y tomo asiento en la fila del fondo, esperando a Hannah. Jorge me mira al caminar por mi lado, pero se acomoda en otro pupitre. Cuando el profesor pasa lista, se queda anonadado al descubrir que nadie ha respondido por el nombre de Hannah, porque es una chica que nunca falta al insti.

Entonces me doy cuenta de que algo gordo le habrá ocurrido. Yo no puedo ser el motivo de su comportamiento; el mundo no gira a mi alrededor y ella tiene motivos más importantes por los que preocuparse.

Transcurren veinte minutos de clase y Hannah continúa sin aparecer. Mientras el profe escribe algo en la pizarra, de espaldas a nosotros, Jorge se acerca a hurtadillas hacia donde estoy y se sienta en el pupitre vacío de mi lado.

—¿Qué quieres? —exijo saber en un susurro.

No he vuelto a quedar con él, ni siquiera me dirige la palabra en los pasillos del insti. No es imbécil; sabe a la perfección que tengo algo con Hannah porque casi siempre nos ve juntos y habrá presenciado nuestros besos. Se suponía que, antes de ser follamigos, éramos buenos colegas, pero está claro que le ha sentado fatal que esté con la pelirroja, y con esa actitud me confirma que sentía algo romántico hacia mí, a pesar de que me dijera lo contrario.

—Enhorabuena, tío. —Jorge me dedica una sonrisita chulesca y me da un par de palmadas en el hombro.

Frunzo el entrecejo. ¿Por qué demonios me felicita? No es mi cumpleaños, ni mi día, ni tengo nada que celebrar.

—Enhorabuena, ¿por qué? —inquiero, totalmente descolocado.

—Por vuestro embarazo. ¿No te lo ha contado tu novia?

—¿Qué embarazo? ¿Qué dices?

No me estoy enterando de nada. Es demasiado temprano.

—El tuyo con la pelirroja —me responde como si yo fuera tonto, pero sigo sin comprender ni papa—. Joder, macho. Hay que explicártelo todo. Resulta que me he encontrado a tu novia en la

farmacia comprando un test de embarazo, y he deducido que era para ella. ¿No te lo ha contado? —Ahoga una risita, pero yo permanezco mudo—. ¿Qué clase de pareja tienes, que ni siquiera confía en ti para informarte de algo tan importante?

—Te lo estás inventando —consigo responder.

—Te lo juro por mi madre. —Clava sus ojos en los míos—. Hannah nunca falta a clase; seguro que estará haciéndose esa prueba en los baños, a escondidas de ti, porque estará avergonzada. Eso te pasa por haberte vuelto hetero. —Se ríe con maldad y yo no soy capaz de decir nada—. Conmigo no tendrías esa clase de preocupaciones, futuro papi. —Me da una palmada cariñosa en la mejilla y regresa a su asiento.

Es imposible que lo que me ha contado Jorge sea verdad. Hannah no puede estar embarazada porque somos responsables cuando nos acostamos, así que no entiendo por qué habrá comprado un predictor. ¿Se lo habrá pedido alguna amiga suya? Desví mi mirada hacia Gigi, que se encuentra al lado de Samuel, y la descarto de inmediato. De aquí, Hannah no tiene confianza con nadie más; quizá la persona que lo necesite esté en otra clase.

Cuando se acaba la hora, salgo como un cohete del aula y me encamino hacia los baños. Primero la busco por el de tías mientras la llamo, pero un par de chicas casi me echan a patadas por haber invadido su intimidad. Después, entro en el servicio de chicos y me asomo por el hueco de la puerta de cada cubículo hasta que me detengo en el último, donde reconozco su mochila apoyada. Aguardo a que se esfumen el par de tipos que están en los urinarios y luego doy un par de golpecitos en la madera.

—Hann —pronuncio su diminutivo, esperando a que diga algo. Sin embargo, no lo hace y, tras veinte segundos, vuelvo a tocar la puerta—. Hannah, ¿puedes abrirme?

Nada.

¿Y si le ha dado un patatús ahí dentro?

Cuando mis pies dan un paso, con la intención de comprobar desde lo alto del cubículo contiguo que sigue con vida, oigo el ruido del pestillo, pero la puerta no se abre. Vuelvo a esperar unos segundos y me asomo con sigilo.

Ahí está ella, sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y mirándome. El maquillaje de sus ojos está un poco corrido, lo que me hace pensar que ha llorado.

Vale, esto es algo importante. Hannah no llora (o al menos yo nunca la he visto de esta manera, porque de cara a los demás no se muestra tan vulnerable).

—¿Qué haces ahí con ese careto? Pareces un mapache —bromeo para mitigar un poco la tensión, y vuelvo a cerrar la puerta con el pestillo para que nadie nos moleste.

Hannah se echa hacia un lado, haciendo un hueco para mí en el suelo, y me siento. Me percató de que sujeta una prueba de embarazo con su mano.

—Bueno, ¿qué ha salido ahí? —Señalo con la cabeza el objeto—. ¿Vamos a ser padres?

Sorbe por la nariz y me lo tiende.

—Míralo por ti mismo.

—No pienso coger esa cosa. Te has meado encima. —Hago una mueca de animadversión y ella suspira—. Está bien, me desinfectaré las manos con lejía después.

Vamos allá.

Cojo el palito y observo el resultado que ha salido: dos rayas.

Muy bien. No soy adivino, así que no sé qué significa.

Hannah, al ver mi expresión de atontado, me lo traduce:

—Dos rayitas significan que estoy preñada. —Y se vuelve a echar a llorar, cubriendo su cara

con las manos para que no vea cómo se derrumba.

—Tranquila, Hann. —La acuno entre mis brazos—. A veces, estas cosas se equivocan.

—¡Sí, un uno por ciento! —me responde con la voz quebrada.

—¿Ves? Hay una probabilidad de error, aunque sea mínima. Mañana, si quieres, nos saltamos el instituto y te acompaño al hospital para que los médicos nos lo confirmen; entonces decidiremos qué vamos a hacer con este marrón.

—¿Decidiremos? —Se separa de mí y me mira con extrañeza.

—Porque es mío, ¿no?

Se le escapa una carcajada entre los hipidos, pero a mí no me hace gracia.

—Es imposible que sea tuyo, mamón. Hemos usado condón todas las veces que nos hemos acostado, y no creo que se nos haya roto.

—Entonces, ¿de quién es? Te tomaste la pastilla del día después cuando te pasó lo de Borjamari.

—Ya, pero podría haberse quitado el preservativo también en las veces anteriores, ¿sabes? Quizá me tomara la pastilla estando ya embarazada. —Se enjuga las lágrimas—. Es un maldito cabrón. De todas formas, en el hospital me dirán el tiempo exacto para estar más segura.

Tiene sentido. De Borjamari me espero cualquier cosa.

Vuelvo a abrazar a Hannah y le doy un beso en la cabeza.

—Bueno, sea de quien sea, no me voy a separar de ti —le digo, sincero—. Y te apoyaré, decidas lo que decidas.

Ufff... Otro calentamiento de cabeza más para mi vida. Si resulta que de verdad vamos en serio, un hijo no biológico no entraba en mis planes... Y biológico, tampoco. Estaría realmente loco si decidiese criar con Hannah a una criatura indefensa con casi dieciocho años, sin casa propia, con un trabajo ilegal y una madre que no me quiere.

Permanezco abrazándola en el suelo del baño hasta que suena el timbre de la tercera hora. Hannah tira el predictor a la papelera, se quita los restos de maquillaje con una toallita, se lava la cara, ensaya unas cuantas sonrisas delante de mí, nos besamos y abandonamos el servicio con nuestras manos entrelazadas.

\* \* \*

Al día siguiente, Hannah se concentra en dar vueltas en la sala de espera del hospital mientras aguardamos a que la doctora nos confirme el resultado que salió ayer en el predictor.

Esta mañana, en cuanto nos hemos encontrado en el instituto para asistir a la primera hora, nos hemos quedado fuera de la cancela y, en cuanto todos los alumnos han entrado, hemos cogido el metro, que nos ha traído hasta el hospital.

—Hannah LeBlanc González —la llama la doctora, una mujer de mediana edad, y yo me levanto de mi silla.

—Soy yo —le responde la pelirroja.

—Puedes entrar.

Hannah ladea su cabeza en mi dirección y yo le dedico una cálida mirada. Después, toma aire y los dos entramos en la consulta, cogidos de la mano.

—Sentaos, por favor —nos dice la doctora.

Ocupamos una silla cada uno, frente a ella. Noto que Hannah está demasiado tensa y me percato de que el tic de su ojo se manifiesta sin parar. Una persona normal no se daría cuenta de

esa manía suya tan imperceptible, pero yo sí porque soy muy observador.

—Al grano —le ordena Hannah a la doctora, mirándola fijamente y moviendo la pierna con impaciencia—. ¿Estoy embarazada de verdad o no?

Cruzo los dedos, rezando para que diga que no y que la prueba que se hizo ayer diera un falso positivo.

—Sí, estáis embarazados —nos confirma la mujer, mirando primero a Hannah y después a mí, y dando por sentado que yo soy el padre biológico de la criatura—. De cinco semanas.

Hace cinco semanas ni siquiera estábamos «saliendo», así que no me queda ninguna duda de que el culpable de esta situación ha sido el cabrón de Borjamari.

Hannah cierra los ojos durante un momento, procesando la mala noticia que le acaba de soltar la doctora. Nuestras manos continúan entrelazadas y yo aprieto la suya con fuerza, en expresión de apoyo.

—¿Cuándo...? —intenta hablar la pelirroja al volver a abrir los ojos. Su rostro se ha quedado más blanco que de costumbre—. ¿Cuándo podría abortar?

—¿Estáis seguros de esa decisión? —nos pregunta la mujer mirándonos a los dos, comprensiva, pero seguro que está pensando que somos unos niñatos irresponsables.

—Sí —suelta Hannah sin dudar.

La doctora me mira para comprobar que estoy de acuerdo y le contesto con un asentimiento de cabeza.

—Hay más opciones —nos informa ella.

—Sé las opciones que hay —la corta Hannah, malhumorada, y se muerde el labio inferior—. Ya lo tengo decidido.

Me quedo en todo momento callado, observando la conversación entre ellas porque no tengo nada que aportar, aparte de mi apoyo hacia la pelirroja.

—Bien, Hannah. Si tomas esa decisión, al tener dieciocho años no necesitas el consentimiento de tus padres o de tu tutor legal. La interrupción del embarazo se puede hacer hasta la semana catorce; es una intervención segura —vuelve a hablar la doctora, mirándola sólo a ella—. Os aconsejo que os toméis un par de días más para pensarlo con calma.

—Ya está pensado —insiste Hannah—. No necesito más tiempo.

Ya sabemos toda la información que nos está contando esta mujer. Ayer por la tarde me fui a la casa de Hannah para hacerle compañía y estuvimos navegando por Internet, encerrados en su habitación. En España, las mujeres tienen derecho a abortar de forma legal, segura y gratuita, aunque es cierto que existen personas que están en contra y quieren que se penalice ese proceso (incluso en algunos países todavía se considera una práctica ilegal). Yo no soy el más indicado para opinar porque no tengo útero, pero estoy de acuerdo en que las mujeres puedan decidir lo que quieran con su embarazo y nadie debería juzgarlas.

Cuando nos despedimos de la doctora, abandonamos el hospital y, de nuevo, cogemos el metro. Ocupamos dos asientos libres y vuelvo a unir nuestras manos; la suya se encuentra sudada.

—¿Se lo vas a contar a tus padres? —rompo el hielo.

—Claro. ¿Por qué no iba a hacerlo? Es una movida demasiado importante y confío en ellos, porque sé que también me apoyarán.

—¿Y a Borjamari?

—No —niega en rotundo—. Ese imbécil no tiene por qué enterarse. No es asunto suyo lo que yo haga con mi cuerpo.

—Vale. —Paso un brazo por sus hombros y la atraigo hacia mí para darle un beso en la cabeza.

—Gracias, Kev.

Llegamos a nuestro destino, justo cuando todos los alumnos se encuentran en el recreo, y llamamos al timbre que hay fuera de la cancela del insti para que el conserje nos abra. Un par de profesores a los que les toca vigilancia se nos quedan mirando mientras atravesamos el patio, buscando algún banco libre para sentarnos, y nos acomodamos en el que ocupan Gigi y Samuel, los amigos de Hannah. La pelirroja saca un *tupper* de Hannah Montana de su mochila con croquetas y empanadillas en su interior, y yo me empiezo a zampar mi bocata de jamón de york y queso.

—Qué desobediente, Hannah —se burla su amiga—. Saltándote las clases.

—Es la hija de la directora, así que puede hacerlo sin que le digan nada —interviene Samuel.

—¿Habéis visto lo malota que me he vuelto? —les responde la pelirroja fingiendo una sonrisa, para que los demás no noten que está preocupada—. Culpa del novio, que es muy mala compañía.

—Ah... Pero ¿tienes novio? —le pregunto haciéndome el sorprendido—. Pensaba que estabas soltera.

—¡Vete a la porra! —me espeta al mirarme, y yo le robo una croqueta de su *tupper*—. ¡Oye! ¡Que las ha cocinado mi padre para mí!

Le doy un mordisco y adivino que es de pollo.

—¿Tu padre? —inquiero, y ahogo una risita—. Pero si son congeladas.

—Bueno, es que él las echa en la freidora; eso también es cocinar. El hombre no sabe hacerlas caseras, pero lo importante es la intención.

Se me escapa una carcajada.

Ojalá tener un padre así de guay.

Una vez que el recreo termina, los cuatro nos dirigimos hacia la siguiente clase, pero, por el pasillo, una voz chillona nos detiene.

—¡Eh, eh, eh! ¡Vosotros dos!

Hannah y yo nos damos la vuelta hacia Ari, y Gigi y Samu continúan su camino.

—¿Qué quieres ya, mamá? —le pregunta Hannah poniendo los ojos en blanco.

La señora nos contempla con su imponente mirada verdosa y los brazos en jarras.

—¿Cómo que qué quiero, muchachita? Ninguno de los dos ha asistido a las clases durante las tres primeras horas. ¿Me dais una explicación?

Intercambio una breve mirada con la pelirroja, pero es ella la que comienza a hablar:

—Es que Kevin me ha pedido que lo acompañara al médico y no podía decirle que no.

Ari centra sus ojos en mí y atisbo cierta preocupación en ellos.

—¿Qué te ocurre?

Estoy a punto de abrir la boca cuando Hannah se me adelanta, de nuevo:

—Le dolía un huevo.

Ladeo la cabeza hacia ella, patidifuso.

—Uy, pues eso suena a algo muy serio, Kevin —me dice Ari, y vuelvo a mirarla—. Puedes tener una ITS... O peor aún: cáncer. No me lo estoy inventando; lo he leído por Internet.

—Eh... Sí... Lo sé... —titubeo, incómodo y sin saber qué decir—. Eso mismo me ha comentado el médico. Tengo que hacerme pruebas.

Me percató de que Hannah se está aguantando la risa por miedo a estallar delante de su madre.

—Espero que sólo sea una tontería —vuelve a hablarme Ari sin borrar su inquietud del rostro—. Aquí me tienes para lo que necesites.

Me siento mal por mentirle a esta señora; se ha portado genial conmigo durante este tiempo y

no se lo merece. Ojalá Hannah le cuente pronto la verdad.

—Gracias, Ari —le respondo—. Seguro que no será nada grave.

—Bueno, mamá —nos interrumpe Hannah—. Tenemos que ir ya a clase, que no queremos llegar tarde. Perdona por no haberte avisado.

—Oh, no os preocupéis. No os entretengo más. —Ari le da un abrazo a su hija y le besa la mejilla, y a mí me tira del moflete antes de marcharse.

Hannah se echa a reír y se esfuma como una exhalación de mi lado. Yo voy tras ella, la agarro del brazo para que no se escape y la giro hacia mí. Los pasillos se hallan vacíos, porque los estudiantes ya han entrado en sus respectivas clases.

—¿Que me dolía un huevo? —cuestiono, divertido—. ¿En serio no se te ha ocurrido otra dolencia?

—Ha sido lo primero que ha aparecido por mi cerebro tan inteligente. —Se encoge de hombros con inocencia—. Lo siento, Caraculo.

—Ya te vale, tontaina. Tu madre se ha quedado preocupadísima por mí.

—Se lo contaré muy pronto. No te sulfures, cielín. —Y huye de mí, otra vez, dejándome con la palabra en la boca.

¿Cielín? Me río en mi cabeza y se me pone sonrisa de tonto.

# Capítulo 21

## Hannah

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta mi hermano Alan al verme sentada en el felpudo de la puerta de su apartamento; a su lado se encuentra Leo.

Son casi las diez de la noche, y los dos acaban de terminar sus clases en la facultad. He pasado casi toda la tarde con Kevin en el Chon, haciendo el trabajo de Lengua para mantener mi mente ocupada, y se me han olvidado las llaves del piso de mi hermano en la casa de mis padres.

Me incorporo y me sacudo los pantalones.

—Vengo a hacerlos compañía —les respondo—. ¿Me puedo quedar a dormir con vosotros hoy?

—¿Te ha pasado algo con papá y mamá? —quiere saber Alan frunciendo el ceño, preocupado.

—No. ¿Por qué me iba a pasar algo con ellos?

—Es que estás rara —interviene Leo escrutándome con su mirada, como si me estuviera leyendo la mente—. No llevas los labios pintados, tienes ojeras y tu mirada luce apagada.

Otro observador.

—Kevin me ha destrozado el pintalabios, no he dormido nada esta noche y estoy cansada —miento, pero Leo entrecierra los ojos, sin creerme, y Alan me analiza la expresión, corroborando lo que acaba de decir su marido. Entonces suspiro y cambio de tema—: ¿Entramos, o nos vamos a quedar toda la noche en el descansillo?

Mientras Leo se encarga de abrir la puerta con su llave, mi hermano me envuelve entre sus brazos porque sabe que me ocurre algo y que necesito sus mimos, aunque no se los pida nunca.

Plátano y Pichi vienen a saludarnos, y después nos encaminamos hacia la cocina para elegir lo que queremos cenar.

—Pizza —suelto yo, y me siento en una silla.

—¿De qué? —me pregunta Leo.

—Pepperoni.

Alan coloca enfrente de mis narices una lata de Nestea y se sienta a mi lado, y Leo mete la pizza en el horno.

—Estoy embarazada —suelto de pronto, tras darle un trago a mi refresco.

Es más fácil soltárselo a ellos que a mis padres. De esta forma entreno.

Alan me mira con los ojos muy abiertos, perplejo.

—¡Enhorabuena! —exclama Leo, y se acerca a mí para darme un abrazo—. Cuando vea a Kevin, lo felicitaré. Qué ilusión tener un sobrinito.

—Ay, quita —le espeto intentando zafarme de él.

—Leo —mi hermano pronuncia su nombre en señal de advertencia, porque sabe que ha metido la pata al descubrir mi expresión de mala leche.

—Ah... ¿No es una buena noticia? —inquieta mi cuñado mirándome, y yo niego con la cabeza—. Uy, perdón. —Sus mejillas se sonrojan.

—¿Y qué vas a hacer? —me pregunta Alan, y Leo se sienta en una silla mientras los tres aguardamos a que se haga la pizza.

—Abortar.

Mi hermano asiente con la cabeza, comprensivo, y Leo se tapa la boca con las manos en actitud de sorpresa.

—No mates al bebé, porfi. Mi madre me parió con quince años —me responde mi cuñado con el semblante lleno de lástima—. Dámelo a mí, que lo voy a cuidar muy bien con Alan. Imagina que es el que descubre la cura del VIH en un futuro.

Vaya por Dios.

Mi hermano se queda callado, sin meterse en este tema.

—Si seguimos esa regla, entonces también podría ser un futuro asesino —le espeto a mi cuñado.

—No, porque lo educaríamos con buenos valores.

—Bueno, ya basta —nos interrumpe Alan, y le dedica a su marido otra mirada de advertencia.

—Sigo metiendo la pata, ¿verdad? —Leo juguetea con su colgante—. Perdón. Mejor será que prepare la mesa del salón para cenar. —Se levanta y se aproxima a mí para volver a abrazarme—. Tienes mi apoyo, cuñadita. —Y abandona la cocina.

Permanezco sentada a la mesa con Alan mientras la pizza termina de hacerse y, una vez que está lista, nos unimos con Leo en el salón. Cenando, les cuento que mis padres no lo saben todavía y que mañana se lo contaré a la hora del almuerzo, así que les pido que estén presentes para que se me haga menos difícil, aunque estoy segura de que los decepcionaré, porque me han dado una buena educación y me han regalado preservativos para que sea responsable.

—¿Qué opina Kevin de todo esto? —me pregunta Leo, y le da un mordisco a su porción de pizza.

—Está de acuerdo, pero él no ha sido el culpable, sino Borja.

—¿Borja? —Mi hermano frunce el ceño—. Espero que no te haya obligado a acostarte con él sin protección, porque voy a su casa y le arranco la cabeza.

Leo ahoga una risita y yo hago lo mismo, porque Alan es incapaz de pegarle a nadie.

—Principito, no te hagas el machote, que tú y yo sabemos que no matarías ni a una pobre hormiga —le responde mi cuñado.

—Soy el que se encarga de aplastar a las arañas cuando aparecen por casa, listillo —se defiende mi hermano, ofendido—. Siempre y cuando no se las haya cargado la gata antes, claro.

Interrumpo su discusión matrimonial, dando una palmada en la mesa, y les relato todo lo sucedido con Borja, a lo que ellos me responden que ha sido un cabrón por haberse quitado el condón a escondidas y que yo no tengo la culpa de nada.

—¿Te has hecho también las pruebas de ETS? —quiere saber Alan cuando termino de ponerlos al día.

—No. Estamos los dos sanos... O eso es lo que me dijo Borja cuando lo descubrí. No creo que me haya pegado nada.

—Mi exnovio también se suponía que estaba sano y que sólo se acostaba conmigo —salta Leo—. Y ahora tengo que medicarme de por vida para no palmarla.

Suspiro, agobiada, y el tic del ojo hace acto de presencia.

—No me estreséis más, que al final voy a abortar antes de tiempo —les digo, exhausta.

Durante el resto de la noche, nos dedicamos a navegar por casi todo el catálogo de Netflix porque, cada vez que aparece un bebé o un crío menor de doce años en alguna peli, les pido a

Alan y a Leo que la cambien por otra.

\* \* \*

Por la mañana, antes de que mi hermano entre a trabajar al Chon, me acerca con su coche al insti (Leo se ha marchado con la moto a su trabajo como bailarín en un programa de la tele).

—Voy a saludar a mamá —me dice Alan al apearnos.

Nuestra madre se está fumando su cigarro mañanero, antes de comenzar su jornada laboral estresante con alumnos repletos de hormonas y padres exigentes.

Los dos se funden en un empalagoso abrazo y después mi progenitora saca de su bolso mi *tupper* rebosante de croquetas y empanadillas.

—Gracias, mamá.

—Voy a saludar a los demás profes. Aún me queda más de media hora para entrar en la cafetería —nos dice Alan, y se mete en el insti para seguir haciéndoles la pelota a sus antiguos profesores, a pesar de que se haya graduado de Bachillerato hace un par de años.

Cuando suena el timbre, me encamino hacia el patio tras saludar a Kevin con un beso, porque nos toca Educación Física, y lo primero que hace el profe es mandarnos a correr diez minutos.

—¿Por qué no le dices que te encuentras enferma? —me propone Kevin, afligido, mientras trotamos juntos.

—Porque estoy preñada, no inválida —le espeto en un susurro.

—Te puedes desmayar o algo.

—Estoy bien. —Suelto un bufido, malhumorada—. No soy de porcelana.

—Es que no quiero que te ocurra nada que ponga en peligro tu vida.

—Ay, piérdete, Caraculo. —Me atrevo a adelantarle porque le tengo un poco de alergia cuando se pone moñas, pero no puedo evitar que mis labios formen una sonrisa.

En cuanto transcurren los diez minutos, todos los alumnos podemos hacer lo que queramos, ya que el profe tiene pocas ganas de trabajar hoy. Yo elijo jugar al baloncesto con Samuel y Gigi en una canasta, los más perezosos se van a los bancos a charlar, otros hacen equipos para jugar al fútbol (Kevin se une a ellos) y unos pocos practican tenis.

—¿Puedo jugar con vosotros? —escucho la voz de Borja detrás de mí, y yo me giro hacia él.

Su cara de lelo me pone enferma. No puedo ni verlo del asco que me produce este estirado.

—Pues claro que no —le respondo con decisión.

—¿Y eso por qué? —inquire sorprendiéndose por mi contestación tan directa, y luego se acerca a mi oído para susurrarme sin que los demás lo oigan—: Puedo sustituirte cuando te marees o te den náuseas.

Entonces, al oír eso, todos y cada uno de mis sentidos se ponen en alerta.

Me pregunto cómo se ha enterado. ¿Me habrá visto comprar el predictor en la farmacia? ¿Nos habrá escuchado a Kevin y a mí? Esto último no lo creo, porque hemos procurado ser discretos cuando hablábamos del tema.

—¿Qué sabes? —le pregunto en voz bajita.

—Todo.

Me giro hacia mis amigos de manera automática, que se habían quedado a un par de metros de distancia; les lanzo la pelota y les digo que empiecen a jugar sin mí porque ahora volveré. A continuación, me encamino con Borja hacia un banco del patio, lo más alejado posible de los alumnos de mi clase, y me percato de que Kevin nos observa desde la pista, un pelín mosqueado.

—¿Quién te lo ha contado? —exijo saber mirando a Borja.

—Se dice el pecado, pero no el pecador. ¿No has oído eso nunca? —Sonríe de manera socarrona—. Enhorabuena al piojoso de Kevin y a ti, pero me da lástima esa criatura que llevas en tu interior; va a tener un futuro negro con ese padre.

—Bueno, lo que hagamos nosotros con nuestra vida no te importa lo más mínimo.

—No me importa lo que haga él, pelirrojita. —Me mira a los ojos fijamente y coge mis manos con delicadeza—. Me importa lo que hagas tú con ese bebé. Con ese tío no vas a llegar a ningún lado. Si lo dejas y vuelves conmigo, puedo ofrecerte todos los lujos que quieras. Me da igual que ese hijo no sea mío; lo cuidaremos juntos y seremos los mejores padres.

—¿Qué? —Libero mis manos de un tirón y me río—. Eres un imbécil, Borja. ¿Tú crees que, después de lo que me has hecho, voy a volver contigo? ¿En serio?

—¿Sabes que puedo pedirte la custodia de ese bebé cuando nazca? —contraataca—. Hay probabilidades de que sea mío.

Me vuelvo a reír.

Es que este tipo es un payaso con patas. Debería trabajar en un circo en vez de irse a Oxford a estudiar Medicina, que eso último no se lo cree ni él.

—No va a nacer porque voy a abortar. Ese bebé no existirá jamás.

Sus labios dibujan una fina línea.

—Sé que es mío, porque los espermatozoides de tu nuevo novio están atontados —responde muy seguro de sus palabras—. Todas las veces que nos hemos acostado, me he corrido dentro de ti sin que te dieras cuenta mientras gemías como una zorra, así que no pienso permitir que mates a mi hijo, maldita egoísta.

Dios, tengo ganas de arañarle la jodida cara por todo lo que me acaba de soltar. No me ha sorprendido su declaración, porque no soy tonta, pero no pienso tolerar que me insulte ni que me impida hacer lo que yo quiera.

Inspiro con profundidad, pero la cólera me invade y acabo cruzándole la cara a Borja mediante una sonora bofetada. Sin embargo, a él no le sienta nada bien lo que me he atrevido a hacerle, porque me devuelve el tortazo y yo me quedo con cara de tonta, humillada.

—¡Borja, no se le pega a una compañera! —grita el profesor de Educación Física, y me percato de que todos los alumnos mantienen sus miradas puestas en nosotros.

Kevin y Gigi, con sus expresiones de querer cometer un asesinato, se acercan disparados hacia donde estamos, pero, antes de que ellos hagan alguna locura, le pego un puñetazo en la nariz a Borja, que comienza a sangrarle al instante. El estirado, asustado, baja la mirada hacia su camiseta manchada de rojo y su cara se convierte en un poema.

—¡Hija de puta, me has destrozado la camiseta más cara de mi vestidor! —brama, y se levanta de un salto del banco, algo que me parece un tremendo error porque Gigi le asesta una patada en la entrepierna, que provoca que el imbécil se doble sobre sí mismo y empiece a lloriquear.

Aplaudo a mi amiga, y ella me dedica una reverencia. No obstante, Kevin agarra del cuello de la camiseta a Borja y lo contempla con odio.

—Que sea la última vez que le pones la mano encima a Hannah, desgraciado.

Si mi madre o mi padre hubieran presenciado lo que me ha hecho Borja, el idiota ya estaría en su lecho de muerte.

—¡Vosotros cuatro! ¡Al despacho de la directora! —nos ordena nuestro profe, y luego mira a los demás alumnos—. Ahora vuelvo. Continúa con la clase.

No sé por qué Gigi y Kevin tienen que pagar el pato si no han hecho nada malo. El problema es

entre Borja y yo.

Cuando mi madre nos recibe en su despacho, Borja es el primero en ocupar una de las dos sillas libres y los demás permanecemos de pie.

—Explicadme lo que ha pasado —nos dice mi madre, sentada en su silla y mirándonos con atención, pero centra sus ojos en mí, dándome permiso para que empiece—. Mi chiquitina, adelante.

Me aclaro la garganta con un carraspeo.

—Borja y yo estábamos discutiendo en un banco del patio y comenzó a insultarme; entonces se me fue la olla y le di una bofetada que no tardó en devolverme. Kevin y Gigi se acercaron para defenderme, por eso no entiendo qué hacen aquí si no tienen la culpa de nada.

—Tu amiga me ha dado una patada en los huevos —me espeta Borja.

—¡Porque te la merecías, capullo! —le responde Gigi.

Mi madre se pellizca el puente de la nariz, procesando lo que le he contado, y luego les pide a Gigi, a Kevin y al profe de Educación Física que regresen a clase y que nos dejen solos. Me siento en la silla libre para estar más cómoda y la señora que me parió vuelve a hablar:

—¿Por qué estabais discutiendo?

—Tonterías sin importancia, mamá —me adelanto yo, antes de que el memo que tengo al lado meta la pata—. Ya sabes cómo somos los adolescentes.

—Pero ¿qué estás diciendo, chalada? —Borja ladea la cabeza en mi dirección—. ¡Cuéntale a tu madre la verdad!

—¡Borja María! —Mi madre da un golpe en la mesa con la mano—. ¡Tienes otro parte por insultar a tu compañera!

Juego con un puñado de trenzas, porque no me apetece soltarle a mi madre las malas noticias en este momento, y menos delante de Borja. Necesito estar en un ambiente de confianza, que es en mi casa con mi familia.

Pero no tengo tanta suerte porque el bocazas de Borja, para joderme, lo suelta todo:

—Señora, Hannah está embarazada y quiere matar a mi hijo. Usted le ha dado una mala educación y la ha convertido en una asesina de criaturas inocentes.

Si hay algo que mi madre deteste en esta vida es que la llamen señora y la traten de usted. Y Borja sabe esto, porque ella nos ha repetido mil veces en clase que la tuteemos. Además, se siente ofendida cuando alguien le comenta que es una mala madre, y necesita respirar hondo para no saltarle a la yugular a la persona que se lo ha dicho, como una auténtica mamá osa.

Contemplo cómo la mujer que me trajo al mundo se masajea las sienes con los ojos cerrados, como si estuviera invocando al mismísimo demonio, y después los abre y me mira, más calmada.

—Hannah LeBlanc González, explícate.

—Todo lo que ha comentado este individuo es verdad, Ariadna LeBlanc López —le respondo llamándola por su nombre completo para mitigar la tensión, y miro a Borja—. Excepto lo de que sea tu hijo, que ahí estás muy equivocado y parece que jamás has estudiado Biología. Es sólo mi embrión. *Mío de mí.*

—¿*Tuyo de ti?* —inquiere echándose a reír—. Esa expresión ni siquiera está bien dicha. No sabes ni Lengua ni Biología; sólo tienes la cabeza para hacerte esas trenzas tan feas. Cómo se nota que las calificaciones tan buenas que sacas es porque eres la hija de la directora. Para que se haya creado ese niño, has necesitado un espermatozoide; tú no te puedes fecundar sola porque no eres hermafrodita.

Lo aplaudo sin ganas y con ironía.

No pienso entrar al trapo otra vez. Al contrario que él, yo sí tengo educación.

—Borja, a partir de mañana no vengas al instituto porque vas a estar expulsado durante una semana —le dice mi madre con el rostro serio.

—¿Qué? ¡Eso no es justo! —exclama el aludido—. ¡Ya mismo empiezan los exámenes finales, y el mes que viene me toca la selectividad! —Me señala con su dedo—. ¡Ella también merece ser expulsada, incluso más que yo! ¡En un instituto no se puede hacer apología del aborto!

—Aquí nadie está haciendo apología de nada, Borja —le responde mi madre sin alterarse, y hace un ademán con la cabeza, en dirección a la puerta—. Sal de mi despacho. No quiero volver a verte hasta dentro de una semana.

Borja se levanta de la silla y apunta a mi madre con el dedo índice.

—Esto no se va a quedar así, señora. Pienso contárselo a mi madre para que se encargue de recolectar firmas y echarla. Un hombre debería estar ocupando su puesto porque está muchísimo más preparado, no una *feminazi* de metro y medio que ha sido enchufada porque su marido es un famosillo de pacotilla.

Dios, qué ganas de partirle el hocico a este imbécil. ¡Con mis padres no se mete nadie!

Mi madre me hace un gesto con la mano, obligándome a tranquilizarme porque me estaba viendo con las intenciones de estrangular al memo de Borja.

—Estupendo, Borja María. Sal de aquí, por favor —vuelve a pedirle mi madre, impertérrita.

El imbécil nos dedica una mirada de odio a las dos, y después abandona el despacho, echando chispas por la cabeza y cerrando con un sonoro portazo.

Mi madre se masajea las sienes de nuevo.

—Qué difícil es dirigir este instituto —comenta con los ojos cerrados, como si estuviera hablando sola—. Me hubiera quedado tan a gusto con mis pinturitas y mis cuadritos. Yo no sé por qué decidí trabajar aquí también, si gano suficiente dinero pintando y me estreso menos.

—Porque eres una sargento, como la abuela —intento bromear—. Lo llevas en los genes, mamá.

Mi abuela materna es una de las personas más frías que he conocido en mi vida; una verdadera sargento cuando mi madre tenía mi edad y siempre le ha caído mal mi padre. Mis otros abuelos son un amor.

—¿Te parece bien si nos saltamos las dos siguientes horas y el recreo para irnos al Chon a que tu hermano nos sirva un batido? —me propone—. Necesitamos pasar tiempo madre-hija y tienes que contármelo absolutamente todo.

Le sonrío.

—Qué malota, mamá.

—Estoy estresada. Déjame.

Cuando salimos de su despacho, Gigi y Kevin siguen esperándome en el pasillo, preocupados.

—¿Todo bien? —pregunta él, y yo asiento.

—Me la llevo de paseo porque está enferma —informa mi madre, y centra su vista en Kevin—. Imagino que tu dolencia de uno de tus testículos era una mentira.

—¿Te dolía un huevo? —se interesa Gigi mirando a Kevin, atónita.

—Esto... —Él se rasca la nuca sin saber qué decir—. Algo así.

Nos despedimos de ellos; yo, dándole un beso en la mejilla a mi amiga y otro en los labios a Kevin. Luego, mi madre y yo salimos del insti, y ella, en cuanto se encuentra al conserje en la puerta de la entrada, se inventa que estoy «enfermísima» y que me va a llevar al hospital, así que me toca fingir cara de moribunda para que nos crea. Sin embargo, al dirigirnos hacia el coche, le

pido a mi progenitora que me espere a un par de calles más lejos porque debo hacer algo importante.

—Espera. —Me entrega una bolsa blanca de plástico del supermercado—. Toma, tápate la cabeza con esto para que no te reconozcan, que no quiero que te metas en un buen lío.

Me río.

—Gracias, mami.

—Yo no tengo nada que ver con lo que vayas a hacer. —Y se mete en su coche.

En cuanto desaparece, me cubro la cabeza con la estúpida bolsa, tras haberle hecho dos agujeros en la zona de los ojos, y me hago con unas cuantas piedras. Después, me acerco al queridísimo Mercedes de cincuenta y tantos mil euros de Borja, miro a mi alrededor, por si hay algún cotilla, y arrojo los pedruscos a los cristales de las ventanillas, rompiéndolas en mil pedazos.

Que se joda.

Seguro que piensa que he sido yo la responsable, pero no tiene pruebas y desde aquí no puede verme porque ha aparcado en una zona escondida del instituto.

Y entonces huyo, en busca de mi madre tan chula y sin volver la vista atrás.

# Capítulo 22

## Kevin

Cuando termina el recreo, diviso a Hannah y a su madre entrando en el insti, que han desaparecido durante dos horas y media, y no sé de qué habrán hablado.

¿La directora ya sabrá que su hija está embarazada? ¿Hannah le habrá contado quién es el padre? Porque ahora tengo miedo de que piense que he sido yo el irresponsable y que Álvaro termine por cortarme la *Kevinconda*, cumpliendo su amenaza.

—¿A dónde habéis ido? —me intereso cuando la pelirroja se acerca a mí, sola, y me rodea con sus brazos.

—Al Chon, a bebernos un batido y a compartir mis croquetas y empanadillas. Ya lo sabe todo; el mamón de Borja se lo ha soplado en el despacho.

Le daría una paliza a ese estirado y le destrozaría el coche por haberle pegado a Hannah, pero no serviría de nada porque lo único que conseguiría sería que me expulsaran, como le ha pasado a él.

—¿Y cómo se lo ha tomado tu madre?

—Ni bien ni mal. —Hannah se encoge de hombros—. Se lo vamos a decir a mi padre hoy, y mañana iremos a pedir cita para ya sabes qué y a hacerme pruebas de ITS, por si ese mamón me ha contagiado algo.

Asiento, conforme, y nos encaminamos hacia nuestra siguiente clase, que es la de su madre. Todos los alumnos de Dibujo Artístico formamos un círculo con nuestras sillas y caballetes, y Ari pide que alguno de nosotros se ofrezca como modelo para que lo dibujemos.

Hannah es la única que se atreve.

—Como dibujo peor que un niño de dos años, no me queda más remedio —me susurra, y camina hacia el centro del círculo—. Más os vale plasmarme bien —les dice a los demás.

Vale, esto va a ser fácil; me sé todos sus rasgos y tengo memorizadas cada una de sus imperfecciones y sus pecas. Estoy acostumbrado a dibujarla, pero nunca con ella posando como modelo, y ya me estoy poniendo nervioso porque seguro que me obliga a que le enseñe mi trabajo.

Todos los alumnos nos preparamos con nuestros respectivos materiales, y cada uno se centra en su cuadro, echándole, de vez en cuando, un vistazo a Hannah mientras la profe permanece acomodada en su mesa, sumergida en unos papeles, que imagino que serán exámenes de otros cursos.

Cuando transcurren cuarenta y cinco minutos de clase, Ari se levanta y comienza a pasearse por el aula, cotilleando cada cuadro de sus alumnos. Al detenerse en el mío, se me corta el rollo y me tiemblan las manos porque no me gusta que me observen mientras trabajo; la inspiración se esfuma de mí y la vergüenza se apodera de mí.

Hago una pausa y alzo la mirada hacia mi profe, que mantiene sus ojos clavados en mi dibujo, superseria y juzgándolo en su mente.

¿Pensará que es una auténtica bazofia? ¿Se sentirá ofendida porque la persona que he plasmado no se parece en nada a su hija? ¿Me suspenderá? No sé... Creo que, en el fondo, no dibujo tan mal.

—Kevin, quédate aquí cuando se acabe la clase. Tengo que hablar contigo —me dice en voz bajita, y se marcha de mi lado para continuar figoneando los cuadros de los demás.

Ya está. Algo malo me va a decir. Quizá Hannah le ha mentido y le ha contado que yo soy el padre de la criatura y quiere decapitarme junto a su marido.

Una vez que el timbre suena, Ari nos ordena que dejemos nuestros trabajos a un lado de la clase para que continuemos mañana y, cuando todos se marchan, me acerco a su mesa, cagado de miedo.

—¿Qué querías, Ari? —le pregunto.

—Coge una silla y siéntate.

Le hago caso y me coloco frente a ella, con su mesa de por medio. Intento adivinar la expresión de su rostro y me percató de que sigue igual de imponente que cuando ha cotilleado mi dibujo.

—Yo no he sido —suelto de repente, y ella me mira, enarcando una ceja.

—¿Que tú no has sido el qué?

—El que ha dejado embarazada a Hannah.

No es normal que esta mujer se ponga tan seria conmigo, por lo que deduzco que ese es el tema por el que me ha secuestrado.

A Ari parece que le ha hecho gracia mi respuesta, porque se echa a reír.

—Qué mal mientes, Kevin. Hannah me lo ha contado todo; ahora vas a tener que buscarte un empleo para poder alimentar a mi nieto o nieta y darle un buen futuro.

—¿Qué? —Me sobresalto—. Eso es mentira; Hannah no quiere tenerlo.

—Ha cambiado de opinión tras hablar conmigo, así que ya sabes lo que te toca. Si te alejas de ella y del bebé, les tendrás que pagar una pensión todos los meses.

¿Esta mujer se está quedando conmigo? Es imposible que Hannah haya cambiado de opinión de la noche a la mañana; se la veía muy segura de interrumpir su embarazo.

Pero no. Ari no está de farol, porque me mira de una forma que me da miedo.

—Vale, cuidaré de ese bebé —consigo responderle con un hilillo de voz, y trago saliva—. Dejaré de estudiar y me buscaré un buen trabajo.

Me da igual que ese crío sea de Borjamari y que tenga que sacrificar mi futuro. Prometí apoyar a Hannah, decidiera lo que decidiera.

Ari vuelve a carcajearse y se tira más de cinco minutos sin poder detener sus risas.

—¡Era broma! —exclama, y se me pone cara de tonto—. No te he pedido que te quedaras para hablar sobre mi hija, pero, ya que ha salido el tema, te tengo que decir que me gustas mucho para ella tras haber pasado la prueba de la suegra malvada.

Suspiro de alivio.

Parecía que esta mujer iba en serio.

—Te he dado un buen susto, ¿verdad? —me dice aún entre risas—. Perdóname. No le cuentes a mi hija que te he espantado; no quiero que se enfade conmigo.

—Vale, no pasa nada. —Le dedico una sonrisa sincera, más calmado—. Entonces, ¿para qué querías hablar conmigo?

—Ah, sí, se me olvidaba. —Hace una mueca—. ¿No has pensado en matricularte en Bellas Artes el año que viene? Por lo que llevo viendo en tus dibujos desde que te doy clase, tienes mucho talento escondido.

Me quedo sin palabras, pasmado.

No me puedo creer que esta mujer, que entiende sobre el tema y que ha vendido muchísimos cuadros a lo largo de su carrera, me diga que tengo talento para crear.

—Lo he pensado, sí —me atrevo a contestar—. Pero no creo que sea buena idea, porque no tengo dinero para pagarme la matrícula de la universidad, y en mi casa las cosas no van bien como para derrochar. Debo trabajar para sacar a mi familia adelante, ahora que mi hermano está en la cárcel.

—Puedes pedir una beca.

—Eso no es suficiente. Si suspendo alguna asignatura, tendré que pagarla al siguiente año y, entonces, no me darían más becas. Las cosas en este país funcionan así.

—Tu madre podría ayudarte en ese caso —me dice, y yo reprimo una risita por el chiste que acaba de soltar—. Cuando se trata de la educación de los hijos, los padres estamos dispuestos a ayudarlos.

—¿Mi madre? —No puedo evitar que se me escape una risotada—. No tiene trabajo y no está de acuerdo en que estudie porque, según ella, sería perder el tiempo. Además, está concentrada en jugar a las tragaperras todos los días y beber cerveza con su noviete en el sofá de casa.

Que una señora como Ari, con una vida acomodada y que nunca le ha faltado de nada, me suelte esas cosas, me hace gracia.

—Puedo reunirme con ella e intentar convencerla de que no es una pérdida de tiempo que su hijo estudie. De verdad que tienes mucho talento, Kevin.

—Será inútil hacerla entrar en razón. —Me levanto de la silla y la miro por última vez—. Gracias por preocuparte por mi futuro, pero ya está pensado. —Y me marcho del aula, cabizbajo.

La verdad es que me encantaría seguir estudiando a partir de septiembre, pero seamos sinceros: las personas como yo, que nacen en una familia disfuncional y se crían en un barrio conflictivo, tenemos todas las papeletas para que nuestro futuro se convierta en una grandísima mierda, y mucho más sin la posibilidad de ir a la universidad. Prefiero buscarme un trabajo para que comamos (aunque sea el que tengo ahora), y ahorrar para que Rebeca pueda estudiar lo que le dé la gana y salga de esa bazofia de barrio sin seguir los mismos pasos que sus dos hermanos mayores.

Vuelvo a la clase que me corresponde, pero quince minutos tarde, y me toca explicarle al profesor de Historia de España que he tenido que hablar con la directora sobre un asunto para que me quite la falta de asistencia.

Cuando se acaba el insti, decido mantener una charla seria con Hannah, así que, antes de que se escape hacia la parada de metro, interrumpo su camino, deteniéndome frente a ella.

Ya va siendo hora de que pongamos las cartas sobre la mesa con el tema de nuestra relación.

—¿Qué te pasa, Kevin?

—¿Tú y yo vamos en serio? —voy directamente al grano.

Se echa a reír en toda mi jeta.

—¿A qué viene esa pregunta ahora?

—Necesito saberlo —le respondo mirando sus ojos marrones, y me percató de que uno de ellos comienza a palpar—. ¿Esto que tenemos es de verdad o es sólo diversión? Si es lo último, no me gusta perder el tiempo con alguien que se toma todo esto como un jueguecito de niños.

Hannah juega con unas cuantas trenzas y me evita la mirada.

—No sé —me dice haciendo una mueca—. De todo un poco.

Coloco la mano en su mentón y la obligo a mirarme.

—¿Qué significa eso de «de todo un poco»?

Me sonrío con inocencia, sus mejillas se colorean de rojo y me contesta algo en francés, pero yo no entiendo ni papa, excepto el insulto que me dedica siempre, que es «Caraculo».

—En español, Hannah —le pido sin apartar mis ojos de los suyos.

Justo en este momento, Ari pasa por nuestro lado y Hannah huye de mí como una cobarde para irse con su mami.

—¡Mamá, hoy me voy en el coche contigo!

—¡Pero no huyas, tontaina! —exclamo persiguiéndola.

Le dice algo a su madre, también en francés, y las dos se meten corriendo en el coche; Ari, riéndose, y la pelirroja, con expresión de pánico. Me asomo a la ventanilla del asiento del copiloto, donde se ha acomodado Hannah, y suelto:

—Esto no se va a quedar así. —La señalo con el dedo—. Me vas a tener que responder tarde o temprano.

De nuevo, sus únicas palabras son en francés, un idioma que nunca he estudiado. Ari, que está sujetando el volante, no para de reírse al descubrir mi cara de bobalicón.

—Dime el significado de lo que acabas de decir, por lo menos —le pido a la pelirroja.

—Búscalo en el traductor de Google.

—¿Cómo lo voy a buscar si ni siquiera sé escribirlo?

—Mala suerte, entonces. —Se encoge de hombros, traviesa, y me saca la lengua—. Hay que saber idiomas. Hasta mañana, Caraculo.

Tras esa despedida, Ari arranca el coche y las dos desaparecen de mi vista, seguramente riéndose de mí durante todo el trayecto.

—¿Nos vamos o qué? —escucho la voz de mi hermana, y me doy la vuelta para dirigirme con ella hacia la parada de metro.

—Oye, tú que estás estudiando francés, ¿me puedes traducir una frase?

—Bueno, no sé mucho; es mi primer año dándolo, pero dime.

—¿Qué significa *yu sui nosequé de tuá*?

Eso es lo único que he conseguido memorizar y no sé si lo habré dicho bien.

La respuesta de mi hermana es dedicarme una carcajada.

—¿*Nosequé*? —se burla—. Joder, hermanito, sé más específico y pronuncia mejor. Con eso no te puedo traducir nada.

—Haz un esfuerzo. Dime algo aproximado. —Vuelvo a repetírselo, aunque me dé vergüenza—: *Yu sui nosequé de tuá*. Sé que parece chino, pero no he sido capaz de retener nada más de lo que me ha dicho Hannah.

Mientras seguimos caminando, Rebeca se pierde en sus pensamientos.

—Vale, creo que puede significar: *Yo soy nosequé de ti*.

«Yo soy *nosequé* de ti».

Hannah es algo de mí.

Joder, qué complicado. ¿Qué palabra sustituirá el *nosequé*?

La próxima vez que me lo repita, prestaré más atención.

De pronto, diviso a Borjamari al lado de su coche aparcado, llevándose las manos a la cabeza y maldiciendo entre dientes. Me fijo bien en las ventanas de su Mercedes y me doy cuenta de que los cristales están rotos.

—¿Qué le ha pasado a tu querida Merche? —me burlo.

Borjamari me asesina con su mirada y se abalanza sobre mí para sujetarme del cuello de la camiseta.

—Has sido tú el que le ha lanzado piedras, ¿verdad? —me espeta—. Me envidias tanto que no soportas que tenga un cochazo de cincuenta y dos mil euros, porque tú no tienes otra opción que coger el transporte público lleno de pobres y piojosos.

—¡Oye, deja a mi hermano en paz, estirado! —Rebeca intenta defenderme, pero Borja la ignora.

—Pero ¿qué dices? Yo no me he movido del insti en toda la mañana. —Ahogo una risita, mirando al imbécil, y me suelto de su agarre de un tirón—. Le caes mal a demasiada gente; no me extraña que la hayan querido tomar con tu Merche de un millón de euros.

—Voy a denunciarte. —Me apunta con su dedito, en expresión amenazante.

Me río más.

—Ni siquiera tienes pruebas de que haya sido yo, zopenco. —Me llevo un dedo a la sien—. Estás tarado.

Borja me contempla con la vena de su frente a punto de explotar.

—Kevin, vamos a perder el tren —nos interrumpe Rebeca.

—Adiós, Borjamari —me despido del tonto agitando la mano.

En cuanto llegamos al infierno de casa que tengo, me encuentro a mi madre tirada en el sofá con su noviete, como siempre, viendo la tele. Sin embargo, me fijo en que la pantalla parece la de un maldito cine y comienzo a sospechar.

A no ser que esa tele haya pegado el estirón, se la hayan encontrado en la calle o la hayan robado, lo que me parece algo imposible, lo más seguro es que sea nueva y que el dinero que les di ayer para que pagaran el alquiler e hicieran la compra lo hayan derrochado.

—¿Y esa tele? —les pregunto.

—Nos la han regalado unos amigos —me responde mi madre, y le da un trago a su cerveza—. ¿A que está guapa?

—¿Has ido a comprar? —inquiero cambiando de tema—. ¿Has pagado el alquiler?

Héctor ahoga una risita, al lado de mi madre.

—Hemos ido a comprar lo imprescindible —se mete el parásito—. Y la casera aún no se ha presentado.

Suelto un bufido y me encamino hacia la cocina con mi hermana para descubrir qué es eso tan imprescindible que han comprado. Cuando abro la nevera, me la encuentro repleta de cervezas y ni rastro de comida; sólo un par de huevos caducados de hace unos días y un tarro de mantquilla derretida. Por supuesto, en los armarios no hay ni un alimento, y en la mesa descansa una caja de una pizzería, pero vacía, así que supongo que los parásitos la habrán pedido y no han querido dejarnos ni las migajas.

Adivino que lo imprescindible para ellos sólo es la cerveza. Y la tele, claro, porque no me he creído ni una palabra de lo que me ha dicho mi madre.

—¿Qué comemos? —me pregunta Rebeca.

—Voy a bajar a la tienda de la esquina a ver qué hay.

—Vale.

Regreso diez minutos después, con un par de zumos de naranja y una empanadilla ya preparada. Mientras como junto a mi hermana, recibo un mensaje de Hannah.

Tontaina: «Mi padre ya lo sabe, pero quería ir a tu casa con mi tía Mel para cortarte la Kevinconda. Les he tenido que soltar que no ha sido la tuya, sino la de Borja, y también les he narrado todo lo que sucedió, porque no quería que pensarán que soy una irresponsable»

Yo: «Me alegro de que tu familia te apoye en esto»

Si yo hubiera dejado embarazada a alguna chica, o a Rebeca le hubiera pasado lo mismo que a Hannah, mi madre no se pensaría dos veces lo de echarnos de casa.

Tontaina: «Gracias»

Yo: «Oye, ¿qué significa *yu sui nosequé de tuá?*»

Tontaina: «¿Qué? Jajaja, me sangran los ojos»

Yo: «Lo que me has dicho en francés»

Tontaina: «Ahhh... Así no se escribe»

Yo: «Escríbemelo por aquí bien, porfa»

Tontaina: «Sí, claro, para que lo copies y el traductor de Google te lo diga.

Eres un listillo»

Me ha pillado. Eso era exactamente lo que pensaba hacer.

Yo: «Pues dime el significado»

Tontaina: «No, que te emocionas. Me voy a estudiar y a escribir un poco, y luego iré a echarles comida a los animales. Después hablamos, Kev»

Yo: «Vale, Hann»

No me doy cuenta de que estoy sonriendo como un idiota frente a la pantalla de mi móvil hasta que escucho a mi hermana hablar:

—Menuda cara de tonto.

Coloco el teléfono sobre la mesa y la miro.

—¿Eso suena a envidia porque Hannah no está saliendo contigo?

—No te flipes —me responde, toda modesta—. Sé que ella me está intentando poner celosa contigo porque, en el fondo, me ama a mí, pero no se atreve a decírmelo por la diferencia de edad y porque la gente va a pensar que es una pederasta. Ya verás en cuanto cumpla los dieciocho; te va a dejar por mí y seremos felices con nuestros futuros hijos perrunos.

Me echo a reír.

—Me encantan las telenovelas que te montas en la cabeza.

Para cuando acabo de comer, me toca ir a la casa de mis jefes, Macarena y Sebas, a por más material para vender.

De todo el dinero que consiga de ahora en adelante, no pienso darles un duro más a mi madre y a su noviete, porque no me fío nada de ellos y acabarán derrochándolo en estupideces que no nos hacen falta y en sus tragaperras.

# Capítulo 23

## Hannah

—Mamá, se te ha ido la puta pinza —le digo a mi madre tras la idea tan masoquista que se le ha ocurrido a su cerebro.

—¡Niña, esa boca! —Se saca la hucha de los tacos del bolso—. Te toca echar un euro.

Rebusco la calderilla en los bolsillos de mis vaqueros y reúno un euro para colarlo por la rendija.

—No pienso permitir que vayas a ese sitio —interviene mi padre mirando a mi madre—. La última vez que viste a esa mujer, te tiró de los pelos, y no me gustaría tener una esposa decapitada o calva.

—¡Eres un exagerado! —le espeta ella con rabia—. ¡Además, tú no me tienes que decir lo que debo o no debo hacer! ¡Yo hago lo que me da la gana y punto!

Madre mía, ya se le ha subido el cabreo.

Resulta que esta señora quiere ir a hacerle una visita a Anabel, la madre de Kevin, para hablar sobre el futuro del chaval e intentar convencerla para que lo apoye con el tema de la universidad. Pero será tiempo perdido porque, si mi madre tiene lo suyo de terca, esa mujer no se queda atrás, y acabarán en una guerra de tirones de pelo.

—Deja de gritarme, Ariadna —le ordena mi padre apuntándola con el dedo—. Nunca te he dicho lo que tienes que hacer; sólo me preocupa que esa señora te haga algo. Si estás tan empeñada en ir a esa casa, déjame acompañarte.

—No necesito la protección del macho alfa de la familia. No me va a ocurrir nada porque sé cuidarme solita, Álvaro Aitor. —Y mi madre sale por la puerta de casa, altanera.

Madre mía, madre mía, madre mía... La que se va a liar.

Persigo a mi progenitora porque no voy a permitir que vaya sola a ese barrio, ya que puede que se la coman con patatas, pero mi padre me detiene, interponiéndose entre la puerta y yo.

—¿Tú también te vas, Hannah Montana?

—Alguien tiene que cuidar de tu señora esposa para que no la líe demasiado. —Me encojo de hombros con inocencia y me marcho, dejando a mi padre agobiado, pasándose las manos por la cara y pensando en que no vamos a salir vivas de ese barrio.

Se suponía que iba a ponerme a estudiar un rato, como le he dicho a Kevin antes, pero por culpa de esta idea tan macabra no puedo estarme quieta.

Un rato después, mi madre estaciona con miedo su cochecito al lado de un Ferrari y, al apearnos, permanece mirando a su Rodolfa con lástima, porque se cree que es la última vez que la va a ver con vida.

—No le va a pasar nada —le aseguro.

—Ay, es que este barrio no me gusta.

El barrio donde vive Kevin es uno de los más conflictivos de Madrid porque siempre hay

peleas, robos, apuñalamientos o drogas reunidos en los parques.

Caminamos hacia el portal correspondiente, agarradas del brazo, pero mi madre mira para todos lados por si aparece algún loco para darnos un susto. Como el ascensor se encuentra roto, nos toca subir a la séptima planta por las escaleras, aunque en unas cuantas nos tropezamos con trozos de basura, una rata muerta o un par de jeringuillas, y mi madre se lleva una mano al pecho, en un gesto dramático.

—¿Esa señora cómo puede criar a sus niños en este ambiente? —comenta, indignada—. Entiendo que no tenga dinero, pero podría hacer un esfuerzo por sacar a sus hijos de este barrio y darles una mejor vida y mucho amor. ¿Para qué trae seres humanos al mundo si no se encarga de ellos?

—Mamá, no la conoces tanto como para juzgarla de esa manera.

Aunque tiene razón; me preocupo yo más por mis peluches que esa mujer por sus dos hijos menores. Además, es una maleducada, porque una vez me vio en su casa con el grupito de amigos de Simón y me llamó «zorra», así, sin anestesia y sin haberla provocado.

Tocamos el timbre de la casa de Kevin y enseguida nos abre un señor barrigudo, que luce un bigotazo y un palillo entre los dientes. Se nos queda mirando de una forma obscena, que no me pasa desapercibida, y se relame los labios.

Tengo ganas de vomitar.

—¿Qué queréis? —nos suelta con voz grave.

—Buenas tardes —lo saluda mi madre como una señora educada—. ¿Está Anabel en casa? Soy la directora del instituto de Kevin y Rebeca, y me gustaría poder charlar con ella.

—Sí, pasad, bombones —nos dice, y se hace a un lado, invitándonos a entrar.

Por el pasillo, mientras el padrastro de Kevin nos sigue, mi madre y yo nos agarramos con más fuerza, y ella me susurra que no me despegue en ningún momento. Ya en el salón, Anabel se halla sentada en uno de los sofás con cigarro en mano, y su expresión se vuelve amenazante en cuanto nos ve.

—¿Qué coño hacen estas dos pijas aquí y por qué las has dejado entrar?! —exige saber mirando a su novio, y este se sienta a su lado.

Mi madre y yo permanecemos de pie, incómodas.

—He venido a hablar con usted de Kevin. ¿Podemos sentarnos?

Anabel echa las cenizas en el cenicero y suspira, asqueada de la vida; Héctor hace un ademán con la mano, indicándonos que tomemos asiento en el otro sofá.

—¿En qué lío se habrá vuelto a meter este inútil? —murmura la madre de Kevin—. Si es que sólo sirve para darme disgustos. Me arrepiento de no haberlo asfixiado con la almohada cuando nació.

Joder, ¿cómo puede decir eso de su propio hijo? Que yo sepa, es un buen chico y nunca ha sido problemático. Y esto no tiene nada que ver, pero es el único que está consiguiendo traspasar la frialdad de mi alma poco a poco.

—Tranquila, señora, que su hijo no ha hecho nada malo —le dice mi madre con una sonrisa sincera.

—Entonces, ¿para qué cojones te presentas en mi casa?

Mientras la mujer que me parió le explica con palabras finas todo acerca del talento para el arte que tiene Kevin, yo, desde mi sitio, recorro con la mirada el salón, que está hecho una mierda. En el suelo hay de todo menos suelo (acierto a ver unas bragas, unos calzoncillos y un montón de colillas); en la mesita de centro descansan botellines de cerveza vacíos y más colillas; la tele es

gigante, casi como la que tienen mis padres en el salón de casa y parece nueva; y la pequeña ventana se halla cerrada, provocando que no se pueda respirar aire fresco en este pisucho, porque sólo huele a podrido, a tabaco, a alcohol y a heces de caballo, y creo que acabaré desmayándome de un momento a otro.

¿Cómo puede vivir Kevin en este ambiente? Menos mal que él huele rico en la mayoría de ocasiones. Recuerdo que, hace tiempo, olía a sudor, pero era porque no podía darse ni una insignificante ducha.

Ah, se me olvidaba que sus pies apestan a queso, algo común en los hombres (y en algunas mujeres); a mi padre y a mi hermano mayor también les ocurre.

Mi madre termina su monólogo, pero se nota que la de Kevin está a punto de explotar porque su semblante la delata, y el asqueroso tipo que hay a su lado no aparta sus ojos de las tetas de mi progenitora como un baboso.

—Mira, estirada —la madre de Kevin comienza a hablar—. ¿Cómo te atreves a venir a mi casa y decirme que soy una mala madre, después de que a mi Simón lo hayan encerrado en la cárcel por culpa de tu otro hijo?

—Yo jamás he dicho semejantes palabras —se defiende mi madre. No las ha dicho, pero las piensa—. Y la justicia sólo hizo lo correcto con su hijo, que le destrozó la vida al mío.

—Tú te crees mejor que yo por vestir con trapos de marca y tener una carrera, pero no sabes nada de la vida; nunca has sufrido y lo has tenido todo muy fácil, porque eres una buscona que ha pegado el braguetazo casándose con un famosillo para que la mantenga, pero seguro que tienes los cuernos más grandes que un ciervo.

¿A que le parto la cara a esa señora y le arranco esos pelos de estropajo y los cuatro dientes picados que le quedan? ¿Cómo se atreve a decirle a mi madre que no ha sufrido nunca? ¡Ni siquiera la conoce y no tiene ni idea de todo por lo que ha pasado! Es una luchadora y ha llegado donde está por ella misma.

Mi madre, al percatarse de que me estoy poniendo muy nerviosa con la rabia invadiendo mi ser y el tic manifestándose en mi ojo, coloca su mano en mi rodilla con cautela, impidiéndome que estalle.

—No estamos hablando de nosotras, Anabel, sino del futuro de su hijo. —Mi progenitora clava sus ojos en los de esa babosa.

—Estudiar no le va a servir para nada, y menos si la carrera es de pintamonas. Lo que mi hijo debe hacer es traer dinero, que estamos malviviendo en esta pocilga y tiene que aprender a ser responsable. Yo se lo he dado todo mientras lo criaba; ahora él tiene que devolvérmelo.

Qué señora más egoísta. Se supone que la gente trae hijos al mundo porque lo desea, no para echarles en cara lo que han hecho por ellos o tratarlos como si fueran la mayor mierda del mundo.

—Kevin tiene mucho talento —insiste mi madre.

Anabel se echa a reír de manera descarada.

—Claro, follándose a esa de ahí. —Me señala con la cabeza y yo aprieto los puños con fuerza—. Al final, este niño va a ser el más listo de todos, tirándose a una niña rica.

Dios, qué ganas tengo de cargarme a esta señora.

Me fijo en que mi madre está haciendo un esfuerzo sobrehumano por no levantarse y lanzarse hacia Anabel para dejarla calva, porque cuando alguien dice algo malo de mí o de mis hermanos, se convierte en una auténtica verdulera, rebajándose al nivel de la otra persona.

—Suficiente —anuncia levantándose del sofá—. Hannah, nos vamos ya. —Luego, mira a la señora—. Una lástima que no apoye a su hijo para que cumpla sus sueños con todo el talento que

desprende. Buenas tardes.

Anabel sólo se ríe como una chalada y el otro decide acompañarnos por el pasillo para que no nos perdamos, fingiendo educación, pero, en realidad, quiere hacerlo para mirarnos el culo.

En cuanto abrimos la puerta de la entrada, nos topamos con Kevin en el rellano, con su mano preparada para introducir la llave en la cerradura, y se queda totalmente descolocado cuando nos ve.

—¿Qué hacéis aquí? —nos pregunta, y se encarga de volver a cerrar para que su padrastro no nos oiga desde dentro, pero seguro que estará asomado a la mirilla.

—Hola, mi *amol* —lo saludo poniendo cara de niña buena.

Como es obvio, el pobre no sabía que íbamos a venir a hacerle una visita a su madre; ha ocurrido todo de improviso.

—He venido a hablar con tu madre sobre tu futuro, pero ha sido tiempo perdido —le explica mi madre, afligida—. Lo siento, Kevin.

—No hacía falta que te molestaras en venir, Ari. Hablar con ella es como hablarle a la pared. —El pobre chiquillo suspira, cabizbajo—. Pero gracias por preocuparte por mí. También siento si mi madre os ha tratado mal en mi casa.

—Ay, es que me da pena que no le enseñes al mundo tu talento, y tú no tienes por qué disculparte por lo que haga tu madre. —Mi progenitora lo abraza, y me doy cuenta de que él se siente algo incómodo. Tras unos segundos, se separan—. Bueno, nos vamos ya a casa.

—Mañana te veo en el insti —le digo a Kevin, y le doy un beso en los labios; no me importa que esté mi señora madre delante—. Pero faltaré durante las primeras horas porque iré a pedir cita para eso.

—Vale. —Me acaricia la mejilla, sonriendo.

—Oh... Qué cuquis —oigo a mi madre.

Me río y le repito a Kevin la frase en francés que le he dicho en el insti.

—Lo mismo te digo, por si acaso —me contesta esbozando una sonrisa, y yo me río más.

—Guay. —Le regalo otro beso—. Adiós.

Mi madre se despide de Kevin con la mano y nos marchamos escaleras abajo, riéndonos como dos niñas traviesas. Ella ha sido la encargada de enseñarnos a hablar ese idioma a mis hermanos y a mí, porque es francesa por parte de mi abuelo materno.

No es nada malo lo que le he dicho a Kevin, pero me hace gracia la cara de mosqueo que pone.

\* \* \*

Una semana después de haber pedido cita para abortar y de haberme hecho las pruebas de ITS (los resultados han salido bien), me encuentro en la sala de espera de la clínica junto a mis padres, aguardando a que sea el momento para acabar con todo esto.

—Tranquila, princesita —me dice mi padre abrazándome, y me da un beso en la cabeza. Mi madre ha salido un momento para drogarse con nicotina porque está más nerviosa que yo—. Todo va a salir bien.

Los mellizos están en el colegio, Espléndida ha dejado a Leo júnior en la guardería y estará haciendo las tareas domésticas, y Alan y el Leo mayor se han ido a trabajar; estos últimos querían acompañarme, pero yo se lo he impedido porque no quiero que haya tanta gente pendiente de mí, que me agobio y me pongo más nerviosa.

Mis padres, al saber la noticia de que me había quedado embarazada, no se lo tomaron ni mal

ni bien y no los he decepcionado. Sin embargo, me repitieron mil veces si estaba segura de mi decisión de abortar; que si quería tener al bebé no había problema y que ellos me ayudarían a criarlo mientras yo estudiaba, pero les respondí que estaba completamente segura de que no deseaba ser madre, y me respetaron.

Los que no se lo han tomado nada bien han sido Borja y su madre. Él, mediante mensajes de WhatsApp porque no podía ir al instituto al estar expulsado, me ha intentado convencer con el mismo discursito de que volviéramos a estar juntos para cuidar de ese bebé, pero he terminado bloqueándolo. Por otro lado, su madre se ha presentado en el centro cada día, después de que su hijo le contara la noticia, y me ha repetido lo mismo que él y ha estado soltando que «la hija de la directora está dando un mal ejemplo a los demás adolescentes, queriendo asesinar a un ser indefenso, y que ahora todos mantendrán relaciones sexuales sin protección para usar el aborto como método anticonceptivo». Esa mujer se cree que tomar la decisión de interrumpir un embarazo es tan fácil como ir a comprar el pan. Además, nadie en el insti sabe lo mío (aparte de Gigi, Kevin, Jorge y el idiota), así que no sé de dónde se ha sacado la patraña de que estoy dando mal ejemplo.

Intento dejar de pensar y procuro relajarme, pero no soy capaz porque estoy inquieta. El tic del ojo no descansa ni un segundo y no paro de comerme las uñas cuando jamás he hecho esto último.

¿Y si algo sale mal en el proceso y me quedo en el sitio? Mis padres se quedarían destrozados si uno de sus cinco trogloditas se muere antes que ellos. Lo bueno es que visitaría a Borja desde el más allá y me lo cargaría, convertida en fantasma.

Joder, me parezco a Leo con estos pensamientos tan negativos.

Va a ir genial. Estoy en una clínica, un lugar seguro, con profesionales que saben hacer su trabajo.

Mi móvil vibra en mi otra mano y me separo de mi padre para leer el mensaje que me acaba de enviar Kevin.

Caraculo: «No sé qué decir en este momento tan difícil. Sólo puedo darte ánimos. Eres una tía increíble; ya verás como todo sale de maravilla. Te odio, Hann»

Me manda el emoji de un corazón y sonrío.

Yo: «Gracias, Kevin. Eres genial. Ah, y yo también te odio»

De pronto, me percató de que la cara de mi padre está demasiado cerca de la mía, así que adivino que está husmeando mi conversación y escondo el móvil con rapidez.

—¡Papá, eres un cotilla! —grito, y las miradas de los demás pacientes se concentran en nosotros.

Espero que nadie se haya dado cuenta de la presencia de mi padre por mi culpa. Para pasar «desapercibido» se ha tenido que poner su gorra que se compró en los chinos, de la marca «Naik»; se ha vestido con un traje negro superelegante; lleva unas gafas de sol para tapar su mirada; y la guinda de su atuendo es una larga barba blanca y postiza, que la usa para disfrazarse de Papá Noel en Navidad. Llama muchísimo la atención y la gente no para de observarlo como si fuera un chalado. Es mejor que piensen que está loco a que descubran que es el famoso Álvaro Buenorro, así no se acercan a él. Mi padre adora a sus admiradores, pero hoy no le apetece que lo molesten porque no quiere separarse de mí ni un segundo.

—¿Por qué no le dices que lo quieres en vez de que lo odias? —me pregunta.

—Porque no soy una moñas y no me salen esas palabras.

—A mí me las dices.

—Pero no es lo mismo. Tú eres mi padre y él es... —Hago una pausa, pensando muy bien mi respuesta—. Algo.

—Ahhh... O sea, que tu Caraculo es algo. —Se le escapa una carcajada y yo pongo los ojos en blanco; mi madre regresa a la sala de espera tras su dosis de nicotina, también con gafas de sol.

—Hannah, puedes pasar —me informa una enfermera muy sonriente, que ha aparecido de la nada.

Respiro hondo y me levanto de la silla, con mi ojo palpitando con tanta fuerza que creo que se quiere escapar de su cuenca. Poso la vista en mis padres, que me tranquilizan con sus miradas (se han quitado sus gafas de sol durante un instante) y me abrazan.

Vamos allá.

# Capítulo 24

## Kevin

No hago otra cosa más que mirar el móvil a escondidas, en clase, por si Hannah da señales de vida. Ha respondido a mi mensaje hace hora y media, y estoy nervioso por si algo ha salido mal.

Cuando llega la hora del recreo, me toca ir al baño de tíos para venderles mierda a algunos drogatas del insti y, mientras espero al primero, rebusco por las puertas de los habitáculos el nombre de Hannah con insultos, pero esta vez han puesto una demasiado cruel:

«Hannah es una asesina de bebés».

Y también le siguen las mismas frases de siempre: «Hannah putana» y «Hannah comebananas».

Cojo un rotulador de mi mochila y me encargo de tacharlo todo, antes de que Hannah lo vea.

¿Quién estará escribiendo todo esto de ella? Del insti sólo saben lo del embarazo Gigi y Borjamari, y dudo mucho que este último pierda el tiempo en estas estupideces; también se ha enterado Jorge, pero él no es de esta clase de personas.

Una vez que les vendo a mis clientes lo que quieren (uno de ellos era Borja, que hoy se reincorporaba tras su expulsión), el timbre que da por finalizado el recreo suena y abandono el servicio. Por el pasillo, me encuentro a Ari, que acaba de llegar de la clínica, e interrumpo su camino.

—Hola, Ari. —Le sonrío, pero se ve a mil leguas que estoy inquieto—. ¿Qué tal está Hannah?

—Está bien; ha salido todo estupendamente. Mi marido la ha llevado a casa para que descanse.

—Me alegro de que haya salido bien. —Del bolsillo pequeño de mi mochila saco una piruleta con forma de corazón y se la tiendo—. ¿Le puedes dar esto cuando vuelvas a tu casa?

Ari se queda mirando la piruleta y después alza sus ojos hacia mí.

—¿Y por qué no se la das tú esta tarde? Ven a hacerle una visita y le preguntas cómo está, si quieres. —Me apunta con su dedo índice, en señal de advertencia—. Pero nada de sexo, que todavía tiene que curarse y va a estar malita algunas semanas.

No puedo evitar soltar una carcajada y me pongo colorado.

—Vale, te lo prometo. Nada de sexo con Hannah.

Se me hace bastante extraño hablar con esta mujer sobre mantener relaciones sexuales con su hija.

—Ni con nadie, eh, que soy capaz de cortarte las bolas para dárselas de comer a mi gato Patata como le pongas los cuernos a mi niña y le rompas el corazón.

Mi rostro se torna serio al oír eso.

—Ni con Hannah ni con nadie. Te lo prometo —le respondo con sinceridad—. Jamás le haría daño. La quiero mucho.

Parece mentira que le haya soltado a esta mujer que quiero a Hannah antes de habérselo confesado a la propia pelirroja.

—Oh... —La expresión amenazante de mamá osa se convierte en ternura—. Me dan igual las

palabras bonitas; debo meterte miedo como madre sobreprotectora.

Me vuelvo a reír.

—Te entiendo, no te preocupes.

Yo creo que haría lo mismo con las parejas de mi hermana cuando las tuviera... O con las de mis hijos, si algún día decido tener.

—Me voy, que tengo que dar una clase. Te veo esta tarde en casa. —Ari me tira del moflete y desaparece de mi vista.

Yo estoy deseando que llegue esta tarde para asegurarme de que Hannah está bien y poder abrazarla.

\* \* \*

Cuando llego a la casa de Hannah, saludo a toda su familia (el peque Aitor ya me tolera un poco más, pero Mimi sigue mirándome con odio) y Ari me da permiso para subir a la habitación de su hija, informándome de que tenga cuidado porque está un poco alterada, así que es lo que hago.

Doy un par de golpes en su puerta y espero un momento a que me abra.

—¡He dicho que me dejéis en paz! —grita desde dentro, y yo me sobresalto.

Intento abrir, sujetando el pomo, pero parece que Hannah ha echado el cerrojo para que no la moleste nadie.

—Tontaina, soy yo —consigo decirle.

Tengo miedo de que abra de pronto y me eche de su casa a patadas, porque no tengo ni idea de cómo le habrá afectado lo que ha pasado hoy. Sin embargo, oigo que retira el pestillo y, segundos después, su voz amortiguada:

—Pasa.

Trago saliva, respiro con profundidad y abro. Asomo la cabeza y me la encuentro tumbada en su cama, tapada con las sábanas, con su mirada puesta en mí y acompañada de sus dos gatos y de la perra. Cuando entro, cierro, volviendo a echar el pestillo, y me siento a su lado, en el filo del colchón, porque hay demasiados seres vivos ocupándolo todo.

Moon me gruñe con sus orejitas agachadas, defendiendo a Hannah como una verdadera abuela; Patata ni se inmuta porque está durmiendo en una postura parecida a como si le hubiesen disparado; y Dora camina hacia mí con la lengua sacada, que me la pasa por la mejilla, casi aplastándome con su cuerpo gigante, y yo hago una mueca de asco por su regalo lleno de babas.

—Perdona por gritarte —Hannah empieza a hablar, sin mirarme—. Es que mis hermanos no paran de molestarme desde que han llegado del colegio y no me dejan tranquila ni un segundo, a pesar de que mis padres les hayan regañado.

—Están preocupados por ti; es normal.

—Pero no entienden que hoy necesito estar sola. —Suelta un bufido y se tapa con las mantas hasta la cabeza.

—A mí me has dejado pasar.

—Es que tú no eres un pesado —me dice, y se descubre la cara—. Además, tenía ganas de verte. Mi madre me ha dicho que ibas a venir a visitarme.

Esbozo una encantadora sonrisa.

Ese «tenía ganas de verte» ha sonado demasiado sincero para venir de esta chica.

—Quería venir para traerte una cosa. —Me saco la piruleta con forma de corazón del bolsillo de mis vaqueros y se la tiendo—. Toma.

Hannah me devuelve la sonrisa.

—Gracias, Kev.

No me creo que ni siquiera sospeche que soy yo el chico que le cuela por arte de magia en la mochila las piruletas y los Chupa Chups. En su cumpleaños le regalé una caja entera; eso era una pista suficiente para adivinarlo. Con lo lista que es, y esto se le está escapando... O quizá ya lo sabe y se está haciendo la tonta, que no me extrañaría.

—Como has faltado hoy al insti, tu admirador o admiradora me ha pedido que te la diera —me burlo, y acerco una mano a su cabeza para acariciarle el cabello.

—Ah, ¿sí? —Alza la mirada hacia mí y enarca una ceja—. ¿Y quién es?

—No lo he visto —miento—. Ha colado la piruleta en mi mochila sin que me diera cuenta y he supuesto que lo ha hecho para que te la diera a ti. O eso, o que yo también le molo y quiere hacer un trío con nosotros.

—Ya. —Se muerde el labio—. ¿Y no te pones celoso de que alguien desconocido me regale piruletas?

—¿Debería? —Me echo a reír.

—No sé, tú sabrás.

—No soy una persona celosa.

—Entonces, eres un buen partido: feo, Caraculo, gracioso y nada celoso.

—Y, además, pillado hasta las trancas de ti.

Hannah, sin borrar su sonrisa, se hace a un lado, con cuidado para no molestar a los animales, y levanta las sábanas para que me tumbe junto a ella. Después, me quito mis zapatillas de deporte, que están hechas un desastre y algún día se me romperán en mitad de la calle y acabaré andando descalzo, pero no quiero derrochar el dinero en comprarme unas nuevas.

—Ay, no, ahora va a apestar toda la habitación a queso podrido —se queja Hannah tapándose la nariz—. Córtate los pies y tíralos por la ventana junto a esas zapatillas, porfa.

Suelto una carcajada.

—No seas exagerada. No me huelen tan mal.

Se vuelve a tapar con las mantas, pero esta vez cubriéndose hasta su nariz para no respirar aroma a queso.

—¡Voy a vomitar! —exclama, y yo me cuelo en su cama, de lado y debajo de las mantas, para mirarla.

—Algún día te pediré que me chupes los pies. Me parece una escena muy erótica.

Ella finge una arcada.

—Antes me como una de las cacas de mi perra.

A veces es muy bruta hablando, pero me encanta.

—Yo te chuparía los pies sin pensármelo —contraataco, ofendido.

—Es que los míos huelen a islas paradisíacas. No los compares con los tuyos, que parece que se los has robado a un cadáver descomponiéndose.

Me vuelvo a reír y me acurruco junto a ella, pasando un brazo por detrás de su cuello y sin que haya ningún centímetro libre entre nosotros. Luego, acerco mis labios a su oído y le susurro las palabras mágicas:

—Te quiero, Hannah.

La aludida permanece quieta y callada durante un buen rato, procesando esas palabras con la vista clavada en las mariposas de su techo, y mi corazón comienza a latir con fuerza, aguardando su respuesta.

—Yo quiero una autocaravana —rompe el silencio, por fin, y yo me quedo flipando.

—¿Para qué?

—Para vivir en plan hippie con mi pequeño sueldo de *influencer* de Instagram y viajar a donde me apetezca, sin pagarle el alquiler a nadie ni trabajar en un curro que odie, como el resto de los mortales. —Gira su cabeza hacia mí—. ¿Te apuntas? Podríamos hacer paradas en algunos sitios para que vendieras tus dibujos.

Esta tía se ha vuelto loca de remate. Nadie puede vivir de esa manera tan perfecta, si no, todo el mundo lo haría.

—Suenan bien, pero me parece una idea poco realista.

Se encoge de hombros, sonriendo.

—Bueno, tendré que probar esa aventura yo sola. Cuando tenga la autocaravana, claro. ¿Crees que mis padres me la querrán comprar? Ni siquiera me han regalado una moto, y eso que Alan les ha pedido que me la compren, porque a él le hacen caso siempre.

—Si se la pides, seguro que te la compran.

Hannah se abraza a mi pecho y recuesta la cabeza sobre mi tripa.

—¿Quieres contarme cómo ha ido hoy? —le propongo acariciando su pelo.

Sé que está deseando soltar todo lo que ocurre en su interior. La conozco.

—Ha sido un momento horrible —comienza a hablar dibujando circulitos con el dedo en mi barriga—. Ha durado unos minutos, pero se me han hecho eternos. Aunque la doctora y la enfermera me han tratado genial, me he sentido como una mierda. Tenía mucho miedo por si algo se complicaba y me ha dado el impulso de huir, pero he aguantado el tipo. Lo peor es que ahora me siento como si hubiera hecho algo malo e ilícito, y pienso que soy una especie de psicópata asesina.

—No eres ninguna psicópata asesina; sólo no era el momento. Es peor tener hijos sin haberlos deseado, ser una mala madre con ellos y estar maltratándolos constantemente.

Una madre como la mía.

Nos quedamos en silencio ante las confesiones que acabamos de soltar.

—Llevas razón —comenta Hannah.

—¿Te arrepientes?

—No —me responde sin dudar mientras continúa dibujando circulitos en mi tripa—. No quiero tener hijos, ni ahora ni nunca. Pero bueno, dejemos este tema aparcado, que ya ha pasado. Centrémonos en el presente. ¿Has entregado nuestro trabajo de Lengua?

—Sí. Seguro que la profe nos pone un diez, ya verás.

Como ella tenía que ir a la clínica y hoy era el último día para darle a la profe el trabajo, me he encargado yo de entregarlo. Durante la semana anterior, Hannah y yo nos hemos dedicado a terminarlo; ella, sobre todo, para mantener la mente ocupada y no pensar en lo que le esperaba hoy.

Levanta la cabeza de mi estómago y la acomoda en la almohada, de lado.

—¿Vas a hacer la selectividad? —se interesa.

—Todavía no lo sé.

Las pruebas son a mediados de junio y me sé más o menos el temario, porque lo hemos estado dando a lo largo de segundo de Bachillerato, con los pesados de los profesores repitiendo una y otra vez «esto cayó un año en el examen de selectividad de tal asignatura», «la selectividad está a la vuelta de la esquina, así que debéis esforzaros porque, en la universidad, a los profesores no les vais a importar y no van a ser tan blandos con vosotros como en el instituto» o «selectividad,

selectividad y más selectividad».

Tengo pesadillas con la selectividad.

—Hazla, no pierdes nada y te puede servir si decides matricularte en Bellas Artes. Si quieres, te dejo el dinero para que puedas pagar las pruebas; ya me lo devolverás.

Como todo en la vida, la selectividad no es gratis y hay que pagar cada examen. Si suspendo y la vuelvo a hacer en septiembre, me tocaría dar pasta otra vez... Y encima debo pagar también por el título de Bachillerato. La vida de adulto y estudiante es un robo a mano armada.

—No hace falta —le respondo, porque no me gusta que nadie me deje dinero y me traten con lástima—. Tengo pasta ahorrada gracias a las drogas.

Además, he tomado la decisión de no darle a mi madre ni un euro más porque no me fío. No quiero que lo vuelva a derrochar en sus cervecitas con su noviete, en las tragaperras y en tonterías, como la tele gigante con inteligencia artificial que compraron (yo no sé para qué necesitan eso), que les costó más de dos mil euros, porque vi el ticket en el bolso de mi madre cuando se lo registré mientras se duchaba, para asegurarme de que no se la habían regalado unos amigos y de que me habían mentido.

Por otro lado, si decido estudiar y sigo trabajando como hasta ahora y con suerte para que no me pille la poli, quizá pueda pagarme hasta la matrícula de la universidad. Ahora, Maca, Sebas y un par de personas más nos estamos atreviendo a vender (aparte de marihuana y cocaína) heroína, hachís, éxtasis y anfetaminas. De todo un poco, pero no me importa, siempre y cuando no termine en el trullo. Hannah sólo sabe que vendo marihuana y no pienso contarle lo demás, y mucho menos que su amigo Sebas es uno de mis jefes, porque no le parecería nada bien e iría a cantarle las cuarenta.

—¿Por qué no dejas eso y te buscas un curro normal? —me pide mirándome a los ojos, con la expresión llena de preocupación.

—Un curro normal, ganando una mierda al mes sin que me paguen las horas extras y siendo explotado, ¿no?

—Por lo menos no acabarías en la cárcel —susurra—. Piensa en tu hermana. ¿Qué haría sin ti, que eres el único que se preocupa por ella?

En realidad, lleva razón... Pero para sacar a Rebeca de ese barrio y de las manos de mi madre, tengo que cumplir los dieciocho y muchísimo dinero ahorrado para darle de todo.

—Estoy siendo cuidadoso —le contesto en voz bajita, por si hay algún hermano suyo espiando tras la puerta (que no me extrañaría, sobre todo si es Mimi)—. No me van a pillar. —Le acaricio la mejilla—. Confía en mí, ¿vale?

Hannah suelta un suspiro.

—Está bien, Kevin. —Me sonrío y luego decide cambiar de tema—: Vamos a ver algo en Netflix. ¿Puedes levantarte y traer mi portátil, que está encima del escritorio? —Me hace pucheritos—. Yo no puedo; estoy malita.

Le devuelvo la sonrisa, le planto un beso en los labios y hago lo que me pide. Cuando regreso a la cama, coloco el ordenador a nuestros pies y me encargo de elegir algo.

—Ni se te ocurra poner nada donde salgan críos —me advierte.

—¿Qué te parece *La casa de papel*? Sólo hay adultos.

—¡No, ya la he visto! —exclama—. ¡Además, salen niños y embarazos!

Busco otra de inmediato.

—¿*Los 100*? Parece que no hay críos.

—Esa no sé de qué va, pero ponla. Si sale algo que no me gusta, la quitas.

—¿Ese síntoma de odiar a los niños te va a durar mucho?

—Ni idea.

Pongo el primer capítulo de *Los 100* y me vuelvo a acurrucar junto a Hannah.

—Por cierto, ¿no vas a ir hoy a echarles de comer a los animales? Puedo ir yo cuando me marche de aquí.

—Le he pedido a Gigi que fuera por mí —me responde recostando su cabeza en el hueco de mi cuello—. Pero gracias por preocuparte.

El resto de la tarde la ocupamos viendo la serie, y Hannah aprovecha el momento para zamparse la piruleta que le he traído.

\* \* \*

Tras acabar el instituto al día siguiente, doy señales de vida en mi casa, ya que ayer se me hizo tarde en la de Hannah y me pidió que me quedara a dormir. Sin embargo, mi madre, en cuanto oye que he llegado con Rebeca, se planta en el pasillo con los brazos cruzados.

—¿Dónde has estado toda la noche, inútil?

Esto es increíble. ¿Ahora finge que se preocupa por mí?

—Me he quedado a dormir en la casa de mi novia.

«De mi novia». Me río para mis adentros al escucharme pronunciar esas tres palabras.

—Ajá. —Mi madre continúa en la misma posición y Rebeca permanece callada, a mi lado—. ¿Y dónde está tu sueldo? ¡Hace días que no me das ni un duro! ¿Cómo quieres que pague las cosas?

«En mi mochila, a salvo de tus sucias manos», pienso, pero no se lo digo.

—No me han pagado —miento con voz temblorosa, pero intento parecer todo lo sincero que puedo.

—Estás mintiendo, niñato. Dame tu mochila. —Me tiende la mano y yo me quedo quieto—. Vamos, dámela.

Si se la doy, es capaz de robarme todo el dinero y la droga que tengo que vender esta tarde.

—No puedes registrar sus cosas —interviene Rebeca en mi defensa—. Existe algo que se llama «privacidad».

Mi madre ladea la cabeza hacia mi hermana con el odio y la ira surcando por cada poro de su piel.

—Tú te callas, mocosa. —Y le cruza la cara mediante una bofetada.

—Pero ¿qué haces? —le espeto a mi madre, y la empujo, alejándola de Rebeca y encarándome con ella—. ¿Por qué le has pegado? Mi hermana no tiene la culpa de nada.

Rebeca se esconde corriendo en nuestra habitación, asustada y a punto de echarse a llorar.

Nunca he sido violento con mi madre, pero ella conmigo sí; hoy se me han cruzado los cables porque le ha hecho daño a mi hermana.

—¡Héctor, ven! —llama al parásito mirándome con una sonrisa que da miedo.

Respiro de manera agitada, inquieto, porque necesito entrar en el dormitorio para saber cómo está Rebeca.

Héctor aparece en el pasillo, apestando a tabaco y a cerveza, y mi madre le ordena que me eche de casa.

—¿Otra vez? ¿En serio? —inquiero, incrédulo y con los ojos clavados en ella mientras el parásito me empuja hacia el rellano, intentando quitarme la mochila, pero no se lo permito—.

Déjame llevarme a Rebeca, por lo menos.

—Mi madre me contempla con rencor.

—Si no me das dinero, no te mereces vivir bajo mi techo ni ver a tu hermana. ¡Esta es mi casa y mando yo! ¡Vete con la zorra esa con el pelo de zanahoria, que te importa más que tu propia familia!

Héctor me empuja tan fuerte que consigue tirarme al suelo del rellano, y después cierra la puerta del pisucho con un sonoro portazo. Oigo los gritos de mi madre, diciéndole que es otro inútil por no haber sido capaz de quitarme la mochila, y me levanto de un salto para aporrear la madera.

—¡Estás loca, maldita ludópata y alcohólica! —bramo—. ¡Pienso llamar a Servicios Sociales para que te quiten la custodia de Rebeca y me la den a mí!

Cuando me doy la vuelta para irme, me percató de que una vecina, de unos setenta años y que vive en el piso contiguo, ha salido para cotillear; se recoloca su bata, negando con la cabeza y mirándome con indignación.

—Esta gentuza siempre igual... —comenta.

—Ya lo sé, señora. Es el pan de cada día —le respondo encogiéndome de hombros y fingiendo una sonrisa—. Buenas tardes. —Y me largo del edificio para comer cualquier cosa en el parque de abajo, antes de reanudar mi trabajo de camello y pensar en dónde voy a pasar las siguientes noches.

Mis opciones son volver a robar las llaves del gimnasio del insti, el apartamento de Alan y Leo o la casa de Hannah, pero tampoco quiero ser una molestia temporal para ninguno de ellos.

# Capítulo 25

## Hannah

Llego a casa sobre las nueve de la noche tras haber estado todo el día ocupada, estudiando en la biblio con Gigi. Tengo muchas ganas de ponerme mi pijama y tirarme en mi cama para escribir mis mil palabritas diarias y continuar con el libro que me estoy leyendo. Por otro lado, esta mañana, en el insti, Borja me ha gritado «asesina» en cuanto me ha visto en la entrada principal, delante de algunos alumnos, y Kevin casi le pega un puñetazo, aunque yo se lo he impedido, diciéndole que no merecía la pena. De todas formas, eso no es todo lo que me ha pasado hoy porque, en el baño de tíos, los insultos han cambiado y ahora alguien escribe que soy una «matabebés»; los he tachado todos y me muero de la curiosidad por saber quién es el autor. Sospecho de Borja, aunque, siendo sincera, tampoco me importa lo que diga de mí y no me pienso calentar la cabeza por unas pintadas de un niño con la mentalidad de una ameba. Allá él con su vida tan triste y vacía.

Ceno con mi familia en la cocina, haciendo el tonto con mis hermanos, y mi tía Mel nos cuenta que ha encontrado un piso bastante mono por el centro de la ciudad, con tres habitaciones, y que el lunes se mudará.

—¿Para qué quieres tantas habitaciones, Buenorra? —le pregunta mi padre.

—En una voy a dormir, en otra pienso lanzar platos contra la pared cuando esté nerviosa o enfadada, y la última me servirá de trastero, porque no veas la cantidad de mierda que tengo almacenada en la casa de mi exparienta.

Bueno, puede permitírselo, porque gana mucha pasta como fotógrafa y es la fundadora (junto con mi tía Tania) de la aplicación de ligues *Tu naranja te espera*. Yo me hice una cuenta cuando tenía quince años, pero me la borré porque sólo había salidos.

—¿No vas a volver con la tía Tania? —me intereso.

—No. —Mel me mira—. Que venga ella a Madrid si me quiere; yo no pienso ir a Málaga. Las dos somos bastante orgullosas.

—Pues a mí me encantaba la pareja que hacíais —comenta Mimi.

Mi hermanito Aitor se levanta de su silla y se sienta sobre el regazo de mi tía.

—¿Estás triste?

—Yo nunca estoy triste, Aitormenta —le contesta ella.

—¿Cómo va a estar mal si nos liamos a escondidas de vuestro padre? —interviene mi madre con sorna—. Hemos planeado fugarnos juntas.

—Ja, ja, ja —mi padre se ríe con ironía.

—Si ya sabíamos todos que te van más las tías que los tíos, mamá —le digo en tono burlón.

—Y a papá, los hombretones —suelta Mimi—. No veas los ojitos que le pone al tío Chris.

Mi tío Chris es el otro padre de Niko.

Me echo a reír y choco mi mano con la de mi hermana. Nuestro padre nos mira, ofendido y

murmurando «estas niñas no respetan a los mayores», y nosotras nos desternillamos más porque hemos herido su masculinidad frágil.

Cuando terminamos de cenar, todos recogemos nuestros cubiertos sucios de la mesa y los colocamos en el lavavajillas. Después, subo a mi habitación tras este día tan agotador y me tiro en la cama con el portátil. Sin embargo, mi madre me interrumpe para charlar conmigo sobre mi futuro, un tema que llevo posponiendo desde hace mucho tiempo y que aún no hemos mencionado.

—¿Qué vas a hacer cuando termines el instituto? —me pregunta sentándose a mi lado—. Ya mismo están aquí tu graduación y la selectividad.

Cierro la tapa del portátil, soltando un suspiro.

—No lo sé, mamá, pero estoy segura de que no quiero estudiar.

Mi madre me mira, escandalizada.

—¿Cómo que no vas a estudiar nada? Tienes que convertirte en alguien de provecho.

—Para ser alguien de provecho no hace falta estudiar una carrera —replico—. Mira a papá.

—Bueno, es que tu padre se ha esforzado en el mundillo de la música porque era su sueño desde muy pequeño. ¿A qué te quieres dedicar tú? Si no te apetece matricularte en una carrera, apúntate a algún ciclo formativo o a un curso que te guste.

Mi padre aparece en mi dormitorio; imagino que para el mismo motivo por el que ha venido mi madre, y se sienta a mi otro lado, quedando yo en medio de los dos.

—¿Qué hacéis aquí reunidas? —quiere saber moviendo las cejas de arriba abajo—. Yo también tengo derecho a enterarme de los cotilleos.

—Que tu hija dice que no quiere estudiar nada —le responde mi madre, indignada por mi decisión—. Dile algo, Álvaro Aitor.

Mi padre me mira.

—A ver, Hannah Montana, cuéntanos tus planes de futuro.

Los dos son comprensivos, pero este hombre seguro que apoya mi decisión tan marciana.

—Mis planes de futuro son pillar una autocaravana y vivir la vida como *influencer* de Instagram. He llegado ya a los treinta mil seguidores, y cada vez las marcas están contactando más conmigo —confieso, y escucho a mi madre reírse por lo bajo—. No quiero un trabajo aburrido en el que tenga que madrugar de lunes a viernes por un sueldo de mierda.

—¿Quieres vivir como una hippie? —Mi padre enarca una ceja.

—Algo así, papá. —Ladeo la cabeza hacia mi madre, que continúa riéndose—. Y tú deja de descojonarte. Estoy hablando en serio. Deberías apoyarme y no parecerte tanto a la abuela sargento.

—La genética es muy poderosa, cariño. —Mi padre me rodea con sus brazos y me da un beso en la frente—. Tú haz lo que quieras.

—Vamos a pensar con las neuronas despiertas y seamos realistas —interviene mi madre, que posa sus ojos en mí—. Te gustan muchas cosas, así que puedes elegir algo relacionado con los animales, la escritura, la literatura, la fotografía, el maquillaje, la moda, el kárate, el marketing... Tienes un sinnfin de opciones. Estudias algo de todo eso y, cuando acabes y tengas un título, haces lo que quieras con el plan de la autocaravana.

—Es que ese es el problema. No quiero elegir; lo necesito todo para no aburrirme si me canso de alguno. Con mi cuenta de Instagram puedo abarcarlo todo. ¿Me entendéis?

—Sí —contesta mi padre.

—No —suelta mi madre.

Mi progenitor y yo la miramos.

—Mamá, no seas controladora, por favor.

—Es que no puedes abandonar tu educación, que es algo que mucha gente mataría por tener y nosotros podemos ofrecértelo. Mira Kevin, que está deseando seguir estudiando y no tiene ni los medios ni el apoyo para hacerlo.

—Pues págale la carrera a él y adóptalo, que seguro que te lo agradece. A mí qué me cuentas; todos no somos iguales.

—Para conducir un vehículo de esos tendrás que sacarte el carnet, ¿no? El de la moto no sirve —me dice mi padre—. Te lo podemos pagar y, cuando lo tengas, te regalamos la autocaravana.

Sabía que este señor me iba a entender.

—¿En serio, Álvaro? —le espeta mi madre—. ¿Prefieres que tu hija se dedique a ser una nómada sin estudiar nada? —Se levanta de la cama y nos señala con el dedo índice—. ¡Habéis perdido la olla! —Y se marcha de mi habitación, enfadada, para meterse en el cuerpo su dosis de nicotina nocturna.

Mi padre y yo ponemos los ojos en blanco al mismo tiempo por esa sargento.

—Entonces, ¿apoyas mi idea? —le pregunto, ilusionada, y él no tiene intención de dejar de abrazarme.

Desde que Alan se independizó, este hombre se ha vuelto más pegajoso con nosotros.

—A mis trogloditas siempre los voy a apoyar en todo, aunque me digáis que queréis ir a Marte en cohete para buscar extraterrestres.

Me echo a reír.

—Te quiero, papá. Eres el mejor.

—Lo sé, lo sé —me responde, nada modesto.

La vibración de mi móvil sobre mi cama nos interrumpe y yo lo cojo. Kevin me acaba de enviar un mensaje.

Caraculo: «Sal un momento. Tengo que hablar contigo»

Le echo un vistazo a la hora: las diez y media. Qué raro que haya venido tan tarde y qué serias me han parecido esas palabras.

—¿Qué querrá el Caraculo? —quiere saber mi padre, fisgoneando mi conversación de nuevo—. Ese «tengo que hablar contigo» da qué pensar.

—Ay, deja de ser tan cotilla. —Me levanto de la cama—. Voy a bajar a ver qué quiere.

—Si necesitas refuerzos para que alguien te ayude a cortarle la Kevinconda, no dudes en contar conmigo.

—Cierra el pico, papá.

Cuando bajo por las escaleras, salgo por el jardín y me encamino hacia la cancela principal. Me reúno con Kevin fuera, lejos de los ojos de los chismosos de mi familia, y lo saludo con un tierno beso en los labios. Luego, intento adivinar la expresión de su rostro y sólo veo seriedad.

—¿A qué has venido? —inquiero contemplando sus ojos, que lucen un tono verde apagado—. ¿Ha ocurrido algo?

—Mi madre me ha vuelto a echar de casa.

Al oír eso, mi rabia aumenta hacia esa mujer y sólo tengo ganas de coger el primer bus y plantarme en su casa para lanzarle una reprimenda por tratar tan mal a su hijo.

—¿Cuál ha sido el motivo esta vez?

—No le he querido dar más dinero, porque siempre lo gasta en gilipolleces que no necesitamos. Además, se le han cruzado los cables y le ha pegado un bofetón a Rebeca, que se ha puesto a llorar y se ha encerrado en nuestra habitación. —Suelta un suspiro, exasperado, y yo me

mantengo en silencio, escuchándolo con atención—. Esa mujer no me ha dejado que la consolara y ha llamado a su chulo para que me echara de casa y me robara la mochila, que es donde tengo guardado todo el dinero; esto último no se lo he permitido. Si vuelvo a esa pocilga, será para llevarme a Rebeca conmigo, lejos de esos dos.

Se me rompe el corazón con todo lo que me cuenta. No es nada justo que una madre trate de esa manera a sus hijos.

Rodeo con los brazos a Kevin.

—Siento mucho todo lo que ha pasado —es lo único que puedo decirle, y me separo de él para volver a mirarlo a la cara—. ¿Por qué no llamas a Servicios Sociales? Esa mujer no debería estar a cargo de dos menores de edad.

—Esa opción no es mejor que la de aguantarla. Nos meterían en un centro de menores hasta que yo cumpliera los dieciocho. Prefiero esperar a septiembre y solicitar la custodia de mi hermana.

Me vuelvo a abrazar a él.

—Es una gran putada todo esto que estás viviendo.

—Por lo menos te tengo a ti; eso lo hace más llevadero —murmura, y se abraza más fuerte a mí—. ¿Les puedes preguntar a tus padres si me dejan quedarme en tu casa hasta que encuentre otro sitio? Pero no menciones que mi madre me ha echado; díles que sólo hemos discutido.

—Claro. No tienes que pedirlo porque no les importará.

Nos separamos un poco, y Kevin posa sus manos en mi rostro, sonriéndome con tristeza.

—Gracias, Ham.

Entramos en mi casa por el jardín y nos encontramos a mis padres en el sofá junto a mi tía Mel; todos saludan al recién llegado, y yo les pregunto si se puede quedar en casa hasta que encuentre otro lugar donde vivir porque ha vuelto a discutir con su madre y no tiene pensado regresar a su piso, a lo que todos responden que no hay problema.

—Si quieres, te adopto yo en mi pisito de soltera —interviene mi tía Mel desde el sofá, zampándose una tarrina de helado de chocolate, mientras Kevin y yo permanecemos de pie—. Sólo si compartimos gastos, si te encargas de las tareas domésticas, si no armas jaleo ni fiestecitas de adolescentes llenos de hormonas, que una ya tiene una edad, y si duermes en el sofá, porque las demás habitaciones son para mí.

—Tú lo que quieres es un esclavo —le respondo.

—Pues sí, la verdad.

—Acepto la propuesta —suelta Kevin mirando a mi tía, y yo giro mi cabeza hacia él, observándolo de hito en hito—. Trabajo algunas tardes y fines de semana en una cafetería que abrieron nueva hace unos meses, así que por el dinero no te preocupes.

Qué mentirosillo el camellito con carita de niño bueno. Como mi tía se entere de su curro de verdad, es capaz de requisarle la marihuana para fumársela ella y echarlo a patadas de su «pisito de soltera» porque no le gustan los líos ilegales.

—Pues ya está. Solucionado. —Mel se lleva una cucharada de helado a la boca y continúa hablando—: Espero que sepas cocinar, si no, aprendes con algún libro de recetas o tutoriales de Internet. El lunes nos mudamos.

—No me puedo creer que te conviertas en madre de un adolescente a los cuarenta y...

Mi tía Mel le lanza la cuchara a la cabeza a mi padre, antes de que acabe de desvelar su edad real, y mi madre le regala una colleja.

Me paso una mano por la frente, avergonzada por esta familia tan loca.

—Nosotros nos vamos a dormir ya —les informo a los tres—. Hasta mañana. —Y subo a mi

cuarto, entrelazando mi mano con la de Kevin y huyendo de esos chalados.

Tengo la sensación de que mi tía hablaba de broma, pero nunca se sabe.

Le pregunto a Kevin si ha cenado algo, y me responde que se ha comprado un menú infantil en el McDonald's, donde le ha tocado como regalo una figurita de Pikachu, que piensa regalársela al peque Aitor. Después, me sumerjo en mi portátil para escribir, aunque sea, veinte palabras, y él ocupa el tiempo en jugar a un juego en su móvil, antes de que nos vayamos a dormir.

\* \* \*

—¿Me invitarás a tu nueva casita algún día? —le pregunto a Kevin el lunes, a la hora del recreo, abrazada a su cuello y mirándolo.

—No necesitas ninguna invitación para venir.

Se ha quedado todo el fin de semana en mi casa y hoy se instala en su nuevo apartamento con mi tía Mel. Obviamente, no va a dormir en el sofá, porque ella estaba de broma, y va a tener su propia habitación, aunque le gustaría que su hermana viviera con él, pero su madre no lo va a permitir. En cuanto al tema de vender drogas, le he pedido, por favor, que lo deje y que se busque un trabajo legal, aunque gane menos pasta, antes de que lo descubra la poli, pero no quiere hacerme caso y estoy preocupada.

Borja pasa por nuestro lado y le golpea con el hombro a Kevin en el brazo a propósito, con cara de estar chupando un limón.

—Oye, ten más cuidado, Borjamari —le espeta mi acompañante.

El idiota nos dedica una mirada de odio (sobre todo a mí) y desaparece de nuestro campo de visión.

Ese tío no está más tarado porque no entrena. Menos mal que a los de segundo de Bachillerato nos queda sólo una semana de clase, así consigo perderlo de vista, aunque me toque toparme con él en el día de la graduación.

Y pensando en la graduación... No sé si Kevin tendrá traje.

—¿Vas a ir a nuestra graduación? —le pregunto, y él hace una mueca.

—¿Para qué? No tengo familiares que me aplaudan ni que me den la enhorabuena; tampoco tengo traje y llamaría muchísimo la atención si me presento con ropa de calle, así que paso de ir.

Me da un vuelco el corazón porque yo quería pasar ese día tan importante junto a él y mis amigos.

—Me tendrás a mí —le respondo frunciendo los labios—. Mi familia también te aplaudiría. Por el traje no te preocupes, que seguro que pensamos en algo. —Me quedo un momento perdida en mis pensamientos—. ¿Qué tal el que usaste para la graduación de cuarto de la ESO? Sólo han pasado dos años.

—¿El de cuarto de la ESO? —Enarca las cejas—. He crecido un montón desde entonces. Antes estaba muy flacucho con cuerpo de crío; ahora he cambiado. Es imposible que ese traje me quede bien.

—Tienes razón. —Esbozo una sonrisa divertida—. Ya eres todo un hombretón.

—Pues eso... —Me devuelve la sonrisa—. Como no vaya con los calzoncillos de unicornios que me regaló tu hermano...

Se me escapa una carcajada.

—Estarías guapo y le alegrarías el día a más de uno y a más de una.

—Eso sí.

Cuando el recreo finaliza y nos metemos en el edificio, con la intención de entrar en la próxima clase, mi madre nos interrumpe en el pasillo.

¿Qué querrá esta señora ahora? No me deja en paz ni un segundo, por Dios.

—Hannah, ¿puedes venir un momento a mi despacho? Tengo que hablar contigo.

—¿Y no puede ser en otra ocasión? —Suspiro—. Tengo clase, y dentro de dos horas, un examen.

—Tiene que ser ahora —me pide. Por su expresión, creo que se trata de algo importante.

—Está bien. —Pongo los ojos en blanco y miro a Kevin—. Ahora te veo.

—Expulsión —me susurra al oído, juguetón, y yo le saco la lengua.

Acompaño a mi madre a su despacho y, cuando me siento frente a ella con su mesa de por medio, me cruzo de brazos, esperando a que empiece.

—Tú dirás.

Como sea otra charlita sobre mi futuro, pienso irme corriendo y dejarla con la palabra en la boca.

—No es nada sobre ti —me informa, y apoya los brazos en la mesa, mirándome a los ojos—. Quiero que me cuentes quién está pasando drogas dentro del instituto. Estoy segura de que sabes algo.

Me tenso al instante.

¿Cómo se ha enterado esta mujer de algo así? Creía que vivía en su mundo de la piruleta y que siempre estaba en la inopia.

—¿Por qué iba a saber yo eso? —logro responder, e intento parecer sincera—. Yo no me drogo.

—Ya sé que no te drogas, cariño, pero habrás visto u oído algo entre los alumnos.

—Yo voy a mi bola. —Me encojo de hombros de manera despreocupada y me obligo a mantener el contacto visual con ella para que no piense que lo sé todo, porque no quiero traicionar a Kevin—. No estoy pendiente de los demás.

—No quiero llegar al punto de registrar mochila por mochila hasta dar con el responsable, como si esto fuera una cárcel.

—No puedes hacer eso, mamá. Pareces una dictadora —replico—. Para una semana de clase que queda, es mejor que te olvides del tema.

—Una semana de clase te quedará a ti, que terminas antes. Los de la ESO y primero de Bachillerato seguirán aquí hasta finales de junio. —Arquea una ceja, pero no se sorprende, y yo pienso que acabo de meter la pata hasta el fondo—. ¿O es que acaso me estás diciendo con tus palabras que el vendedor puede ser de segundo de Bachillerato?

Joder, cómo se nota que estuvo dos años estudiando Derecho y que ha convivido con una madre abogada. Si es que lo lleva en la sangre.

—Yo no he dicho nada de eso. —Mi tic del ojo se manifiesta y desvío la vista hacia mis manos, un error gravísimo en un interrogatorio—. Pero sí, cabe la posibilidad de que esa persona esté en mi curso.

—¿Y por qué me apartas la mirada si no sabes nada?

Alzo la vista hacia ella otra vez para que no piense nada raro sobre mí.

—No sé, mamá. Es que tus ojos son muy verdes e imponen demasiado —cambio de tema—. ¿Por qué no los he heredado de ti? Soy la única de tus trogloditas que ha sacado los ojos feos de papá.

No comprendo la genética. Los mellizos y Leo júnior han salido con los ojos de mi madre, y

Alan los tiene azules. ¡Yo soy la única desgraciada con mirada oscura!

—Perdona, pero los ojos de tu padre son preciosos —me contesta, ofendida—. Y no me cambies de tema, que me haces sospechar de ti.

—¿Crees que vendo drogas? —inquiero en tono burlón.

—Puede. —Me sonrío—. Si te enteras de algo, ¿me lo dirás?

—¿Me estás pidiendo que sea tu topo? —quiero saber. Mi madre asiente con la cabeza y yo suspiro—. Está bien, pero nunca me entero de las cosas, así que no te prometo nada. Me voy a clase.

—Claro, mi chiquitina. Que te lo pases bien en tu examen.

Me río de forma irónica y me marcho del despacho.

Necesito hablar con Kevin de inmediato para que tenga más cuidado cuando haga sus chanchullos dentro del insti.

# Capítulo 26

## Kevin

En cuanto Hannah y yo salimos del insti tras haber acabado el examen de hoy, cogemos el metro, en dirección al apartamento que voy a compartir con su tía. A mi hermana la he visto en el recreo, le he dado algo de dinero y me ha dicho que está bien, pero yo no me lo he creído; sé que esta situación le afecta más que a mí y ojalá pudiera traérmela.

Me acomodo con Hannah en dos asientos libres. No va a pisar su casa hasta mañana porque la he invitado a mi nuevo «hogar» para que comamos juntos; luego se marchará a alimentar a los animales de la calle y a sus clases de kárate mientras yo me voy a mi barrio a currar, y esta noche estudiaremos en mi cuarto para los dos exámenes que tenemos mañana, hasta que se nos cierren los párpados.

Lo malo es que no tengo ni idea de qué prepararle para comer ahora, porque no sé si su tía habrá ido a hacer la compra con parte del dinero que le di ayer, y tampoco soy un experto cocinando.

—Kevin, mi madre está sospechando —me dice Hannah en voz bajita para que los demás pasajeros no nos oigan.

—¿Sospechando? —inquiero sin comprenderla, frunciendo el entrecejo—. Explícate.

—Se ha enterado de que alguien está vendiendo drogas dentro del insti, pero no sabe que eres tú. Para eso me ha pedido que fuera a su despacho: para preguntarme si yo sabía quién era el responsable.

Me tenso al instante.

Mierda.

—¿Le has contado algo?

—No, tranquilo —me responde, y yo logro relajarme un poco—. No pensaba traicionarte, pero ten cuidado, que ahora mi madre estará paseándose por cada rincón del insti como si fuera un perro policía.

—Joder. —Me paso una mano por la cara, angustiado—. Como me pille, estoy acabado.

—No creo que te ocurra nada malo si se entera de que eres tú. Sabe tu situación y supongo que no será tan dura contigo.

—Hannah —pronuncio su nombre en un susurro, mirándola a los ojos—. Se trata de vender droga, no de repartir caramelos. Por mucho cariño que me tenga tu madre, lo que estoy haciendo es algo ilegal y se puede armar gorda si se enteran los demás padres y el claustro de profesores; incluso puede presentarse algún inspector.

Lo que me pregunto es cómo se ha enterado esa mujer de todo esto. ¿Se lo habrá soplado algún alumno?

—Estás haciendo un drama innecesario, Kevin. No va a ocurrir nada porque sólo nos quedan cuatro días de clases y mi madre se olvidará de todo. Cálmate.

Resoplo y alzo la mirada hacia el techo del metro, apoyando mi cabeza en el respaldo del asiento.

—Mierda —mascullo.

—No te va a pasar nada. —Hannah me da un beso en el hombro y luego acomoda su cabeza en él.

Cuando el tren nos deja en nuestro destino, entramos en el edificio donde se encuentra el piso y subimos a la tercera planta por el ascensor.

—¿Estás lista para conocer mi nueva casa? —le pregunto al detenernos frente a la puerta, sujetando la llave con mi mano.

—Estoy impaciente —comenta con ironía.

La invito a pasar a ella primero y le hago un tour por todo el apartamento, empezando por el salón, donde está su tía Mel zampando espaguetis a la boloñesa, tirada en uno de los sofás mientras ve la tele; seguimos por la cocina, el baño, el cuarto que vamos a utilizar de trastero, el de mi compañera de piso y, por último, el mío, que cuenta con un escritorio de madera, una cama individual con una mesita de noche a un lado, una estantería y un armario.

La verdad es que este piso está mucho mejor que el de mi madre porque es más amplio y luminoso, no se va a caer a trozos de un momento a otro y no huele a humedad ni a tabaco; el barrio es bastante seguro y no te encuentras con yonquis reunidos en las escaleras del bloque ni vas pisando jeringas ni colillas por el suelo. Lo mejor de todo es que tengo una habitación para mí solo, cuando siempre he debido compartirla con mis hermanos, teniendo cero intimidad. Pero eso sí, Simón, cada vez que le daba la gana y quería estar solo o acostarse con alguien, nos echaba a Rebeca y a mí de nuestro cuarto y nos prohibía entrar hasta que él nos diera permiso. Yo le decía a mi madre que lo regañara por traer extraños a casa, que Rebeca no podía vivir así, pero ella me ignoraba. El único que no me importaba que viniese fue Alan, que estuvo saliendo con mi hermano hace unos cuantos años; se interesaba por nosotros, preguntándonos cómo estábamos o cómo nos iba en los estudios, y nos traía chucherías o algún bote de Nutella, que a mi hermana le encanta esto último.

—Está muy chulo tu nuevo hogar —me dice Hannah sacándome de mis pensamientos, y se tira en plancha sobre mi cama para ser la primera en hacer los honores, probándola. Yo sonrío, mirándola como un tonto—. Pero aquí vamos a dormir demasiado apretujados.

—Pues mejor. —Me uno a ella, tumbándome por el lado de la cama que está pegado a la pared. Casi la tiro al suelo de no ser porque la he agarrado con fuerza—. Así no me despego de ti en toda la noche.

—Baboso.

De pronto, la puerta de mi cuarto se abre y aparece Mel, que se nos queda mirando, apoyada en el marco y de brazos cruzados.

—Quiero esta puerta siempre abierta —nos dice fingiendo autoridad—. Nada de hacer cochinas en mi palacio.

Hannah y yo nos reímos al unísono, acurrucados en mi cama.

—No somos tus hijos —le responde la pelirroja.

—Pero tú eres mi sobrina. —Mel señala a Hannah con su dedo y, después, hace lo mismo conmigo—. Y tú, mi troglodita adoptivo, así que nada de hacer cosas de mayores hasta que cumpláis los cincuenta años.

Esta señora es la caña y está piradísima, como todos los familiares de Hannah. Creo que me lo pasaré muy guay conviviendo con ella.

—Pues el troglodita adoptivo te ha tocado ya bastante crecidito —le dice Hannah entre risas, y se incorpora sobre el colchón—. Ay, me muero de hambre. —Ladea su cabeza en mi dirección—. ¿No me ibas a preparar algo de comer?

Es cierto; ya ni me acordaba. En mi defensa diré que estaba muy cómodo abrazándola en mi nueva cama, y que el tiempo se detiene y todo a mi alrededor desaparece cuando estoy con ella.

—Tenéis espaguetis a la boloñesa en la cocina —interviene Mel desde la puerta—. Los he preparado yo con todo mi cariño de madre adoptiva y tía.

A la pelirroja y a mí se nos hace la boca agua y salimos disparados hacia la cocina, con Mel persiguiéndonos. Yo le doy las gracias mentalmente por haberme salvado de cocinarle algo incomible a mi novia, arriesgándome a que rompiese conmigo por intento de envenenamiento.

—Pero si estos espaguetis los has robado del Chon —dice Hannah al sacar los *tuppers* de la nevera y mirar la comida con detenimiento—. El tío John estará hasta los cojones de todos nosotros. Pobrecito.

Pues sí, pobre hombre. Hannah me ha contado que todos los miembros de su familia son unos gorriones y siempre van a zampar gratis a su cafetería-restaurante, pero él, como es tan buenazo, no les dice nada.

—Los he robado con todo mi cariño de madre adoptiva y tía —se corrige Mel con una sonrisilla inocente en los labios, y luego desaparece, dejándonos a solas, tras decirnos que nos aproveche la pasta.

—Madre mía, mi tía está chalada.

—A mí me encanta —respondo, y le quito a la pelirroja los *tuppers*—. Siéntate, que eres mi invitada y debo servirte la comida.

Hannah sonrío y hace lo que le digo, tomando asiento en una silla que rodea la mesa. Mientras los espaguetis se calientan en el microondas, saco platos y vasos de los armarios, con mi invitada observando cada uno de mis movimientos.

—¿Qué quieres beber? —le pregunto al abrir la nevera y echar un vistazo a todo lo líquido que hay, de espaldas a ella—. Hay agua, Aquarius, Coca-Cola, Nestea, zumo, cerveza, batido... Leche. Joder, Mel ha comprado de todo. Esto parece una nevera de millonarios.

—Tu leche, por favor.

—¿Disculpa? —Me giro hacia Hannah, pasmado, y me la encuentro mordiéndose el labio inferior.

—Ya sabes, Caraculo... Si quieres, te ordeño.

Mi entrepierna quiere despertarse del todo al oír esa provocación, con una voz tan sexy como la de Hannah, y mis mejillas se colorean de rojo.

—Está tu tía en el salón —es lo único que puedo decir—. Te va a escuchar.

El microondas interrumpe nuestra breve conversación subida de tono y yo me sobresalto porque no me lo esperaba. A la pelirroja le entra un ataque de risa tan fuerte que hasta tiene que sujetarse la tripa. Después, le sirvo su plato y permanezco de pie, mirándola de brazos cruzados, aguardando a que se calme.

—Vale, ya paro —me dice tras cinco minutos exactos, y se enjuga las lágrimas que se le han escapado de los ojos por culpa de sus risas—. Ponme una cervecita, anda, chico recatadito.

—No soy recatado —replico en expresión de ofensa—. Lo que pasa es que tú eres muy bruta y vulgar hablando. Estás mal del coco.

—Pero ¿qué dices? —Ahora la ofendida es ella, y se lleva una mano al corazón—. Yo soy toda una damisela con buenos modales.

Le dedico una pedorreta y me vuelvo a dar la vuelta para coger dos latas de cerveza de la nevera.

—No sabía que fueras tan malota bebiendo cerveza —le digo, y me siento en la silla que hay a su lado.

—Soy una caja de sorpresas. —Me roba mi lata—. Y tú no deberías beber esto; aún eres menor de edad.

—Muy graciosa. —Me río de manera irónica y arrastro hacia mí su plato de espaguetis—. Pues ahora, por lista, te voy a dar de comer yo, como si fueras una niña de dos años.

—Vale, papá. —Se coloca una servilleta alrededor del cuello de la camiseta, a modo de babero, y me reta con su mirada—. Adelante.

Le dedico una sonrisa traviesa y enredo un puñado de espaguetis en el tenedor para después acercarlo con lentitud a sus labios pintados de rojo, como si fuera un avioncito.

—Abre esa boquita, Hann —le ordeno con ternura. Ella me obedece y le meto los espaguetis con cuidado; luego los mastica sin dejar de mirarme y, cuando acaba, le limpio una mancha de salsa que tenía a un lado de los labios y le regalo un pico—. ¿Están ricos? —le pregunto sonriendo; ella asiente con la cabeza y le doy un beso de verdad—. ¿Quieres más?

—¿Y tú no comes? Se te van a enfriar los tuyos.

—Dámelos tú mientras yo te alimento —le digo retándola, sin borrar la sonrisa de mi cara.

Y nos tiramos más de una hora, por lo menos, haciendo el gilipollas, dándonos de comer el uno al otro entre risas y besos robados, hasta que Mel vuelve a aparecer en la cocina para cotillear qué hacemos porque estamos tardando demasiado; nos dice que «damos un poco de grimilla» y se marcha de nuevo, llorando, porque le hemos generado envidia.

Una vez que Hannah y yo terminamos de zampar, llega la hora de que se vaya a alimentar a los animales y a asistir a su clase de kárate, y se despide de mí con más besos hasta esta noche. Después, friego los platos sucios, ordeno un poco la cocina mientras Mel se echa la siesta en su dormitorio y cojo mi mochila, con la intención de irme a mi barrio a vender, pero, al abrir la puerta de la entrada, me topo con una mujer menuda, con el pelo anaranjado y una maleta plantada a su lado.

—¿Y tú quién eres?! —me chilla, y me golpea con su bolso de Hello Kitty—. ¡Maldito ladrón!

—¡Eh, eh! Cuidado. —Levanto las manos para que sepa que soy inofensivo, y ella detiene su matanza hacia mí—. Soy Kevin y vivo aquí.

¿Quién es esta loca?

—¿Qué Kevin? ¿Y por qué estás viviendo aquí? —pregunta a gritos, haciendo aspavientos con las manos.

—Me acabo de mudar. ¿Quién eres tú?

—¿Tania? —escucho la voz de Mel detrás de mí. Se para a mi lado, suelta un bostezo y mira a la tal Tania, adormilada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

La extraña pone los brazos en jarras y mira a Mel con rabia.

—¡Tú sabrás, Melody! —Me señala con su cabeza—. ¿Quién es este?

—Oh, sí, se me había olvidado presentaros. —Mel se despierta de repente—. Kevin, esta es Tania, mi exparienta. Tania, este es Kevin, mi troglodita adoptivo.

La tal Tania abre la boca, anonadada.

—¿Has adoptado a un macho sin haberlo consultado conmigo antes?! —brama mirando a su ex—. ¡Y encima has alquilado un piso, teniéndome a mí en Málaga con mi corazón de hielo roto en mil pedazos invisibles!

—¡Eso es mentira! ¡Tú eres la que me rompió el corazón a mí!

Qué situación más incómoda.

Carraspeo, interrumpiendo la disputa.

—Esto... Yo me voy al trabajo —les digo—. Os dejo para que discutáis más tranquilas.

—Muy bien, trayendo dinero a casa —me felicita Mel mientras Tania nos contempla con la rabia dibujada en su rostro—. Qué apañado me ha salido el niño adoptivo.

Me río.

—Nos vemos luego.

Y me marcho, dejándolas en el rellano para que intenten arreglar las cosas entre ellas.

Aunque, si se reconcilian, Mel volvería a Málaga y yo me quedaría de nuevo en la calle o tendría que buscar otro compañero de piso... No creo que esa mujer haya alquilado un apartamento para nada.

\* \* \*

Al día siguiente en el insti, en cuanto Ari me informa a tercera hora de que quiere que me pase por su despacho en el recreo, con el rostro totalmente serio, deduzco que es porque me ha pillado.

—¿Tú no le habrás contado nada a tu madre, no? —le pregunto en un susurro a Hannah; ambos estamos sentados en los pupitres de la última fila.

—Qué va. Seguro que te ha llamado para otra cosa. No tiene por qué ser que se haya enterado de eso. A lo mejor sigue empeñada en hablar contigo sobre tu futuro.

Me paso una mano por la cara, estresado.

—No sé, Hamm. ¿Y si algún chivato se ha ido de la lengua?

—No te anticipes, anda. Ya lo sabrás dentro de un rato. —Me acaricia la mejilla con ternura, esbozando una bonita sonrisa.

Como mi suegra me haya descubierto, estoy seguro de que me expulsará.

Decido poner en pausa mis pensamientos hasta que llegue la hora de la verdad y me centro en la explicación del profesor de Filosofía, pero mi cerebro viaja hacia la noche de ayer en mi nuevo hogar. Cuando volví de trabajar, acompañado de Hannah, nos encontramos a Mel y a su «exparienta» abrazadas en el sofá, viendo una comedia romántica en la tele, muy cómodas y haciéndose arrumacos, y supusimos que se habían reconciliado porque, según Hannah, sus tías son así de predecibles y no iban a durar nada peleadas en cuanto se vieran cara a cara. Luego, cenamos una pizza y nos encerramos en mi habitación para estudiar durante toda la noche.

Y yo, por primera vez desde que tengo uso de razón, estuve a gusto en un lugar, con la compañía de Hannah y de dos señoras alocadas, ganando mi propio dinero, aunque sea de manera ilegal, y pensando en si podría estudiar lo que de verdad me apasiona. Sin embargo, me siento bien, sobre todo porque estoy lejos del ambiente tóxico en el que he vivido toda la vida y de mi madre (que yo la quiero, pero a veces es sano alejarse de las personas que te hacen daño, aunque sean de tu familia). El único punto negativo de esta situación es que me encantaría estar con mi hermana.

La campana interrumpe mis cavilaciones e intercambio una breve mirada con Hannah.

—Vamos, te acompaño —me dice.

Por el rabillo del ojo, me percató de que Borjamari se aproxima a nosotros.

—¿Cómo estáis, parejita? —nos pregunta sonriendo como el chulito que es, y centra su mirada cargada de maldad en Hannah—. ¿Cuándo va a ser el próximo aborto? ¿Dentro de un mes? Eso de

asesinar bebés se vuelve una adicción para las *femitontas* como tú.

Ya ni me dan ganas de pegarle un puñetazo de lo ridículo que es.

—Vete a la mierda toda la vida —le espeta Hannah, pero, por su expresión, me doy cuenta de que necesita partírle la cara.

Ahora el idiota posa sus ojos en mí.

—¿Y tú, qué? Ten mucho cuidado con lo que haces dentro del instituto, que puedes acabar expulsado.

Finjo una sonrisa.

—Gracias por tus consejos, guapetón —le respondo, sarcástico, y entrelazo mi mano con la de Hannah—. Si nos disculpas, debemos irnos.

—Eso, que no queremos perder el tiempo con mierdas como tú —añade ella.

Borjamari se echa a reír como si estuviera atontado (que lo está), y Hannah y yo abandonamos el aula para dirigirnos hacia el despacho de la directora. La pelirroja me informa de que me esperará en el pasillo mientras hablo con su madre, después le doy un casto beso en los labios porque estoy nervioso y, por último, golpeo un par de veces la puerta.

—Entra —oigo a Ari desde dentro.

Cuando me adentro en su despacho, me siento frente a ella, temblando.

—¿Para qué querías hablar conmigo? —inquiero manteniendo el contacto visual, como me ha recomendado Hannah.

Otros trucos que me ha enseñado para que su madre no sospeche de mí son: negarlo todo, procurar que no me vea nervioso, intentar que no me tiemble la voz y cambiar de tema cuando tenga la oportunidad; también puedo fingir un desmayo, decir que me ha entrado un apretón y huir, inventarme que he recibido una llamada muy importante y que tengo que atenderla porque es cuestión de vida o muerte, hacerle la pelota o ligar con ella.

La última opción está completamente descartada, como es obvio.

—Voy a ir al grano, Kevin —me dice mirándome—. ¿Estás vendiendo drogas dentro de mi instituto?

Trago saliva y elijo uno de los trucos anteriores de manera aleatoria.

—No —respondo con rapidez; mi voz suena ronca y temblorosa—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque esa noticia ha llegado a mis oídos.

Simulo incredulidad.

—¿Quién te ha dicho eso? Porque esa persona está muy equivocada. Yo soy un tío legal.

¿Habría sido Borjamari y por eso me ha soltado esas palabras al terminar la anterior clase?

—No puedo decirte la fuente. —Ari hace una breve pausa, escrutándome con su mirada—. Pero te ha visto trapicheando dentro del centro.

Intento mantenerme todo lo tranquilo que puedo.

—No tienes pruebas para culparme de ese marrón.

—Enséñame tu mochila. Si no escondes nada, no será un problema para ti.

Me tenso.

No puedo mostrársela, porque tengo unas cuantas bolsitas de marihuana y el dinero que he logrado conseguir hoy (el resto lo he guardado en una caja, que la he escondido en el fondo de mi armario del nuevo piso).

—¿Me enseñas tu mochila, Kevin? —insiste Ari sin apartar sus ojos de mí.

Lo siguiente ocurre demasiado rápido. Vacío mi macuto entero encima de su mesa, y se caen un par de libros de texto y libretas, dos bolis, un trozo de goma de borrar, un lápiz enano, mi bloc de

dibujo, la cartera, una botella de agua, los auriculares del móvil y, por último, las bolsas de marihuana.

—Sí, estoy vendiendo maría —confieso mirándola, y ella se pone a dar golpecitos en la mesa con un bolígrafo—. ¿Vas a expulsarme?

Permanece unos segundos procesando esta información y suspira.

—Entiendo que hagas esto por necesidad, Kevin, pero no pienso permitir que sea dentro del instituto, así que, desde este momento, estás expulsado. Debería informar a tu madre, pero no lo voy a hacer.

Para tres días que me quedan de clase tampoco es que me importe mucho, pero lo malo es que no sé si me permitirá presentarme a los exámenes.

—Genial —contesto, irónico—. ¿Y los exámenes? Tengo uno después del recreo.

—Tienes derecho a presentarte a los que te quedan e irte en cuanto los acabes, siempre que no aproveches el momento para introducir drogas en el centro. Lo siento —me dice con su mirada imponente clavada en la mía—. Tengo que tratarte como si fueras un alumno como otro cualquiera. Entiéndelo.

—Muy bien. —Guardo todas mis pertenencias en la mochila, me levanto, colgándomela al hombro, y miro a mi suegra—. Gracias de todas formas. —Y me marcho de su despacho.

# Capítulo 27

## Hannah

—¿Qué ha pasado? —le pregunto a Kevin cuando sale del despacho de mi madre, e intento analizar la expresión que adorna su rostro, que es de disgusto.

—Lo que tenía que pasar. —Se encoge de hombros como si no le importara la situación—. Me ha expulsado los días que quedan de clase; sólo tengo permitido venir para presentarme a los exámenes.

—¿Qué dices?

No me puedo creer que mi progenitora haya hecho algo así sabiendo por lo que está pasando Kevin, que la única forma que ha encontrado para conseguir dinero ha sido la de vender drogas. Qué poco tacto tiene.

Cuando Kevin me ve con las intenciones de abrir la puerta con cara de cabreo para entrar al despacho de mi madre y cantarle las cuarenta, me detiene, agarrándome del brazo.

—No, Hannah. —Fija su mirada verdosa en la mía—. No merece la pena que discutas con tu madre por mí. Lo que he hecho no ha estado bien y he aceptado las consecuencias, que podrían haber sido mucho peores. No hagas un drama para tres días que nos quedan aquí.

—Pero no es justo.

—Déjalo estar, ¿vale? —Me mira, aguardando a que se disipe mi enfado—. No la lées.

Suspiro, exasperada.

—Está bien.

Salimos al patio para pasar lo que queda de recreo con mis amigos, Gigi y Samuel, y zamparnos el bocadillo (bueno, yo, como me he quedado en el piso de Kevin a dormir, tengo las croquetas y empanadillas que me ha traído mi madre esta mañana en un *tupper*, de parte de mi padre).

Me percató de que, a lo lejos, Jorge nos está observando sin ningún disimulo, al lado de un grupo de chicos, y le doy a Kevin un golpecito en el hombro para después señalar con mi mirada a su amigo. Mi chico gira la cabeza hacia donde le digo y contempla a Jorge con algo parecido a la lástima.

—Jorgito está enamorado de ti —le susurro al oído.

—¿Por qué piensas eso? —inquire Kevin, extrañado pero a la vez curioso, al volver a centrar sus ojos en mí.

—Intuición de pelirroja —le respondo, y me meto una croqueta entera en la boca.

—Las pelirrojas sois muy peligrosas. —Me roba una empanadilla de mi *tupper* y se la zampa de un bocado.

—Lo sé.

La voz de Samuel nos interrumpe:

—Oye, Kevin. Hannah me ha contado que sabes dibujar. Algún día, cuando no estés muy

ocupado, me puedes dibujar desnudo.

Gigi le regala una colleja en la nuca y yo me quito mi zapatilla de deporte y se la lanzo a la cabeza. En cambio, Kevin se echa a reír.

—Vale, pero no pienso trabajar gratis.

Anda, qué listo. Sacando provecho de su talento. Así me gusta.

—Creía que era tu amigo —le responde Samu, ofendido—. Tendrías que hacerme una buena oferta.

—El arte se paga, idiota —le espeta Gigi.

—Eres tú el que quiere que lo dibujen en cueros —intervengo mirando a mi amigo—. Le vas a generar un gran trauma a mi chico, y eso vale caro.

—¿Tú te traumatizaste cuando te acostaste conmigo? No, ¿verdad?

Kevin, al enterarse de esa noticia, se atraganta con un trozo de su bocadillo y comienza a toser; yo me encargo de darle palmaditas en la espalda, esperando a que se calme.

—Información innecesaria delante del novio —le dice Gigi a Samu, y le da un codazo—. Ahora, cada vez que te vea con Hannah, sentirá celos.

—No os preocupéis, que no soy celoso —les responde Kevin cuando para de toser.

—Ahora que sale el tema... —suelto, y poso mi mirada en Samu—. Todavía me dura el trauma. Gracias por preguntar.

Durante los pocos minutos que quedan de recreo, aprovechamos para echarles un último vistazo a los apuntes de Historia de España para el examen que tenemos ahora y, cuando suena la campana, los cuatro nos dirigimos hacia el aula, pero Kevin y yo nos alejamos de mis amigos mientras aguardamos en el pasillo a que el profe haga acto de presencia.

—Así que te acostaste con Samuel, eh —me dice Kevin esbozando una sonrisilla; yo estoy abrazada a su cuello.

—Aja. ¿Quieres que te cuente cómo fue?

—No, gracias. No necesito detalles.

—Pues fue un desastre —le contesto ignorando sus palabras—. Estábamos aburridos en su casa, en una tarde de verano. Ninguno de los dos lo había hecho antes con nadie, y quisimos probar para saber cómo era.

Kevin suelta una carcajada.

—La mía fue parecida a la tuya, además de horrible, no te preocupes.

—Explícate más —lo animo sonriendo—. ¿Fue con tu amiguito?

Tuvo que ser con Jorge, porque Kevin no ha estado con nadie más.

—Sí, fue con él, pero estuvimos liándonos antes de dar ese paso. Un día, en su casa, también estábamos aburridos y queríamos follar, así que nos pusimos a ver porno gay para saber cómo se hacía entre dos tíos. Como conclusión diré que la realidad no se parece en nada a la ficción.

No puedo evitar echarme a reír como una chalada en mitad del pasillo, sujetándome la barriga con la mano. Tan escandalosas suenan mis risas que varios alumnos ladean sus cabezas hacia mí, horrorizados.

—Es un error ver porno para aprender a tener relaciones sexuales, eh —le digo—. Quiero más detalles.

—Pues te vas a quedar con las ganas por ser una mamona y reírte de mi primera vez. —Me da un golpecito en la nariz con su dedo.

—Tú también te has reído de la mía, así que estamos en paz. —Me vuelvo a abrazar a su cuello y le pongo morritos; él posa las manos en mi cintura—. ¿Te apetece dibujarme sin nada de ropa

algún día? Yo sí te pagaría.

—¿Qué? —Kevin traga saliva, atónito—. ¿Sin nada de ropa significa que estarás desnuda?

—Ajá. —Asiento, mirándolo con intensidad.

—¿Como tu madre te trajo a este mundo?

—Que sí, Caraculo. —Pongo los ojos en blanco porque, a veces, puede ser un poco bobo—.

Entonces, ¿serías capaz o no? Si no, se lo pido a otro.

—¡Ni hablar! —exclama como si le hubiera herido sus sentimientos de machito—. Lo hago yo, pero no te pienso cobrar.

Le sonrío de manera traviesa.

—Si no quieres dinero, te lo puedo agradecer de otra forma. —Me muerdo el labio inferior.

Kevin vuelve a tragar saliva y me percató de que sus ojos me contemplan con deseo.

—Me parece bien esa otra forma —me responde con voz ronca, y junta sus labios con los míos—. Te quiero, Hannah —susurra contra mi boca cuando terminamos de besarnos.

Le respondería lo mismo, pero no me sale y me da un poco de vergüenza, porque tengo que parecer una tija dura, de modo que sólo me dedico a reírme como si fuera una tontita.

—¿De qué te ríes ahora? —me pregunta, un poco mosqueado.

—De nada, de nada. —Intento salir de este apuro sin parar de reírme y decido hablarle en francés, pero él me mira, sospechando.

—Traduce.

—Que tenemos que entrar en clase para hacer el examen. —Me suelto de su cuello y me doy media vuelta para entrar en el aula y huir de él.

La mayoría de alumnos ya están acomodados en sus pupitres, separados unos de otros y esperando al profe. Por suerte, mi sitio sagrado en la penúltima fila no me lo ha robado nadie y planto mi trasero en la silla. Kevin se sienta detrás de mí y yo me giro, pero no para mirarlo, sino para sacar un par de cosas de mi mochila. Después, me vuelvo hacia el frente y aprovecho estos minutos para retocarme el pintalabios, que lo tengo hecho un desastre por andar besuqueando al Caraculo.

Y descubro, gracias a la ayuda de mi pequeño espejo, a Kevin colando una piruleta en mi macuto con disimulo, sin enterarse de que lo estoy vigilando.

Ando atontada por la vida. ¿Por qué mi cerebro no se había enterado todavía de que ese chico era la persona de las piruletas con la cantidad de pistas que tenía?

Termino de pintarme los labios, cierro el espejito y me vuelvo a girar para fingir que lo meto en la mochila.

—¡Uy, otra piruleta! —exclamo haciéndome la lerda, y se la enseño a Kevin—. ¿Has visto quién la acaba de colar? Hace unos minutos ni siquiera existía.

—No, la verdad —miente—. He estado todo el rato mirando por la ventana.

Qué bien finge. Debería dedicarse a la actuación.

De nuevo, saco mi espejo y lo abro para preguntar:

—Espejito, espejito mágico, ¿quién ha colado una piruleta en mi mochila?

Kevin me observa con curiosidad mientras hago la idiota y, por fin, el espejo me responde:

—El Caraculo de Kevin.

He sido yo la que ha contestado, tapándome la boca con una mano y poniendo voz de pito, porque los espejos no hablan, a no ser que sea el de la villana de Blancanieves.

Me hago la sorprendida, abriendo mucho la boca y mirando al aludido.

—¿Eres tú el chico de las piruletas?

—¿En serio le vas a hacer caso a un espejo chiflado que ni siquiera tiene la capacidad de hablar? —contraataca dedicándome una sonrisa chulesca.

—Pues claro —le respondo con retintín—. Es el único ser que me dice todas las mañanas, junto a mi señor padre, lo perfectamente perfecta que soy.

—Querrás decir lo perfectamente imperfecta que eres. Nadie es perfecto.

—¿Cómo que no? —le espeto—. Yo lo soy, porque no tengo ninguna imperfección.

—En realidad, tienes unas cuantas.

—Mentira cochina. —Le saco la lengua—. Perfectamente imperfecto serás tú. —Y me doy la vuelta hacia el frente, enfurruñada y de brazos cruzados, como si fuera una cría de cinco años.

—Los dos somos perfectamente imperfectos —susurra Kevin en mi oreja, detrás de mí, y yo me estremezco—. Sobre todo juntos. —Me planta un rápido beso en la mejilla y se acomoda en su sitio.

Sonrío, pero como no me ve el rostro, lo único que hago es enseñarle mi dedo corazón.

El profesor de Historia aparece en la clase y comienza a repartir los exámenes mesa por mesa, enumerando todo lo que está prohibido usar, como si estuviéramos en la selectividad: que si el móvil, que si el lápiz, que si la goma... Qué cansino.

De pronto, se me ilumina la bombilla que habita dentro de mi cerebro superdesarrollado. ¡Se me había olvidado comentarle a Kevin una cosa que le va a encantar!

Antes de que mi examen llegue a mi mesa, me giro hacia mi chico por millonésima vez.

—¿Tienes que ir a algún sitio después del insti? —le pregunto.

—A trabajar... Ya sabes. ¿Por qué?

—Vamos a ir a casa de mi hermano y de Leo a comer. Te van a enseñar algo chulo.

—Miedo me dais.

—Confía en mí —le prometo.

El profesor pasa por nuestro lado y me ordena que mire hacia el frente y que deje de parlotear, así que no me queda más remedio que obedecer y concentrarme en mi examen.

\* \* \*

—Elige el que quieras, Kevin —dice mi hermano Alan, señalando los trajes que ha puesto sobre su cama.

Estamos en su apartamento; Kevin y yo nos hemos venido después del insti y acabamos de comer la exquisita lasaña de mi hermano, que la preparó anoche para zampárnosla hoy.

Mi chico permanece mirando cada traje durante unos minutos, y Alan, Leo y yo aguardamos, expectantes.

A decir verdad, todos le quedarían perfectos. Alan ha sacado los suyos, de todos los colores llamativos posibles (incluso hay uno con dibujitos de unicornios), mientras que Leo sólo tiene un par, pero de color negro de funeral.

—Hann, ayúdame —me pide Kevin—. ¿Cuál me quedaría mejor?

Aunque se ha negado en rotundo a que mi hermano y Leo le prestaran un traje, no ha tenido más remedio que ceder, porque su intención era comprarse uno en alguna tienda e intentar no mancharlo en la graduación, ya que lo devolvería al día siguiente como si no lo hubiese usado, con la excusa de que al final no le quedaba tan bien como pensaba.

—Uno de los míos, por supuesto —interviene Leo antes de que yo abra la boca—. Los de mi principito son demasiado ridículos y horteras.

—¿A que me divorcio? —le espeta mi hermano, pero Leo se disculpa con él, dándole un tierno beso en los labios.

—Me vais a hacer potar —los interrumpo, y miro a mi chico—. Venga, escoge ya, que no tenemos todo el día.

El Caraculo continúa mirando los trajes con una mueca, pensativo, y coge uno violeta.

—Este —comenta estudiándolo con detenimiento.

—¡Gané! —exclama Alan alzando los brazos en expresión de victoria, y ladea la cabeza hacia Leo—. Jódete, Leo León Lelo.

—Grrr. —El aludido le araña la cara con suavidad, como si fuera un temido león.

Son asquerosamente adorables e insoportables.

—Venga, Caraculo, pruébate el traje rápido, que quiero ver cómo te queda —le ordeno a Kevin, y luego me dirijo hacia los otros dos para empujarlos, en dirección a la puerta—. Vosotros, esperad fuera de la habitación.

—Qué marimandona —me dice Leo, jocoso, y los echo al pasillo para después cerrarles la puerta en las narices.

—¡Nada de hacer marranadas ahí dentro, eh, que se lo digo a papá, a mamá y a la tía Mel! —grita mi hermano aporreando la madera.

—¡A callar!

Durante los siguientes minutos, ayudo a Kevin a ponerse el traje violeta con una pajarita del mismo color y una camisa blanca. Como tiene la suerte de calzar el mismo número que mi hermano, también se prueba unos zapatos negros.

—A ver, dedícame un desfile para que te dé mi veredicto —le digo, y me siento sobre la cama para dejarle más espacio.

—No te rías —me advierte apuntándome con el dedo índice.

—Vale, te prometo que no me reiré. —Le enseño mi dedo meñique y lo junto con el suyo.

A continuación, Kevin se pasea por la habitación en un intento de supermodelo, porque se le da bastante mal, y yo debo hacer un esfuerzo sobrehumano para no mearme de risa. Le ordeno que camine recto y con la cabeza bien alta, y le aconsejo que luzca su mirada sexy. Lo contemplo embobada y, cada vez que se da la vuelta, mis ojos se desvían hacia su trasero.

Madre mía. El traje de mi hermano le queda como un guante. Está guapísimo.

Cuando acaba su desfile, lo aplaudo, superfeliz, y me levanto de la cama.

—Bueno, ¿qué tal? —quiere saber esbozando una sonrisa.

—Horrible —miento, y mis labios se curvan hacia arriba sin que yo haya dado la orden.

—Me lo tomaré como un halago.

Me abrazo a su cuello y le doy un beso.

—Pareces alguien importante por lo elegante que estás.

—Vaya, gracias. Por lo menos no ha sido otro insulto. —Se ríe—. ¿Me harás un desfile con tu vestido cuando vayamos a tu casa? Yo creo que me lo merezco.

—No. —Sonríe con inocencia—. Te pienso dejar con la intriga hasta la graduación, si no, da mala suerte.

—Creía que lo de la mala suerte sólo era si el novio veía el vestido de su futura esposa antes de la boda.

—También pasa con los vestidos de acontecimientos importantes.

—¿De verdad? ¿Quién ha dicho eso? —Frunce el entrecejo, extrañado.

—Nadie. Me lo acabo de inventar.

Unos golpes en la puerta nos cortan el rollo, y Kevin y yo damos un respingo.

—¿Es para hoy o qué? —suelta Leo—. ¡Vamos a llegar tarde a la uni por culpa de vuestra calentura! ¡Tanto no se tarda en hacer el mete-saca!

—No seas maleducado, mendigo —le responde Alan, que seguro que le habrá regalado una colleja.

Dejo escapar un suspiro y les abro la puerta a los dos cansinos, que lo primero que hacen es recorrer con sus respectivas miradas a Kevin.

—Te queda genial —le dice mi hermano, megasonriente—. Estás muy mono.

—Me caso —interviene Leo sin apartar sus ojos de mi chico, y este último se echa a reír.

—Ya estás casado con mi hermano —le espeto, y me abrazo a Kevin para marcar territorio. En cambio, Alan le atiza otro guantazo cariñoso a mi cuñado.

Después, los dos nos dicen que no tardemos porque nos van a llevar con el coche a la casa de mi tía Mel, y nos vuelven a dejar a solas para que Kevin se quite el traje y lo guardemos en una funda para que no se arrugue.

—¿Vas a venir a estudiar a mi piso esta noche? —me propone Kevin durante el trayecto, en el asiento de atrás—. Si quieres, también te puedes quedar a dormir, como ayer.

—Si te hace tanta ilusión estudiar conmigo, no me queda otra opción. —Le saco la lengua, bromeando—. Caraculo.

—Tontaina. —Me tira de un mechón de pelo.

Sin que nos lo esperemos, una lluvia de purpurina cae sobre nosotros, lanzada desde el asiento del copiloto, donde se encuentra sentado mi cuñado.

—¡Leo! —exclamo sacudiéndome la melena—. Creía que el de la purpurina era Alan.

—Perdón, es que sois demasiado cuquis —me responde con las mejillas sonrojadas y sonriéndonos, mientras Alan se descojona al volante—. Os *shippeo* hasta la muerte y me quiero casar con vosotros.

—Cierra ese pico —le ordeno—. Y date la vuelta, cansino.

—Vale, vale. —Leo se gira hacia el frente.

Me percató de que Kevin no deja de mirarme con el dedo metido en un orificio de su nariz, creo que buscando algún moco. Cuando lo saca, me lanza algo invisible y yo hago una mueca de asco.

—Eres un puerco. Esas cosas no se le hacen a una dama como yo. —Me cruzo de brazos, simulando que me he enfadado, y me alejo todo lo que puedo de él, a punto de traspasar mi puerta—. Porque me está sujetando el cinturón, si no, te tiraba a la carretera, mamón.

—Ah, ¿sí? Pues ahora, por lista, mañana no tendrás tu piruleta diaria.

—Me da igual. —Me echo el cabello hacia atrás, en expresión presumida—. Me compro una.

—Muy bien.

Le suelto en francés la misma frase de siempre, mi hermano se ríe, porque es el único que me ha entendido, y Leo le reprocha que nunca le ha hablado en ese idioma y comenta que le va a pedir el divorcio.

—¿Me vas a decir ya qué significa eso? —me pregunta Kevin.

—No. Nunca. Jamás de los jamases. Ni en mi lecho de muerte te lo diré.

# Capítulo 28

## Kevin

El sábado, unos sonidos extraños interrumpen mi sueño y no tengo ni idea de dónde provienen. Abro los ojos y me doy cuenta, por la luz que entra por la ventana, de que ya se ha hecho de día. Estoy tumbado en mi cama, de lado, y mis ojos, medio adormilados todavía, se desvían hacia una figura humana, que se encuentra sentada en el suelo con las piernas cruzadas y la melena pelirroja. Por un momento pienso que es Hannah, pero enseguida me percato de que el pelo de la extraña es más bien tirando a naranja en vez de a rojizo.

—Buenos días, machote —me dice Tania, la parienta de Mel, con la boca llena de cereales con leche.

Me incorporo sobre la cama, asustado.

Los ruidos raros vienen de ella, por masticar los cereales de una forma bastante ruidosa.

¿Qué hace esta señora aquí, vigilando mientras duermo? Parece que estoy en una peli de terror.

—¿Qué estás haciendo en mi habitación? —le pregunto cuando por fin me espabilo.

—Me gusta mirar a las personas mientras duermen —me contesta como si nada, encogiéndose de hombros, y se lleva una cucharada de cereales a la boca.

¿Es que en esta familia no hay nadie normal? Están todos un poco pirados de la olla; la única que medio se salva es Hannah, aunque también tiene sus locuras.

—Eso da miedo.

—¿Quieres? —Tania me tiende su tazón de cereales con leche y yo hago una mueca de desagrado.

—No, gracias. Prefiero prepararme mi desayuno.

—Tampoco te iba a dar. —Se mete otra cucharada en la boca y se me queda mirando fijamente, como si estuviera leyéndome la mente—. ¿En qué trabajas?

—Como camarero, en una cafetería que abrieron nueva hace poco —le contesto de manera automática.

Repito tanto esta respuesta que hasta me la voy a creer.

—¿En qué sitio está? Es para ir y hacer de gorrón.

—Por el centro. —Intento mantener el contacto visual con ella.

—¿Cómo se llama el local?

Me quedo unos segundos pensando.

¿Y si le miento y descubre que no trabajo en ningún sitio? Me echaría de casa, porque esta mujer parece que tiene muchísimo mal genio, incluso más que Mel.

—Cafetería... —Desvió la mirada hacia la caja de cereales de chocolate que descansa al lado de Tania, en el suelo—. *Choco Pepe*.

—Ahhh... Menudo nombrecito. Ni siquiera me suena —me dice, y vuelvo a mirarla—. ¿Y qué ponéis? ¿Café con sobrecitos de coca, en vez de azúcar? ¿Té de marihuana? ¿Magdalenas de

caballo? ¿Chocolate del ilegal con unos buenos churritos de éxtasis?

Mi única contestación es echarme a reír, pero se nota que me he puesto nervioso.

—Servimos desayunos y meriendas normales, no drogas.

—Mira, niño, le vas a mentir a tu tatarabuela. —Coloca el tazón en el suelo e intenta levantarse, pero fracasa y suelta tres bufidos seguidos—. Me cago en todo; cada vez me cuesta más levantarme. Con lo elástica que he sido siempre... Menuda mierda de veinticinco años y qué mal sientan; me hacen comportarme peor que mi abuela, que la muy jodida se ha marchado al Caribe durante un año con el maromo que se ha echado.

¿La abuela de esta señora todavía vive? Según mis cálculos y mi intuición, Mel y Tania tendrán los mismos años que los padres de Hannah: unos cuarenta y pico. ¿La abuela cuántos tendrá? ¿Ciento cincuenta?

—¡No te quedes ahí mirándome como un pasmarote y ayúdame a levantarme, mendrugo! —me ordena Tania, y yo la obedezco de inmediato; después, me señala con el dedo—. Más te vale autodespedirte pronto de ese trabajo, si no, te pongo de patitas en la calle yo misma, que soy la madre mala; Melody es demasiado blanda.

¿Cómo se ha enterado esta mujer de lo que hago? ¿Quizá por la madre de Hannah? ¿O por la misma Hannah?

Cuando Tania está a punto de marcharse de mi habitación, la interrumpo:

—¿Quién te lo ha contado?

Se gira hacia mí, esbozando una sonrisa.

—Tu novia. La pobre está preocupada por ti, así que búscate un trabajo normal, muchachote. —Y entonces se larga.

No sé si creerla. Hannah me prometió que no se lo contaría a nadie. De todas formas, voy a enviarle un mensaje para asegurarme.

Yo: «Hann, tengo que hablar contigo»

Son las nueve de la mañana. Seguro que estará roncando todavía, aprovechando que ya hemos terminado los exámenes y no tiene la obligación de madrugar.

Mientras se despierta, me doy una ducha para espabilarme y desayuno café con galletas en la cocina. El apartamento se encuentra vacío porque Mel y Tania se han ido a dar una vuelta, aunque me han dejado una nota pidiéndome que tienda la ropa y prepare la comida, que ellas hicieron la compra ayer, y por poco tiro fuegos artificiales, a pesar de que no trajeron ningún alimento sano.

Una vez que acabo de tender la ropa, recibo una llamada de un número que no tengo guardado.

—¿Quién es? —contesto al descolgar.

—Soy tu hermano, idiota.

Me quedo extrañado, porque este no es el número de la cárcel.

—¿Desde dónde me estás llamando, Simón?

—¿Desde dónde va a ser, atontado? ¿Desde la luna?

—Pero es otro número, no el de la cárcel.

—He conseguido un móvil. —Se echa a reír—. Ahora puedo llamaros cuando quiera.

No me sorprende. Seguro que sigue haciendo trapicheos, aunque sea metido en la prisión. Este tío nunca cambiará.

—Estupendo —le respondo, irónico—. ¿Para qué me has llamado?

—Para hacerte entrar en razón y que vuelvas a casa con mamá y Rebeca. No sabes lo mal que lo están pasando por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —inquiero, atónito, y comienzo a dar vueltas por todo el salón mientras

hablo—. Mamá y su noviete me echaron de ese zulo.

—Ella no me ha contado lo mismo. Tú eres el que no quiere darles dinero, sabiendo por todo lo que están pasando; te has largado de casa sin importarte nadie, ni siquiera Rebeca. Eres un egoísta, hermanito.

—Eso no es cierto —replico—. Mamá se lo ha inventado todo para hacerse la víctima. Le di dinero para que comprara comida y pagara algunas facturas, y se lo gastó todo en una televisión que no necesitábamos y en las tragaperras.

—¿Cómo se lo va a inventar, inútil? Me hizo una visita el otro día y estuvo todo el rato llorando. No entiendo por qué te quieres quedar con toda la pasta que ganas. ¿Para qué la necesitas? ¿Para pagarte la universidad? —Se ríe otra vez—. Nosotros no servimos para esas cosas.

Me están entrando ganas de traspasar el móvil para poder pegarle un guantazo.

—Que me da igual lo que me digas, Simón —le espeto, malhumorado—. Estoy cansado de que todas las personas de esa familia me tratéis mal. No pienso volver a esa casa nunca más. Es más, cuando sea mayor de edad, pienso sacar a Rebeca de ahí para darle un buen futuro y que no tenga que aguantar a esos dos parásitos.

—Madre mía, estoy flipando contigo. —Mi hermano no para de reírse—. Con todo lo que te hemos dado mamá y yo...

—Pero nunca me habéis tratado bien.

—¿Sabes qué, querido hermanito? —me pregunta en un tonito que no me gusta nada, y puedo imaginarme la sonrisa diabólica que estará esbozando—. Ten mucho cuidado, porque alguien puede dar el chivatazo de que te dedicas a vender droguitas y termines compartiendo celda conmigo. Te recuerdo que pronto vas a cumplir los dieciocho; yo, si fuera tú, me andaría con ojo.

Ahora soy yo el que se ríe.

—¿Eso es una amenaza?

—Tómalo como quieras, pero estaría de puta madre que siguieras mis mismos pasos para que se te quitasen todas las tonterías de la cabeza, por desagradecido.

—¿Sabes qué, querido hermanito? —lo imito—. Que te vayas a la mierda y ojalá te pudras ahí dentro. —Y cuelgo.

La guerra que da este tipo aunque esté metido en la cárcel... No me extraña que se esté volviendo todavía más loco, ya que sabe que no va a salir de ese sitio hasta dentro de veinte años, como mínimo. Sin embargo, no me fio nada, porque es una mala persona y sé que es capaz de joderme dando un chivatazo, a pesar de que se trate de mi propio hermano.

Bloqueo el número con el que me ha llamado y me percató de que Hannah ha respondido a mi mensaje hace dos minutos.

Tontaina: «Estoy abajo. Ven»

Me asomo a la ventana del piso y la veo con la cabeza alzada en mi dirección, saludándome con la mano, al lado de la moto de su hermano. No tardo en bajar, y lo primero que hacemos es saludarnos con un beso y un abrazo.

—Tengo que hablar contigo —le digo.

—Me imagino lo que es. —Me tiende un casco—. Vamos, que te invito a desayunar y hablamos con más calma.

—Ya he desayunado.

—¿Y qué? —Se encoge de hombros, juguetona—. Yo también, pero no me importa desayunar dos veces.

No puedo evitar esbozar una sonrisa.

—Está bien.

Cuando llegamos al Chon, saludamos a Alan y a Leo, que se encuentran desayunando con sus amigos en una de las mesas del fondo (incluso están mis jefes, Sebas y Macarena, pero fingimos que no nos conocemos). Después, la pelirroja y yo nos sentamos en otro sitio, y su tío nos sirve chocolate caliente y tortitas.

—¿Has hablado con mi tía Tania? —me pregunta Hannah.

—Me ha despertado esta mañana; estaba observando cómo dormía.

Se le escapa una carcajada.

—Está medio loca, pero, en el fondo, es buena gente.

Me llevo un trozo de tortita a la boca.

—¿Por qué le has contado lo mío? —le reprocho cuando trago, mirándola a los ojos—. Pensaba que podía confiar en ti.

—Lo siento. —Su expresión es de arrepentimiento—. Es que ayer, por la tarde, me acorraló en mi casa y quiso sonsacarme información sobre ti para saber si eras de fiar. Me dijo que le parecía raro que pudieras mantenerte tú solo con un mísero sueldo de camarero.

—¿Y?

—Me hizo el lío, mintiéndome con que te había descubierto vendiendo drogas. Yo se lo negué, pero ella fue más lista y me dijo que tendría que echarme de su casa porque no le gustan las cosas ilegales. Entonces no tuve más remedio que convencerla de que no lo hiciera porque ibas a dejar ese trabajo cuando encontrases uno legal. —Suspira y mira al techo—. De verdad que lo siento mucho.

Junto mi mano con la suya por encima de la mesa.

—No pasa nada. En realidad tenéis razón, pero el problema es que no encuentro ningún trabajo normal, y mucho menos en el que paguen bien.

—Porfa, Kevin —me ruega mirándome con sus alucinantes ojos marrones—. No me gustaría nada que te pasase algo y acabaras en la cárcel. Hazlo por tu hermana; imagina que Servicios Sociales descubren lo que haces.

Ufff.. Ahí me ha pillado. Ni siquiera me permitirían hacerme cargo de ella.

—Está bien, Hann. Te prometo que lo dejaré; esta vez es de verdad.

—Vale, pero si alguna vez necesitas dinero, no dudes en pedírmelo. Eres muy importante para mí y te quiero un montón. —Se detiene de golpe al acabar de pronunciar las palabras mágicas, y en su rostro se refleja el terror; yo me quedo anonadado—. Uy, he hablado demasiado. Mejor borra de tu mente los cinco últimos segundos.

—No pienso borrar nada. —Ladeo media sonrisa—. Has dicho que me quieres, pero no un poco, sino un montón. Debería haberte grabado con el móvil.

—Ha sido un lapsus. —El rubor de sus mejillas se mezcla con sus infinitas pecas—. Es que he madrugado y mi cerebro aún está adormilado, ¿sabes?

—Ya, ya.

Hannah se concentra en comerse su tortita sin mirarme.

—En realidad, te sigo odiando.

—Yo también —le respondo sin apartar la mirada de ella, y me hace gracia cómo evita alzar la vista hacia mí—. Es una mezcla perfectamente imperfecta entre amor y odio.

—Cierra el puto pico, Kevin.

Acerco mi rostro al suyo por encima de la mesa y la obligo a mirarme, cogiéndola del mentón.

—Estás muy roja.

—¿Qué dices, mamón? Es el reflejo de mi pelo y de mis pecas porque soy muy blanquita de piel —me responde, toda digna—. Yo nunca me sonrojo.

—Vale, te creo. —La beso en los labios, sonriendo—. Te quiero, Hann.

—Y yo te odio, Caraculo.

\* \* \*

Mis compañeras de piso cuarentonas y yo nos dirigimos hacia mi instituto, en la tartana de coche de Mel, porque dentro de un rato comienza la gala de graduación. Ellas han querido acompañarme para ver a Hannah y comer y beber gratis, así que dudo mucho que hayan decidido venir por mí.

Una vez que aparcamos el coche, los tres, superelegantes, atravesamos la verja en dirección al patio. Todos los alumnos que se gradúan vienen acompañados de sus familiares y charlan entre ellos de manera animada y felices, lo que me genera una gran envidia; además, la tristeza y la soledad se apoderan de mí porque no tengo a mis «seres queridos» cerca para que presencien este momento importante de mi vida.

Pero no pasa nada. Estoy acostumbrado. En mi graduación de cuarto de la ESO tampoco vino nadie, a excepción de Rebeca; mi madre prefirió quedarse en el bar, con la excusa de que la máquina tragaperras estaba calentita, a punto de que le diera el premio, y mi hermano estaba perdido por ahí, haciendo quién sabe qué. Mis profesores y algunos padres de mis compañeros me preguntaron por mi familia, y yo me inventé que todos estaban trabajando, pero no me libré de sus miradas de lástima, y en sus mentes seguro que pensaban «qué pena me da este chico».

—¿Qué te pasa, hombrecillo? —me pregunta Mel al darse cuenta de la expresión afligida de mi rostro.

—Estás mustio —añade Tania analizándome.

—Son los nervios de hoy.

—¡Anda, mira, tienes una pestaña! —exclama Mel, sorprendida, y me quita la pestaña de la mejilla derecha—. Tienes que pedir un deseo.

—Yo no creo en esas cosas. —Me río, pero se nota que no lo he hecho con ganas.

—¡Mi parienta ha dicho que pidas un deseo y le haces caso! —se mete la otra en la conversación, haciendo aspavientos con las manos.

—Vale, vale. —Permanezco unos segundos pensando en ese deseo y, cuando lo tengo, aviso a Mel—. Ya está.

—Ahora, sopla —me dice mostrándome la yema de su dedo índice, donde descansa mi pestaña, que desaparece en cuanto recibe una ráfaga de aire, proveniente de mi boca—. Ojalá se cumpla.

—Ya, ojalá. —Mi voz no ha sonado convencida.

—¿Qué has pedido? —me pregunta Tania, curiosa—. A tu mami Tania debes contárselo todo.

—No puede decírtelo, que no se cumplirá —replica Mel.

—Menuda mierda, entonces.

Después, ellas se marchan a beber algo y yo aprovecho para buscar a Hannah por el patio, pero creo que aún no ha llegado, porque no se oyen chillidos de las admiradoras locas de su padre mientras gritan «Dios mío, ese es Álvaro Buenorro».

Con quien sí me encuentro es con Borjamari, acompañado de su característico palo metido por el culo, y me saluda como si le cayera bien, pero enseguida deduzco que se ha acercado a mí para

meterse con mi traje violeta, diciendo que parezco «una maricon» y fardar del suyo, que es negro, de Prada y se lo han comprado sus padres por tres mil doscientos euros.

Menos mal que no voy a volver a ver su careto durante lo que me queda de existencia. O eso espero...

—Ten mucho cuidado, no vaya a ser que algún torpe te tire la bebida encima —le aconsejo con una amplia sonrisa, y le doy un par de golpecitos en el hombro, a modo de despedida.

—No me toques con tus sucias manos. —Borjamari se sacude la zona que le he tocado como si le hubiera pegado una garrapata.

—Perdone usted. —Me echo a reír—. Si me disculpas, tengo que seguir buscando a mi novia.

—¿Todavía seguís juntos? —inquire enarcando una ceja, y yo asiento, sonriendo de oreja a oreja—. Tal para cual. El sintecho con la matabebés.

—Ya ves. Estamos hechos el uno para el otro. —Le vuelvo a dar un par de golpecitos en el hombro—. Buena suerte en Oxford... O en la universidad de prestigio donde vayas; espero no verte por ninguna pública derrochando tu talento como futuro médico. —Y me largo de su vista.

Menudo tipo. Me meo de risa cada vez que quiere intentar darme envidia con su actitud materialista y pedante.

Los siguientes a quienes me encuentro son a Leo y a Alan, que me reciben con un reconfortante abrazo, pero no hay rastro de Hannah ni de sus padres.

—¿Habéis visto a Hannah?

—Me ha enviado un mensaje hace cinco minutos y me ha dicho que acaban de salir de casa —me informa Alan—. Se les ha hecho tarde por culpa de mi padre, que se había quedado ensimismado delante del espejo del baño, contemplando su belleza, como le ocurre siempre.

Leo y yo nos reímos.

—Menudo ego tiene tu padre, ¿no? —le respondo a Alan.

—Es que está buenísimo. Yo, si no estuviera casado con Alan, le pediría matrimonio a mi suegro —comenta Leo, y mira a su marido—. Por cierto, ¿te acuerdas de la última vez que estuvimos en este insti? Fue en la anterior graduación de tu hermana. Me subí al escenario para reconciliarme contigo con un discursito. Qué vergüenza pasé.

—Como para olvidarlo —le contesta el otro recordando ese momento, risueño.

Me acuerdo de ese día. El pobre Leo estaba muy nervioso encima del escenario; cuando terminó de hablar (no lo entendió nadie, por lo incomprensible que era su discurso), salió corriendo, a punto echarse a llorar, de sufrir un ataque de pánico o los dos. Fue el protagonista de todas las *stories* de Instagram de mis compañeros de clase durante un mes.

—Yo tengo el vídeo de ese momento —intervengo sacando mi móvil del bolsillo de mis pantalones—. ¿Lo queréis ver?

—¡No! —exclama Leo con rapidez, pero luego se lo piensa mejor y rectifica—: Bueno, sí, enséñalo.

Busco el vídeo en los archivos de mi móvil y, cuando lo encuentro, se lo muestro a los dos.

—Alan... Esto... —Se oye Leo desde el teléfono—. *También quiero estar contigo y ser dos uni... universos en el día... diamante...* —Una pausa—. *Y, bueno, que paséis unas buenas gracias... y muchas tardes por escucharme. Adiós.*

A Alan y a mí nos entra un gran ataque de risa, pero Leo tiene las mejillas a punto de explotar.

—¿Por qué nadie me ha informado de la existencia de ese horrible, vergonzoso y ridículo vídeo? —Leo se lleva una mano al corazón, ofendido—. Dios, qué bochorno más grande. Siempre estoy haciendo el ridículo.

—Pásamelo por WhatsApp, porfa —me pide Alan—. Ya tengo algo con lo que hacerle *bullying* a mi marido.

Mientras le envío el vídeo, escuchamos unos gritos provenientes de un grupito de mujeres, al lado de la cancela de la entrada del insti, y no me queda ninguna duda de que mi suegro ha aparecido. La parejita y yo caminamos hacia allí, con la intención de saludar a la familia entera (incluso ha venido la ama de casa), pero mis ojos sólo pueden prestarle atención a Hannah y me quedo pasmado ante su belleza. Luce un vestido violeta con escote en forma de corazón y la falda pomposa, que le llega hasta las rodillas; unos tacones del mismo color, y su larga melena pelirroja y ondulada se la ha dejado suelta.

—Vamos a juego —es lo primero que me dice Hannah, dedicándome una bonita sonrisa, y después se abraza a mi cuello y me da un beso en los labios—. ¿Te has quedado mudo?

—Es que estás tan fea que no sé ni qué decir.

—Pues tú estás deslumbrante, Kev.

Contemplo sus sexys labios pintados de violeta y me río para mis adentros.

—¿Las bragas también las tienes violetas? —me burlo.

—¿Y si te digo que no llevo? —Se muerde el labio inferior.

Se me acaba de olvidar el proceso de tragar saliva.

—¿No llevas?

Y se echa a reír en toda mi jeta.

—¡Claro que llevo! ¿Cómo voy a venir con el matojo al aire libre? Se me vería todo desde el público cuando me subiera al escenario. Además, quiero que los idiotas de siempre se queden con la duda de si lo tengo pelirrojo o no.

Pfff... Esos cansinos llevan años preguntándole lo mismo a Hannah, pero ella les respondía enseñándoles su dedo corazón.

—Yo también tenía esa duda —admito, y me acerco a su oreja para susurrarle—: Aunque ya me la has resuelto.

Hannah no borra su sonrisa de los labios y me acaricia la mejilla, mirándome.

—¿Podemos dejar de hablar de mi vello púbico?

—No. Es divertido.

Espléndida interrumpe nuestro momento romántico y me da la enhorabuena por mi graduación, como si fuera una madre orgullosa. Después, saludo a los padres de Hannah, que me aplaudirán, y luego a mis cuñaditos; el peque Aitor me dice que estoy muy guapo, Mimi pone mala cara y Leo júnior, desde su carrito, me suelta que soy un lelo.

Cuando llega la hora de sentarnos en nuestros respectivos asientos por orden alfabético de apellidos, le hago pucheritos a Hannah porque nos toca separados; ella, por apellidarse LeBlanc, y yo, Zamora.

He tenido suerte con mi apellido, porque la mayoría de las veces me ha dado tiempo a copiar los deberes en clase, pero también he estado realmente jodido cuando el profesor o profesora decidía empezar a preguntar por el final de la lista de alumnos.

En mi asiento, le echo un vistazo al móvil y descubro que Rebeca me ha enviado un mensaje.

Rebeca: «Mamá me ha prohibido ir a tu graduación. Lo siento, Kevin. Yo quería verte»

Frustrado, vuelvo a guardarme el teléfono por culpa de mi madre, que siempre me tiene que amargar la existencia.

# Capítulo 29

## Hannah

—Ven, que te quiero presentar a alguien —me dice Kevin en cuanto finaliza la gala de graduación.

Me ha hecho gracia cuando le ha tocado el turno de subir al escenario para que mi madre le pusiera la beca sobre los hombros con el logotipo del insti, porque mis tías han empezado a aplaudirle como unas chaladas, junto a Alan, Leo y mi padre; este último no ha parado de llorar en ningún momento por culpa de la emoción desde que he salido yo y, cuando se ha terminado todo, no se ha despegado de mí, ni siquiera para dejarme respirar por lo fuerte que me estaba abrazando.

—¿A dónde me llevas? —le pregunto a Kevin mientras me arrastra por el patio, con nuestras manos entrelazadas—. Espera, no vayas tan rápido, que parezco un pato mareado con los tacones.

—Si quieres, te llevo en brazos, como si fueras una princesa.

—¿Como si fuera? —Abro la boca, sintiéndome totalmente insultada—. Disculpa, pero yo ya soy una princesa.

—Si eres una malhablada.

Me quito los tacones para continuar el camino descalza, pero también para golpearle a Kevin en la mejilla con uno.

—¡Kevin! ¡Hannah! —escuchamos la voz de una niña—. ¡Esperad!

Cuando nos damos la vuelta, descubrimos a Rebeca viniendo hacia nosotros, que no tarda en fundirse en un abrazo con su hermano.

—Pero ¿qué haces aquí? —le pregunta Kevin con el rostro iluminado de felicidad, y yo los observo con una sonrisa—. ¿No me habías dicho que mamá no te dejaba venir?

—Sí, pero he conseguido escaparme de casa mientras ella y el parásito hacían sus cosas en su habitación. Como ha cerrado la puerta de la entrada con la llave y ha escondido la mía, he cogido la que tenía en su bolso, que lo había dejado en el salón, y me he largado.

El semblante de Kevin se torna preocupado.

—No deberías haber hecho eso, Rebeca. Cuando llegues a casa, mamá te va a regañar.

—No me importa. No quería perderme este momento ni dejarte solo. —Se queda mirando el traje de su hermano y decide cambiar de tema—: Por cierto, estás muy guapo.

—Ay, Rebeca. —Kevin la vuelve a abrazar.

Al separarse, mi cuñada se dirige a mí y me mira el vestido con una mueca de diversión.

—Vais conjuntados y todo —nos dice, y la rodeo con mis brazos, pero encorvándome porque aún no ha pegado el estirón—. Tú también estás muy guapa, Hannah, pero ya va siendo hora de que te des cuenta de quién es tu amor verdadero.

—¿Y quién es? —quiero saber tras separarme de ella, y pongo los brazos en jarras.

—Pues yo —me responde, presumida—. Parece mentira que no te hayas pisado de las señales que te he ido enviando desde hace tiempo.

—¿Qué señales? —Esbozo una sonrisa—. Es que yo voy empanada por la vida y nunca me entero de nada.

—Confirмо eso —interviene Kevin rodeándome con un brazo—. De mis señales tampoco se dio cuenta. Desde que empezó el curso llevo colándole piruletas y Chupa Chups en la mochila sin que se enterase, y hasta hace unos días no me descubrió.

—Mi supercerebro falla cuando se trata de estas cosas —le digo, y Kevin me regala un beso en la mejilla—. ¿No me ibas a presentar a alguien?

—Ah, sí, vamos. —Vuelve a entrelazar su mano con la mía y le hace un gesto con la cabeza a Rebeca—. Ven con nosotros.

Los tres abandonamos el instituto y mi chico nos guía hasta la tienda de chucherías que se encuentra a la vuelta de la esquina. Cuando entramos, la dependienta, que es una señora de sesenta y tantos años, nos recibe con una sonrisa.

—Qué guapos estáis —nos suelta, y nosotros nos acercamos al mostrador.

—Gracias —le responde Kevin y, a continuación, hace las debidas presentaciones—. Hannah, ella es Ángeles, la señora que me regalaba las piruletas para que te las diera a ti. Me dijo que no me iba a dejar pagarle ni una hasta que me viera entrando por la puerta de esta tienda contigo como novia.

—¿De verdad? —Me echo a reír porque eso ha sonado muy surrealista—. Estoy flipando mucho.

—Es que este hombre está loquito por ti, muchacha —me responde Ángeles—. Me alegro de que su amor sea correspondido. Hacéis una bonita pareja.

—No tanto —nos interrumpe Rebeca—. Hannah haría mejor pareja conmigo. Pero bueno... ¿Qué se le va a hacer?

—Pero si ella tiene dieciocho años y tú, casi catorce —le contesta Kevin—. Sería considerado pederastia.

—No es tanta la diferencia —replica Rebeca, y yo le sonrío con ternura—. Además, tú todavía tienes diecisiete, así que eres menor de edad y también puedo decir que es pederastia.

—Me faltan un par de meses para los dieciocho.

—Ahí lleva razón tu hermana —intervengo sin borrar mi sonrisa—. Eres muy chiquito todavía; ni siquiera puedes comprar alcohol.

—Muy graciosa.

Antes de marcharnos, Ángeles nos regala una bolsa llena de piruletas y Chupa Chups, a Kevin y a mí nos dice que duremos mucho tiempo juntos, y a Rebeca, que ojalá encuentre pronto una Hannah. Por último, le damos las gracias y regresamos al instituto, donde sigue toda la gente comiendo, bebiendo y hablando.

—¿Qué haces con los tacones en la mano? ¡Póntelos ahora mismo! —me ordena mi madre en cuanto me ve caminando descalza—. ¡Te vas a clavar algo raro en los pies!

—Ay, mamá, es que son molestos.

—¡Me da igual! ¡No quiero llevarte a urgencias!

Pongo los ojos en blanco porque siempre tenemos que estar dando el espectáculo allá donde vamos.

Nos acercamos a los demás miembros de mi familia (han venido todos mis tíos y mis abuelos que viven en Málaga) y reparto unas cuantas piruletas entre mis hermanos, Leo, Rebeca, Niko, Dylan, Samu y Gigi.

Mi abuela materna se aproxima a mí, ataviada con un impoluto vestido negro.

—¿En qué carrera te vas a matricular? —es lo primero que me pregunta como la sargento que es. Ni un hola, ni cómo estás, ni nada—. Te sugiero que estudies Derecho, ya que tu madre no quiso hacerlo para dedicarse a ser una pintamonas... Por lo menos para que tengas un buen futuro.

—No voy a seguir estudiando —le contesto, orgullosa, y puedo adivinar que no le ha gustado mi respuesta. Kevin se encuentra a mi lado, escuchando con atención—. Voy a ser *influencer* de Instagram y viajaré con una autocaravana a todos los sitios que me apetezcan.

—Menudo desperdicio de vida. —Mi abuela me contempla como si estuviera oliendo un pedo—. No sé de qué me sorprende, si has salido al quinquí de tu padre.

Le dedico una falsa sonrisa.

Alan interrumpe nuestra charlita sobre mi futuro y nos arroja un puñado de purpurina. Mi abuela maldice entre dientes y se sacude los polvitos brillantes de la ropa.

—Holi, abu —la saluda mi hermano con su encantadora sonrisa.

—El que faltaba: el quinquí bastardo. ¿Cuándo piensas quitarte esos *piercings* tan feos de la cara? No te van a contratar en ningún colegio como sigas llevándolos.

Dios mío, qué ganas tengo de cerrarle ese pico con un esparadrapo. Siempre está igual... Le encanta venir de Málaga para criticarnos a todos.

—A mí me gustan los *piercings* —le responde Alan enseñándole todos sus dientes blancos—. ¿Qué tienen de malo?

—Que pareces un delincuente.

Mi abuelo Marcos viene en su búsqueda y le echa la regañina por andar metiéndose con nosotros; después se la lleva, en dirección a mis otras dos abuelas.

—¿Siempre ha sido tan...? —pregunta Kevin sin acabar la frase.

—Sí, es un horror de mujer —lo interrumpe—. Cuanto más vieja, más mala.

—No le hagas caso, Hannah Montana —me dice Alan envolviéndome en un abrazo.

Y continuamos pasándolo bien con mi familia hasta que llegue la hora de que nos vayamos a cenar con los demás compañeros de clase y los profesores.

\* \* \*

Cuando Kevin y yo nos bajamos en la parada de autobús cercana al piso que comparte con mis tías, lo hacemos tambaleándonos y riéndonos, un poco achispadillos.

Como no nos han servido alcohol en la cena de graduación porque hay muchísimos compañeros que no tienen la mayoría de edad, al terminar, mi clase entera ha continuado la fiesta en un parque, y Kevin y yo no hemos tenido más remedio que apuntarnos para hacer una despedida como Dios manda con la gente del insti.

Hasta que algún vecino chivato ha llamado a la poli porque estábamos armando demasiado jaleo y hemos tenido que salir huyendo.

—No sabía que la niña buena fuera capaz de emborracharse —me dice Kevin mientras subimos por el ascensor; yo, con los tacones en la mano.

—Ya ves... Ya te he dicho que soy una caja de sorpresas —le respondo con las mejillas sonrojadas y sonriendo.

Una vez que llegamos a la planta correspondiente, me siento en el suelo y espero a que intente abrir la puerta del apartamento con su llave, pero fracasa.

—Mierda, no puedo meterla.

Me entra la risa.

—Busca el agujero, bobo.

—Ya lo he encontrado, pero no entra —me responde, agobiado, mientras yo no paro de desternillarme, tirada en el suelo—. Hannah, no te rías tanto y ayúdame.

Me levanto como puedo y le arrebato la llave de la mano.

—Qué mala puntería tienes para esto. Con lo bien que se te da meterla en otros sitios... —Le guiño un ojo, sonriéndole, y observo cómo traga saliva, mirándome con cara de empanado—. ¡Bu! —exclamo dándole un susto, y él se sobresalta.

—Abre ya, que vas a despertar a los vecinos y a tus tías.

Le hago caso, meto la llave en la cerradura a la primera y abro con sigilo. Nos dirigimos hacia su habitación, aguantándonos la risa porque Tania y Mel están dormidas. Suelto los tacones en el suelo, me tiro en la cama, bocarriba y despatarrada, y me levanto la falda del vestido, enseñándole las bragas.

—Venga, a ver si la puntería no te falla ahora —le digo.

Kevin se me queda mirando, de pie y con los brazos cruzados.

—Estás borracha y cansada.

—Tú también.

—Pero yo he bebido menos —replica deshaciéndose de la pajarita—. Levanta, que voy a ayudarte a quitarte el vestido.

Le hago pucheritos, pero obedezco, poniéndome en pie. Me baja la cremallera con lentitud y delicadeza, y yo no puedo evitar ponerme cachonda con este momento. Después, me baja el vestido sin siquiera prestarle atención a mis tetas (y eso que no me he puesto sujetador) y me deja sólo las bragas negras de encaje.

«Menudo autocontrol tan envidiable tiene este chico», pienso mientras contemplo cómo coloca mi vestido en su silla de escritorio, con cuidado para que no se arrugue.

—Es que, aunque no te lo creas, soy todo un caballero —oigo que dice—. Me estoy esforzando demasiado con mi autocontrol, que lo sepas.

—¿Me has leído el pensamiento o he pensado en voz alta?

—Has pensado en voz alta —me responde sonriendo de medio lado, y prepara la cama para que me acueste—. Venga, a dormir.

Vuelvo a hacer pucheritos y me tumbo en el colchón. Luego, me tapa con la sábana, creyéndose mi madre o mi padre, y desaparece de la habitación. Regresa unos minutos después con un par de vasos de agua y aspirinas, y me obliga a tomarme una.

—Gracias por preocuparte por mi resaca, Caraculo.

—De nada, Hann. —Me tira del moflete, coloca los dos vasos sobre la mesita de noche, se mete en la cama y se acurruca junto a mí, abrazándome por la espalda—. Buenas noches.

Yo, no sé por qué, pero me río.

—Buenas noches —consigo responderle.

\* \* \*

—Dame tu móvil —le ordeno a Kevin.

Hoy nos hemos venido a mi habitación y estoy a punto de ponerle al Caraculo una simulación de examen de selectividad de Historia de España. La verdad es que este chico se está esforzando un montón, porque lleva un par de semanas estudiando sin parar. Sin ir más lejos, ayer le hice un examen de Inglés y de Lengua y Literatura, y le puse un sobresaliente en cada uno (según mi

criterio de intento de correctora).

—Sí que eres marimandona —me dice sentado en la silla de mi escritorio, y se saca el teléfono del bolsillo de sus vaqueros para después tendérmelo.

—¿En selectividad te van a dejar mirar el móvil? No, ¿verdad? Pues cierra esa boca. — Preparo el cronómetro de mi teléfono—. Tienes una hora y media. Ya puedes empezar.

Kevin me obedece y se sumerge en su examen, donde me tiene que contar movidas sobre la guerra civil española. Como yo no me voy a presentar a esas pruebas, a pesar de que la pesada de mi madre continúe insistiéndome, aprovecho este momento para avanzar un poco en alguna de mis novelas; tengo como diez proyectos empezados y no soy capaz de terminar ninguno porque se me ocurren ideas nuevas a cada rato y debo sacarlas de mi cabeza cuanto antes.

Me acomodo en mi cama con el portátil sobre las piernas y canto en mi mente la canción *Pinto, pinto, gorgorito* para elegir una novela. Al final, me toca avanzar en una que trata sobre zombis que quieren exterminar a la humanidad.

Me crujo los dedos y comienzo a aporrear las teclas, pero Kevin se da la vuelta en un par de ocasiones para pedirme que no haga tanto ruido porque no se concentra.

Menudo señorito; le molesta todo. Nos hemos tenido que venir a mi casa porque en su piso estaban mis tías hablando a gritos y no había manera de que se callaran.

Durante el tiempo que dura el examen, procuro ser silenciosa escribiendo, aunque vaya mucho más lenta que de costumbre, y me hago mil palabras del tirón (en otras ocasiones, habría llegado a las dos mil, pero hoy he sido una chica considerada para no molestar al otro).

Cinco minutos antes de que el cronómetro nos avise de que se ha acabado el tiempo, mi padre entra en mi cuarto para anunciarme, con la expresión más seria que le he visto en mi vida, que tiene que hablar conmigo.

Vaya por Dios. ¿Ahora qué querrá este hombre? Como me diga que le han diagnosticado alguna enfermedad mortal, me voy de la vida, porque no es normal que tenga esa cara de entierro.

Abandonamos mi aposento para que Kevin continúe con el examen y nos metemos en el de Alan.

—Al grano, papá —rompo el hielo cuando nos sentamos en la cama—. ¿Qué enfermedad tienes?

—¿Qué? —Se echa a reír—. ¿Ya quieres que me muera?

Respiro más tranquila al saber que no lo voy perder.

—Entonces, ¿por qué estás tan serio? ¿Es mamá la que ha pillado algo? ¿Cáncer de pulmón? Si es que lo sabía... Con lo que fuma esa mujer, no me extrañaría nada.

Como me confirme lo que acabo de soltar, también me voy de la vida.

Mi padre se vuelve a reír.

—Nadie se va a morir, tranquila; estamos los dos muy sanos y seguiremos dándoles guerra a nuestros preciosos trogloditas. Te he secuestrado un momento porque quiero que te pienses mejor lo de no seguir estudiando. —Me muestra unos cuantos papeles que se encuentran sobre la cama—. Échale un vistazo a esto.

Observo los documentos y me doy cuenta de que son los planes de estudio de varias universidades a distancia.

Pongo los ojos en blanco.

—Dios mío, qué pesadilla. Esto ha sido idea de mamá, ¿verdad? Como a ella no le hago caso, te ha mandado a ti, que eres el progenitor más enrollado.

—No, se nos ha ocurrido a los dos —me contesta con una amplia sonrisa—. Piénsalo bien,

princesa. Mientras visitas ciudades con tu autocaravana, puedes estudiar algo por tu cuenta; ni siquiera tienes que asistir a las clases en la universidad. Siempre es mejor tener un plan B por si el A sale mal. Mira todas las carreras durante estos días, en tu habitación, tan tranquila, y eliges la que más te guste.

—De acuerdo, papi —le digo para que se calle y deje el temita zanjado.

Me da un beso en la cabeza y nos levantamos a la vez de la cama, pero, al abrir la puerta, mi madre casi se estampa contra el suelo.

—Estaba comprobando la calidad de la madera —comenta dándole una palmada a la puerta.

Vuelvo a poner los ojos en blanco por culpa de estos padres tan especiales que me han tocado y regreso a mi cuarto. Le requiso a Kevin su examen y me importa un pepino que no lo haya acabado, porque ha tenido más tiempo del que debería.

—Estaba terminándolo de repasar —me informa con cierto malhumor y frunciendo los labios.

—En selectividad no te van a regalar más tiempo.

Se pasa una mano por la cara, agobiado.

—Estoy harto de escuchar esa palabrita.

—Tranquilo, que te queda poco. —Le doy una palmada en el hombro, en expresión de apoyo.

Decidimos bajar al jardín para tomar el aire y me acomodo en la mesa para corregir el examen; a mi lado se encuentra Mimi concentrada en su *tablet*, y Kevin se pone a jugar en el césped con Aitor, Leo júnior, la perra y los gatos.

—Te has quedado atontadísima. —Mi hermana me saca del trance unos minutos después.

Sacudo la cabeza porque me había quedado embobada contemplando al Caraculo, que sostiene al peque Leo entre sus brazos mientras le hace carantoñas.

—Vuelve a pegar tus ojos en la *tablet* y cállate —le ordeno, y me dispongo a corregir el montón de folios que tengo delante.

—Por lo menos ese tipo me cae mejor que el tonto de Borjamari y el cabrón de Simón.

Al oír semejante declaración, levanto la vista de la hoja para posarla en Mimi.

—Guau... No me puedo creer que hayas dicho algo así —le respondo, y luego desvío la mirada hacia Kevin—. ¡Caraculo, ven un momento!

El aludido no tarda en acercarse a mí, sujetando a mi hermanito.

—¿Ya has terminado, Hann?

—No soy un robot; necesito mi tiempo. —Me echo la melena hacia atrás, mirándolo—. Pero mi hermana me ha confesado que le caes bien.

El Caraculo dirige los ojos hacia su cuñadita con la ceja enarcada, incrédulo.

—Eh, eh, eh, no te confundas, que Hannah ha maquillado sus palabras. —Mi hermana lo apunta con el dedo—. Lo que de verdad he dicho es que me caes mejor que el tonto de Borjamari y el cabrón de Simón.

—Ahhh. —Kevin sonrío.

—Pero no te emociones, que Leo siempre será mi cuñado preferido.

—¿Lelo *carbón*? —inquire Leo júnior.

Mi madre sale como una exhalación al jardín, trayendo consigo la hucha de los tacos.

—¡Nada de palabrotas! —nos regaña—. ¡Miriam Ariadna, has dicho cierto insulto dos veces, así que debes echar dos euros!

—Joder, mamá —se queja mi hermana, enfurruñada.

—¡Tres euros!

Mimi saca de su estuche del cole toda la calderilla que tiene guardada y junta tres euros, que

los introduce en la ranura de la hucha.

—¡Estoy harta de esta familia opresora! —exclama, y señala al peque Leo—. ¡Él también ha dicho dos palabrotas!

—Bueno, en realidad, este pequeñajo ha dicho *lelo carbón* —lo defiende Kevin—. Y aún no comprende que son insultos.

—Retiro lo dicho sobre lo de que me caes mejor —le espeta mi hermana, que se cruza de brazos, observándolo con odio.

Después, mi madre se vuelve a meter en casa con su preciada hucha, Kevin sigue jugando con los demás en el césped, yo me centro en corregir el examen y mi hermana escribe un artículo en su blog sobre las familias opresoras.

Una vez que termino con mi tarea, llamo a Kevin otra vez para que sepa su nota.

—¿Un siete y medio? —Frunce el ceño al ver el número que he escrito en su examen; parece que no está conforme con esa cifra—. Quiero una revisión.

—No hay revisión que valga —replico, toda chula—. Te he quitado 0,10 por cada falta de ortografía. Si no hubieses tenido, habrías sacado un nueve y medio.

—Eso no vale, Hamm.

—Sí que vale, así que te aguantas —sentencio clavando mi mirada en la suya para que sepa que no voy a cambiar de parecer—. Aprende a escribir.

—¡Muy bien, demuestra quién manda en esa relación! —me felicita Mimi, y me aplaude.

—No estoy de acuerdo —interviene Kevin, enfadado—. No tiene sentido lo de las faltas de ortografía.

—Por supuesto que tiene sentido, porque me han sangrado los ojos. —Para que se mitigue su enojo, decido hacerle la pelota—: Pero te has esforzado mucho, Kevin. Vas a aprobar selectividad y, en septiembre, estarás estudiando Bellas Artes.

El Caraculo hace todo lo posible por aguantarse la sonrisa.

—Gracias, pero sigo cabreado por lo de las faltas.

# Capítulo 30

## Kevin

La semana decisiva ha llegado. Mi primer examen es el de Lengua y Literatura; creo que puedo aprobarlo si no me quedo en blanco en mitad de la prueba. La profe de esta asignatura nos puso un diez a Hannah y a mí en el trabajo donde nos tocó juntos (todo gracias a la pelirroja, que es una cerebrita); en cambio, en la evaluación global he sacado un ocho, que no está nada mal porque he conseguido esforzarme durante todo el curso.

Hannah aparca la moto de su hermano cerca del insti (que se la pidió ayer) y soy el primero en bajarme, ansioso. Observo el patio lleno de gente, donde los alumnos de cursos más pequeños aguardan a que empiece su primera clase del día, mientras los de segundo de Bachillerato están igual de nerviosos que yo, repasando los apuntes por última vez, dando vueltas de un sitio a otro o charlando con otros alumnos.

—¿Te puedo pedir un favor?

—A ver, dime —me responde Hannah guardando los cascos.

—¿Por qué no te haces pasar por mí? —le propongo, y ella se me queda mirando como si le hubiera dicho que los unicornios existen—. Así tengo los dieces asegurados en cada asignatura. Sólo tienes que guardarte todo ese matojo de pelo en una calva postiza, como hacen en las pelis, y ponerte una peluca que se parezca a mi cabello; también te puedes vestir con una sudadera ancha para que los vigilantes de los exámenes no se den cuenta de que tienes tetas, y te pintas puntitos en la cara para que parezca una barba de un chico de casi dieciocho años.

Su respuesta es reírse a carcajadas.

—¡Ni siquiera me parecería a ti! —exclama entre risas—. Soy más baja que tú, más blanquita y con la cara repleta de pecas, bobalicón.

Sonrío.

—Para eso existen el maquillaje y los zancos.

—Y no se darían cuenta, ¿no? Sobre todo en este instituto, donde todo el mundo nos conoce, y más a mí, que soy la hija de la directora. Además, ¿quién se presentaría a mis pruebas? ¿Tú, con una peluca pelirroja y un par de manzanas pegadas al pecho?

—Mira, estoy nervioso, ¿vale? —me defiende—. Sólo digo estupideces.

—Tranquilo, Caraculo. —Me da un puñetazo cariñoso en el hombro—. Te va a salir genial para que puedas estudiar tu carrera de pintamonas.

Mi suegra se aproxima a nosotros, muy sonriente.

—Mi segundo yerno favorito. —Ari me estrecha entre sus brazos, lo que hace que me sienta un poco incómodo y mis nervios se disparen, pero también me gusta esta sensación de importarle a alguien y que me trate como a un hijo—. Mucha suerte.

—Poto —oigo a Hannah—. Qué empalagosos, por favor.

Ari se separa de mí para abrazar a su hija.

—¿Celosa, mi niña?

—Ay, mamá, quítate —se queja la pelirroja intentando zafarse de mi suegra, y yo esbozo una sonrisa, contemplándolas.

Cuando se separan, Ari le comenta a su hija que está muy contenta de que por fin haya decidido presentarse a los exámenes, pero Hannah suspira.

—Qué pesada. Esto sólo lo hago por esa preciosa autocaravana que me prometió papá que me regalaría, no porque de verdad quiera estudiar.

—Lo que tú digas, mi chiquitina. —Ari le tira del moflete a su hija—. Me voy, que comienza mi jornada laboral de domadora de adolescentes llenos de hormonas.

Una vez que nos deja a solas, Hannah se abraza a mi cuello y me besa en los labios; después, se quita la pulsera de mariposa que le regalé por su cumpleaños y me la coloca en la muñeca.

—Ten, para que te dé suerte —me dice, y luego se saca del bolsillo de sus *shorts* una barra de labios roja—. Y esto también.

—¿Es necesario que me pinte los labios para que funcione?

—Sí. —Me la acerca a la boca, pero yo echo la cabeza hacia atrás para impedirle que me pinte—. ¿O es que tienes la masculinidad demasiado frágil?

—Lo siento, pero sí. —Me río y le robo el pintalabios, que lo vuelvo a cerrar—. Mejor me lo guardo en el bolsillo, que funcionará igual.

Hannah me sonríe con inocencia y planta sus labios pintados de rojo en mi mejilla derecha primero, y luego en la izquierda.

—Te tienes que dejar las marcas hasta que terminemos los exámenes.

—De acuerdo. Así todos saben que estás marcando territorio.

—Eres un Caraculo. —Me da otro puñetazo en el hombro.

Lo que sí es cierto es que voy a hacer el ridículo con el dibujo de los labios de Hannah en cada mejilla, como si fueran dos coloretos, pero me da igual.

Un segundo antes de entrar en el insti, me vuelvo a perder con los besos de la pelirroja; luego me dice que la espere dentro y se separa de mí para charlar un momento con Gigi y Samuel.

Por los pasillos, me topo con mi hermana, que me desea suerte y me cuenta las últimas noticias de los dos parásitos, que continúan gastándose la paga en las tragaperras; además, les han vuelto a cortar la luz y el agua, y la casera les ha dado un ultimátum como no se dignen a pagar el alquiler. Yo no les pienso dar nada como sean capaces de pedirme dinero o como Simón me llame de nuevo para reprocharme que soy un egoísta.

—Vente a mi piso a comer después del insti y aprovechas para hacer los deberes y ducharte —le digo a Rebeca—. Mamá no tiene por qué enterarse, porque le vas a decir que te has ido con una amiga.

—Vale.

Rebeca, cuando regresó a ese zulo tras mi graduación, no se llevó ninguna regañina por escaparse, ya que los parásitos habían conseguido cien euros en las tragaperras por primera vez en sus vidas y se les olvidó lo que había hecho mi hermana.

Me despido de ella y me reúno en el pasillo con los demás alumnos que tienen que hacer el examen (algunos vienen de otros institutos de Madrid y de pueblos cercanos). El estúpido de Borjamari se acerca a mí, con sus pintas de niño pijo y mimado, y sujetando dos bolis tricolor. Se quita sus gafas de sol de marca, en una pose que está lejos de parecer sexy, y me mira.

—¿Cómo eso que un mindundi como tú se va a presentar a la selectividad? —quiere saber, hablándome como si estuviera mascando un chicle—. ¿Acaso no sabes que todas tus neuronas

deben estar vivas?

—¿Estás hablando contigo mismo? —me burlo, y entonces bajo un poco la voz para que no me escuche nadie, sólo él—. Porque la coca te deja atontado.

Se echa a reír de manera socarrona.

—Muy gracioso, apestoso. A ver cuánto duras en la universidad, si es que acaso logras entrar. Por lo menos yo estoy seguro de que sacaré un catorce para estudiar Medicina en el extranjero. A mis padres les va a costar un pastizal mi carrera, mientras que los tuyos no tienen dónde caerse muertos.

Menudo chiste de tío. Si donara su cerebro a la ciencia, sólo serviría para alimentar a los marranos, porque los científicos seguro que encontrarían poca cosa dentro.

—¿Cómo está tu querida Merche de un millón de euros? —le pregunto fingiendo preocupación por su ridículo coche.

—Estupendamente. —Sonríe con chulería—. Lo he dejado aparcado fuera para que todo el mundo lo vea y le dé envidia. —Y me apunta con el dedo índice, en expresión amenazante—. Pero eso sí, como te atrevas a acercarte a él, te denuncio. Sé que fuiste tú el que me rompió los cristales, aunque no disponga de pruebas.

De verdad, qué tipo más cansino.

—Una lástima —le respondo con ironía y sonriendo.

Hannah me confesó hace un par de semanas que fue ella la que arrojó piedras contra los cristales del coche porque estaba demasiado cabreada con su ex; fue el día en que Borjamari se enteró de que estaba embarazada y le pegó una bofetada en la clase de Educación Física. Yo me sentí orgulloso de ella, porque le dio a ese memo donde más le duele.

Hannah regresa a mi lado y los profesores comienzan a llamar por orden de lista a los alumnos para que vayan entrando, lo que me da tiempo a echarme una larga siesta mientras llegan a la «Z».

—Ojalá suspendas —me espeta Borjamari siguiendo con la provocación—. Es una lástima que ahora todo el mundo pueda ir a la universidad, incluso los piojosos como tú. Así va este país. —Después, sus ojos se posan en Hannah—. Y tú también, por haber matado a nuestro inocente hijo, zorra.

Y el gilipollas sigue y sigue...

Mi chica finge un bostezo de lo más exagerado para que el idiota se dé cuenta de que ya aburre con esos comentarios tan infantiles.

—Gracias por tus bellas palabras llenas de amor. —Le doy una palmadita en la mejilla y él me pega un manotazo—. Yo, como no soy tan cabrón, te deseo toda la suerte para que apruebes y pueda perderte de vista.

Borjamari nos dedica una última sonrisa fingida y se marcha hacia otra parte del pasillo, no vaya a ser que Hannah y yo le contagiemos nuestra inteligencia.

\* \* \*

—¿Sabes qué podemos hacer esta tarde? —me dice Hannah un par de días después, al terminar de comer en el Chon tras haber hecho el último examen.

—A ver, sorpréndeme.

Creo que todos me han salido bien y puede que apruebe, aunque lo malo va a ser esperar hasta que nos den las calificaciones, que me voy a morir de los nervios porque necesito saberlas ya. De Hannah no hace falta que diga nada porque aprueba incluso haciendo los exámenes con los ojos

cerrados.

—¿Qué te parece si nos vamos a mi casa, nos encerramos en mi habitación y...? —Sonríe, dejando la proposición a medias.

—¿Y? —inquiere enarcando una ceja—. ¿Te refieres a hacer cosas sucias?

Justo en este momento, Niko pasa por al lado de nuestra mesa con dos batidos de chocolate para unos clientes y nos mira, sorprendido.

—¿Cómo que vais a hacer cosas sucias? ¡De eso nada, que sois muy pequeños todavía! —nos regaña, pero se nota que está de broma, y luego mira a Hannah—. A Alan se lo pienso decir para que te ponga firme.

—¡No seas tan cotilla! ¡Estábamos en una conversación privada! —exclama ella, que se levanta para robarle uno de los batidos y darle un sorbo para que no se lo pueda quitar—. Anda, vete a darle *tras por detrás* a Dylan, a Dulce o a tu prima.

Me echo a reír, presenciando su disputa, y Niko continúa mirando a la pelirroja, pero esta vez con los ojos entrecerrados.

—Te estoy insultando en mi cabeza, Hannah Montana —comenta, y me deja el otro batido a mí para que no me quede mirando cómo mi chica se bebe el suyo; después se larga, con la intención de volver a preparar otros dos, ofendido.

La pelirroja se acomoda en su asiento de nuevo y le doy un sorbo al batido que no he pedido, pero me alegro de que el asiático haya sido considerado, aunque no le paguemos nada.

—¿Por qué le has dicho que le *détras tras por detrás* a Dylan? —le pregunto, curioso—. ¿No son amigos desde muy pequeños?

—Yo no digo nada. —Se pasa una cremallera invisible por los labios—. Si quieres enterarte de cada detalle, pregúntales a Alan y a Leo, que parecen los tertulianos del *Sálvame*, porque siempre se enteran de todo, en especial mi cuñado.

Tampoco es que me interese demasiado, porque nunca he sido tan cotilla.

—¿Y qué era eso tan importante que íbamos a hacer en tu habitación? —reanudo nuestra conversación.

Hannah se muerde el labio inferior con el semblante lleno de inocencia (fingida, claro).

—Me prometiste que me ibas a dibujar desnuda, así que estás en tu día de suerte.

Trago saliva y le doy un par de sorbos al batido fresquito porque se me acaba de secar la boca.

—¿Cómo que la vas a dibujar desnuda? —Niko aparece otra vez, con dos nuevos batidos y sin dignarse a respetar nuestra privacidad.

—Eh... Sí —le respondo con un hilillo de voz, porque sólo me está mirando a mí—. Es que me lo ha pedido Hannah.

Me siento como un cachorrillo indefenso ante esa mirada tan dura y los músculos que luce, porque es capaz de pegarme un guantazo y mandar mi cabeza a la Vía Láctea.

—¡Vete ya, que se van a enfadar los clientes de los batidos! —interviene Hannah salvándose la vida, y yo se lo agradezco mentalmente.

Niko me dedica una última mirada amenazante, pero se nota que está actuando, y se marcha, por fin, murmurando «esta juventud está loca», como si nos llevara sesenta años, cuando en realidad tiene tres más que nosotros.

—Entonces, ¿qué? —vuelve a hablar Hannah—. ¿Me vas a dibujar con todo el matojo al aire o se lo voy a tener que pedir a otra persona?

—¿Por qué eres tan bruta hablando?

—Me sale de manera natural. —Se encoge de hombros y bebe de su batido, aguantándose la

sonrisa con la mirada cargada de fuego posada en mí—. ¿Me vas a dibujar, Caraculo?

—Por supuesto, Hannah Comebanana.

Hemos terminado el curso sin saber quién escribía los insultos en las puertas del baño de chicos del insti; yo tengo mis dudas, pero juraría que ha sido Borjamari.

—Claro, la tuya. —Hannah hace un gesto obsceno con la mano y su boca, que provoca que mis mejillas se sonrojen, porque me da vergüenza que haga esas ordinarieces en público, pero a la vez me divierte.

Formo una pelotita con mi servilleta y se la lanzo a la cabeza.

—Suficiente —sentencio poniéndome serio—. Termínate ese batido, que nos tenemos que ir.

—A sus órdenes. —Se lleva una mano a la frente, imitando a un soldado—. Me encanta cuando finges ser un chico malo.

En cuanto nos acabamos los batidos, nos ponemos en marcha en la moto, hacia su casa, y no tardamos en entrar por el jardín, dirigiéndonos a la cocina, donde se encuentran sus padres; Álvaro está hablando por teléfono, sentado en la encimera, y Ari, comiéndose un pastelito de fresa en la mesa.

—Mamá —Hannah llama a mi suegra—. ¿Podemos robarte tus pinturas, un lienzo y un caballete? Es que Kevin me va a dibujar desnuda en mi habitación.

Ari se atraganta con un trozo de pastel y comienza a toser; Álvaro cuelga la llamada de inmediato y se nos queda mirando de hito en hito.

—¿Qué? —inquiérese mi suegro.

Yo me hago pequeñito y me coloco detrás de Hannah para protegerme.

¿Cómo se le ocurre a esta chica soltar tantos detalles? ¡No hacía falta que añadiera la palabra «desnuda»!

—Lo que has oído, papá —le responde la pelirroja; Ari continúa tosiendo y temo que muera atragantada por nuestra culpa—. Quiero que Kevin me dibuje desnuda porque voy a subir una foto de ese cuadro a mi Instagram, así le doy créditos y se hace famoso.

Más detalles innecesarios... Aunque yo no sabía que tenía la intención de publicar el dibujo en Internet. ¿No le da reparo? Ahí lo ve todo el mundo.

—Claro, podéis coger lo que queráis del desván —interviene Ari al calmarse de sus toses; su marido parece que se ha quedado mudo, al igual que yo. Después, añade—: Pero sólo con una condición: quiero que me lo enseñéis para que pueda dar mi opinión.

No, no, no. Eso sí que no. Menudo bochorno.

—De acuerdo, mami —le responde Hannah.

—No hace falta que me enseñéis nada a mí —suelta Álvaro al fin, y mira a su hija—. Avísame cuando lo publiques en tus redes para silenciarte.

Hannah y Ari ponen los ojos en blanco, murmurando que va a ser sólo un dibujito de nada, no una foto real. Sin embargo, yo entiendo a este hombre, porque a mí tampoco me haría gracia encontrarme con un dibujo de algún ser de mi familia desnudo.

Cuando nos disponemos a subir a la planta de arriba, Ari nos aconseja que cerremos la puerta con el pestillo para que sus otros hijos no entren de sopetón en la habitación y descubran esa escenita tan comprometedora de su hermana en pelotas mientras la plasmo sobre el lienzo; Mimi se volvería loca y me llamaría «pervertido», lo que significaría que le caería peor de lo que ya le caigo.

Espero a Hannah en su cuarto, que no tarda en regresar tras haber cogido los materiales de su madre del desván, con la ayuda del pequeño Aitor.

—¿Qué vais a hacer? —nos pregunta mi cuñado con el semblante lleno de curiosidad, mirándolo todo—. ¿Follar?

Este niño tiene una ligera obsesión con esa palabra cuando dos personas se encierran en algún sitio.

—No, bobalicón —le responde Hannah—. Kevin me va a dibujar desnuda.

¿Otra vez? A este paso se van a enterar hasta los vecinos de lo que vamos a hacer esta tarde.

Aitor arruga la nariz en una mueca de animadversión.

—Qué asco. —Ladea la cabeza en mi dirección—. ¿Cómo puedes ver a mi hermana en cueros sin traumatizarte?

—¡Oye, un respeto, Dumbo júnior, que soy tu hermana mayor! —le regaña la pelirroja, regalándole un guantazo en la nuca.

—Es que mis ojos ya se han acostumbrado a ver semejante... —le respondo a mi cuñadito, haciendo una breve pausa y mirando de reojo a Hannah por si tiene su mano preparada para darme una colleja—. Obra de arte. Cuando seas más mayor, no te traumatizarás al ver a tus parejas desnudas.

Aitor no abandona su expresión de repulsión.

—Pero a mis hermanos y hermanas, sí.

—Claro, porque no es lo mismo.

Hannah se harta de nuestra conversación sobre verla como su madre la trajo al mundo y da una palmada, interrumpiéndonos, lo que hace que demos un respingo.

—Fuera de mi habitación, Aitormenta —le ordena a su hermano empujándolo hacia la puerta—. Vete a molestar a Espléndida, al vecino loco de al lado o a los espíritus que acechan en el desván para matarte.

Al oír eso último, el pobre niño cambia su cara de asco a una de terror y se marcha escaleras abajo, pidiéndole a Mimi que lo ayude porque tiene miedo.

Yo no puedo evitar sonreír con ternura.

—Dios mío, no puedo con esta gente —se queja Hannah cerrando la puerta con un sonoro portazo. Por último, echa el pestillo—. ¿Por qué no tendré una familia normal?

—Pues a mí me parece encantadora, hasta Mimi.

Mientras Hannah se deshace de toda la ropa que lleva encima, me encargo de preparar las pinturas y de colocar el lienzo sobre el caballete.

Me acuerdo de que, hace un par de años, mi hermana me regaló estos materiales por mi cumpleaños (con dinero que le dio Simón) para que dibujara y pintara en casa, pero mi madre se enfadó un día conmigo y lo tiró todo a la basura, incluso los trabajos que ya tenía terminados, y no pude recuperar nada porque, cuando salí a la calle para mirar dentro del contenedor, sólo había bolsas de basura. Aunque, ahora que lo pienso, seguro que aprovechó el momento para venderlo todo y sacarse algunos euros para sus tragaperras.

—Ya —me avisa Hannah, que ya está posando como una modelo ejemplar, tumbada en su cama y en una posición de lo más sensual, y mis ojos la recorren entera—. ¿Estás listo? Más te vale plasmarme bien.

Me hago con el pincel más fino.

—Vas a parecer hasta guapa, ya verás —bromeo.

—¿Me estás llamando fea? —Abre la boca, anonadada, y se cubre con un cojín todo lo que puede—. Castigado sin pintarrapear.

—Es que eres muy fea, la verdad. —Me acerco a ella, le arrebató el cojín y lo revoleo por los

aires.

—¡Pues anda que tú con esa cara de culo que tienes!

Me echo a reír y me encorvo para juntar mis labios con los suyos y, de paso, le toco una teta, pero me gano un manotazo.

—Nada de toquetearme hasta que termines de trabajar —me ordena, superseria, y hace un ademán con la cabeza—. Venga, pintamonas. A ver si te sale como el que hiciste en la clase de mi madre.

Ah, ese dibujo... Hannah se ofreció como voluntaria para ser la modelo y su madre me puso un diez en ese trabajo, que lo tengo en mi habitación del piso de Mel; la pelirroja se sorprendió en cuanto lo vio.

—Vale, vale. —Levanto las manos en señal de rendición y regreso junto al cuadro—. Procura moverte lo menos posible —le advierto señalándola con el pincel—. Y tampoco hagas tonterías que puedan desconcentrarme.

—¿Si me pica una teta no me puedo rascar?

—No —le espeto.

—¿Me la rascarás tú? —Sonríe con maldad.

—Tampoco. —Le lanzo una mirada asesina porque yo, cuando trabajo, me lo tomo muy en serio—. Y cállate ya.

Ahora sí que estoy nervioso, incluso más que en los exámenes de selectividad, porque jamás he pintado a nadie en cueros.

# Capítulo 31

## Hannah

—¿Cuánto te queda, *Kevincasso*? —le pregunto a Kevin.

Llevo una hora y media posando de la misma manera, tumbada de lado y con la cabeza apoyada en mi antebrazo, en una posición demasiado sexy, pero lo malo es que tengo el cuerpo dormido y me estoy haciendo pis.

—Ha pasado poco tiempo; esto va para largo, Hannah —me responde, concentrado en el cuadro mientras que, de vez en cuando, desvía la mirada hacia mí para memorizarme.

—¿Podemos hacer un descansito de media hora? Posar cansa, eh.

Kevin me observa, enarcando una ceja.

—Pero si estás tumbada, tontaina. Ni que posaras de pie.

—Sabes que no puedo estar sin hacer nada durante tanto rato, que me estreso y me aburro, Caraculo.

—Pues te aguantas. A ver si te crees que dibujar tu belleza inexistente es fácil.

Le hago una mueca de burla y continúo posando durante media hora más, en silencio, hasta que me resulta imposible aguantarme las ganas de hacer pis.

—Tengo que mear.

—Háztelo encima —me sugiere, y no está bromeando.

—Muy gracioso.

Kevin me dedica una sonrisa y luego se acerca a mí para pasarme el pincel lleno de pintura morada (el mismo color que mis sábanas) por la mejilla.

—Venga, anda. Nos merecemos un descansito.

—Oh, gracias —le hablo mirando al techo.

Kevin me ayuda a levantarme, pero casi me estampo contra el suelo porque me hormigean las piernas por culpa de estar dos horas sin moverme.

—Te espero aquí. No tardes —me dice acomodándose en mi cama.

Tras estirarme y mover las piernas para que se despierten, me dispongo a salir de mi habitación, pero, al plantar mi mano en el picaporte, me acuerdo de que estoy en pelotas.

—¿Por qué no me has avisado de que iba a salir al pasillo con todo al aire? —le espeto a Kevin al darme la vuelta.

—No me acordaba. —Se encoge de hombros como si le importara un pimiento que mi familia me viera desnuda en directo.

Suelto un bufido.

Claro que no se acordaba, el pobre. Ya es costumbre que me vea desnuda.

Me encamino hacia el armario para sacar mi abrigo de pelo blanco y ponérmelo, tapándome las partes privadas que sólo puede ver Kevin. Después, me aproximo a paso lento al caballete para que el Caraculo no se dé cuenta de mis intenciones, a pesar de que tenga su vista posada en mí, y

así poder fisgonear lo que ha hecho hasta ahora, pero soy bastante mala fingiendo porque se levanta de un salto de la cama y se interpone entre el cuadro y yo.

Sonrío de manera inocente.

—No está terminado, Hannah —me informa cruzado de brazos, y señala la puerta con la cabeza—. Vete al baño ya, que te vas a mear encima.

—No iba a cotillear tu creación, mi *amol* —miento sacando barbilla—. En realidad, me estaba dando un pequeño paseo para estirar las piernas.

—Ya, ya.

Vuelvo a bufar y me doy media vuelta para abandonar la habitación, vestida sólo con el abrigo. Por el pasillo, no me encuentro a ningún miembro de mi familia, pero, al detenerme frente a la puerta del baño, que está entreabierta, escucho una especie de gemidos y pego la oreja a la madera.

—Ah... Me escuece mucho —oigo la voz de mi hermano Alan, que ha venido a casa hace un rato con Leo para bañarse en la piscina.

¿Qué demonios le escuece? ¿El culo?

—Ya casi no te sale sangre —le responde mi cuñado.

Mi hermano lloriquea y adivino que los gemidos de hace unos segundos eran quejidos.

Abro la puerta de golpe y me encuentro a Alan sentado en la taza del váter mientras Leo le cura la pierna con un algodón, arrodillado en el suelo; ambos están vestidos con un bañador de unicornios y sus cabellos lucen ligeramente húmedos.

—¿Qué hacéis? —quiero saber, y los dos ladean sus cabezas hacia mí.

—Llorar —solloza Alan con las mejillas repletas de lágrimas, de lo más dramático, como si tuviera tres años.

Mi hermano nunca ha sido así; siempre se ha mantenido fuerte cuando se ha hecho alguna herida, aguantándose el dolor. Cada vez tengo más claro que se le están pegando cosas de Leo, que es Mister Dramas.

¿Me estará pasando a mí lo mismo con Kevin y no me doy cuenta? Qué horror... Con lo que me encanta mi personalidad (la del Caraculo también, pero no entremezclada con la mía).

—Resulta que Aitor le ha bajado el bañador a mi principito en mitad del jardín —comienza a explicarme Leo—. Alan ha echado a correr detrás de él para regañarlo, pero, por el camino, se ha tropezado con el gato obeso, que estaba durmiendo tan pancho, y se ha estampado contra el césped. Las rodillas han empezado a sangrarle y yo he pensado que se iba a morir desangrado.

Qué historia tan absurda. Tampoco duele tanto una simple rozadura en las rodillas.

—¿Patata está bien? —inquiero, preocupada por el gato.

—Sí —me responde Alan mirándome con los ojos entrecerrados—. Y yo también. Gracias por preguntar por mi salud.

—De nada. —Se me escapa una carcajada—. Al escucharos tras la puerta, me he creído que Leo te había roto el culo y he pensado: «joder, menuda minga tan potente».

A mi cuñado le entra un ataque de risa y mi hermano me lanza un rollo de papel higiénico a la cabeza.

—Menudo respeto nos tienes —me espeta Alan—. A mamá se lo voy a decir para que te castigue por haber sido una maleducada con su yerno y su hijo favoritos.

—Me importa un pepino. —Le saco la lengua—. Id terminando, que tengo que mear, que Kevin me está esperando para continuar dibujándome en bolas.

Leo, al oír esa información, no tarda en curarle las heridas a mi hermano y ponerle una tirita de

Hello Kitty en cada rodilla porque quiere entrar en mi habitación para cotillear el cuadro, aunque esté sin acabar y Kevin no se lo permita.

Cuando por fin hago pis con total tranquilidad, la parejita ha desaparecido del pasillo (se suponía que me estaban esperando) y me encamino hacia mi dormitorio, donde descubro a Kevin mostrándole el cuadro a esos dos.

—Serás mamón, maldito Caraculo.

Me siento muy ofendida. ¿Cómo puede haberle enseñado esa obra de arte a Pili y Mili antes que a mí? Y, sobre todo, sin acabar.

—Lo siento. —Kevin me mira como un cachorrito—. No podía decirles que no. Me adoptaron unos días cuando mi madre me echó del zulo y me alimentaron como si fuera su futuro pavo de Navidad.

—¡Yo también te adopté, desagradecido!

—Eso no es cierto. —Niega con la cabeza con convicción—. Fue tu madre la que me acogió. Tú querías echarme a la calle.

Abro la boca y me llevo una mano al corazón mientras los empalagosos contemplan nuestra discusión, superatentos y comiéndose cada uno una piruleta con forma de corazón que me acaban de robar de mi mesita de noche.

—Pero ¿quién te crees que soy? ¿Una especie de monstruo? —le digo a Kevin—. Les echo de comer cada día a los animalitos callejeros y les busco hogar a algunos.

—¿Te recuerdo dónde está el último *michi* que has rescatado? —cuestiona el jodido Caraculo—. ¡En mi habitación, llenándolo todo de pelos! ¡Encima es horrible! ¿No había otro gato más feo en la calle?

Uy, esto es cierto. Ese gatito lleva ya un par de días haciéndole compañía a Kevin. He publicado fotos en Instagram, pero nadie quiere adoptarlo porque está tuerto.

—¡No es feo! ¡Sólo le falta un ojo, maldito superficial!

De pronto, nos interrumpe un carraspeo: el de Alan.

—Esto... Nosotros nos vamos ya, que no queremos presenciar vuestro divorcio.

—Yo sí, que tengo curiosidad por saber cómo acaba la cosa —interviene el cotilla de Leo, pero mi hermano lo agarra del brazo para llevarlo a rastras hasta la puerta.

—Por cierto, está genial tu obra, Kevin —vuelve a hablar Alan—. Cuando esté completa, nos la enseñas.

—¿Me puedo casar con tu cuadro y contigo? —suelta mi cuñado—. También podrías pintarnos a Alan y a mí en pelotas; te pagaríamos bien.

El artista superficial se rasca la nuca, incómodo.

—Pues claro que no os va a pintar desnudos —me adelanto yo sacándolo de este apuro y mirando a los dos caraduras.

—¿Celosa? —se burla Kevin pasándome un brazo por los hombros.

Le doy un empujón cariñoso y echo a los otros dos al pasillo porque son unos pesados. Además, me estoy muriendo de calor y necesito quitarme cuanto antes el abrigo.

—¿Continuamos o qué? —le digo a Kevin tras quedarme en bolas de nuevo.

—Venga, tumbate, Hann.

Sin embargo, al acordarme de algo, vuelvo a enfundarme el abrigo, salgo de mi cuarto y corro escaleras abajo, en busca de Alan y Leo, que los pillo en la cocina, asaltando la nevera.

—¿Os puedo pedir un favor grandísimo? Tenéis que convencer a mis padres para que me dejen montar una fiesta en casa con todos los alumnos de segundo de Bachillerato, a modo de despedida

definitiva.

No los voy a volver a ver en bastante tiempo, porque la mayoría se van a la universidad o a otras ciudades, mientras yo estaré conduciendo mi autocaravana, visitando sitios chulos y estudiando a mi bola.

La respuesta de mi hermano es un no rotundo.

—¿Por qué? —inquiero—. Podrías venir para vigilarnos. Si se lo pedís, os van a dar permiso, porque confían ciegamente en vosotros.

Y no entiendo por qué, si no son unos santos.

—No —insiste mi hermano.

—Lo consultaremos con la almohada —interviene Leo, que me guiña un ojo.

Si mi cuñado convence a Alan, ya puedo cantar victoria.

—¡Guay, Leo León Lelo! —Me abalanzo sobre él para regalarle besos en las mejillas y, por último, huyo de la cocina para que Kevin pueda acabar de plasmarme.

\* \* \*

Amo a mi cuñado.

Si Kevin es el chico perfectamente imperfecto para mí, Leo sería el perfecto si no fuera gay, y me daría igual que estuviera casado con mi hermano.

Digo esto porque ha acabado convenciendo a Alan, y este, a mis padres para que pueda montar una fiesta en casa. Sin embargo, para vigilar que unos casi adultos no la lúen demasiado, mi hermano se ha traído a su ejército de amigos, aunque falta mi primo Dylan, que se ha quedado en Barcelona. Mis progenitores, junto a Espléndida y a mis hermanos pequeños, se han ido de viaje a Portugal con mis otros tíos durante todo el fin de semana y no llegarán hasta el lunes por la mañana, así que tenemos vía libre para pasarlo bien.

—¡Escuchadme! —les hablo a todos los presentes, en lo alto de las escaleras, con uno de los micrófonos de mi padre conectado a los altavoces—. Os voy a relatar unas cuantas reglas bastante sencillas que debéis cumplir si no queréis que os eche a patadas de mi casa. La primera: sólo está permitido estar en el jardín, en el salón y en la cocina; nada de subir a las habitaciones para hacer guarrerías, que esto no es un hotel. La segunda: podéis comer y beber alcohol todo lo que queráis, pero con moderación, que no me apetece que venga la ambulancia para llevarse el cadáver de alguno de vosotros. La tercera: si rompéis algo, aunque sea sin querer, lo pagáis. La cuarta: si robáis algo, os arranco la cabeza. La quinta: están totalmente prohibidas las drogas, así que, a quien vea, aunque sea fumándose un porrito, lo ahogo en la piscina. Dicho esto: disfrutad de la fiesta, pero no os volváis locos, que os estaré vigilando. Gracias por vuestra atención.

Todos gritan y aplauden, y después se empiezan a amontonar en el jardín y en el salón con sus respectivas bebidas. Alguien pone la música a todo trapo y yo bajo las escaleras, en dirección a Kevin, que aguarda en el último peldaño con una sonrisa orgullosa.

—Has estado espectacular como marimandona —me dice, y me regala un beso en los labios—. Te pareces a la sargento de tu madre.

—Oye, no me digas eso, que voy a pensar que te gusta esa señora.

—Así es. —Asiente con la cabeza—. Y tu padre también. Los dos me encantan; son los mejores suegros del mundo.

—Y tú demasiado pelota para caerles bien, que se te ve el plumero.

—Eso también.

Nos unimos a la fiesta con los demás, en el jardín, tras secuestrar un par de cervezas de la cocina para nosotros (no pienso beber algo más fuerte porque necesito estar con veinte ojos, que quiero que salga todo genial esta noche para que mis padres sigan confiando en mí).

—¡Es la primera vez que estoy en la casa de una directora y de un famosillo! —escucho que grita alguien a otra persona.

Centro mi vista en ellos, que son dos bobos de mi clase.

—¡Y vaya casoplón tiene la Hitler rompetechos! —le responde el otro, que es Jorge, y no sé qué pinta aquí porque no lo he invitado.

Me acerco a ellos con sigilo y los miro con expresión dura.

—Portaos bien, que os estoy vigilando. Y nada de insultar a mi madre, que os pego una patada en vuestras partes más preciadas. ¿Me habéis entendido?

El primero que ha hablado me responde que sí y Jorge me taladra con la mirada.

—Hacedle caso a la minisargento rompetechos —interviene Kevin.

—No soy una rompetechos porque soy tres centímetros más alta que mi progenitora —le espeto cuando nos alejamos de los dos bobos, echándome la melena rojiza hacia atrás.

—Uy, menuda diferencia —se mofa, el muy capullo—. Deberías dedicarte al baloncesto por lo alta que eres.

Le pego un puñetazo cariñoso en el hombro, riéndome.

—Caraculo.

—Tontaina.

A continuación, dejo a Kevin charlando con unos compis de clase y me voy con Gigi y Samu, que están bebiéndose un mojito, tumbados en una hamaca cada uno. Me acomodo al lado de mi amiga y, durante un buen rato, nos dedicamos a contarnos qué vamos a hacer durante y después del verano. Gigi se irá de vacaciones con mi tía Sandra a Japón (a mí me genera una grandísima envidia) y, en septiembre, se preparará para poder ser bombera, como su padre. En cambio, Samu se quedará todo el verano en Madrid y se matriculará en Filosofía.

Y yo tengo salud, que es lo importante.

No, mentira... En realidad, les confieso que me voy a sacar el carnet durante los meses de verano y estudiaré el Grado de Traducción e Interpretación, a distancia, mientras doy tumbos por todos lados con mi futura autocaravana y gano dinerito con Instagram.

Cuando termina nuestra conversación, debo meterme en el papel de vigilante para ver que todo el mundo cumple con las normas.

Es un poco estresante haber montado una fiesta en mi propia casa, porque debo ser responsable y parezco un perro policía.

Entro en el salón, donde un grupo de compañeros se dedican a jugar a la Wii, otros a charlar, y Alan y Leo se encuentran dándose el lote, cubiertos de purpurina y pegados al teclado del gran piano de cola, haciendo sonar las teclas de manera aleatoria.

Como soy tan cabrona, les corto el rollo, asustándolos mediante una palmada a escasos centímetros de sus rostros unidos por los labios, y enseguida se separan para mirarme.

—¡Esto no es un hotel! —les echo la bronca—. Sois los mayores de la fiesta; deberíais dar ejemplo.

—¿Qué dices, Hannah Montana? —me contesta Leo—. Estamos dando ejemplo sobre demostrar amor.

—Además, no podemos aguantar ni un minuto sin darnos mimitos, porque estamos más enamorados que nunca —añade Alan, y yo arrugo la nariz por lo empalagosos que son—. Ya lo

entenderás cuando tu relación con Kevin se haga más fuerte.

—Lo que os pasa a vosotros es que estáis obsesionados el uno con el otro —les digo—. Yo puedo sobrevivir sin estar pegada a Kevin cada segundo.

—Uy, lo que ha dicho. —Leo se lleva una mano al pecho.

—Cómo huele a envidia. —Mi hermano me saca la lengua y me arroja un puñado de purpurina a la cabeza.

Pongo los ojos en blanco y me doy media vuelta para dejarles intimidad y continuar vigilando, por si hay algo fuera de lugar. Me topo con Niko y Dulce sentados en las escaleras y compartiendo un bote de Nutella a cucharadas, y Karen está tirada en el suelo, bebiendo de un botellín de cerveza como una auténtica alcohólica.

Madre mía. Otros tres dando buen ejemplo. Vaya «adultos».

Cuando termino mi ronda y me aseguro de que todo está en orden, regreso al jardín, en busca de una dosis de besos del Caraculo. Sin embargo, en un rincón, alejados de toda la multitud y junto a un árbol, se encuentran Kevin y Sebas hablando.

Qué raro. Ellos no se conocen tanto ni se tienen confianza para parlotear como si fueran colegas de toda la vida. Jamás los he visto dirigirse la palabra, a no ser que se hayan hecho amiguísimos del alma de repente.

Entonces, algo en mi cerebro hace *click*.

Sebas se dedica a traficar en su tiempo libre y Kevin, a vender.

Sumo dos más dos y...

Serán cabrones.

Alguien interrumpe mis cavilaciones, pasando su brazo por mis hombros, pero yo no aparto mi vista de los camellos.

—Ángel pelirrojo matabebés —me habla Borja, que no sé qué pinta aquí si tampoco lo he invitado—. Tu sintecho ya se ha aburrido de ti, ¿no? Claro... Es que siempre le han molado las pollas y tú no tienes. Una lástima que seas tan reemplazable y que su heterosexualidad sólo haya sido una fase.

Aparto su brazo de un tirón y lo miro a los ojos.

—Déjame en paz, Borja, que no estoy para soportar tus estupideces.

—Si no te dejo tranquila, ¿qué me vas a hacer? —cuestiona, y me llaman la atención sus ojos—. ¿Vas a matarme como hiciste con nuestro pobre bebé, que en paz descansa?

—Cierra esa boca. —Me pongo de puntillas y lo cojo de la cara para observar con detenimiento sus pupilas dilatadas.

—¿Vas a besarme?

—¿Qué te has tomado? —exijo saber, y lo suelto—. ¿Ha sido en mi fiesta? ¿Quién te lo ha vendido?

—He tomado coca —me responde esbozando una sonrisa demoníaca—. Me la ha vendido tu novio hace un rato.

Esa información, proveniente del chico que más detesto, me rompe por dentro.

¿De verdad Kevin ha sido capaz de trapichear en mi fiesta, sabiendo que odio ese negocio en el que se ha metido? Además, una de las reglas es precisamente la de no drogarse, y eso incluye no vender.

Un momento... Puede que Borja me esté mintiendo y que la coca la haya traído de su casa. Aunque, si resulta que es verdad, no me entra en la cabeza cómo el Caraculo se atreve a vender porquerías más duras. ¡Pensaba que sólo era marihuana! ¿No se da cuenta de que puede acabar en

la cárcel? Y Sebas también me ha decepcionado.

Pfff... Qué ganas tengo de asestarle un puñetazo a cada uno.

—Espero que sea una de tus estúpidas bromitas —le advierto al tonto de Borja, apuntándolo con el dedo.

—Pues va a ser que no.

Paso de él y me encamino, decidida, hacia los dos presuntos traidores. Cuando me planto frente a ellos, se me quedan mirando como si hubieran visto un fantasma porque no me esperaban.

—Este es el que te pasa la droguita para que la vendas, ¿verdad? —le espeto a Kevin señalando con la cabeza a Sebas, sin andarme con rodeos.

—Puedo explicártelo, Hann —me responde levantando las manos en son de paz y mirándome como un cachorrito indefenso.

—¿Qué me tienes que explicar? ¡Te has cargado mi confianza y te has puesto a vender esas mierdas en mi fiesta! —exclamo con la ira surcando por mis venas—. ¿Cómo has podido, Kevin? ¡Me prometiste que lo ibas a dejar!

Menos mal que la música está demasiado alta y nosotros nos encontramos lo suficientemente alejados de la multitud para que no presencien el espectáculo.

Kevin ni siquiera es capaz de responderme ni de mirarme, tan sólo mantiene su vista clavada en el suelo, arrepentido y avergonzado.

Me enfurezco aún más y miro a Sebas, que no se atreve a decir ni pío.

—¿Y tú, qué? —Le doy un empujón, pagando mi enfado con él—. ¿Tu novia y tú no os podríais haber buscado otro camello? ¿Habéis tenido que aprovecharos de la situación de Kevin?

—Hann... —interviene el aludido en defensa de Sebas, que parece que se ha quedado mudo.

—¡Ni se te ocurra hablarme! —le grito a Kevin—. ¡Estoy muy cabreada contigo!

Y huyo de esos dos traidores, sobre todo de Kevin, porque no me esperaba esto de él. Me ha tomado por gilipollas en mi propia casa.

Subo corriendo a mi habitación y tengo la suerte de no tropezarme con ninguno de mis amigos ni con mi hermano. Sin embargo, cuando abro la puerta con toda la mala leche del mundo, golpeo a Jorge en su careto sin querer y se cae al suelo.

—¿Qué coño haces en mi cuarto? —exijo saber, y me fijo en que sostiene un rotulador negro, así que me doy la vuelta y paseo mis ojos por la puerta.

«Hannah comebananas».

«Hannah marrana».

«Hannah matabebés».

Mi primer impulso es echarme a reír, pese a que siga enfadada; después, miro al idiota, que se acaba de incorporar.

—Así que eres tú el de las pintadas en los baños del insti... —Me cruzo de brazos, divertida—. ¿Me puedes explicar el motivo de por qué me odias tanto?

Jorge titubea un poco y sus mejillas se colorean de rojo antes de contestar:

—Porque estaba harto de que tu puto novio se desahogara follando conmigo mientras te tenía a ti en la cabeza. La única manera de vengarme era haciéndote daño con esos insultos.

Al oír todas esas tonterías, me río aún más.

Madre mía, le ha dado un berrinche de un crío de preescolar.

—¿Y qué culpa tengo yo de algo así? —inquiero—. Antes de hacer alguna gilipollez, deberías haber hablado con Kevin y confesarle tus sentimientos, ¿no crees? Hay que ser valiente en la vida, Jorgito.

—Eres una niñata de mierda —me espeta con todo el odio del mundo—. No sé qué es lo que ve en ti, si tienes la cabeza hueca.

Arqueo una ceja y se me escapa otra carcajada.

—Estupendo. —Lo aplaudo sin ganas—. Ahora, si no quieres borrar las pintadas con la lengua, vete a la planta de abajo y coge una bayeta y un limpiador para hacer desaparecer el desastre que has montado.

—Sí, claro —me responde con ironía—. Es tu casa. Quítalas tú.

—Te han quedado asignaturas para septiembre, ¿verdad? —Sonrío con maldad y él asiente—. ¿Quieres que le diga a mi madre que te suspenda hasta que cumplas los cincuenta?

Al parecer, le he dado en su punto débil porque no tarda en abandonar mi cuarto en busca de los productos de la limpieza. Mientras regresa, bufo y me dejo caer en la cama, estresada.

Vaya fiestecita. Lo llego a saber y no monto nada.

# Capítulo 32

## Kevin

Mierda, acabo de cargarme toda la confianza que la pelirroja tenía depositada en mí.

Es que he sido de lo más tonto por haberme puesto a trabajar en su fiesta; pensaba que no se iba a enterar porque estaría ocupada con los invitados, siendo una buena anfitriona. Además, Sebas y yo estábamos charlando lo bastante alejados de la multitud para que no nos viera nadie, y les he vendido drogas a unos cuantos adolescentes con disimulo, uno de ellos ha sido Borjamari. No iba a desperdiciar esta oportunidad, porque donde más se gana es en las fiestas, ya que todo el mundo se olvida hasta de cómo se llama y sólo le apetece pasarlo bien.

Aunque, siendo sincero, eso de pasárselo bien fumando mierdas o esnifando porquerías es un poco subjetivo, porque no hace falta meterse nada ilegal para poder divertirse. Yo jamás me he drogado, ni siquiera me he atrevido a darle una calada a un simple cigarro, y eso que he vivido durante toda la vida en el ambiente adecuado para terminar siendo un yonqui.

—¿Qué me querías decir, Kevin? —me pregunta Sebas tras el incidente con Hannah.

Le iba a informar de un asunto importante justo cuando la pelirroja se ha acercado, hecha una furia.

—Que hoy es mi último día trabajando con vosotros —le digo—. Dejo el negocio.

Sebas asiente, comprensivo.

—Me ha sorprendido que tardaras tanto en abandonar, porque este mundo no está hecho para ti.

A pesar de todo, se ve que es buen chico, y no entiendo por qué continúa metido en esos trapicheos.

—Ya. Soy demasiado blando. —Me río—. Estaba jugando con fuego, porque la poli me podría haber pillado en cualquier momento.

De no ser porque mi suegra se enteró de que vendía drogas dentro del insti, me habría ido genial, ya que en mi barrio todos mantienen la boca cerrada.

—Pues esta semana me traes a mi casa todo el material que te queda —me dice Sebas.

—De acuerdo.

Se suponía que iba a dedicarme todo el verano a esto para seguir reuniendo dinero hasta septiembre, pero después de la llamada amenazante que recibí el otro día de mi hermano, me entró pánico; también tengo que añadir que mis compañeras de piso cuarentonas y mi suegra saben en qué trabajo (aunque jamás me delatarían, como Hannah), y les he asegurado mil veces a todas que iba a autodespedirme, porque odio incumplir mis promesas y que se preocupen por mí.

Ahora no me queda más remedio que buscarme la vida como una persona normal, con un trabajo de mierda con el que, por lo menos, no acabaré en la cárcel.

Una vez que me despido de Sebas, decido buscar a Hannah para que arreglemos las cosas y disculparme, porque no quiero tirar por la borda esto tan bonito que tenemos.

Echo un vistazo al jardín atestado de gente, pero no diviso en ningún rincón a la pelirroja;

después, me adentro en el salón, donde hay más compañeros, y ninguno de ellos es la persona que estoy buscando. En el gran piano de cola negro, Alan y Leo se encuentran demasiado encariñados, y me encamino hacia ellos, aunque me dé reparo cortarles el rollo.

—Chicos —los interrumpo, un poco avergonzado, y se separan de inmediato para mirarme—. ¿Sabéis dónde está Hannah?

—Se ha acercado a nosotros hace un rato, pero después se ha marchado para hacer de perro policía —me explica Leo.

—¿Os ha pasado algo? —quiere saber Alan escrutándome con su mirada azulada—. Te noto preocupado.

—¡No seas cotilla, principito! —Leo le golpea en el brazo de manera cariñosa, pero después centra su vista en mí—. ¿Os ha pasado algo? Yo también te noto preocupado.

Sonrío.

Vaya dos marujos.

—Nada que no se pueda solucionar —les respondo—. Voy a seguir buscándola.

—¡Pero no nos dejes en ascuas! —exclama Leo—. Yo quiero enterarme.

—Cariño, no pasa nada —le contesta Alan en tono dulce—. Serán problemas íntimos de pareja; ya nos lo contará mi hermana más tarde.

Me alejo de estos dos, antes de que me obliguen a narrarles lo que nos ha ocurrido, y subo a la planta de arriba, en dirección a la habitación de Hannah, aunque sea una de las zonas prohibidas para los presentes. Creo que yo tengo permiso para merodear por aquí, ya que soy algo más que un simple invitado y no tengo intención de robar nada ni colarme en el dormitorio de Ari y Álvaro para descubrir sus secretos más profundos.

Doy un par de golpecitos en la puerta de Hannah, pero la persona que me abre no es ella, sino Jorge.

Vale, ¿qué hace este memo aquí metido?

—¿Es tu exfollamigo? —le pregunta la pelirroja desde dentro—. Hazme el favor de echarlo de mi aposento.

Aparto a Jorge mediante un pequeño empujón y me cuelo en la habitación. Hannah se encuentra sentada en su cama, con las piernas cruzadas y mirando hacia la puerta, donde se halla mi amigo limpiando con una bayeta un puñado de insultos, parecidos a los que aparecían cada mañana en los baños del instituto.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

Él permanece callado y Hannah se adelanta a responder:

—Lo que ves, Caraculo. Tu amiguito era el que se dedicaba a insultarme de una manera muy poco valiente, escondiéndose tras un rotulador negro y la puerta de los baños de tíos del insti, porque sentía celos de que te hubieses enamorado de mí y no de él. En mi humilde opinión, pienso que estaba un poquito obsesionado contigo.

—Nada de eso es cierto —replica él mirándome—. La insultaba porque me fastidiaba su personalidad tan creída y porque se paseaba por los pasillos como si fuera la reina del insti. Alguien debía bajarla de las nubes durante unos segundos.

Hannah suelta una sonora carcajada y aplaude a mi amigo.

—¡Bravo, Jorgito! ¡Excelente actuación!

Tengo unas inmensas ganas de partírle la cara a este tipo, que se suponía que era mi amigo, por haber estado humillando a Hannah con esos comentarios para que todos los tíos del insti los vieran.

—Largo de aquí, Jorge —le ordeno haciendo un ademán hacia la puerta; ni siquiera es capaz de mirarme por lo abochornado que se siente tras ser descubierto—. Ya hablaremos otro día de todo esto.

—¡De eso nada! —grita la pelirroja, aún sentada en la cama—. ¡De aquí no se va a mover hasta que esa puerta quede reluciente!

Para tardar menos, ayudo a mi amigo a borrar el desastre que ha montado mientras Hannah nos contempla, dándonos ánimos. Cuando acabamos, él desaparece de la habitación y yo cierro con el pestillo. Apoyo mi espalda en la dura madera, por si a la señora le da por huir de mí.

—Voy a dejar de vender —confieso, pero ella sólo se dedica a observar sus uñas como si no le interesara lo que le estoy diciendo—. Hannah.

—Acabo de tener un *déjà vu*. Me he creído esas palabras un millón de veces y siempre han resultado ser una grandísima mentira.

—Esta vez va en serio —insisto. Ahora ella mira un mechón rojizo de su pelo—. De hecho, he hablado con Sebas para informarle de que ya no voy a trabajar con él.

Hannah se levanta de un salto de la cama y se coloca frente a mí, con la furia asomada a los ojos.

—¿Sabes a quiénes puedes tomar por gilipollas? ¡A tu madre, a tu padrastro y a Simón! —me espeta—. No pienso creerte una vez más; ya me has hartado. No vas a parar de hacer el imbécil hasta que la poli te pille y estés compartiendo cárcel junto al psicópata de tu querido hermano.

—Hannah...

—¡Ni Hannah ni *Hannah*! —me corta—. ¿Es que no te das cuenta de lo que te puede pasar? ¡No sólo has estado vendiendo marihuana, también drogas más fuertes! ¿Sabes cuántos te pueden caer por eso? ¡A ver si te piensas que voy a ir a visitarte al trullo todas las semanas y que, cuando cumplas la condena, te voy a estar esperando en la salida con un ramo de flores! —Me apunta con el dedo de manera acusatoria—. ¡Pues estás muy equivocado! Con todo esto me estás demostrando que tu hermana y yo te importamos una mierda.

Eso último me ha calado en el fondo del alma como si me hubiera arrojado un cubo de agua fría, otro con agua ardiendo, y me hubiese atravesado con un cuchillo afilado el corazón.

—¿Cómo te atreves a decirme algo así? —le suelto—. Cómo se nota que te han dado de todo desde que naciste y que jamás has tenido la desgracia de pasar hambre. Como la vida de la princesita ha sido muy fácil, se cree que la de los demás es igual que la de ella.

Se muerde el labio con tanta fuerza que hasta parece que quiere provocarse una herida, con la vista bajada y aguantándose las ganas de soltarme una barbaridad.

—No comprendes nada, Kevin. —Alza su mirada hacia mí y nuestros ojos se encuentran—. ¿De verdad no entiendes que me importas y que no quiero que te ocurra nada? ¡Me da igual dónde trabajes, siempre y cuando no sea en un curro ilegal! ¡Imagina que un día me despierto y descubro que te han detenido!

—Eso no va a suceder porque te he dicho que lo voy a dejar, Hann —repito, y la cojo de las manos—. Y por supuesto que me importas. Llevo tanto tiempo enamorado de ti que ni siquiera recuerdo el día exacto. Eres una chica increíble y me siento muy afortunado de que estés a mi lado, aun sabiendo que tengo una vida tan desastrosa.

Hannah aparta sus manos de las mías de un tirón.

—Todas esas palabras que acabas de soltar no sirven de nada ahora mismo. Hasta que de verdad no dejes ese trabajo, no te pienso creer. Lo siento, pero esto se ha terminado.

A mi cerebro le cuesta asimilar las últimas palabras.

—¿Eso significa que me estás dejando?

—Sí, así que quítate de la puerta, que quiero regresar a mi fiesta —me responde levantando el mentón, en expresión de seguridad—. Más te vale desaparecer de mi casa cuanto antes, que no quiero que sigas vendiendo porquerías.

No puedo evitar que se me parta el corazón, pero entiendo a Hannah. Se ha cansado de mis falsas promesas, y la de hoy ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Obedezco y la dejo salir de la habitación. Después, el que se marcha soy yo, pero de su casa y sin despedirme de nadie.

\* \* \*

El lunes a mediodía, mientras como un trozo de pollo asado que han robado Mel y Tania del Chon, le envío un mensaje a Sebas para preguntarle si puedo ir a su casa a llevarle la droga que me sobra. Si me da tiempo, echaré más currículums por la ciudad, como he hecho durante el fin de semana.

Tengo dinero de sobra para mantenerme durante un par de meses y voy a echar la beca para estudiar, pero no es suficiente y necesito que en algún sitio me contraten, aunque sea para vender pañuelos en los semáforos, si no, mis compañeras de piso me van a echar a la calle y no podré hacerme cargo de mi hermana.

—Hannah lleva varios días sin aparecer por aquí —comenta Tania mientras se come una patata frita—. ¿Qué le has hecho ya? Los tíos siempre la cagáis con algo.

—Lo pilló vendiendo harina y orégano caducados en la fiesta que montó en la casa de mi Buenorro —interviene Mel mirando a su parienta—. Hannah se lo ha contado a Alan y a Leo, esos dos me lo han soltado a mí y yo te informo a ti.

Vaya... Qué rápido se enteran de las noticias los miembros de esa familia. Sólo espero que mi incidente no haya llegado a los oídos de mis suegros, porque no me apetece quedarme sin polla, y la entrada a esa mansión la tendría vetada.

Tania niega con la cabeza, desaprobando mi comportamiento.

—Qué mal has criado al niño, Melody. Lo tendríamos que enviar a un internado.

—Ya venía crecilito. —Mel se encoge de hombros—. Yo no tengo la culpa.

Sonrío, escuchando con atención su conversación, como si de verdad fueran mis madres, y es entonces cuando Tania me apunta con su tenedor, con la expresión llena de seriedad.

—Espero que salgas cuanto antes de esa mierda de mundo si no quieres que os pongamos de patitas en la calle a ti y a ese gato tan feo —me informa en tono amenazante y señalando al gato, que está comiendo pienso en su cuenco.

—Pues a mí me gusta ese gatito —dice Mel.

—Es de Hannah. Se suponía que le iba a buscar una familia, pero parece que nadie lo quiere porque está tuerto.

—Es que no me extraña nada... Da miedo —interviene Tania sin dejar de mirar el gato como si fuera un extraterrestre.

En este instante, recibo un mensaje de Sebas y no tardo en leerlo.

Sebas: «Puedes venir esta tarde. Maca y yo estaremos en casa»

Yo: «Vale, dentro de un rato estaré allí»

Vuelvo a entrar en la conversación con Hannah, pero me tiene bloqueado desde la noche de la fiesta. En cuanto acabe de entregarle a Sebas toda la porquería y de echar los currículums, le haré

una visita a su casa para que hablemos con la cabeza fría.

Para cuando mis compañeras de piso y yo terminamos de comer, me encargo de fregar los platos mientras ellas se marchan a hacer fotos por la ciudad. Después, voy a mi habitación para meter todo el material en la mochila del instituto, con el feo gato mirando todo lo que hago, juzgándome con su ojo.

—¿Qué? —exijo saber—. Voy a deshacerme de todo esto, Mike Wazowski.

Como voy a tener que convivir bastante tiempo con este animal, lo he bautizado con el nombre de uno de los personajes de Monstruos S.A. (el que sólo tiene un ojo, porque me recuerda a él).

Dejo al gato acostado en mi cama y abandono el piso para coger el autobús que me deja cerca de la casa de Sebas. Veinte minutos más tarde, subo las escaleras de su bloque, pero, al llegar a su planta, descubro a dos policías plantados en la puerta donde mis jefes me esperan.

Mierda.

Para que no me descubran, no me queda más remedio que continuar subiendo escaleras, fingiendo que vivo en alguna de las plantas de arriba. Me detengo en la siguiente y me asomo desde la barandilla para enterarme de lo que está ocurriendo, pero con cuidado, deseando que nadie me vea.

Sebas y Macarena tardan en abrir la puerta, y los policías vuelven a pulsar el timbre, exasperados. Tras unos minutos, observo, por fin, que alguien abre, pero no logro ver quién es porque los otros dos me lo impiden.

—Buenas tardes. ¿Necesitan algo?

Es la voz de Macarena.

A continuación, los policías se presentan, enseñando sus respectivas placas, e informan de que disponen de una orden de registro por la posible existencia de drogas en el domicilio. Como a mi jefa no le queda otra opción, los deja pasar y estiro el cuello aún más para cotillear. Los maderos entran y veo a Sebas a punto de cerrar la puerta, pero se me escapa un estornudo y él dirige su vista hacia las escaleras de arriba con rapidez, pillándome *in fraganti*.

¿Será capaz de delatarme?

Sin embargo, echa un vistazo rápido hacia el interior de su piso, y después me hace un gesto con la mano, indicándome que me largue de aquí lo antes posible. Por último, cierra la puerta y huyo de ese bloque con la mochila llena de droga.

¿Ahora qué se supone que debo hacer con todo lo que llevo encima? ¿Lo tiro a la basura? ¿O quizá se lo tenga que devolver a Sebas? Aunque está claro que a esos dos ya se les ha acabado el chollo, a no ser que les haya dado tiempo de hacer desaparecer absolutamente todo lo que había ahí dentro.

Doy vueltas por la ciudad, buscando algún lugar en el que pueda desprenderme de la droga, porque ya me ha entrado el pánico por el cuerpo y me da igual que, dentro de unos días, Sebas y su novia me ordenen que se lo pague todo. Me importa más mi libertad que compartir celda con ellos y mi hermano. Al final, me cuelo en un parque y tengo la suerte de que se encuentra vacío a estas horas, a excepción de un abuelo que le está dando de comer a las palomas, sentado en un banco y sin prestarme atención.

Respiro hondo y echo un vistazo a mi alrededor por si alguien está vigilándome, pero creo que no hay moros en la costa.

Vamos allá.

Tiro el contenido ilegal de mi mochila a una papelera y luego me largo, caminando despacio y con toda la tranquilidad que puedo fingir.

# Capítulo 33

## Hannah

—¿Hasta cuándo vas a tener bloqueado a Kevin en WhatsApp? —quiere saber Leo, como el cotilla que es.

—Hasta que se acaben todas las piruletas del mundo.

O sea: nunca.

Leo, Alan y yo estamos merendando en el Chon batidos con tortitas, con la compañía de Leire, la hermanita de mi cuñado, que tiene casi un año y está dormida en su carro.

El sábado, en cuanto me vieron en la fiesta tras haber roto con el Caraculo, me hicieron un interrogatorio para que les contara todos y cada uno de los detalles de lo que había ocurrido entre nosotros porque vieron a Kevin con mala cara. Al final, de lo cabreada que estaba, se me fue la lengua bastante y les narré que se dedicaba a vender drogas y que lo había pillado haciéndolo en mi propia casa cuando me prometió una y mil veces que se iba a autodespedir; además, también añadí que Sebas era su jefe y se quedaron con la boca abierta porque no se lo esperaban.

—Es que les partiría la cara ahora mismo a Sebas y a su novia. —Suelto un bufido.

—Bueno... Ellos no le han puesto una pistola en la cabeza a Kevin para que se pusiera a vender droguitas —me responde Leo defendiendo a su amigo—. Ha querido dedicarse a eso por su propio pie; ahora que se atenga a las consecuencias.

—A mí me da mucha pena —interviene Alan, afligido—. Se nota que lo ha hecho por necesidad, aunque no me gustó ni un pelo lo que hizo en la fiesta.

—No me vais a convencer para que lo perdone. —Me tapo las orejas con las manos y canturreo—: ¡La, la, la!

Damos por finalizado el tema de conversación y continuamos merendando mientras hablamos de boberías. Los llantos de la cría nos interrumpen, porque los bebés están obsesionados con llorar, y yo pongo los ojos en blanco, irritada.

—¿Por qué os habéis tenido que traer a la futura cantante de ópera? —me quejo.

Leo coge a su hermanita en brazos y la intenta calmar, meciéndola y cantándole una de las canciones de *El rey león*.

—Oye, un respeto a mi preciosa cuñada —me contesta Alan—. Tenemos que pasar tiempo con ella, porque dentro de unos días nos vamos con papá y mamá a Málaga, y no la veremos hasta después de las vacaciones.

Este año yo no me voy con ellos; prefiero quedarme en Madrid para sacarme el carnet de conducir y fugarme a finales de septiembre con la autocaravana que espero que me compren mis progenitores, que me lo han prometido a cambio de que estudie algo.

Leo, aprovechando que Niko pasa por nuestro lado para atender mesas, le pide que caliente el biberón en el microondas porque a Leire le ha entrado hambre. El coreano le hace carantoñas a la niña, que comienza a lloriquear otra vez, y no tarda en marcharse tras disculparse por haberla

asustado.

—¿Le sigues teniendo alergia a los bebés? —me pregunta Leo por encima de los berridos de la enana.

—Un poco, sobre todo cuando lloran.

Niko regresa unos minutos después con el biberón calentado y Alan me pregunta si me apetece darle de comer a Leire.

—Muy gracioso —le respondo de manera irónica.

Leo le encasqueta el bebé a mi hermano, que está encantado de alimentarla como si fuera su papi.

—Qué buenos padres sois —me mofo—. Uno, haciendo el trabajo duro, mientras el otro se zampa las tortitas.

—A mi principito le hacía ilusión —comenta Leo con la boca llena.

—Es que me encantan los bebés —añade el otro.

Le doy los últimos sorbos a mi batido y mi móvil comienza a vibrar sobre la mesa. Lo cojo para ver quién está molestando mi hora de la merienda y leo en la pantalla «Caraculo».

Rechazo la llamada al momento. No tengo nada de qué hablar con ese camello hasta que deje ese mundo tan peligroso.

El teléfono de mi hermano también suena, y él le pide a Leo que conteste en su lugar.

—Qué raro —comenta mi cuñado frunciendo el entrecejo, al mirar la pantalla—. ¿Por qué te está llamando Kevin?

—Ni idea —le responde Alan—. Cógelo, a ver qué quiere.

—¿Yo? —Leo se señala a sí mismo, sorprendido—. Me da vergüenza hablar por teléfono, aunque sea con alguien que conozco. —Me pasa el aparato, cargándome el marrón—. Que Hannah se encargue de esto.

Sí, hombre. Con las ganas que tengo de hablar con ese tipo.

—Ni hablar. —Niego de lado a lado, justo cuando la llamada cesa.

—A lo mejor es importante —interviene mi hermano mirándome—. Quizá le ha pasado algo, ha tenido un accidente o Rebeca está en problemas.

—O está llamando desde comisaría para pedirnos ayuda —añade Leo—. Es muy extraño que te haya llamado a ti primero, y luego a mi principito.

—Todo eso es chantaje emocional.

Ahora es el móvil de mi cuñado el que empieza a sonar.

—Tercera y última oportunidad, Hannah —anuncia mi hermano, creyéndose que se encuentra en un concurso de televisión, donde yo soy la concursante y él, el presentador.

—Tic-tac, tic-tac —Leo imita a un reloj.

Por un momento, pienso que Kevin y estos dos se han puesto de acuerdo para tenderme una trampa, así que me canso de todos y descuelgo la llamada, cabreada.

—¿Qué demonios quieres?!

—¿Hannah? —pregunta Kevin desde el otro lado de la línea—. ¿Eres tú?

—Tu bisabuela, mendrugo —le espeto de mala manera, y los dos cotillas que tengo delante me escuchan con atención—. Ve al grano ya, que no dispongo de todo el tiempo del mundo. Algunas tenemos cosas más importantes que hacer, ¿sabes?

—Hannah, ha ocurrido algo.

—¿En serio? —Me hago la sorprendida—. ¿Por fin te ha pillado la poli y estás en comisaría? No me lo digas, no me lo digas... Quiero adivinarlo. —Hago una breve pausa—. Mmm... Me

acabas de llamar para que vaya a por ti, porque no puedes salir por ser menor de edad, ¿verdad? Pues lo siento mucho... Vas a tener que avisar a tu madre, que le importas menos que una cucaracha.

—Hannah —susurra Alan dedicándome una mirada de advertencia—. Cálmate.

—A mí no han llegado a detenerme, pero casi me pillan —me cuenta Kevin, y se me escapa una carcajada—. Estoy muy nervioso, Hann. ¿Dónde estás? Acabo de pararme en la puerta del Chon.

Me doy la vuelta al instante, en dirección a la entrada del local, y me escondo debajo de la mesa todo lo rápido que puedo permitirme. Leo y Alan me preguntan si se me ha ido la pinza, pero yo les ordeno que se callen, tapando el altavoz del móvil para que el otro no me oiga; después, vuelvo a atender la llamada.

—Una lástima, Kev. Yo me he ido de vacaciones a Las Bahamas. Es imposible que podamos quedar.

—¿Y por qué estoy viendo ahora mismo a tu hermano y a Leo sentados a una mesa con un bebé?

—Pues no sé... Habrán ido a tomarse algo. Yo no estoy pendiente de lo que hacen los demás; voy a mi bola.

—¿Y Leo te ha regalado su móvil?

Hostias... Ahí sí que he metido la pata.

Obligo a mi supercerebro a inventarse una excusa a toda pastilla.

—Sí... Es que se ha comprado uno nuevo y me ha dado el suyo, porque yo también tenía ganas de cambiar de teléfono. ¿Has visto lo majo que es?

Nos visita el silencio durante pocos segundos hasta que vuelvo a escuchar su voz, pero esta vez demasiado cerca, como si estuviera a mi lado:

—¿Y por qué estás escondida debajo de la mesa?

Mierda.

Ladeo la cabeza hacia mi derecha y me encuentro a Kevin en cuclillas, mirándome.

—Es que he utilizado la puerta mágica de Doraemon para venir —le digo esbozando una sonrisita inocente.

—Ya.

Salgo de mi escondite, le devuelvo a mi cuñado el móvil y me quedo contemplando la expresión del Caraculo, que se encuentra llena de nerviosismo y miedo.

Vale, está claro que algo gordo ha sucedido. Quizá lo que me ha contado hace unos minutos sea verdad y yo me he dedicado a hacer la payasa en un momento tan tenso para él. Si es que, a veces, puedo llegar a ser tontísima.

Alan y Leo también notan a Kevin inquieto y le piden que se siente. El Caraculo ocupa el asiento que hay a mi lado, y es entonces cuando comienza a relatárnoslo todo.

Resulta que, después de comer, había quedado en la casa de Sebas para entregarle la droga sobrante porque no iba a vender más, pero, al llegar al rellano de la planta donde vive nuestro amigo, se ha topado con dos policías y no ha tenido más remedio que continuar subiendo escaleras para que no lo descubrieran. A partir de ahí, no ha podido enterarse de nada más (salvo que los agentes han entrado en el apartamento mediante una orden) y ha salido huyendo para deshacerse del contenido de la mochila en la papelería de un parque.

—Joder... —mascullo, impresionada.

Kevin no ha parado de temblar mientras hablaba, y todavía le está durando el susto que se ha llevado. Sólo espero que Sebas y su novia no lo delaten, porque entonces sí que les parto el

hocico.

—Mi Sebas... ¿Qué coño has hecho? —Leo se pone a hablar solo, con su móvil pegado a la oreja y aguardando a que su amigo dé señales de vida; tiene los ojos acuosos y de un momento a otro es capaz de echarse a llorar.

—Todo va a ir genial, no os preocupéis —interviene Alan aparentando serenidad y sacándole los gases a Leire, pero también está en un sinvivir. Luego empieza a cantar con ternura para que la niña se duerma—: *Un elefante se balanceaba sobre la tela de una araña...*

Entrelazo mi mano con la de Kevin, que continúa tiritando, y apoyo mi cabeza en su hombro, en expresión de apoyo.

—¿Me delatarán? —me susurra el Caraculo.

Los demás ni siquiera nos prestan atención. Leo sigue llamando a Sebas, con un par de lágrimas resbalando por sus mejillas, y Alan le canta a su cuñadita.

—Espero que no, Kev —le respondo.

Lo bueno es que, si Sebas o Maca se van de la lengua, Kevin todavía es menor de edad, aunque no tengo ni idea de qué le pasaría estando tan cerca de los dieciocho. Y lo peor es que se tendría que ir despidiendo de cuidar de Rebeca.

Mi hermano y Leo deciden marcharse del Chon, con la intención de ir a la casa de la abuela de Sebas por si sabe algo, y nos dejan solos a Kevin y a mí.

Mentiría si dijera que no estoy nerviosa por lo que le pueda pasar a partir de ahora. No quiero que acabe como el mamón de su hermano.

Esto me pasa por enamorarme. ¿Quién demonios me manda a sentir ñoñeces hacia alguien? Con lo a gustito que estaba yo a mi bola, con mi agenda mental, mis cosas de *influencer*, mis animalitos callejeros y mi alocada familia.

—Hannah —Kevin pronuncia mi nombre, y yo casi me derrito por lo atontada que estoy, pero sólo concentro la vista en el último trozo de tortita de mi plato, esperando a ser devorado—. ¿Qué va a pasar con nosotros? Deberíamos hablar para aclararlo todo, ahora que han pasado varios días desde la última vez que nos vimos.

Vaya por Dios. ¿Puedo pasar al siguiente capítulo? No me apetece nada hablar de sentimientos con este hombretón. Sólo tengo ganas de comerme el trozo de tortita y pedirle a Niko que me traiga la segunda merienda.

—Hannah —repite el Caraculo al ver que lo ignoro, y me roba el manjar del plato para zampárselo—. Di algo.

Ladeo la cabeza hacia él, procesando lo que acaba de suceder, anonadada.

—Acabas de comerte el último trozo.

—Te habías quedado embobada mirándolo y no me respondías. —Se encoge de hombros con desinterés—. A ver si de esta manera me haces caso.

Me levanto de sopetón de mi asiento y me acomodo en el que ha ocupado Alan, frente a Kevin.

—Mira, chavalito. —Lo miro a los ojos—. Como me da una tremenda pereza hablar sobre nuestra ruptura, te reto a un pulso. Si gano yo, te olvidas de mí. En cambio, si me vences tú, volvemos a estar juntitos, haciendo las cosas típicas con las que se entretienen los novios.

—De acuerdo, Hann. —Me reta con su mirada verdosa, sonriendo, y apoya el codo en la mesa—. ¿Preparada para perder y volver a ser mi demonio pelirrojo?

Hago todo lo posible por reprimir una risita.

Pero ¿quién se ha creído que es este mindundi para pensar que me va a ganar? ¡A mí, que soy cinturón negro en kárate y me los cargo a todos con sólo mirarlos!

Junto mi mano con la suya sin que se lo espere y lo derribo en un santiamén, dejándolo humillado en este establecimiento con los demás clientes como testigos.

—Disculpa, ¿qué decías? —me burlo.

—Esa no ha valido —se intenta defender—. No estaba preparado; ni siquiera hemos contado hasta tres.

Sonrío de medio lado.

—Tienes muy mal perder, eh. Acepta la derrota, Caraculo.

—Entonces, pido la hoja de reclamaciones u otro intento. No estoy de acuerdo con lo que acaba de ocurrir.

Suspiro, poniendo los ojos en blanco.

—Muy bien. Segundo y último intento —cedo, y me coloco en posición de combate.

Kevin me imita, juntando su mano con la mía, y soy la encargada de contar hasta tres. Como es obvio, no me genera ningún esfuerzo ganarle, porque su brazo parece estar hecho de plumas en vez de músculos, y celebro mi segunda victoria.

—¿Cómo es posible que tengas tanta fuerza? —inquiére—. Si eres muy pequeña.

—Te recuerdo que soy cinturón negro en kárate. Para mí, ganarte es como aplastar a una hormiga que se está esforzando por llevar una miguita de pan a su hormiguero. Con un simple pisotón... ¡Pum! La mando al cielo de las hormigas.

—Eso ha sonado de lo más cruel —me responde lamentándose por el pobre insecto—. Con lo que te gustan los animales, y te cargas a una pobre hormiga indefensa, que sólo había salido para buscar alimentos.

—Mala suerte. —Sonrío con inocencia.

Kevin vuelve a posar el codo en la mesa.

—¿Otro intento, por favor? A la tercera va la vencida.

—Venga.

Esta vez, aflojo un poco mi fuerza y dejo que Kevin luche por la victoria todo lo «bien» que se le da, con la cara completamente colorada y echando humo por la cabeza, pero yo me aburro en cuanto le quedan unos diez centímetros para tumbarme y decido romper la tensión con mi sentido del humor tan vulgar.

—Ten cuidado, a ver si de tanto hacer fuerza se te escapa un pedo... O algo peor.

—¿Eh?

Como lo he dejado aturdido, aprovecho el momento para derribarlo y triunfo en el tercer pulso; después, levanto los brazos, victoriosa, y algunos clientes posan sus miradas en mí.

—¿Ahora me vas a decir que esta tampoco ha valido? —le pregunto riéndome mientras me taladra con su mirada.

—Es que eres una tramposa. ¿A quién se le ocurre hacer un chiste tan malo y asqueroso?

—A mí, por supuesto. —Me echo la melena hacia atrás con chulería.

—Otro intento, pero esta vez con normas. La primera: nada de hablar. La segunda: prohibido poner caras raras o graciosas. Y la tercera: no se permite meterme mano por debajo de la mesa, por si acaso esa era tu siguiente jugada para vencerme.

Este tipo se cree que me va a ganar por inventarse tres reglas de pacotilla.

—De acuerdo, Caraculo, pero no vayas a lloriquear cuando logre ganarte.

Nos dedicamos a echar unos cuantos pulsos más, en los que Kevin pierde y se inventa excusas baratas, como que lo he distraído con mi belleza, que se estaba haciendo pis, que tenía hambre, que le ha llamado la atención mi ojo más pequeño, que se ha quedado atontado con mi mirada

intensa o contando mis pecas, o que le han entrado ganas de besarme por culpa de mis labios pintados de rojo. En la última oportunidad que le doy, estoy tan aburrida (incluso se me escapan varios bostezos) que le permito que me derrote por lástima, porque el chaval se está dejando las fuerzas en un simple pulso, que hasta un bebé de un mes le ganaría.

—Fabuloso. —Lo aplaudo—. ¿Quieres repetir?

Kevin esboza una bonita sonrisa.

—Ya no. Así estoy contento, porque eres otra vez mi demonio pelirrojo.

—En realidad, no. La única vez válida ha sido la primera. Si te hace ilusión pensar que me has vencido, adelante, pero te he dejado ganar.

—Qué mentirosa y qué mal perder tienes —me contesta, y se levanta de su asiento para sentarse junto a mí, no sin antes darme un beso en los labios.

Han pasado sólo un par de días desde que rompí con él, pero echaba de menos sus besos.

—Oye, Hann, siento mucho haber vendido drogas en tu casa. Confiaste en mí y la cagué. Era una oportunidad que no podía perder y pensaba que nadie me iba a pillar, pero me olvidé de que estaba «trabajando» en el lugar donde habitaba la chica más inteligente del planeta.

—No seas pelota, anda. —Me río—. Ya hemos vuelto; no hacía falta que me besaras los oídos con esas bonitas palabras. Pero acepto tus disculpas. Sé que no lo vas a volver a hacer después del susto que te has llevado hace un rato.

—Todavía sigo temblando. —Me muestra sus manos—. Por eso he perdido tantas veces contra ti.

—Ya, ya. —Le saco la lengua—. ¿Te apetece tomar algo? Te invito a lo que quieras y, de paso, meriendo por segunda vez, que me ha entrado hambre de nuevo.

—Vale, pero esta noche te quedas a dormir en mi piso.

—¿Es una orden? —me mofo, y él asiente, divertido—. Me quedaré si quiero.

—Entonces, ¿quieres?

—Sólo para hacerle una visita al gatito, no para que me abracés mientras duermo. —Me hago la dura.

—Ya... Por el gatito... —Sonríe de medio lado—. Muy creíble.

—Cierra ese pico con sabor a culo.

—Ciérramelo tú con esos labios tan sexys.

Y obedezco su última orden porque me da la gana, no porque me lo haya pedido.

# Capítulo 34

## Kevin

A la mañana siguiente, unos ruiditos que ya considero familiares me despiertan, y no son los pequeños ronquidos de Hannah.

—¿Otra vez espiando mientras dormimos? —le pregunto a Tania, que se encuentra sentada en el suelo, masticando cereales como si sus dientes fuesen una trituradora, mientras observa cómo roncamos mi novia y yo, abrazados.

—Mmm... —Hannah se remueve y abre un ojo. Como está tumbada de lado, lo primero que ve es el careto de su tía—. ¿Qué haces aquí, tía Tania? Existe algo que se llama privacidad.

Yo me río.

Ya me ha despertado esta señora varias veces de la misma manera, y en todas casi me da un ataque al corazón, porque no me acostumbro a que alguien que no sea Hannah me mire mientras duermo, como si fuera un fantasma.

—Sólo quería deciros que me alegro de que hayáis vuelto —nos dice—. Hacéis una buena pareja, aunque mi parienta y yo somos la mejor.

—Gracias —le respondo con voz pastosa, medio adormilado.

—Eso no es excusa para colarte en la habitación de tu compañero de piso, y encima cuando está durmiendo con su novia, porque los podrías haber pillado haciendo otra cosa —le espeta Hannah.

—Tranquila, minisargento. —Tania se echa a reír—. Estaréis vestidos por debajo de las sábanas, ¿no?

Yo llevo puestos los calzoncillos y Hannah, sus bragas y la camiseta que usé ayer.

—Fuera de aquí —le ordena la pelirroja—. Maldita loca.

—Está bien, está bien.

A mí me hace gracia, porque estas dos se parecen más de lo que se creen. Muchas veces, Tania me recuerda a Hannah, pero con cuarenta y tantos años.

Mi compañera de piso desaparece de mi habitación, quejándose de sus «veinticinco años», y acomodo mi cabeza en el cuello de Hannah, abrazándola por la espalda. Sin embargo, la vibración de su móvil interrumpe nuestro momento mañanero romántico y ella estira el brazo para cogerlo.

¿Quién será a las diez de la mañana?

—Un mensaje de mi hermano —me informa.

Desde ayer por la tarde, no sabemos nada de Sebas ni de Maca, y yo estoy agarrándome fuerte a los minutos que me quedan de libertad.

No puedo evitar echar un vistazo al mensaje que le ha enviado Alan, por si da la casualidad de que tiene noticias.

Alan: «Sebas acaba de aparecer. Está todo bien»

Frunzo el ceño. ¿Qué significan esas palabras? ¿Qué es lo que se supone que está bien? ¿Mi

situación? ¿Que no han detenido a su amigo? ¿Que sea más específico!

Al parecer, Hannah me lee el pensamiento y le responde a su hermano:

«Cuéntanos más detalles, hermanito. No nos hemos enterado de nada»

De nuevo, Alan responde «todo bien».

—De verdad... A veces mi hermanito puede ser un poco bobo —comenta Hannah con sus ojos clavados en la pantalla del móvil.

—Yo necesito saber qué ha ocurrido.

—Esto lo arreglo yo, no te preocupes.

A continuación, la pelirroja le escribe otro mensaje a su hermano:

«Kevin y yo vamos a ir a haceros una visita para que nos contéis toda la historietita. Y, de paso, os saqueamos la cocina para desayunar, que nos hemos despertado muertos de hambre. Pero primero tenemos que echar un polvito mañanero, así que no os mováis de ahí, que os mato»

—Sólo piensas en comida —le digo—. Y en sexo... ¿Hacían falta tantos detalles en un simple mensaje?

—¿Algún problema, Caraculo? —me espeta.

—Ninguno, ninguno.

Alan no tarda en contestar:

Alan: «No me interesa la vida sexual de mi hermana, pedazo de bruta. Compórtate como una dama»

—Una dama, dice —me burlo.

Hannah coloca el móvil en el colchón, bocabajo, y se da la vuelta para mirarme.

—No cotillees mis conversaciones y fóllame.

—Menuda boquita tienes, Hann.

Y nos ponemos al lío, despertándonos con un buen asalto mañanero y con el gato tuerto vigilándonos desde el escritorio con su único ojo. Para cuando acabamos, no tardamos nada en ducharnos y en vestirnos y, en menos de media hora, nos encontramos tocando el timbre del apartamento de Alan y Leo.

Es mi cuñado el que nos abre la puerta y nos recibe con un abrazo a cada uno.

—Leo y yo hemos hecho gofres y nos han quedado riquísimos —nos dice—. ¿Queréis?

Es imposible negarse a esa invitación, de modo que no nos queda más remedio que aceptar.

Mientras desayunamos todos juntos, Sebas nos cuenta que la poli registró su casa entera y encontró treinta plantas de marihuana; entonces él, Macarena y dos personas más fueron detenidos ayer por la tarde, y hace un par de horas los han soltado, pero deben esperar a que se celebre el juicio para que el juez les imponga una pena, que podría ser de uno a tres años de cárcel, más una multa, porque sólo descubrieron «drogas blandas». Menos mal que, en ese momento, no tenían las más fuertes, si no, la pena sería mayor.

—Pero tranquilo, que no te hemos delatado —me informa Sebas, aunque, por su expresión, se nota que está asustado.

—Lo que me parece raro es que los polis se hayan enterado —interviene Hannah—. ¿Cómo ha sido posible si sólo nosotros lo sabíamos? Somos gente de confianza; el secreto no ha podido salir de aquí.

—Puede haber sido cualquiera que se haya enterado —comenta Alan.

—Da igual. Lo hecho, hecho está —le responde Sebas—. Ya no se puede dar marcha atrás.

Se me viene a la mente mi hermano con la intención de pegarme un susto, pero enseguida lo

descarto porque no sabía quiénes eran mis jefes. Además, si hubiese sido él, me habría delatado también a mí, no sólo a ellos.

Qué estrés de situación.

Leo permanece callado durante toda la conversación, con el semblante lleno de preocupación por lo que le pueda ocurrir a Sebas a partir de ahora, que es como su hermano.

—¿Y Macarena cómo está? —pregunta Alan.

—Lo acabo de dejar con ella. No paraba de echarme la culpa y me ha empujado un par de veces mientras discutíamos; supongo que estaría con el mono, pero no iba a permitir que me tratara así.

Hannah entrelaza su mano con la mía por debajo de la mesa, porque no he parado de temblar mientras escuchaba a Sebas. Sin embargo, no me he quedado tranquilo tras su relato, porque sigo pensando que la poli me está buscando hasta por debajo de las piedras y que acabaré en prisión.

Cuando terminamos de desayunar, nos despedimos de los tres (de Leo y de Alan, hasta septiembre, porque se van a Málaga con los demás) y nos marchamos en la moto, en dirección a la casa de mis suegros; Hannah, para desayunar por segunda vez, pero porras con chocolate, aunque de vez en cuando hace un gesto obsceno con su boca y el churro mientras me observa, a escondidas de las miradas de su familia, y mis mejillas se colorean de rojo.

¿Cómo puede tener tan poca vergüenza si parece toda una señorita?

—¿Mirasteis las notas de selectividad? —nos pregunta Ari—. Salieron ayer por la tarde.

Hannah se golpea la frente con la mano y exclama:

—¡Ostras, se me había olvidado por completo!

A mí también. Después de todo lo que ocurrió ayer, en lo último que pensé fue en mis calificaciones.

—¡Pues miradlas! ¡¿A qué estáis esperando?! —nos grita mi suegra dando una palmada en la mesa.

Hannah me mira.

—Yo veo las tuyas y tú, las mías.

—Vale.

Intercambiamos nuestros móviles con la aplicación correspondiente abierta, y Álvaro me ordena que diga primero las notas de su «princesita»; Mimi y Aitor ponen los ojos en blanco ante ese apelativo cariñoso.

Fijo la vista en la pantalla del teléfono de mi chica y ni siquiera me sorprende, porque ya sabía qué iba a sacar.

—¡Dilo ya! —brama Ari, que sostiene a un Leo junior asustado entre sus brazos.

—Cálmese, señora —le dice Espléndida—. Deje al señorito Kevin verlo con tranquilidad.

Sonrío ante las miradas expectantes de todos los presentes y, entonces, lo suelto:

—Un diez en todo.

Con esta notaza, que se convertiría en un catorce, Hannah podría entrar en la carrera que le diese la gana.

Álvaro se echa a llorar de la emoción, orgulloso de su hija, y se levanta para abrazarla y darle la enhorabuena, pero ella intenta zafarse de él sin ningún éxito.

—Ay, papá, quita, que tengo que decir las notas de mi chico.

—¡Álvaro Aitor, deja a la niña! —le ordena mi suegra—. ¡Que estoy en un sinvivir!

Álvaro suelta a su «princesita», por fin, y ella se acerca a su madre para preguntarle un par de cosas en un susurro, sin que la escuche nadie, y le enseña la pantalla.

—Un momento, que tenemos que hacer unos cálculos por si Kevin supera la nota de corte de Bellas Artes —nos explica Hannah.

La nota de corte en esa carrera, en Madrid, casi llegó al diez el año pasado, así que espero que me admitan, sea lo que sea lo que haya sacado.

Tras unos minutos, Hannah es la que habla:

—Según nuestros cálculos, con la nota de Bachillerato, más la Fase General y la Específica de la selectividad, has sacado... —Hace una pausa mientras el peque Aitor simula un redoble de tambores, y mi corazón late con fuerza—. ¡Un once! —Y corre hacia mí para aplastarme con un abrazo—. ¡Felicidades, Caraculo!

No me lo puedo creer... ¡Tengo la nota necesaria para entrar a estudiar la carrera que siempre he querido! Estoy deseando contárselo a mi hermana, que se pondrá más contenta que yo, y a mi madre y a Simón, para cerrarles la boca.

Toda la familia de mi chica me da la enhorabuena, incluso Mimi, y yo me siento como uno más y, sobre todo, querido.

Un rato después, tras terminarnos nuestro segundo desayuno, Hannah y yo recogemos los platos y cubiertos sucios de la mesa para ponerlos en el fregadero y darle menos trabajo a Espléndida, que acaba de marcharse para hacer la compra.

De pronto, mi móvil comienza a sonar y lo saco del bolsillo de mis vaqueros para descubrir que el número que me está llamando no lo tengo guardado.

¿Será mi hermano desde la cárcel con otro teléfono? ¿O de algún trabajo legal, porque a quien sea le ha interesado mi currículum inventado?

Como me he quedado atontado contemplando cómo mi móvil suena, Hannah, que sabe lo de la llamada de mi hermano, me lo arrebató de las manos y descuelga.

—¿Sí? —contesta, y hace una pausa—. Sí, soy Hannah. Kevin no está ahora mismo. —Su rostro permanece serio y yo me temo lo peor—. Vale, yo se lo digo cuando lo vea. Estará encantado. —Ahora sus labios se curvan hacia arriba, formando una sonrisa—. Muchas gracias, Ángeles. Adiós. —Y cuelga.

Al oír el nombre de la señora que tiene la tienda de chucherías al lado del insti, frunzo el ceño.

—¿Ángeles? —inquiero mirando a mi chica, que me entrega mi móvil con una sonrisa orgullosa.

—Necesita un dependiente para los meses de verano porque se va de vacaciones. No le ha hecho falta ver tu envidiable currículum para saber que eres el candidato ideal. Me ha dicho que mañana te presentes en la tienda para hablar con ella, por si quieres el trabajo.

—¡Qué guay, Hann! —Esbozo una sonrisa, feliz, y la abrazo.

Hace unos días estuve entregando currículums en algunos negocios y le dije a Ángeles que me llamara si necesitaba a alguien que se encargara de la tienda.

—Ahora las cosas sólo pueden ir a mejor, ya verás —me dice Hannah, también alegrándose por mí.

Precisamente, esto es lo que más me asusta: que sólo esté recibiendo buenas noticias.

\* \* \*

Casi dos meses después, continúo pensando que la vida me está yendo demasiado bien. He sido admitido en el grado de Bellas Artes y estoy deseando que se acaben las vacaciones de verano para empezar a estudiar, ilusionado; también he estado currando en la tienda de chucherías de

Ángeles, de lunes a sábado, y no puedo quejarme (bueno, excepto cuando vienen niños malcriados y lo ponen todo patas arriba con los padres mirándolos y riéndoles las gracias, o cuando entró un grupo de adolescentes para robar unos cuantos botellines de cerveza; Hannah, que en ese momento estaba conmigo, tuvo que asustarlos, sacando un bate de béisbol de debajo del mostrador, como me recomendó Ángeles por si algunos clientes se ponían tontos).

En cuanto al tema de las drogas, no he vuelto a vender (como es obvio) ni tampoco he recibido noticias de la policía, así que espero que todo termine en una agradable anécdota para contársela a Mike Wazowski, el gato tuerto, cuando me aburra, porque he acabado adoptándolo; no ha encontrado ninguna familia que lo quiera y le he cogido demasiado cariño.

Y Hannah y yo hemos pasado el verano en Madrid. Mientras yo trabajaba, ella me hacía compañía en la tienda cuando no tenía que ir a la autoescuela, porque se aburría sola, sin nadie al que poder molestar. Por otro lado, hemos aprovechado la piscina de su casa, bañándonos casi todos los días, y hemos tomado el sol en el jardín a la vez que zampábamos toda clase de helados o mojitos fresquitos. Algunas veces me quedaba a dormir en su mansión, y otras, ella se venía al piso que comparto con sus tías, que también estaba vacío porque se fueron de vacaciones.

De mi madre no comento nada porque sigue en las mismas; de Simón no he vuelto a tener noticias ni lo he ido a visitar; y Rebeca, que ya ha cumplido los catorce, venía a la tienda para verme (se alegró de que tuviera trabajo y de que estudiara Bellas Artes, y yo le regalaba chucherías o le daba dinero).

De hecho, mi hermana me ha llamado hace un rato para pedirme que fuera a la casa de mi madre porque había sucedido algo importante que no me quería explicar por teléfono. Justo en ese momento, Hannah estaba trepando uno de los árboles de su jardín mientras yo le ordenaba que se bajara, y por poco se cae y se abre la cabeza. Luego, mi chica y yo hemos cogido la moto y ahora estamos dirigiéndonos hacia mi barrio para descubrir qué es lo que se está cocinando en el zulo.

Igual mi madre o el parásito han encontrado un trabajo, o ella me quiere pedir disculpas por todo lo que me ha hecho... Aunque no voy a ilusionarme, porque también puede que esos dos hayan echado a Rebeca o que la casera se haya hartado de tener okupas que no pagan el alquiler y quiera tomar medidas.

Hannah aparca cerca de mi bloque y no tardamos en subir a mi antiguo «hogar», esquivando las jeringuillas usadas y a los yonquis que están acomodados en las escaleras.

En cuanto estoy a punto de tocar el timbre, la puerta se abre y aparece mi madre sujetando un par de maletas; el otro parásito la sigue con otros dos macutos.

—¿Qué ha pasado? —les pregunto.

La casera los ha echado. Es que soy adivino.

—Nos vamos —me responde mi madre enseñándome sus dientes picados, en una amplia sonrisa—. ¡Nos ha tocado el euromillón! ¡Ya no vamos a trabajar más en lo que nos queda de vida!

Permanezco descolocado durante unos segundos.

—¿Qué dices? ¿Cómo que os vais? ¿A dónde?

—A donde nos lleve el primer avión que salga del aeropuerto —interviene Héctor.

—¿Cómo? —Me está costando horrores entender esta escena tan surrealista—. Pero ¿cuándo vais a volver?

—¡Nunca! —exclama mi madre con el rostro radiante de felicidad—. ¡Vamos a vivir la vida! ¡Ya me he sacrificado suficiente por unas garrapatas como vosotros! ¡Me lo merezco más que nadie! —Le da un codazo a su noviete—. Vamos, Héctor, que el taxi ya habrá llegado.

—Espera, espera, espera. —Sujeto del brazo a mi madre antes de que se escape de mí—. ¿Qué va a pasar con Rebeca? ¡Es menor de edad todavía, igual que yo! ¡Somos tu responsabilidad!

—No pasa nada por eso, eh. —Hace un ademán con la mano—. Te quedan pocos días para cumplir los dieciocho, así que debes encargarte de ella, que era lo que querías.

Intercambio una breve mirada con Hannah, que no se ha movido de mi lado y ha estado callada todo el rato.

Los dos estamos flipando.

Vuelvo a mirar a mi madre.

—No sé ni de qué me sorprende. —Niego con la cabeza y me atrevo a apuntarla con el dedo—. ¿Sabes que puedo denunciarte por abandono?

Se echa a reír, como si le hubiera contado un chiste buenísimo, y se saca la cartera del bolso. Rebusca algo dentro y, cuando lo encuentra, me lo entrega.

Un billete de diez euros.

—Para que no te enfades mucho con nosotros —me dice.

—¿Y qué se supone que voy a hacer con ese dinero? —Me río con sarcasmo—. ¿Comprarme un chicle?

—Como comprenderás, no te voy a dar lo que me ha tocado... Siempre queriéndolo todo para ti, egoísta. —Me pega el billete al pecho, que lo sujeto de manera automática, y después le hace un ademán con la cabeza a su noviete—. Vámonos ya, joder.

Y los dos desaparecen escaleras abajo, dichosos.

Increíble.

—Todos los tontos tienen suerte —murmura Hannah con voz inaudible para que no la oiga, con la vista fijada por donde se han ido los parásitos.

—Te he escuchado, Hann —le respondo, y ella ladea la cabeza hacia mí con el semblante lleno de inocencia—. No hace falta que hables en voz baja, porque estoy de acuerdo contigo.

—Es que es muy fuerte que os abandone siendo menores, Kev. ¿Qué tiene esa señora en la cabeza? Mis padres jamás nos harían eso a mis hermanos y a mí; es más, hasta nos llevarían con ellos al fin del mundo.

Me paso una mano por la cara, agobiado, porque no tengo ni idea de qué hacer ahora mismo.

—Esto parece una maldita pesadilla.

Rebeca aparece en el rellano, justo antes de que entremos en el zulo para buscarla.

—¿Ya se han marchado? —nos pregunta, cabizbaja, y yo la achucho entre mis brazos.

—Sí, pero no te preocupes, que yo no te pienso abandonar nunca, ¿vale?

—Bueno, ¿quién tiene hambre? —nos interrumpe Hannah para mitigar la tensión que se ha instalado en el ambiente, y mi hermana y yo nos separamos—. Os invito a tres merendolas en el Chon para que ahogemos las penas juntos. —Le tira del moflete a Rebeca—. Yo también cuidaré de ti, aunque sea un desastre con patas.

Mi hermana sonrío, pero se nota que le cuesta.

—Gracias, Hannah.

Tendré que mantener una conversación con mis compañeras de piso para informarlas de que vamos a tener una inquilina más. Si les parece bien, Rebeca se quedará con la habitación que sobra en el piso (la que Mel y Tania usan para lanzar platos y acumular trastos), pero si no están de acuerdo, tendremos que buscar otro sitio donde vivir.

Lo bueno es que, dentro de unos días, por fin, seré mayor de edad.

# Capítulo 35

## Hannah

—¿Quién quiere que le dé una vueltecita en el coche de Alan? —les propongo a todos los miembros de mi familia, que llegaron hace unos días de Málaga y están supermorenos.

—No quiero morir, gracias —Aitor es el primero en hablar.

—Yo tengo un montón de cosas que hacer —interviene Mimi.

El siguiente es Leo:

—Yo tampoco quiero morirme tan joven.

—Ni siquiera te he dado permiso para conducir a Afrodita —me espeta Alan—. Además, con lo bruta que eres, no vas a ser capaz de dejarla con vida.

Me levanto de la silla, porque acabo de almorzar con ellos, y comienzo a imitar a una gallina.

—*Pío, pío, pío* —cacareo haciendo el ridículo—. Sois unos mediacas.

—¿Estás intentando imitar a una gallina o a un pollo? —interviene mi padre.

—A una gallina —le respondo, y me cruzo de brazos.

—Que yo sepa, las gallinas hacen *co, co, co, co* —se une mi madre a la conversación.

—No es así —le responde Aitor—. Dicen *quiquiriquí*.

—Mierda para ti —Mimi se encarga de hacer la rima correspondiente.

La sargento de mi madre se levanta de un salto se la silla y le ordena a mi hermana que eche un euro en la hucha, que no sé dónde diantres la tenía escondida.

—Eso por tonta, *Mimo* —se mofa el peque Aitor, que tampoco se libra de colar el euro por la rendija.

—*Co, co, co, co* —Leo júnior imita a una gallina a su bola, sentado en el regazo del Leo mayor.

Madre mía, qué familia de locos.

Entonces, la espléndida de Espléndida (me río yo sola en mi cabeza ante este chiste tan bobo) toma la palabra:

—Las gallinas hacen *cloc, cloc, cloc*; los pollos dicen *pío, pío, pío*; y los gallos, *quiquiriquí*.

El calor les ha frito el cerebro a todos. Han regresado peor del coco.

Para llamar la atención porque se han puesto a imitar juntos a una gallina, suelto un pedazo de grito, con el que la mismísima niña del exorcista me tendría envidia, y todos ladean las cabezas en mi dirección, atemorizados.

Mi madre también chilla porque se ha asustado, Leo se lleva una mano al corazón como si le estuviera dando un infarto, Alan me arroja purpurina, mi padre me aplaude con orgullo, Espléndida se santigua, Mimi pone los ojos en blanco, Aitor se cae de la silla y Leo júnior comienza a llorar.

Sí que ha hecho efecto mi grito... Creo que es la primera vez que todos se ponen de acuerdo en algo.

—¿Quién se viene conmigo en el coche de Alan? —les repito—. Si nadie quiere, cojo las llaves y me piro yo sola, que le he prometido a Kevin que lo recogería.

Como hoy es su dieciocho cumpleaños, lo voy a traer a mi casa para que lo celebremos con mi familia y sople las velas en la tarta que han preparado mi hermano y Leo. Y, por la noche, ya me inventaré algún plan para que hagamos juntos.

—Sí, claro... —interviene Alan con ironía, mirándome—. Voy contigo, que no me fio nada. — Le da un codazo a Leo, que se encuentra a su lado—. Levanta.

—¿De verdad es necesario que yo vaya? ¿No podéis vivir sin mi presencia? ¿Tengo que arriesgarme a morir por culpa de una señoritinga que se acaba de sacar el carnet de conducir?

—Sí. Hasta que la muerte nos separe, mendigo. —Alan lo obliga a levantarse, tirándole del brazo, y mi madre empieza a ponerse nerviosa por lo que pueda sucedernos en la carretera.

—Conduce con cuidado, Hannah Montana —me dice mi padre, que se ha acercado a mí para darme un fuerte abrazo, como si fuera la última vez que me va a ver con vida—. A veces, los conductores son muy peligrosos. Si te encuentras con alguno así, insúltalo o sácale el dedo corazón.

—Lo haré, papá.

—Voy a ir preparando el entierro triple —se mofa Aitor.

—O cuádruple, si contamos también a Kevin —añade Mimi.

—¡Miriam Ariadna! ¡Lorenzo Aitor! —les grita mi madre golpeando la mesa con su palma—. ¡No se bromea con estos temas tan serios!

Leo, Alan y yo nos despedimos de todos, prometiéndoles que regresaremos sanos y salvos, y nos dirigimos hacia Afrodita, que se encuentra aparcada fuera. Pego mi fabulosa «L» en el cristal trasero y a mi cuñado se le escapa una risotada.

—«L» de lenta —se cachondea de mí.

—Envidioso. —Le saco la lengua—. Por lo menos yo tengo el carnet de conducir, no como otros, que prefieren que sus maridos les hagan de taxistas.

—Uy... —suelta Alan presenciando nuestra disputa.

—Ni lo voy a tener —replica Leo—. Me dan respeto estos cacharros. Además, a mi principito no le importa llevarme a todos los sitios que quiera, porque es su obligación como esposo.

—No es una obligación —le responde mi hermano sonriendo como un tonto—. Yo te llevo encantado. —Y le da un beso en los labios.

Arrugo la nariz, a punto de vomitar arcoíris, y doy una palmadita para que nos metamos en el coche, porque vamos a llegar tarde al piso de Kevin.

Me acomodo en el asiento del conductor, ilusionada; Alan ocupa el del copiloto para vigilarme por si se me va la olla; y Leo se sienta en el de atrás, con los ojos cerrados, agarrándose fuerte al cinturón de seguridad e inventándose posibles formas en las que podemos morir, como estrellándonos contra un camión, cayéndonos por un precipicio, estampándonos contra un escaparate, quemados o con nuestros restos tirados por el asfalto porque el coche explote de repente.

—Hazme el favor de taponarle la boca con un esparadrapo a Mister Dramas —le pido a mi hermano—. Como esté así durante todo el camino, lo tiro a la carretera.

—Ha nacido así —lo defiende Alan—. Pero hay que quererlo.

—Os estoy oyendo —escuchamos desde atrás—. Yo también os quiero, querida familia.

Antes de nada, Alan se encarga de la música, que es algo fundamental en este momento, y nos pregunta qué queremos escuchar.

—A papá —propongo yo.

—No, a BTS —interviene Leo.

Mi hermano, para satisfacer nuestros deseos antes de «morir», decide poner las canciones de nuestro padre y las del grupo coreano de manera aleatoria.

—Por lo menos moriré escuchando a mis novios coreanos y a mi futuro marido español, que se convertirá en exsuegro —comenta Leo.

De verdad, qué obsesión tiene con los famosos. Encima da un poco de vergüenza ajena que diga esas cosas sobre mi padre cuando está mi hermano delante.

Conduzco la mar de tranquila durante la mayor parte del trayecto, pero con mi cuñado lloriqueando detrás y mi hermano canturreando las canciones que suenan. Las únicas veces que me he cabreado han sido cuando unos chulitos me han adelantado y se han reído en mi propia cara (casi salgo para arrancarles la cabeza), y cuando unos ancianos han cruzado el paso de peatones, estando el semáforo en rojo, y por poco los atropello; he tocado el claxon tres veces seguidas y casi les provoqué un infarto.

Una vez que llegamos a nuestro destino, diviso a Kevin y a su hermana aguardando en su portal y les dedico un pitido para llamar su atención, con el coche aparcado en doble fila. En cuanto se dan cuenta de que soy yo la persona que está al volante y no mi hermano, Kevin se echa a reír y Rebeca se queda asombrada; después, los dos se aproximan a nosotros.

—Sube, Caraculo —le digo a mi chico mirándolo a través de la ventanilla de mi hermano, donde se ha asomado.

—Estás muy sexy como conductora, Hann.

—Gracias, gracias —le respondo con falsa modestia, esbozando una sonrisa, y luego centro mi mirada en Rebeca—. ¿Te atreves a subir, bonita? Prometo no matar a nadie.

—Obvio, Hannah. No soy una miedica.

Desde que su madre se desentendió de ellos y se largó con el padrastro, está viviendo con Kevin y mis tías. Han arreglado la habitación que quedaba libre y se la han dejado a Rebeca, que ahora se la ve muy contenta en su nueva casa y viviendo con el Caraculo de su hermano.

Kevin y mi cuñada se montan en el coche y se sientan detrás, junto a Leo, de manera que mi chico queda en medio de los dos.

Giro la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Por cierto, feliz cumple —lo felicito—. Ya puedes ir a la cárcel.

Como ha estado toda la mañana trabajando en la tienda de chucherías (hoy era su último día), no he podido felicitarlo en persona, sólo con un escueto mensaje de WhatsApp en cuanto me he despertado.

El cumpleaños enarca una ceja ante las últimas palabras.

—Hannah —mi hermano pronuncia mi nombre en señal de advertencia.

—¿Qué pasa? Él me hizo la misma broma cuando cumplí dieciocho —me defiendo—. ¿Por qué no puedo devolvérsela?

—Es que ha estado fuera de lugar —interviene Leo, y Rebeca nos contempla sin entender nada, porque desconoce todo lo que sucedió antes del verano con el tema de la poli y las drogas, y mucho menos sabe que su hermano ha estado metido en ese mundillo.

—Qué sensibles estamos —comento, procurando meter menos la pata, sobre todo cuando está mi cuñada delante.

—No os preocupéis, no me ha sentado mal. Podéis hablar de la cárcel sin ningún problema delante de mí; ya no me afecta que mi hermano esté ahí metido —nos dice Kevin llevando la

conversación por otro camino para que Rebeca no sospeche, y después me mira, sonriendo—. Gracias, tontaina. Ya has dejado de ser una pederasta.

Los otros tres se carcajean.

—Ja, ja, ja —me río de manera sarcástica, aún con la cabeza girada hacia atrás, lo que provoca que me esté empezando a doler el cuello—. Muy gracioso, Kev. Ahora, por listo, te vas a quedar sin mi regalo.

—Vale, perdón. Me portaré bien durante el viaje hacia tu mansión para que se calme tu enfado, pequeño demonio pelirrojo.

A Leo se le escapa un «oh» y Alan nos lanza purpurina.

¿Es que a mi maldito hermano nunca se le acaban esos polvitos brillantes o qué? Parece que lleva un cargamento entero en los bolsillos.

Nos dejamos de cháchara y me vuelvo hacia el frente, por fin, para llevar a todos estos bribones a mi casa para que zampen tarta con dibujos de unicornios.

El resto de la tarde nos lo pasamos de maravilla con mi familia, comiendo porquerías hasta que casi reventamos y jugando a juegos de mesa. Le hemos cantado la canción «Cumpleaños feliz» a Kevin y ha soplado las dieciocho velas que estaban en la tarta; también ha recibido regalos que le han encantado, como unas zapatillas de deporte nuevas y un montón de materiales de pintura (de parte de mis padres), y una sudadera de unicornio y un libro de dibujitos para colorear, como si fuera un niño de dos años (de parte de Leo y de Alan).

Y yo me he tenido que devanar los sesos estos últimos días, pensando qué podría regalarle al Caraculo. ¿Cómo puede ser tan complicado elegir algo para un tío? No me lo explico... Yo me conformo con cualquier cosa. Sin embargo, al final he elegido un puñado de piruletas con forma de corazón, un caballete, unos cuantos lienzos y, lo más importante, un cuadro pintado por mí con las acuarelas de mi madre, donde me he atrevido a dibujarnos a Kevin y a mí como monigotes y he añadido las palabras que siempre le digo en francés, más la frase «perfectamente imperfectos», en español. Casi me muero de la vergüenza cuando lo ha visto, porque soy una manca en el arte, pero creo que le ha gustado (o por lo menos ha disimulado bastante bien).

Bueno, da igual... Lo importante es la intención. Si al Caraculo le ha parecido horroroso, que lo tire sin que yo lo vea.

—¿Me vas a decir ya lo que significa? —me dice Kevin refiriéndose a lo que he escrito en francés, mientras estamos sentados en el sofá del salón; yo, comiendo otra porción de pastel porque está riquísimo.

Ya ha anochecido, así que dentro de un rato tendremos que llevar a Rebeca a su piso, que ahora está jugando con los mellizos a la Wii, y aprovecharé para quedarme a dormir allí.

—Por supuesto que no —le respondo a Kevin con la boca llena y con mi chulería, y lo apunto con el dedo—. Y tampoco se vale usar el traductor de Google, que te arranco la cabeza.

—Entonces, ¿cómo voy a saber el significado? Imagínate que es un insulto y yo te estoy riendo las gracias sin enterarme.

—No es nada malo, tranquilo, hombretón. —Le doy una palmadita en el hombro.

Mis padres, que habían salido media hora para sacar a pasear a Dora, entran en el salón y se dirigen hacia mí.

—Mi chiquitina, ven un momento con nosotros, que también tenemos un regalo para ti —me dice mi progenitora.

¿Y esta sorpresa? Mi cumpleaños ya ha pasado.

Dejo el plato en la mesita de centro con lo que me queda de tarta y me levanto del sofá.

—Sé que no se trata de la autocaravana, así que no me pienso hacer ilusiones, pero no voy a poner mala cara si habéis decidido comprarme un cochazo como el de Alan. O incluso una moto...

Mi padre suelta una carcajada y me responde:

—En realidad, te hemos construido una caseta en el jardín, junto a la de la perrita, para que te independices porque no te aguantamos.

—Qué gracia, papá.

Kevin, Alan y Leo también se unen a nosotros y, mientras los niños juegan, salimos por el jardín y nos encaminamos hacia la cancela. Ya en la calle, me percató de que una bonita autocaravana pintada de rosa se encuentra aparcada enfrente de casa.

—No te emociones, Hannah Montana, que es para mí —interviene Alan mirándome—. Por si no te acuerdas, yo soy el hijo favorito.

—Entonces, eso significa que también me pertenece a mí —Leo se mete en la conversación y se abraza a mi hermano—. Al estar casados, debemos compartirlo todo.

Mi madre, por primera vez en toda su vida, les regala una colleja a ambos, poniéndose de puntillas para llegar hasta sus respectivas nuca, y mi padre hace lo mismo (sin ponerse de puntillas, claro).

—Ay —se queja la parejita feliz al unísono.

Después, mi madre centra sus ojos en mí y agita unas llaves en el aire con una amplia sonrisa iluminando su rostro. Kevin no tarda en robárselas, porque se ha vuelto un poco descarado con la mayoría de edad y se está tomando muchas confianzas con mi familia últimamente.

—Gracias, suegra —le dice a mi progenitora, de broma—. No tenías por qué molestarme en regalarme una autocaravana también. Te diría que no puedo aceptarla, pero ya que está pagada, no te voy a hacer el feo.

Esta vez, el que se lleva un guantazo en la nuca es Kevin, pero de parte de mi padre.

—Qué novio más sinvergüenza te has echado, ¿no, Hannah Montana? —me pregunta quitándole las llaves a su yerno, y yo no puedo evitar echarme a reír—. Hace unos meses era muy tímido con nosotros.

—Es que lo habéis convertido en un miembro más de la familia en la que he tenido la mala suerte de nacer —respondo, y le enseño la palma de mi mano a mi padre, pidiéndole las llaves, que me las entrega al momento—. Gracias, papi y mami. ¿Sabéis que os quiero mucho y que sois los mejores padres del mundo, aunque estéis loquísimos?

—Qué niña más pelota —murmura Leo detrás de mí, y Alan le da la razón; ambos están enfurruñados porque, por un día, soy yo la favorita.

—Los abuelos también han querido poner de su parte. Luego los llamas para agradecerse —me dice mi madre—. Aunque la abuela Isabel ha tenido que ser convencida por tus otros abuelos, porque no estaba de acuerdo en que vivieras como una hippie, pero se le ha acabado ablandando su frío corazón.

—Como llevas mis genes de quinqui mezclados con los suyos de sargento Lucifer, se lo ha tenido que pensar —interviene mi padre en tono burlón, y mi madre le da un manotazo en el estómago.

—No te metas con mi madre, Álvaro Aitor.

Carraspeo, interrumpiéndolos, porque tengo ganas de estrenar mi futura casa.

—¿Puedo ver la autocaravana ya o vais a seguir con vuestras discusiones de matrimonio?

Mis padres me miran.

—Adelante, mi chiquitina —me contesta mi madre.

—Pero me tienes que prometer que vas a conducirla con cuidado. —Mi padre me enseña su meñique, que lo junto con el mío, haciéndole una *dedipromesa*—. Y que lo aprobarás todo en la universidad y que vendrás a visitarnos de vez en cuando, si no, te la quito y se la regalo a esos dos. —Señala a Leo y a Alan con la cabeza.

—Prometido, papi.

—Ojalá lo suspenda todo y no venga nunca —le susurra mi cuñado a mi hermano.

Me giro hacia ellos.

—Os estoy oyendo.

En cuanto mis padres nos dejan solos, entramos de inmediato en la caravana, que cuenta con todo lo necesario para vivir, como un baño, una habitación con una cama doble en la parte trasera, una pequeña cocina (la nevera se encuentra vacía; mis padres tendrían que haber sido considerados llenándola de comida, por lo menos, para que yo no tenga que entrar en la mansión y robarles) y, por último, el salón con una mesa amplia, dos sofás-cama y una televisión.

—Nos la prestarás algún día, ¿no? —inquiérese mi hermano, que se ha acomodado junto a Leo en uno de los sofás; Kevin se ha sentado en el otro—. Que yo te he dejado a mi preciosa Afrodita.

Al oír el apodo que le ha puesto a su vehículo, mi cerebro me recuerda que le debo poner uno al mío.

—Ahora debes bautizar a este trasto —me dice Leo como si me hubiese leído el pensamiento.

Kevin levanta la mano, pidiendo permiso para hablar, como si estuviera en clase. Yo parezco la profesora, porque aún estoy de pie.

—A ver, sorpréndeme, Caraculo.

—Podrías bautizarla como Hannah Montana. Te puedo escribir el nombre en la parte de fuera con un *spray*.

—Qué original —comento, sarcástica, aunque la idea del *spray* me parece grandiosa.

—Yo tengo algunas propuestas mejores que la que ha dicho tu novio —interviene Leo—. Se podría llamar Jungkook, Leona, Alana Leoncia o Suite BTS.

—No, es mejor que se llame Unicornia —se une Alan—. O Barbie, porque es rosita... Hotel LeBlanc González...

—Nidito de amor de *Kennah* —lo interrumpe su esposo—. *Kennah* es el *shipp* entre Kevin y Hannah, por si no lo habéis pillado.

—Todos los nombres que habéis dicho son ridículos —les espeto, y me pierdo en mis pensamientos, mirando a la nada y con la mano sujetando mi mentón. Cuando se me ilumina mi supercerebro, grito—: ¡Ya lo tengo! ¡*Rainbow Lollipop*!

Los tres me contemplan como si hubiese soltado un nombre de lo más extraño.

—¿Traducción? —pregunta Leo.

—Piruleta Arcoíris —le responde mi hermano—. Está muy chulo.

—Qué feo —suelta Kevin riéndose—. Aunque en inglés suena mejor que en español, la verdad.

—Pues ya está, bautizado. —Doy una palmada y miro a Kevin—. Mañana, con la luz del sol, lo escribes con un *spray*.

Como ya se nos ha hecho tarde, Leo y Alan se quedan a dormir en la casa de mis padres porque no tienen ganas de regresar a su piso, y a Rebeca le dejo mi habitación, ya que Kevin y yo vamos a estrenar la autocaravana tras haber saqueado la cocina de la mansión para llenar la mía.

—¿Qué te pasa, Kev? —le pregunto mientras me ayuda a meter la comida en la nevera.

Llevo un rato notándolo decaído y no sé por qué, si toda la tarde se lo ha estado pasando bien.

Kevin me mira con el ceño fruncido.

—¿A mí? Nada.

—Te has puesto raro.

Finge una sonrisa.

—Serán imaginaciones tuyas, Hann. Estoy bien.

—Vale —le respondo sospechando de sus palabras.

¿Qué le pasará?

Continuamos guardando los alimentos y, una vez que acabamos, para mitigar la tensión del ambiente, saco a relucir mi finura de dama educada:

—Bueno, ¿follamos o qué? —le propongo abrazándome a su cuello y esbozando una sonrisa inocente—. Creo que debemos estrenar esta autocaravana como Dios manda.

—Siempre tan romántica...

—¿Qué prefieres? ¿Que te diga que quiero hacer el amor? ¿Que me apetece que nuestras almas se unan? ¿Que me hagas tuya? ¿Que me conviertas en mujer? —Me río a carcajadas ante las dos últimas ideas sacadas del siglo XV—. ¿Que sudemos como puercos? ¿Que me pongas mirando para Cuenca y que no pueda andar durante días?

Kevin me cubre la boca con la mano para impedir que siga hablando.

—Vamos a hacer todo lo que acabas de decir —me responde con expresión divertida, y me quita la mano—. Pero tengo una duda... ¿Vendrá alguien de tu familia y entrará en este trasto sin permiso?

—He cerrado con la llave, no te preocupes. Mis padres no te van a pillar en bolas.

—Vale —me dice, un poco más tranquilo.

Nos vamos a la habitación, ponemos música romántica en mi móvil y estrenamos mi nueva casa como se merece.

# Capítulo 36

## Kevin

Al día siguiente, soy yo el primero en despertarse y me quedo contemplando cómo Hannah duerme a mi lado, con la boca abierta y tapada con la sábana.

—¿En qué piensas? —me pregunta ella unos minutos más tarde, aún con los ojos cerrados.

—En nada. —Me hago el tonto—. Bueno, en ti y en lo fea que estás recién despierta.

—Dímelo. Sé que te pasa algo. Estás raro desde ayer.

Acerco mi mano a su cabeza y le acaricio el pelo.

—No es nada, Hann.

—Lo que tú digas.

Me acurruco junto a ella, la abrazo, eliminando el poco espacio que nos separa, y le regalo un tierno beso en la frente.

—Mmm... Vale, lo que quieres es mambo mañanero —me dice, y yo me echo a reír—. La Kevinconda tiesa me lo ha tenido que soplar.

—¿Es necesario llamar a mi pene de esa manera tan ridícula?

—Pues anda que tú, que acabas de decir «pene» en lugar de «polla» —se mofa—. Ni que fueras un niño de siete años para que te dé vergüenza.

—Cállate, tontaina.

—Ahora mismito, Caraculo.

Hannah se esconde debajo de las sábanas y se dirige hacia mi entrepierna para torturarme con su exquisita boca y su lengua juguetona durante un rato. Después, intercambiamos nuestras posiciones porque es mi turno de saborearla, y me dedico a dibujarle círculos en el clítoris con mi lengua mientras la penetro con los dedos. No tarda en estallar en un orgasmo, porque estaba demasiado cachonda, y suelta unos gemidos tan escandalosos con los que su familia se habrá traumatizado desde la mansión.

—No seas tan ruidosa —le digo, y me coloco sobre ella, que tiene las mejillas sonrosadas y la expresión relajada—. Qué vergüenza... Qué está tu familia enfrente.

Se le escapa una carcajada.

—Seguro que están todavía dormidos.

—O con la oreja pegada a la autocaravana, sobre todo Alan y Leo.

Hannah posa sus manos en mi trasero y me aprieta fuerte contra ella, provocando que mi polla se pegue más a la parte interior de su muslo. Entonces, nos comemos la boca como dos desesperados, le beso el cuello y juego con sus pezones para volver a ponerla a cien. Después, me hago con un condón de los que nos dejaron escondidos sus padres debajo de la almohada y, tras colocármelo, me hundo en ella, que me abraza la cintura con sus piernas, pero posa su dedo índice sobre mis labios, indicándome que me calle.

—Espera —me pide mirándome a los ojos.

—¿Qué pasa? —le pregunto, y le doy un pequeño beso en la yema.

Me está empezando a asustar. ¿Me va a dejar con el calentón cuando le he dado su orgasmo mañanero con mi lengua? Sería muy egoísta por su parte.

Tras unos segundos en los que hemos permanecido quietos, cada uno perdido en los ojos del otro, suelta:

—Te quiero, Kevin Caraculo. —Quita su dedo de mis labios y frunzo el ceño, fingiendo que no la he entendido.

—¿Me lo puedes repetir? Es que no te he oído bien, Hannah Banana.

—Que te quiero, Kevin.

Hago todo lo posible por mantenerme serio y no sonreír como un atontado en este momento épico.

—Dilo más fuerte, porfa —le pido, y comienzo a moverme lento dentro de ella.

—Te estás pasando ya, eh. —Se le escapa un jadeo y sus manos se pasean por mi espalda.

—Es que no me creo que de tu boca hayan salido esas palabras tan moñas sin que se te hayan escapado. —Sonríó—. Me las tienes que gritar para que las asimile. —Y la embisto con fuerza, provocándole otro gemido acompañado de una risita.

—¡Te quiero! —grita mirándome.

—Otra vez.

—¡Te quiero!

—Una vez más —la animo haciéndole el amor.

—¡Te quiero matar!

Y los dos nos echamos a reír al unísono.

—Yo también te quiero, Hann —le digo, y le doy besos por toda la cara hasta terminar en sus labios.

Nos dejamos de cháchara y nos centramos en este momento y en la sensación de estar unidos, pero me percató de que esto puede que sea una especie de despedida, y creo que Hannah también lo siente.

Ambos nos corremos casi a la vez, susurrándonos de nuevo esas dos palabras mágicas, y permanecemos abrazados durante un buen rato más, en silencio, excepto por el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas, que se van calmando poco a poco.

—Hannah, tenemos que hablar —rompo la tranquilidad, tumbado de lado, mirándola; ella se encuentra en la misma posición.

—Lo sé. Por eso estás raro.

—¿Sabías que tenía que ver con ese tema que hemos estado evitando?

Ninguno de los dos se ha atrevido a hablar sobre el asunto prohibido desde que sabemos nuestros planes de futuro (por lo menos, durante los próximos cuatro años). Hemos preferido ignorarlo y pasar las vacaciones de verano sin preocupaciones, pero ya ha llegado el momento de ser valientes y mantener la conversación más formal de la pequeña historia de nuestra relación.

—Lo intuía —me responde.

—Entonces, ¿qué va a pasar con nosotros? Porque tú te vas por ahí muy pronto y yo me quedo aquí.

Hannah me muestra su mano.

—¿Echamos un pulso para solucionarlo sin tener que hablar? Si gano yo, continuamos con nuestra relación, pero a distancia. Si ganas tú, rompemos durante un tiempo y, en un futuro, volvemos a hablar sobre esto por si nos merecemos una segunda oportunidad.

Me quedo descolocado.

—¿Qué dices? ¿De verdad crees que con esa tontería es suficiente? Esto es serio, Hann. Debemos comportarnos como personas adultas, aunque no lo parezcamos.

Bufa y entierra su cabeza en la almohada. Tras unos segundos, vuelve a mirarme.

—Quiero que te vengas conmigo a recorrer el mundo —me dice, y a mí, por un instante, me entra el impulso de aceptar su propuesta—. En esta autocaravana hay sitio de sobra para nosotros; es una casa sobre ruedas. Imagínate vivir de esta manera tan guay y sólo preocupándonos por no quedarnos sin gasolina.

—Y yo desearía que te quedaras en Madrid —decido contestarle.

Nuestra situación es complicada. Ni ella quiere quedarse, ni yo puedo irme de viaje, dejando a mi hermana aquí y con la universidad a punto de empezar. Sin embargo, la idea de largarnos nosotros solos por ahí y despertar todos los días en este vehículo es tentadora.

—No puedo obligarte a que te vengas conmigo. —Hannah me acaricia la mejilla—. Sería egoísta.

—Y yo tampoco puedo pedirte que te quedes. —Finjo una sonrisa—. Aunque me encantaría fugarme contigo, la verdad. Quizá más adelante, cuando acabe la carrera y mi hermana ya no me necesite. —Hago una pausa para tragar saliva, porque me está costando mucho esta situación, y añado—: Y si no aparece por tu camino otra persona que te vuelva igual o más loca que yo.

—Yo también digo lo mismo de ti. —Hannah no sonrío—. A lo mejor, en tu facultad, te enamoras de otra chica o de un chico y le cueles piruletas en la mochila.

—No creo; tu padre me cortaría las pelotas y se las daría de comer a sus gatos.

La pelirroja deja escapar otro suspiro, exasperada, y se levanta de la cama.

—Necesito llenar la barriga para pensar con claridad y que a mi supercerebro se le ocurra alguna solución que no nos deje con el corazón destrozado. Espérame aquí. —Y se larga de la habitación con todo al aire.

Menos mal que este vehículo cuenta con oscurecedores en las ventanas, si no, cada persona que pasase por al lado se traumatizaría por vernos hacer de todo.

Mientras mi chica prepara el desayuno, me doy un pequeño paseo por la autocaravana para estirar las piernas, en pelotas, y fantaseo, imaginándome que vivimos en este sitio tan chulo como una pareja de nómadas, y nos acompañaría Mike Wazowski, porque no lo dejaría abandonado.

Cuando el desayuno está listo, nos ponemos algo de ropa encima para mantenernos serios (ella, sus bragas y mi camiseta, y yo, mis calzoncillos), y nos acomodamos en el sofá y en la mesa del «salón» para zampar café y tostadas con mantequilla y mermelada.

—¿Te apetece que hagamos una lista de pros y contras sobre mantener nuestra relación a distancia y de romper? —me propone.

—¿Existe algún pro en la opción de romper?

Hannah se pierde en sus pensamientos durante unos segundos.

—Yo diría que sí —me responde—. Acabaríamos «bien», sin que ninguno de los dos le hiciera daño al otro.

—Eso no tiene ningún sentido. —Le doy un mordisco a mi tostada—. Nos haríamos daño de manera mutua si cortamos, aun queriéndonos.

—Mejor así, en vez de hacérselo de otra forma, ¿no crees? —Clava sus ojos marrones en los míos.

—Si estás hablando de posibles cuernos futuros, entonces es que no confías lo suficiente en mí.

—Yo no he dicho eso —replica—. Por supuesto que confío en ti. Sólo estaba poniendo de

ejemplo un hipotético caso. —Coge su móvil—. Pero vamos a hacer esa lista.

Mientras nos acabamos el desayuno, nos concentramos en crear esa lista en la aplicación de notas de su teléfono, ya que no tenemos lápiz y papel aquí.

Primero, nos centramos en los pros de seguir juntos, pero a distancia, aunque no se nos ocurre ninguno. Después, nos ponemos con los contras: estaríamos alejados, nos echaríamos de menos, puede aparecer otra persona en nuestras vidas, nos comeríamos la cabeza sobre lo que estaría haciendo el otro tan lejos y podría enfriarse nuestro amor. Por otro lado, el único pro de romper que encontramos es el que se le ha ocurrido a Hannah antes, y los contras, que sufriríamos, nos destrozariamos el corazón y nos olvidariamos.

De nuevo, intentamos buscar algún pro de mantener nuestra relación en lo que terminamos de desayunar, en silencio.

—Dicen que el amor lo puede todo, ¿no? —suelto al tragarme el último sorbo de café—. Y el nuestro es bastante fuerte, porque me has apoyado con el tema de mi familia desestructurada, sabiendo que soy el hermano del tipo al que odiáis todos; tampoco me juzgaste cuando me puse a vender drogas, a pesar de que estabas preocupada por si me ocurría algo.

—Y tú estuviste a mi lado cuando me quedé embarazada y tampoco me juzgaste por querer abortar, e incluso estabas dispuesto a hacerte cargo del bebé sin que fuera tuyo cuando nuestra relación acababa de empezar.

—Creo que todo esto es motivo suficiente para seguir juntos, pero separados. Mira tu padre, que siempre ha estado de viaje por otros países, dando conciertos, mientras tu madre se quedaba trabajando en Madrid y cuidando de vosotros —le digo sonriendo—. Y los dos continúan juntos.

A Hannah parece que le gusta mi idea porque esboza una sonrisa.

—Además, vendría de visita en Navidad —añade—. Y te llevaría de viaje conmigo todos los veranos para aprovechar más el tiempo juntos. Si te apetece, claro.

—Eso suena genial, Hann.

—Pues ya tenemos la solución, Caraculo. —Se abraza a mí y yo la achucho fuerte, deseando congelar este momento.

\* \* \*

Dos semanas después, nos encontramos todos en la puerta de la casa de mi chica para despedirnos de ella y de su tía Tania; esta última ha decidido irse de viaje con ella, porque se aburre anclada en un mismo sitio y necesita despejarse y tocar el violín en cualquier rincón desconocido del mundo. Le han propuesto a Mel si quería irse también con ellas, pero se ha negado, ya que prefiere estar tranquila en un sitio y no le apetece viajar en este momento, además de que quiere cuidar de sus padres y pasar tiempo con ellos porque ya están mayores. A mí me parece bien que se quede, así mi hermana y yo seguimos viviendo con ella y nos ayuda a pagar el alquiler (a Rebeca le cae genial y dice que de mayor quiere ser como Mel).

Hace unos días comencé la universidad y estoy de lo más ilusionado; me encantan todas las asignaturas en las que me he matriculado, mis compañeros me han parecido simpáticos y he hecho unos pocos amigos. Y ya no debo preocuparme por buscar un trabajo, porque mi querida y estupenda suegra me ha contratado para limpiar mi antiguo instituto por las tardes (también nos ha soplado que Borjamari ha suspendido la selectividad y está yendo cada mañana a clase para repasar los contenidos y que no se le olviden; Hannah y yo nos echamos a reír al oír eso).

—Más te vale cuidar de mi niña mientras estáis dando tumbos por ahí —le advierte Álvaro a

Tania apuntándola con el dedo; Hannah está despidiéndose de sus hermanos y de Leo—. Te ha quedado claro, ¿zanahoria?

—Que sí, Dumbito. —Tania le da una palmada en el hombro—. Cuidaré de tu troglodita tan bien que hasta se olvidará de que tú y tu parienta sois sus padres.

—Qué graciosa eres con ese pelo de tallarín que tienes —le espeta mi suegra, recelosa, que está al lado de Álvaro—. Me caes mal.

—El odio siempre será mutuo, mujer. —Tania abraza a Ari con cariño.

Hannah se acerca a nosotros y mis suegros la achuchan tan fuerte que creo que le han roto un par de costillas. Álvaro, como es tan sentimental cuando se trata de sus hijos, se pone a llorar y yo sonrío, contemplando la escena tan bonita. Después, mi chica les pide que me cuiden mientras está lejos, a lo que ellos le responden que me invitarán a comer para engordarme como a un cerdito y que me vigilarán por si tienen que cortarme la «Kevinconda».

Y, aunque me duela, es mi turno de despedirme de mi demonio pelirrojo. Los demás, para dejarnos intimidad, se van al jardín de la casa, pero, con lo cotillas que son, seguro que se esconden en algún rincón para que no los veamos.

—Bueno... —rompo el hielo, con las manos metidas en los bolsillos de mis pantalones, inquieto.

—Bueno... —me imita Hannah—. Pues adiós, Caraculo. —Se da la vuelta y se sube a la autocaravana, fingiendo que se marcha ya.

—¡Oye! —Se me escapa una carcajada y voy tras ella—. ¡Despídete como las personas normales, mamona, que no te voy a ver hasta Navidad!

Hannah se encuentra de pie, apoyada en la pequeña encimera de la cocina, esbozando una sonrisa.

—Las despedidas me dan pereza, sobre todo las más dolorosas.

Me planto enfrente de ella y la rodeo con mis brazos.

—Te voy a echar mucho de menos —susurro en su oído.

—Y yo voy a echar de menos al gatito. Prométeme que lo cuidarás, ¿eh?

—¿Sólo mencionas al gato? ¿Y yo qué? —Me río y nos separamos un poco para mirarnos.

—Se me había olvidado. —Sonríe con inocencia—. Pero también te voy a echar de menos... A ti, a tus besos, a tus abrazos, a tus maravillosos polvos...

—Siempre tan elegante, hasta en los momentos difíciles.

—Prométeme que te vendrás conmigo cada verano a cualquier lugar del planeta. —Me muestra su meñique, que lo junto al instante con el mío, haciendo una *dedipromesa*.

—Te lo prometo.

—Prométeme que haremos videollamadas todas las noches.

—Eso depende de la zona horaria donde te encuentres; imagínate que me llamas a las cuatro de la mañana... No dormiría por hablar contigo y me quedaría frito en clase por tu culpa.

—Ah, es verdad. —Se ríe—. Bueno, pues prométeme que nos llamaremos todos los días, sin falta, para contarnos lo que sea, hasta las veces que hemos hecho caca.

De nuevo, juntamos nuestros meñiques.

—No creo que saber algo así sea importante para nuestra relación —le respondo frunciendo la nariz, con expresión de asco.

—Claro que sí. A lo mejor te noto raro durante una semana entera y mi cabeza se pone a pensar que te pasa algo conmigo, cuando en realidad estás estreñido y yo sin saberlo.

Le acaricio las mejillas con las manos, sin dejar de sonreír, y memorizo cada una de sus pecas.

—Está bien, Hann, te lo contaré absolutamente todo.

Compartimos los últimos abrazos y besos con calma, sin querer separarnos jamás, y me entran ganas de atarme en la cama de esta autocaravana para que Hannah me lleve a cualquier parte. También podría apalancarme en el asiento del conductor y arrancar, huyendo de su familia, de Rebeca, de mi vida y de Madrid, e irme con el demonio pelirrojo al infierno, aunque no tenga ni idea de cómo se conduce un cacharro de estos.

Al volver a separarnos, me percaté de que sus ojos lucen acuosos.

—¿Vas a llorar? —me burlo.

—Pero ¿qué dices, Caraculo? Es que se me habrá metido algo. Ya sabes que yo no lloro jamás de los jamases. Soy una tipa dura.

—Ya, ya.

—Es verdad —me responde, y se le quiebra la voz—. Ay, no me mires. —Se cubre la cara con las manos, y es entonces cuando se echa a llorar.

La rodeo con mis brazos enseguida y ella entierra la cabeza en mi pecho para desahogarse tranquila, entre sollozos y risitas; yo la imito y se me escapan unas cuantas lágrimas mezcladas con carcajadas.

—Huyamos —le propongo—. Arranca esta casa andante y llévame al Polo Norte.

—Allí hace mucho frío. —Alza la mirada hacia mí; sus ojos se encuentran enrojecidos y con el rímel corrido—. Prefiero ir a un sitio con playita para estar en bolas, como en ese cuadro de ahí. —Señala con su cabeza el lugar donde ha colgado la obra de arte que pinté yo, en la que aparece desnuda.

—¿Te lo vas a llevar? —quiero saber, divertido.

—Por supuesto. —Se echa la melena rojiza hacia atrás con chulería—. Salgo bellísima.

—Y eso que eres una modelo muy poco agraciada físicamente.

Me gano un puñetazo en el brazo y me carcajeo.

—¿Y tú quién te crees que eres? ¿Liam Hemsworth?

—No, pero no me importaría que me lo trajeras de regalo para Navidad, y si añades al hermano, mejor. Tampoco te haría el feo si me traes a Dua Lipa o a Miley Cyrus.

—Vete a freír espárragos. —Me da otro guantazo en el hombro—. Te voy a regalar un pene y una vagina de plástico.

—Si te hace ilusión...

Como no nos apetece nada despedirnos, dejamos de hablar y nos centramos en besarnos mientras nos susurramos que nos queremos, llorando de nuevo.

Unos golpes en la autocaravana nos interrumpen, y nosotros nos sobresaltamos y nos asomamos.

—Siento interrumpiros, parejita —nos dice Tania; a su lado están los demás—. Pero se nos hace tarde y no me gusta conducir de noche, porque puede aparecer *La llorona* en mitad de la carretera y pegarme un susto de muerte con el que conseguiría hacerme pis en mis bragas de Hello Kitty.

—Tía Tania, es un momento de lo más difícil —le responde Hannah—. Me estaba despidiendo de Kevin.

—Ya habéis tenido tiempo de sobra.

—Venga, Hann, vete ya —le digo a mi chica mirándola. Ahora sí, la abrazo y la beso por última vez—. Te quiero muchísimo.

—Y yo a ti, Caraculo.

Me apeo de la autocaravana y Tania se cuela en ella para acomodarse en el asiento del conductor; Hannah ocupa el del copiloto y se despide de toda su familia y de mí con la mano, gritándonos que nos quiere, mientras se aleja por la carretera.

—Nuestra niña ha volado, Álvaro Aitor —solloza Ari sonándose los mocos con un pañuelo.

—Qué rápido están creciendo mis trogloditas —comenta él, también llorando.

Mel nos pasa un brazo por los hombros a mi hermana y a mí.

—¿Qué quieren cenar mis hijos adoptivos esta noche? —nos pregunta—. Podemos robar lo que más os apetezca del Chon.

—Bocata de calamares —responde Rebeca.

—Pues yo quiero croquetas y empanadillas —intervengo.

Es lo que siempre se comía Hannah en el recreo... Más tarde le enviaré una foto de mi cena para darle envidia.

Se acaba de ir y ya la estoy echando de menos. La espera hasta Navidad se me va a hacer eterna.

# Epílogo

## Hannah

*4 años después...*

Mierda.

Me cago en todo.

No voy a llegar a tiempo.

¡Ahhhhhhhh!

—¡Ve más deprisa, joder! —le ordeno a mi tía Tania.

—¿Cómo quieres que haga eso, niña? ¡Hay un atasco! ¿Qué hago? ¿Me estrello contra todos los coches? ¿Llamo a Doraemon para que le coloque alas mágicas a este trasto? ¡Dime!

—¡Estoy por irme andando! —le respondo a gritos—. ¡Y ten mucho más respeto con mi casa, que has estado viviendo casi cuatro años en ella!

A mi tía se le va la pinza y toca el claxon varias veces seguidas, insultando a todos los vehículos que tiene por delante.

Mientras el atasco continúa, aprovecho para terminar de ponerme el vestido rojo, domar las ondulaciones de mi melena rojiza y maquillarme el careto.

Me estoy agobiando.

Hoy, el Caraculo se gradúa de Bellas Artes y me lo voy a perder por culpa de toda la gente que ha decidido coger su vehículo en este momento. ¿Es que no saben que contamina? ¿No es más sano ir en bicicleta o andando? Algunos son muy comodones.

Tres milenios después, parece que avanzamos, pero nos volvemos a parar a los tres segundos.

¿Qué demonios están haciendo, que tardan tanto? No me lo explico. ¿No es mejor seguir conduciendo para llegar antes al supuesto destino? Odio a la gentuza.

Me zampo una piruleta porque necesito hacer algo que no sea pasearme por la autocaravana, insultar a los coches o meterle prisa a mi tía y, tres mil millones de milenios más tarde, por fin, nos encontramos buscando aparcamiento cerca de la facultad de Bellas Artes, pero lo malo es que no hay ni un mísero sitio para estacionar mi hogar.

—¡¿Quieres aparcar ya?! —chillo, histérica perdida—. ¡Que me lo voy a perder todo y el Caraculo se va a creer que me he olvidado de venir a uno de los días más importantes de su vida!

—¡Cállate ya! ¿Es que no ves que no hay nada? —me responde mi tía mientras conduce, y toca el claxon cinco veces, cabreada—. ¿Qué hago? ¿Dejo tu trasto en mitad de la carretera? ¿Pinto un aparcamiento? ¿Lo pongo encima de un coche?

Me como las uñas y el tic de mi ojo no para de manifestarse por el estrés de esta situación. Al final, cansada de todo, cojo los tacones, me quito el cinturón, abro la puerta del copiloto y me tiro en plancha a la carretera, gritando «Jerónimo».

Milagrosamente, caigo de pie y sin hacerme ningún rasguño, porque estoy acostumbrada a evitar la muerte.

—¡Niña! —oigo que brama Tania desde mi casa, deteniéndola de repente y provocando que los vehículos que vienen detrás de nosotras toquen el claxon con insistencia—. ¡¿Cómo se te ocurre hacer eso?! ¡¿Quieres que tu padre me corte la cabeza?!

—Lo siento; debía hacerlo —me disculpo con una sonrisa inocente, y cierro la puerta del copiloto—. Te espero dentro.

—¡Hannah Montana!

Y echo a correr, ignorando los gritos de mi tía.

Por el camino, intento no chocarme con la gente, que me mira como si fuera una marciana porque voy descalza, con el vestido sin abrochar y sujetándome la zona del escote de palabra de honor para que no se baje y acabe enseñándoles las tetas a todos, ya que no llevo sujetador.

En cuanto entro en la facultad, diviso dos figuras familiares dirigirse hacia mí con los brazos abiertos, pero las esquivo.

—¿Cómo te atreves a no abrazarme, Hannah Montana? —me recrimina Alan detrás de mí.

Me doy la vuelta durante unos segundos para responder:

—¡Lo siento! ¡Tengo que ver a Kevin!

—¡Tienes el vestido desabrochado! —me informa Leo.

—¡Me da igual!

Reanudo mi búsqueda del Caraculo, pero también me encuentro con mis padres; de estos es más difícil huir porque mi progenitor me ha envuelto en un fuerte abrazo y mi madre me ha regañado por ir descalza y medio en pelotas, así que me ha ayudado a subirme la cremallera del vestido.

—¿Dónde está Kevin? —exijo saber.

—Hace cinco minutos estaba por aquí, pero ha desaparecido —me cuenta mi madre—. Nos ha preguntado si ibas a venir.

—Y yo le he respondido que no —interviene mi padre—. Lo he asustado y le he dicho que estabas en Cuba, con un cubano y una cubana, haciendo arroz a la cubana.

Mi madre le golpea en la barriga.

—Ay, papá, qué malo eres.

—¿A que sí? —Mi madre me da la razón—. Kevin ha puesto una carita de pena... Creo que por eso se ha marchado, para llorar a solas en el baño.

Claro, en el baño. Debo buscarlo allí.

Les digo a mis padres que luego los veo y me voy directa al servicio, aunque no tenga ni idea de dónde está, de modo que no me queda más remedio que preguntárselo a un par de personas y, en menos de lo que canta un gallo, ya estoy visitando el baño de hombres sin ninguna vergüenza. Hay unos cuantos chicos trajeados haciendo pis, que supongo que también se graduarán, y un par de ellos me dedican silbidos, pero yo los miro y los insulto, llamándolos «esperpentos con el pito enano».

Vale, ni en los urinarios ni en los lavabos hay rastro de Kevin. Mi intuición me dice que puede estar metido en uno de los habitáculos porque le habrá entrado un apretón por culpa de los nervios.

—¡¿Caraculo?! —exclamo en mitad del baño, y los tíos se me quedan mirando como si fuera una tarada que se ha escapado de un ovni.

—¿Tontaina?

Una puerta se abre y Kevin me busca con su mirada. En cuanto nuestros ojos se encuentran, nos sonreímos y yo me abalanzo sobre él para fundirnos en un abrazo.

—¿Y el cubano y la cubana? —quiere saber en tono burlón.

—Los tengo durmiendo en pelotas en la cama de la autocaravana. Si quieres, luego hacemos un cuarteto.

Se echa a reír.

—No, gracias, prefiero estar sólo contigo.

Nos perdemos en un beso apasionado y después contemplo el traje azul marino que se ha puesto, que le queda genial.

—Qué maravilla de hombre —le digo abrazándome a su cuello para volverlo a besar.

—Tú sí que eres una maravilla.

—También. —Sonrío—. Te quiero.

—Y yo a ti, Hann.

Oímos unas risitas, que provienen de los tarados de antes, y Kevin me los presenta como sus compañeros de clase. Son los mismos que se han metido con él durante estos años por mantener una especie de relación a distancia con una pirada que se ha fugado en autocaravana, y le han sugerido mil veces que tenga cuidado al entrar por las puertas, porque se podría estrellar con los cuernos.

En fin... Unos imbéciles de mucho cuidado que no saben lo que es querer a alguien y respetarlo. Sí que es cierto que Kevin y yo hemos estado durante cuatro años «separados», cada uno yendo a su bola con sus obligaciones, pero nos llamábamos cada día; yo le narraba las movidas que había hecho en las ciudades que iba visitando con mi tía, y él me relataba rarezas de sus estudios que yo no entendía, que había ido a echarles de comer a los animales callejeros de mi parte, o que había visitado a mis padres (un día los ayudó a pintar todas las paredes y a construir un columpio para Leo júnior en uno de los árboles del jardín; también se ha hecho muy amiguito de mi padre y han ido unas cuantas veces a ver partidos de fútbol los dos solitos). Además, lo he visitado en Navidad, y en verano me lo llevaba de viaje por Europa con la autocaravana para aprovechar los únicos meses que podíamos estar juntos a todas horas.

Cuando salimos del servicio, vamos directos hacia el salón de actos porque es casi la hora de que empiece la gala. Nos topamos con Jorge, que se reconcilió con Kevin hace tiempo y ahora vuelven a ser amigos, por eso está invitado. El muchacho también se disculpó conmigo por lo de las pintadas en la puerta y yo lo perdoné, porque no me apetece tener malos rollos con nadie.

Durante la gala, me siento con mi familia, Rebeca y mis tías, Tania y Mel; esta última sigue viviendo con Kevin y mi cuñada, y no ha querido perderse la graduación de su «hijo adoptivo».

En cuanto mi chico sube al escenario porque es su turno para que le coloquen su beca, le grito, desde el público, «te quiero, Caraculo sexy», y me fijo en que se le escapa una sonrisilla mientras me mira, con las mejillas coloradas.

Está mucho más guapo que la última vez que lo vi, en las vacaciones de Navidad.

Me encantaría quedarme en Madrid con él cuando pase mi graduación, que es dentro de una semana, pero mi espíritu libre y aventurero ya me está pidiendo que me largue de nuevo.

Un rato más tarde, cuando mi familia le ha dado la enhorabuena a Kevin y el evento llega a su fin, nos vamos todos juntos a cenar al Chon, superelegantes.

—¿Y cuáles son tus planes a partir de ahora? —le pregunto a mi chico mientras nos tomamos el postre en una mesa, alejados de los demás, porque necesitamos mantener otra conversación seria.

—¿Y los tuyos?

—Te he preguntado yo primero.

Kevin esboza una bonita sonrisa.

—¿Hay sitio para mí en tu autocaravana? —suelta de pronto, sin que yo me lo espere.

—Menuda pregunta más tonta... Siempre hay. ¿Es para venirte todo el verano?

—Y todo el otoño, el invierno, la primavera... —Se muerde el labio inferior—. Y el próximo verano... Así, durante los próximos años de mi vida. Si tú quieres, por supuesto.

A mi supercerebro le cuesta procesar la información que acaba de recibir, de modo que frunzo el ceño.

—¿Me estás queriendo decir que quieres vivir en mi autocaravana, conmigo, mientras recorremos el mundo juntos hasta que nos muramos?

—Eso mismo. —Asiente con la cabeza, sin abandonar su sonrisa.

—Espera, espera, espera. —Levanto mi mano, tomándome mi tiempo para comprenderlo—. ¿Y tu hermana? ¿Y el gato tuerto? ¿Y de dónde sacarías el dinero para pagarte los gastos? Porque yo no te pienso mantener.

—Rebeca quiere perderme de vista ya y es la primera que me ha animado cuando le he contado mi plan; además, casi ni me necesita porque ya tiene los dieciocho y se va a centrar en sacarse la carrera de Trabajo Social —me cuenta—. Me llevaría a Mike Wazowski conmigo, y por el dinero no te preocupes, que puedo timar a los guiris vendiéndoles mis cuadros en los países que visitemos.

—Madre mía... —Me paso una mano por la frente, asimilando todo esto.

La ilusión desaparece del rostro de Kevin.

—¿Te parece una mala idea?

Entonces, lo miro a los ojos y me atrevo a ser sincera:

—Sí a todo lo que has dicho, por favor. Me encantaría vivir como una nómada contigo durante el resto de mi vida.

\* \* \*

## Kevin

*Ocho años después...*

Como ocurre cada noche desde hace cinco meses, un concierto de llantos interrumpe mi sueño y no me queda más remedio que incorporarme sobre la cama de la autocaravana para coger en brazos a la culpable.

—¿Qué te pasa ya, llorona? —le pregunto, y la intento mecer, pero no se calla.

Su hermanita no se ha despertado, porque es un poco vaga y le encanta dormir, y Hannah se está haciendo la dormida, escondida bajo las mantas, para que no la moleste.

—Tontaina, Zoe está llorando —intento llamar a la pelirroja, pero no recibo respuesta—. Hann.

Nada.

La niña no para de lloriquear y no sé qué demonios le ocurre, si nos ha despertado hace dos horas para comer.

Qué difícil es la paternidad, y más aún si vienen dos niñas a la vez sin ser planeadas. Cuando nos enteramos mediante una prueba de embarazo, en París (donde ya llevamos un año y medio instalados en un camping de autocaravanas), no supimos qué hacer.

—¿Tú qué quieres que hagamos? —me preguntó Hannah ese día, sentada en la taza del váter,

con las bragas bajadas hasta los tobillos y sujetando el predictor con las dos rayitas; yo había tomado asiento en el suelo, con las piernas cruzadas.

—Me da igual —le respondí, pero tengo que reconocer que, en aquel momento, ya me había ilusionado—. Lo que tú quieras.

—Es que yo no sé.

—Y yo menos.

Entonces, decidimos hacer una videollamada con toda su familia para que nos aconsejara, y nos ayudaron a crear una lista con los pros y los contras de tener hijos. Como era obvio, la mayoría de cosas que nos dijeron fueron buenas, y los únicos contras que recibimos fueron aguantar a la embarazada durante el proceso y soportar los llantos del bebé por las noches.

Y tuvieron razón... Casi no dormimos, y aguantar a Hannah durante los nueve meses ha sido una pesadilla, porque lloraba cada cinco minutos, me gritaba cuando le apetecía, me echaba las culpas de su fealdad y de su gordura, y me obligaba a ir a comprar cualquier alimento que se le antojaba. Yo no me quejaba de nada, pero vivía con miedo por si algún día le daba por echarme de la autocaravana y fugarse con mis dos hijas en su interior para que no las viera jamás. Pero, a pesar de todo, los cuatro juntos somos muy felices, y yo estoy enamorado de mis tres chicas, aunque a veces creo que me van a volver loco.

—Hannah —vuelvo a llamar a la dormilona, pero continúa ignorándome, de modo que comienzo a hablarle a la llorona de Zoe—. Pues nada, mamá se ha muerto. ¿Quieres dar una vuelta por el vecindario para ver los arbolitos de los vecinos mientras tu mami resucita? Sí, ¿verdad?

Pero la niña sólo me responde con sus llantos, provocando que me desespere.

Salgo de la cama, dejo a Hannah y a Noah durmiendo tranquilas y abrazadas bajo las mantas, le pongo a Zoe su abrigo y un gorrito para que no pase frío, y yo me enfundo mi chaqueta. Camino con cuidado para no pisar a los perros, Piruleto y Catalina, ni a Mike Wazowski, el gato tuerto, y abandono la autocaravana, pero la vecina critica que vive en la de al lado ha salido para chismorrear.

—¿Otra vez está llorando esa criatura? —comenta en francés, y se recoloca la bata, negando con la cabeza con indignación—. Normal... Si ese zulo no es el hogar más adecuado para criar a dos bebés, y encima con dos perros apestosos y un gato tuerto. ¡Menuda juventud!

No me ha costado mucho descifrar sus palabras porque, a lo largo de estos años recorriendo el mundo, he podido aprender un poco de francés (y unos cuantos idiomas más) y me manejo bastante bien, además de que Hannah se ha esforzado en enseñarme.

—Señora, métase en su caravana, que va a coger un constipado y ya está bastante mayor —le respondo, también en el mismo idioma, porque me cabrea que critiquen la manera que tenemos Hannah y yo de cuidar de las niñas.

La vecina me mira con la boca abierta y se vuelve a colocar la bata.

—Sinvergüenza —me insulta, y se mete en su casa.

¿Por qué esta raza de señoras nunca se extingue? Siempre hay alguna en cada parte del mundo. Hannah y yo nos hemos encontrado montones en las ciudades que hemos visitado.

Me acerco al primer arbolito de Navidad, que lo ha montado una simpática pareja de abuelos que siempre nos regala algo por si nos hace falta a nosotros o a las bebés. Como por arte de magia, Zoe se calla y se queda contemplando las lucecitas, ensimismada, mientras se chupa el dedo.

—¿A que es precioso? —le pregunto, y ella me responde con balbuceos.

Sigo enseñándole cada árbol del camping, y con todos le ocurre lo mismo.

Por lo general, la gente que vive aquí o que viene de visita con sus respectivas autocaravanas es maja, exceptuando a unos cuantos, y también celebramos algunas fiestas juntos.

Zoe chilla y señala con su dedito índice algo que hay a mi derecha. Ladeo la cabeza hacia allí y descubro a Hannah viniendo hacia nosotros como una zombi, con el pijama puesto y sosteniendo a Noah, que la ha cubierto con una mantita de franela, como si fuera un burrito, y sólo se le ve la cara.

—¿Ya has resucitado? —le pregunto, y le tiro del moquete a Noah.

—Es que es imposible volver a conciliar el sueño por culpa de esa cantante —se queja refiriéndose a Zoe.

—Ha salido a su abuelo. —Sonrío y beso a Hannah en los labios—. ¿Volvemos a la autocaravana?

—Sí, anda, pero para irnos de aquí. Cuanto antes lleguemos a Madrid, mejor. Así les encasqueto estas dos marcianas a mis padres para poder dormir hasta el seis de enero.

—Me parece una fabulosa idea.

Nos ponemos en marcha y, mientras me encargo de volver a dormir a las niñas tras cambiarle el pañal a Noah, que se había hecho caca, Hannah se bebe tres litros de café por ser la primera en conducir. Se deja el pijama puesto, porque no le apetece vestirse, y se recoge el pelo en un moño mal hecho, donde se clava dos de mis pinceles; también se pinta los labios de rojo porque quiere sentirse sexy, a pesar de que diga que está hecha un desastre y que se parece a una señora cincuentona que se ha divorciado diez veces. Sin embargo, yo la veo más guapa que nunca.

Durante el viaje, Hannah y yo nos vamos turnando para conducir y atender a las dos lloronas, que se encuentran durmiendo en el dormitorio, en su cunita doble. También paramos varias veces para descansar, comer algo o hacerle una breve visita a algún pueblo que nos topamos por el camino, así que llegamos a Madrid un día después, justo a la hora del almuerzo y cuando todo el mundo estará atareado preparando la cena de Nochebuena.

Una vez que entramos con la autocaravana en el barrio donde viven mis suegros, Hannah toca el claxon como una loca (yo soy el que está conduciendo) para llamar la atención de Alan y Leo, que acaban de salir de la casa que se han comprado, cerca de la de Ari y Álvaro.

Oímos los llantos de las niñas porque se han asustado del ruido y yo le echo la bronca a la pelirroja, que me pide perdón mil veces por no acordarse de que es madre, ya que no se ha acostumbrado todavía. No la juzgo, porque a mí también se me olvida en algunas ocasiones que tengo a mi cargo a dos marcianitas. Un día, me encontraba tan sumergido pintando un cuadro que oí los llantos de un bebé y pensé que ya estaba el niño de algún vecino llorando, hasta que Hannah me ordenó a gritos que callara a la futura cantante de una vez (ella estaba metida en el baño haciendo sus necesidades); entonces recordé de inmediato que tenía mellizas.

Alan y Leo se dirigen hacia nosotros y se asoman por la ventanilla de Hannah.

—¡Feliz Navidad! —exclama Alan, y nos arroja un puñado de purpurina; las niñas continúan llorando.

—Feliz Navidad —les respondo sonriendo.

—¿A dónde vais tan pijos? —quiere saber Hannah—. Parecéis dos copias baratas de Borjamari.

Los dos se han puesto un jersey por encima de una camisa, un abrigo largo de lo más elegante, sin abrochar, y un gorro de Papá Noel sobre sus cabezas.

—Es que ahora pertenecemos a la realeza —contesta Leo, presumido, por encima de los llantos que suenan de fondo—. Debemos ir bien vestidos.

—¿Y dónde están vuestros trogloditas? —les pregunto.

—Con mis padres, desde ayer por la noche —interviene Alan esbozando una sonrisa—. Mi marido y yo necesitábamos un poco de intimidad... Ya sabéis.

—Y darnos amor durante toda la noche —añade Leo—. Nos hemos levantado hace una hora; ni siquiera hemos comido porque tenemos que hacer sitio para la cena. —Se golpea la panza y luego se queda mirando a Hannah con expresión divertida—. Ostras, es verdad eso que decías de que pareces una señora de cincuenta años que se ha divorciado veinte veces.

Alan le regala un codazo en el costado y la pelirroja le lanza el palito de la piruleta que se acaba de zampar.

—Un respeto a mi esposa, que me meto con el tuyo —le espeto a Leo, que rodea con un brazo los hombros de Alan.

—¿Qué tiene que decir usted de mi principito? Si es perfecto, con el pelo rubio natural y los ojos muy azules.

—Anda, subid, babosos. —Hannah les hace un ademán con la cabeza—. Calmad a las dos alienígenas y, si queréis, os las envuelvo como regalo de Navidad, porque no me dejan dormir nunca, ni trabajar, ni cagar tranquila, ni de succionarme los pezones, que parece que me los quieren convertir en dos pasas, y mucho menos me permiten follar con el Caraculo.

—Hann —pronuncio su diminutivo, a modo de advertencia.

Siempre tan fina...

Alan y Leo se suben a la autocaravana y se hacen con una troglodita cada uno. No tardamos en llegar a la casa de mis suegros, que nos reciben dichosos, pero enseguida se olvidan de nosotros para secuestrar a sus nietas y consentirlas mientras lloran, emocionados, por lo que han crecido desde la última vez que las vieron en persona, hace cuatro meses.

Saludo a Valeria y a Oriol, los hijos de Alan y Leo, a todos los tíos de Hannah, a Mimi, a Aitor, a Leo júnior y a mis «madres adoptivas», Tania y Mel, que han cuidado de mi hermana desde que me fui a recorrer el mundo con el demonio pelirrojo.

No es que Rebeca no sepa cuidarse sola, pero yo me quedo mucho más tranquilo si sé que está bien acompañada. Además, es trabajadora social y yo estoy muy orgulloso de ella.

En cuanto a mi madre... Pfff... No he vuelto a verla desde el día que nos abandonó con su noviete, pero lo último que sé de ella es que se le ha acabado el dinero y ha regresado a Madrid; hace dos meses recibí una llamada suya para pedirme pasta, pero la ignoré porque no quiero que forme parte de mi vida ni de la de mis hijas.

Y de Simón no digo nada, porque no me apetece pensar en él.

Cuando Hannah y yo subimos a la habitación la cuna y todo lo necesario para pasar las dos semanas de Navidad, nos toca alimentar a las dos bribonas tras habérselas arrebatado de los brazos a los abuelos; también aprovecharemos para descansar hasta la hora de cenar porque estamos agotados.

Nos ponemos cómodos en la cama y Hannah le da de mamar a Noah primero, soltando bostezos cada cinco segundos, suspirando y cerrando los ojos, a punto de quedarse frita con la niña pegada a su teta. Yo debo tirarle del moflete para que aún no se duerma, porque tiene que amamantar a la otra.

—¿Te imaginas haberlas tenido con dieciocho años? —decido darle conversación.

Con esa edad no era el momento para hacerse cargo de una responsabilidad tan grande. Ahora sí porque ambos hemos estudiado y tenemos trabajo. Hannah sigue con sus movidas de Instagram, rescata animales, ha publicado varios libros y, de vez en cuando, traduce textos; en cambio, yo

pinto cuadros y los vendo en mitad de la calle de las ciudades que visitamos.

—Me habría tirado por un precipicio —me responde—. Y encima con Borjamari como padre biológico.

Me echo a reír.

Ese tipo al final no se fue a Harvard ni a Oxford a estudiar Medicina; se quedó en Madrid y acabó haciendo ADE; ahora está trabajando en la empresa de su padre, se ha casado con una tía estirada con la que está esperando su primer hijo y vive en un chalet más grande que la casa de mis suegros. Todo esto lo sé porque Leo cotillea el Facebook de todo el mundo como un marujo y nos lo ha contado.

Una vez que las niñas terminan de zampar, se quedan dormidas en la cuna y nosotros nos acurrucamos en la cama.

—Por fin... —susurra Hannah como si hubiera tenido un orgasmo, abrazándose a mí—. Ahora, a rezar para que estén durmiendo hasta el año que viene.

—Poco tiempo me parece. —Me río, bajito, y le doy un beso en la cabeza—. *Je suis amoureux de toi.*

—Yo también, Caraculo.

Esas son las famosas palabras que me soltaba Hannah constantemente y yo no me enteraba de nada (pero ella decía «amoureuse», que es la forma femenina, en vez de «amoureux»). Le tuve que preguntar el significado a una mujer francesa que me compró un cuadro, y se pensó que estaba ligando con ella (en ese momento, mi esposa se partió el culo de risa a mi lado).

Y sí, he dicho «esposa». Unos meses antes de que nacieran las mellizas, hicimos un viaje a Las Vegas con nuestros amigos, que alquilaron un par de autocaravanas, y Hannah y yo nos casamos a lo loco. Esa noche, el pobre Elvis Presley tuvo que officiar unas cuantas bodas más, aparte de la nuestra, y Alan y Leo nos dijeron que éramos unos copiones envidiosos.

Y yo no puedo estar más feliz... Estoy rodeado de gente increíble, tengo un trabajo que me apasiona, a pesar de que no gane tanto dinero (que no es que me haga falta tener mucho), y Hannah y yo viajamos con nuestro hogar a cuestas, en plan nómadas, y esperamos vivir de esta manera hasta que nos hagamos viejos.

No tenemos una vida común, pero sí que es perfecta para una familia perfectamente imperfecta.

FIN

Si te ha gustado este libro, te agradecería que lo puntuaras en Amazon y en Goodreads.

También puedes seguirme en mis redes sociales:

Instagram: [gema\\_martin\\_munoz](https://www.instagram.com/gema_martin_munoz)

Twitter: [GemaMartinMunoz](https://twitter.com/GemaMartinMunoz)

Mi página de Facebook: <https://www.facebook.com/gemamartinmunoz.escritora/>

Wattpad: [Gema\\_Martin\\_Munoz](https://www.wattpad.com/user/Gema_Martin_Munoz)

# Más obras

## **Bilogía Diamantes (historia de Alan y Leo):**

- [1. Somos dos diamantes en el universo](#)
- [2. Somos dos diamantes formando constelaciones](#)
- [2.5. Somos dos diamantes en Halloween](#) (relato especial Halloween)

## **Trilogía Between (historia de Ari y Álvaro):**

- [1. Entre las nubes y las estrellas](#)
- [2. Entre el hielo y el fuego](#)
- [3. Entre el corazón y la razón](#)